

Mª ÁNGELES LÓPEZ DE CELIS

Los Presidentes en zapatillas

LA VIDA POLÍTICA Y PRIVADA DE LOS INQUILINOS DE LA MONCLOA

ESPASA

Secretos y facetas nunca contadas a lo largo de treinta años y cinco presidencias de Gobierno en un mismo entorno: el palacio de La Moncloa, la residencia oficial de los jefes de Gobierno de la democracia española. Una visión novedosa de la vida política desde centro del poder. Un relato en el que toman especial relevancia los datos de la vida cotidiana que generalmente no se incluyen en los libros de historia. Una narración fluida y bien construida que engancha desde el primer momento.



eBooks con estilo

Mª Ángeles López de Celis

Los presidentes en zapatillas

La vida política y privada de los inquilinos de la Moncloa

ePUB v1.0
Cabensos 01.01.11

A mi marido, a mi hijo, y a mis amigas del alma.
Ellas saben quiénes son.

Prólogo

Puedo decir, después de haber vivido personal, y apasionadamente, ese capítulo de la Historia de España que se conoce como la Transición, que los españoles han sufrido lo que podríamos llamar un bombardeo masivo de información, a veces rigurosa, a veces no tanto, y, en muchas ocasiones, contradictoria, sobre aquellos tiempos que parecen ya tan lejanos y que de ninguna manera lo son, aunque en España los ciudadanos menores de veinticinco o treinta años no tengan, por desgracia, esa percepción.

Se han revelado secretos, se han reivindicado figuras que, hasta ahora, permanecían en la penumbra histórica, y se ha producido una curiosa batalla dialéctica en la que muchos parecían reclamar para sí, o para los suyos, la autoría, el pilotaje o el diseño general, y aún detallado, de esos años decisivos que sirvieron para implantar la democracia en nuestro país. De todas formas, el debate ha sido, si no siempre honesto, sí interesante y enriquecedor.

Pero yo, en todo ese alud informativo, echo de menos una mayor atención sobre el papel que, en ese proceso histórico, desempeñaron personajes, más o menos anónimos, cercanos a quienes protagonizaron el proceso político, que estuvieron en el secreto de muchas de las decisiones que se adoptaron, que vivieron las flaquezas y grandezas del poder y de sus principales responsables, que trabajaron en centros clave del aparato del Estado y que, obedeciendo órdenes y cumpliendo escrupulosamente con su deber, hicieron todo lo posible para que el tránsito político y la consolidación de la democracia fueran posibles.

Hoy nos llega uno de esos libros que se echaban en falta. Un libro escrito por quien durante más de treinta años ha estado al servicio como secretaria, en el

Palacio de la Moncloa, de todos los presidentes del Gobierno de España, desde Adolfo Suárez hasta José Luis Rodríguez Zapatero.

Ese es el libro del que Mª Ángeles López de Celis, vieja amiga, me ha pedido que le haga el correspondiente prólogo, invocando, además, a mi conocimiento de esa época y de muchos de sus personajes.

Entiendo este prólogo como paratexto, es decir, como contexto en el que se escribe una historia, la que en este libro cuenta Mª Ángeles, a la que este prologuista quisiera añadir determinadas vivencias personales que pueden complementar detalles de más de tres décadas de historia de nuestro país.

Aunque pienso que «hablar de uno mismo es hacer lírica», el empeño de la autora y de la editorial en que haga un retrato, desde mi punto de vista personal, de los cinco presidentes del Gobierno de España, es decir, de quienes han ocupado el Palacio de la Moncloa, con los que ha trabajado Mª Ángeles y de los que ella conoce muchos secretos, me obliga a recordar esos treinta años de nuestra historia que comienzan con las primeras elecciones democráticas de junio de 1977, en las que sale elegido Adolfo Suárez, y que terminan con José Luis Rodríguez Zapatero y la vuelta de los socialistas al poder en marzo de 2004.

De la primera Transición, en la que se aprobó la Constitución de 1978, a esta segunda transición que ha pretendido hacer Rodríguez Zapatero con la Reforma de los Estatutos (especialmente, los de Cataluña y Euskadi) y que puede terminar, si nadie lo remedia, en un nuevo modelo de Estado, un Estado federal asimétrico, difícil todavía de definir y articular.

Gracias a mi dilatada vida profesional (diez años en la dirección de Cambio 16, casi otros diez en la dirección de Tiempo, dos al frente de los informativos de Antena 3 Televisión y muchos de trabajo cotidiano para la elaboración de catorce libros) me han permitido conocer, de primera mano, a casi todos los políticos de la Transición y del cambio, tratar a todos los presidentes de Gobierno de nuestro país, intimar con algunos de ellos y ser testigo, para contarlo, de los principales acontecimientos históricos de España en esos años.

Creo que con el que tuve más confianza fue con Adolfo Suárez. Ahora vivo en su antigua casa de Puerta Hierro de donde salió para jurar su cargo de presidente del Gobierno de España, cuando nadie creía en él. Conservo parte de su antigua librería de caoba; recibo, de cuando en cuando, alguna

correspondencia dirigida a su nombre, que devuelvo, y utilizo su mismo número de teléfono, aunque hace años que no hablo con él, sumido, como está, en las brumas del olvido con un cerebro prácticamente muerto.

Quiero que mi último recuerdo de él sea el de una cena en mi casa, que era la suya, en la que, de nuevo, explicó con brillantez, ante unos comensales asombrados y ganados para su causa, los principales hitos de la Transición y, sobre todo, el golpe de Estado de febrero de 1981, que quiso evitar dimitiendo días antes de la violenta entrada del teniente coronel Tejero en el Congreso de los Diputados.

Y cito el asombro de los comensales, porque, cuando Adolfo contaba algo, era capaz de apoderarse del interés de su interlocutor por la convicción que transmitía, por la ilusión con la que contaba cualquier acontecimiento y por la seguridad con la que hablaba.

En el trato corto, en el cara a cara, podía ser tan encantador que parecía que solo le importaba el que le estaba escuchando. Cuando era presidente parecía que ponía los secretos del Estado al servicio de su interlocutor. Parecía que el tiempo no transcurría, y que todo el que tenía te lo dedicaba por completo, olvidándose de sus compromisos, de su agenda, de su trabajo.

Le conocí siendo ministro secretario general del Movimiento, con Carlos Arias Navarro, cuando ya el Rey y Torcuato Fernández Miranda habían maniobrado para situarle, probablemente, en el puesto más delicado del Gabinete, ya que su misión era desmontar el partido del franquismo y conseguir que ese partido se hiciese el haraquiri para desatar lo que el general Franco había dejado «atado y bien atado».

Yo, que entonces no creía en esa reforma del franquismo desde dentro y que contemplaba con escepticismo la Ley para la Reforma Política elaborada por la clase dirigente que había ostentado el poder durante décadas, me tuve que rendir ante su osadía, ante su seguridad de que estaba dispuesto a que la democracia se instalase en el país, porque contaba con la complicidad del Rey y, sobre todo, con las enormes ansias de cambio de la sociedad española.

Días después de su toma de posesión como presidente, en julio de 1976, en un almuerzo con periodistas del club Blanco White (Juan Luis Cebrián, Ramón Pi, Miguel Ángel Aguilar, Federico Ysart, Pedro Altares, Pedro Calvo Hernando, José Antonio Novais, Lorenzo Contreras y Félix Santos), en el restaurante La

Nicolasa, de Madrid, nos explicó cuál era su plan.

Se iban a legalizar todos los partidos políticos, se convocarían elecciones libres, se reconocería a los sindicatos, se decretaría una ley de amnistía, se elaboraría una Constitución e, incluso, se intentaría terminar con ETA, porque todos los presos saldrían a la calle.

Algunos no le creímos, pero estaba tan seguro de lo que decía, que le concedimos el beneficio de la duda y, sobre todo, le prometimos el apoyo que necesitaba porque, en aquellas circunstancias, era lo único que podíamos hacer.

Meses más tarde, cuando comenzó a cumplir todo lo que había prometido, le regalamos en otro almuerzo un cómic del Capitán Trueno por la valentía con la que estaba actuando, aunque estuvimos a punto de acompañarlo de otro cómic, casi desaparecido, que en su momento respondía al nombre de Hazañas Bélicas, porque su labor se desarrolló en medio de una auténtica guerra en la que participaban muchos de los dirigentes del franquismo y arañada, además, por el terrorismo de ETA y del GRAPO.

A lo largo de su mandato tuve con él numerosos encuentros, almuerzos, cenas y conversaciones privadas, algunas de ellas comprometidas, que nunca revelaré (especialmente las que afectan al Rey y a sus relaciones con él), y otras que afectan a políticos ya desaparecidos que no se pueden comprobar.

Pero tengo que decir que durante toda su presidencia, asediado por el terrorismo, tuvo el convencimiento de que había una mano negra cuyas terminales estaban en poder de los servicios de inteligencia. Era obsesivo con la CIA norteamericana y pensaba que algunas potencias no querían una democracia plena para España.

Tuvimos una larguísima conversación cuando saqué a la calle mi libro Los últimos días de un Presidente, editado por Planeta, y, por primera vez, le vi derrotado y con los ojos vidriosos cuando me contó su última audiencia con el Rey, la definitiva, en la que le presentó su dimisión y no encontró en don Juan Carlos el mínimo signo de retenerle, la más pequeña señal de convencerle o pedirle que se lo pensase.

Era el final, aunque lo intentó de nuevo, en 1986, con la creación del CDS (Centro Democrático y Social), a la búsqueda del partido bisagra que defendiese la moderación en el mapa político nacional. En esa lucha termino con la «Operación Reformista» de Miquel Roca.

En el último intento de Roca y de Florentino Pérez (convertido hoy en uno de los hombres más ricos del país) de pactar con Suárez, tuve yo un papel protagónico. Florentino Pérez me pidió que intentase por todos los medios que Suárez cediese. Monté una reunión en el despacho de Antonio Maura, pero Suárez, después de muchas horas de debate, y aunque le prometieron una financiación que él no tenía (los bancos le negaron cualquier tipo de crédito) y que a los reformistas les sobraba, rechazó el acuerdo. Iría solo a las elecciones.

Así fue, y consiguió superar la docena de congresistas, mientras que Miquel Roca no consiguió siquiera su acta de diputado, aunque contaba con muchos apoyos de militantes de la casi desaparecida UCD y la simpatía, incluso, de su último presidente, Leopoldo Calvo-Sotelo.

Calvo-Sotelo, por decisión de Adolfo Suárez, se convirtió en su sucesor. Su investidura fue interrumpida por el golpe de Estado que se estaba preparando contra Suárez, y su mandato, que duró solo dieciocho meses, no contribuyó al conocimiento de un personaje profundamente culto y cultivado, que disfrutaba con la música (que siguió disfrutando hasta su muerte, donde seguí viéndolo en el Auditorio Nacional de Madrid, en una butaca de abono cercana a la mía) y que hubiera sido un gran presidente si España fuese Luxemburgo, o si el país no hubiese tenido que pasar por las terribles consecuencias de un golpe de Estado y por un juicio contra los golpistas que condicionó todo su mandato.

De Leopoldo conservo el recuerdo de una gran amistad (solía, de cuando en cuando, almorzar con él y con quien fue jefe de su Gabinete, Luis Sánchez-Merlo), una foto insólita y muy divertida, un trozo de papel con una sorprendente petición y el epílogo de uno de mis libros. La foto está tomada en una copa de fin de año en el Palacio de la Moncloa y aparece él (normalmente hierático), en una postura nada presidencial, porque parece estar bailando el Aserejé, con una bufanda amarilla que me tomó prestada, en medio del asombro de su mujer Pilar Ibáñez y la risa abierta de Carmen Rico Godoy. Carmen entonces le traía loco con los diálogos del Ficus de la Moncloa.

El trozo de papel es una servilleta con grandes trazos escritos a bolígrafo... Dice así: «Tú que eres tan militar, no tendrás inconveniente en que te dé un "sablazo". Mándame un billete de mil pesetas. No tengo nada en el bolsillo». Almorzaba yo en Jockey y Carmelo, el maître, me lo había entregado diciéndome que el presidente estaba en el piso de arriba con otros comensales y

le encargaba que me lo entregase. El presidente del Gobierno estaba sin dinero, tenía que dejar una propina, había invitado él, y no quería que ninguno de los asistentes se enterase. Una hora más tarde, un motorista de La Moncloa me entregaba, en mi despacho de Cambio 16, un sobre con un billete de mil pesetas y una frase: «Me has sacado de un apuro».

El epílogo corresponde al libro Anatomía de un cambio de Régimen, que me editó Plaza y Janés y acompañaba al prólogo que me escribió Su Majestad el Rey y a los epílogos que me hicieron los ex presidentes Adolfo Suárez y Felipe González. En él, Leopoldo me pide que yo «como testigo de los hechos» cuente «la verdad histórica y la verdad política de lo que fue la Transición». «A Oneto corresponde —me dice Calvo-Sotelo— hacer la épica de esos años decisivos en los que se restauraron las libertades, se impone un estilo nuevo a los violentos modos políticos tradicionales, se hace la Constitución de todos, se arraiga un modelo de economía libre, se dibuja el mapa de las autonomías, se archivan, como un último episodio, los libros de caballerías militares, se da a la Iglesia su lugar en la sociedad española y a España, el suyo, entre las naciones de Occidente».

Su única preocupación en aquel momento era el «adanismo socialista», el que se pensase que la reforma política en nuestro país comenzaba, realmente, con la victoria de Felipe González en octubre de 1982.

Felipe accedió al poder con la Reforma ya hecha y protagonizó el «cambio». Para Felipe, el «cambio» era que España funcionase. Se lo pregunté en un programa de Televisión Española (Enrique Vázquez, Ramón Pi y Pilar Urbano) en septiembre de 1982, un mes antes de que ganase las elecciones por mayoría absoluta.

Él, en un programa preelectoral en la televisión pública, había anunciado que no habría nacionalizaciones, que se mimaría al empresariado, que se apoyaría a la Banca, que muchas cosas seguirían igual... «¿Entonces —le espete—, qué es el cambio?». Fue cuando dijo, rápido, sin siquiera pensarlo, que el cambio era que España funcionase y eso se convirtió en uno de los eslóganes de la campaña que le llevaría al poder.

Le acompañé durante toda la campaña electoral en una avioneta con la que recorrió España en el transcurso de tres semanas, junto con Julio Feo, que se convirtió en su principal consejero; Helga Soto, su jefa de prensa; Juan Alarcón,

su chófer y amigo de juventud, y el Galleta, el militante de Vallecas que se convertiría después en uno de sus responsables de seguridad en La Moncloa.

Recuerdo de Felipe varias entrevistas que le hice (algunas todavía las conservo grabadas); algunos viajes por España y el extranjero; la primera cena recién salido de la clandestinidad (cuando muchos todavía ignoraban quién se escondía detrás de «Isidoro», su nombre de guerra) en casa de Miguel Boyer en la colonia madrileña de El Viso, con Javier Solana y Enrique Sarasola, en la que manifestó su razonado pesimismo sobre el proceso que seguiría a la muerte de Franco. Tengo memoria de muchos almuerzos, de los que conservo notas desperdigadas que nunca he ordenado; numerosas conversaciones que mantuvimos, («antes me voy que aprobar cualquier acción que vaya en contra de la ley»); su primera crisis en La Moncloa en plenas Navidades de 1982, cuando comenzaba a darse cuenta de lo que era el poder («tocas algo y te das cuenta que produce un efecto que no sabes el efecto que va a tener en el lugar o en la institución más insospechada»); los dos libros que escribí para Argos Vergara y Planeta sobre sus dos primeros años de mandato (¿A dónde va Felipe? y El secuestro del cambio), que enfriaron nuestras relaciones; una larga carta que me mandó después de una polémica periodística en la que él no salía muy bien parado («nunca pensé que podías tener esa idea de mí») y una anécdota con ocasión del concierto en el Auditorio Nacional de Madrid de la Royal Philharmonie Orchestra en el decimoquinto aniversario del semanario Tiempo.

Le convencí para que asistiese, a pesar de que iba a estar presente Mario Conde, con el que ya tenía sus diferencias. Solo me pidió que no le sentase al lado del entonces presidente de Banesto. En un momento determinado, mientras yo saludaba a don Juan de Borbón, conde de Barcelona, al que habían colocado en el antiguo Palco Real del auditorio, Mario Conde ocupó con rapidez, junto a Lourdes Arroyo, su esposa, la butaca contigua a la de Felipe. Al regresar a mi sitio, los ojos de González se clavaron en los míos como interrogándome sobre la cercanía de Conde, mientras arqueaba sus cejas preguntándome con la mirada. Forzando la situación, tuve que decirle al banquero que ocupaba una butaca que no le correspondía. Contrariado, pero sin aparentar ningún tipo de molestia, volvió a la butaca que se le había asignado, mientras los fotógrafos se retiraban después de hacer la foto que a Conde le interesaba, una de las pocas que existen del ex banquero y el ex presidente juntos, y que González quería evitar.

El concierto fue un auténtico acontecimiento, hasta el punto de que la orquesta regaló al público varias propinas. En un momento determinado, entre los aplausos de los presentes, Felipe —nada aficionado a la música clásica— se dirigió hacia mí y, susurrando, me rogó con un cierto nerviosismo: «Pepito, no sigas aplaudiendo, porque estos no terminan de tocar en toda la noche».

Después de su traumática salida del poder, he coincidido con él en algún restaurante, en algún que otro acto social, en algún viaje a México, en alguna conferencia, en algún seminario organizado por la Asociación de Periodistas Europeos, y he comprobado que no está envejeciendo inútilmente y que es más feliz que cuando llegó a tener todo el poder y la gloria. Sobre todo, se ha reconciliado consigo mismo.

No es el caso de quien le sucedió en la Presidencia del Gobierno, en el año 1996, José María Aznar, uno de los políticos más herméticos, distantes y contradictorios de todos los que he conocido y tratado. Impenetrable, tímido y, sobre todo, agresivo, como consecuencia de su timidez. Estar a solas con él era una verdadera tortura.

Antes de llegar a la Presidencia tuve con él el primer almuerzo. Habíamos coincidido en Ibiza en una fiesta organizada por Smilia, el alma de la moda adlib. Él tenía que pronunciar el pregón y yo estaba invitado como pregonero del año anterior. En un momento determinado, al finalizar la fiesta, no sé qué comentario le hice que pareció interesarle y me preguntó por qué no almorzábamos el lunes siguiente a ese fin de semana.

Quedamos a las dos y cuarto en un reservado de Jockey, y tengo que confesar que fue una de las comidas más duras que he tenido en mi vida. No hablaba nada. Yo tocaba todos los temas posibles y él respondía con monosílabos o con frases entrecortadas. A la media hora yo ya no podía más. Estaba agotado, pero él, fresco y con pose de esfinge, preguntaba de cuando en cuando. Tuve la suerte de que ese lunes estaba convocado el Comité Ejecutivo del Partido Popular a las cuatro de la tarde. Cuando me lo dijo, respiré tranquilo. Terminé el almuerzo sin saber qué era lo que realmente quería.

Ese fue mi primer almuerzo. El último, con un grupo de periodistas en el Palacio de la Moncloa, fue en julio de 1998, cuarenta y ocho horas después de ser cesado por Telefónica de la dirección de informativos de Antena 3. En su obsesión por crear un grupo mediático cercano al PP, Aznar había forzado a

Antonio Asensio a vender sus acciones de Antena 3 a Telefónica, utilizando incluso a la Fiscalía Anticorrupción. Yo, José Manuel Lorenzo, director general de la cadena, y Javier Gimeno, consejero delegado, éramos los próximos peones que se iban a mover. Un viernes firmé el finiquito y el lunes siguiente comía con el autor de todo el terremoto mediático que se había producido. Me hice el firme propósito de no abrir la boca, no por devolverle su actitud en el almuerzo de Jockey, sino por su intervención en el contencioso Asensio-Antena 3. Antes del encuentro me tomé un Lexatin. Permanecí en silencio casi toda la comida, hasta que en un momento determinado (mi gran defecto es que a veces mi rapidez en las respuestas va por delante de lo que estoy pensando) salté. Algunos de los asistentes le habían preguntado qué tenía pensado hacer con la grave situación de Televisión Española. «Convertirla en la BBC», resumió. Casi sin dejarle terminar, le respondí que la BBC ya la tenía bien encauzada, «Villalonga, Carrascal», una tercera B, añadí y... En segundos pensé que lo iba a decir. Y lo dijo: «Te has equivocado, porque Villalonga es con V, no con B». Efectivamente, aunque parezca mentira, lo dijo. Su sentido del humor era muy peculiar. Eso sí, le encantaban los chistes verdes. Cuanto más verdes más se reía. Y para que él se riese...

Viajé con él en alguna ocasión y recuerdo sobre todo una visita a San Sebastián donde se le tributaba un homenaje a Gregorio Ordóñez, asesinado por ETA, en enero de 1995. Viajamos en un pequeño avión alquilado. San Sebastián estaba prácticamente paralizado por manifestaciones y por actos de kale borroka, y el tráfico estaba cortado. Tuvimos que permanecer prácticamente encerrados en el domicilio de Ordóñez, con su esposa y su hermana, casi cuatro horas, porque ni la policía ni por supuesto la escolta se podía exponer a un ataque callejero que estaba cantado. Después de muchas horas, nos trasladamos al cementerio para depositar allí, en medio de una gran tensión y una fina lluvia, una corona de flores ante su tumba. El asesinato de Ordóñez fue uno de los acontecimientos que más le marcó y mayor huella le dejó en todo su mandato.

Podría contar muchas más historias sobre Aznar, especialmente historias de desencuentros y de enfrentamientos, en los que siempre tuvo un papel relevante su secretario de Estado de Comunicación, Miguel Ángel Rodríguez. Pero no sé si aportarán mucho al conocimiento del personaje, un personaje que muchos dijimos que carecía de liderazgo, pero que estuvo en el poder ocho años. Cuatro

presididos por el sentido común y otros cuatro (después de la mayoría absoluta) presididos por la soberbia. La soberbia le perdió, y esa misma soberbia en el manejo de la crisis del atentado del 11 de marzo permitió el triunfo de José Luis Rodríguez Zapatero, el primer candidato a la Presidencia del Gobierno que ganaba a la primera, en unas primarias que nunca se habían producido antes en nuestro país.

Creo que fui de los primeros en pronosticar desde el programa Protagonistas, que entonces hacía desde Onda Cero Luis del Olmo, el triunfo de Zapatero en el Congreso del PSOE, donde fue elegido secretario general, y Luis es testigo. Aunque también pronostiqué el triunfo de Rajoy, antes del atentado de Atocha, y fue Zapatero el que ganó las elecciones del 14 de marzo.

He estado varias veces con él. Hemos coincidido en el Congreso de los Diputados, he tenido dos comidas desde su llegada a la Presidencia (las dos off the record que suelo respetar escrupulosamente) y tengo que decir que me parece un misterio dentro de un enigma. Tiende a ignorar a todos los que han tenido un papel en la Transición política, a no hacer caso a los que han ejercido el poder o han estado cercanos a él y, probablemente, es el dirigente que más ha mandado en el Partido Socialista. Pienso que cree en lo que dice y que uno de sus grandes problemas para su futuro político es su mujer, Sonsoles Espinosa. Pero esa es otra historia que nadie ha contado y que, algún día, habrá que contar.

Precisamente, ha sido el libro de Mª Ángeles, un libro que cualquiera puede leer de un tirón, porque, además, está escrito en un lenguaje accesible para el gran público, el que ha puesto en marcha la máquina de mis recuerdos y de una cierta nostalgia... Nostalgia que también se desprende al terminar de leer esta historia que ha sido capaz de contar, con sencillez y precisión, la autora.

Conociéndola como la conozco, sé del trabajo minucioso, ordenado hasta la obsesión que ha venido realizando, durante meses, para construir una crónica viva y apasionante de lo que ha sido la vida en el Palacio de la Moncloa, desde que Adolfo Suárez, por cuestiones de seguridad, decidió convertirla en el centro del poder político del país.

Mª Ángeles comenzó su trabajo profesional precisamente con Adolfo Suárez, cuando este era ministro secretario general del Movimiento, con Carlos Arias Navarro como presidente del Gobierno.

En el libro cuenta su entrada en aquel edificio de la calle Alcalá, cuya

fachada estaba cubierta, en su integridad, por el yugo y las flechas de la Falange, sus despachos ocupados por antiguos falangistas de bigote fino y pistola escondida y sus mesas llenas de secretarias que parecían sacadas de un viejo documental del NODO.

Allí llegó una jovencísima auxiliar administrativa que pretendía compatibilizar su trabajo con la obtención del título de Psicología, con los ojos muy abiertos a lo que estaba pasando, con la curiosidad innata de alguien que por primera vez entra en el mundo de la política, muerto ya el general Franco, y con la ilusión y el convencimiento de que el país no tendría más remedio que cambiar.

Observadora, profesional, con una capacidad especial para conocer a las personas, he podido comprobar que el retrato que hace de los cinco presidentes del Gobierno con los que ha trabajado coincide, desde la distancia, con el mío, aunque el de ella es más completo (a pesar de la prudencia que muestra) y descubre facetas desconocidas, hasta ahora, para la mayoría de los ciudadanos.

Habla de la calidez de Suárez, de la seriedad y coherencia de Calvo Sotelo, de la adustez de Aznar, del encanto de Felipe González y de la impasibilidad de Zapatero ante las mayores dificultades y problemas.

Pero Mª Ángeles no se limita a retratar con precisión de psicóloga la personalidad de los cinco presidentes del Gobierno con los que ha trabajado codo con codo, sino que ese retrato lo amplía a sus esposas, que tanta influencia tienen en muchas decisiones. Y destaca la sencillez de Amparo Illana, la independencia de Carmen Romero, el intervencionismo, casi religioso, de Ana Botella y la incomodidad de Sonsoles Espinosa de Zapatero por vivir fuera de su hábitat natural de señora de provincias.

Pero es que, además, Mª Ángeles realiza toda una visión 3D de la vida en La Moncloa, de la decoración de sus aposentos, de la intendencia de Palacio, de la forma en que se preparan las comidas oficiales, del protocolo de los actos de Estado, de la mecánica de trabajo en la Presidencia del Gobierno, de cómo se elaboran los discursos oficiales, de la vida familiar de los presidentes del Gobierno y de algunos «chismes» de Palacio que le dan al relato un especial morbo e interés.

Ella, como nadie, describe las interioridades de La Moncloa, utilizando una documentación de primera mano y aportando datos de color y de ambiente que

hacen de su libro un ameno relato de cómo se viven, desde el poder, los problemas y las tensiones diarias en la forma de gobernar el país. Pero es que, además, la autora hace una relación exhaustiva, dentro de su contexto histórico, de todas las leyes, de todos los proyectos, que han hecho de este país una democracia estable y duradera.

Como digo, el libro de Mª Ángeles es de esas obras que se echaban en falta y que junto a las decenas y decenas que han aparecido sobre ese periodo de la Historia de España, constituye una aportación nueva para comprender muchas de las dificultades que hubo que superar durante una treintena de años.

Estoy seguro de que será un éxito editorial por los nuevos datos que aporta, por la forma en que cuenta su historia, por el enorme trabajo de documentación que maneja, por la sinceridad con la que describe a todos los personajes que ha tratado y conocido y por la objetividad con la que contempla los acontecimientos políticos que ha vivido desde un lugar privilegiado, como es el Palacio de la Moncloa. Solo entrelineas se pueden deducir las preferencias de la autora por uno u otro presidente, pero es tan sutil su lenguaje que esas preferencias exclusivamente se deducen a través de los hechos, de los datos.

Mª Ángeles López de Celis ha construido un relato vivo, lleno de contrastes, y ha conseguido dar una visión distinta de lo que ha sido una de las historias más apasionantes de la vida política en estos últimos treinta y cinco años. Porque está contada desde dentro mismo del centro del poder.

Desconozco si ha visto en zapatillas a alguno de los presidentes, pero los ha visto en los momentos de felicidad y de triunfo y en los de desgracia y frustración. Porque ella... estaba allí...

José Oneto
Junio, 2010

Preámbulo

Habla, pueblo, habla...

De padres madrileños, yo también nací en Madrid, pero el de Castilla la Nueva, en 1957, el mismo año que Carolina de Mónaco y el mismo en el que el mundo entero lloraba la muerte de Humphrey Bogart. Pocos días antes de mi alumbramiento, los seis países fundadores firmaban en Roma los Tratados constitutivos de la Comunidad Económica Europea, que tan lejos nos quedaba a los españoles de la época, tan lejos como viajó la perra Laika, que en aquel tiempo fue lanzada al espacio por la Unión Soviética, convirtiéndose en el primer ser vivo que experimentaba la ingravidez.

Según oí contar a mi padre muchas veces, aquel 11 de abril, jueves, el Real Madrid jugaba un importante partido de fútbol, de esos que tienen a todo el país junto al aparato de radio; no había televisores. Como es lógico, él deseaba que mi madre diera a luz sin contratiempos, pero, sobre todo y a ser posible, antes de que comenzara el encuentro. Finalmente, yo llegué a este mundo sin más problemas y el equipo de la capital venció al Manchester United para gloria nacional y orgullo del Régimen.

Y hablando del Régimen, como se puede deducir fácilmente, mi infancia y adolescencia transcurrieron al más puro estilo de la España de la época. Mi familia, típica y tradicional, se movía en los parámetros propios de los tiempos que corrían, en los que los españoles empezaban a vislumbrar un horizonte de progreso y prosperidad económica, hasta entonces invisible, tras dos décadas de

recuperación de una Guerra Civil y una posguerra que aún sangraban por innumerables heridas. Mi padre, pluriempleado, trabajaba en un banco y en una aseguradora, y mi madre, la clásica mujer de la época, había dejado su ocupación en un taller de artes gráficas para casarse e ingresar en el redil doméstico dispuesto por la dictadura de Franco para las féminas, o sea, de profesión «sus labores». Mujeres cuya auténtica misión era convertirse en sostén de la propia familia y encargadas de que la nación contara con niños sanos, casas limpias y pueblos alegres.

Cinco años después vino al mundo mi único hermano, así que ya formábamos la «parejita». Desde que no era más que un bebé, él padecía con demasiada frecuencia preocupantes episodios asmáticos que amenazaban seriamente su salud. Amparado en esta circunstancia y con la ayuda del Hogar del Empleado, mi padre consiguió un hermoso piso en el barrio madrileño de Batán, junto a la Casa de Campo, con calefacción y agua caliente centrales, verdaderos lujos a principios de los años sesenta. Se trataba de la planta novena de una torre que contaba con ascensor y hasta con portero físico. Por supuesto, hablamos de una vivienda social en el lejano extrarradio, pero que nos permitía abandonar el oscuro y húmedo semisótano de Vallecas con el fin de que mi hermano mejorase de su afección pulmonar en aquella «casa-sanatorio», como la llamaba mi madre.

Desde que tengo conciencia de mis recuerdos más remotos, fui una estudiante solvente, todo lo contrario que mi hermano, y creo que desde muy pequeña me preocupó especialmente cuanto sucedía a mí alrededor. Terminé los bachilleratos y sus reválidas, según el sistema educativo en vigor, y cursé COU en un colegio situado junto a la Plaza de España, ya lejos de mi barrio, donde me despojé del uniforme para siempre al tiempo que, por primera vez, hombres y mujeres compartíamos aulas, experiencias e inocentes historias de amor, siempre presididas por temores y prejuicios. La naturalidad de la adolescencia, en nuestro caso, siempre estuvo amenazada social y familiarmente por cuestiones de sexo que bloqueaban nuestras relaciones con su oscura sombra omnipresente.

Teníamos mucho trabajo entonces. Afanes que se dividían entre descubrir al sexo opuesto y tomar decisiones sobre lo que queríamos hacer con nuestra vida en un futuro que parecía lejano, pero en el que iban a incidir de manera decisiva nuestras actuaciones presentes.

Y así transcurrió mi infancia y mi primera juventud, entre el velo y la Formación del Espíritu Nacional, la llegada del hombre a la Luna y el Concilio Vaticano II, el Movimiento hippie y el asesinato de J. F.

Kennedy, Elena Francis y el negrito del África tropical, Laurita Valenzuela y Matías Prats, los festivales de Eurovisión y el 1, 2, 3... responda otra vez, Truffaut, Bergman y Paco Martínez Soria, y la música de los Beatles, Elvis Presley, Simon y Garfunkel, Antonio Machín y Concha Piquer.

De esta manera, casi sin darnos cuenta, nos plantamos en 1973, topándonos de lleno con la primera crisis económica globalizada de la que tengo conciencia: la crisis del petróleo. Cercanas ya las vacaciones navideñas, uno de los profesores irrumpió bruscamente en el aula para transmitirnos la noticia del atentado de ETA que causó la muerte al almirante Carrero Blanco y a su chófer. Nunca olvidaré sus palabras exactas: «¡Han asesinado al presidente del Gobierno!». Se suspendieron las clases y nos mandaron a casa. En aquel momento, con dieciséis años y una escasísima vida política pública y privada, yo no tenía la más mínima percepción de la grave dimensión de aquel hecho, que suponía para nuestro país, como se demostró posteriormente, un cambio de rumbo radical. Recuerdo bien mi primer pensamiento: «¿Y quién es el presidente del Gobierno?». Además del golpe de timón que el acontecimiento supuso, dadas su envergadura y consecuencias, en lo que a mi vida personal se refiere, se evidenció como el descubrimiento de una realidad que aportaría, con el paso del tiempo, una nueva dimensión a mis prioridades e inquietudes: la política.

Finalmente, me matriculé en la Universidad Autónoma de Madrid con el fin de licenciarme en Psicología, no sin antes firmar una declaración, imprescindible para oficializar la matrícula, en la que juraba por mi conciencia y honor que realizaría el Servicio Social en el transcurso de un año como máximo, compromiso obligatorio e ineludible para tres millones de mujeres.

A la precariedad de la economía familiar, que no daba para dispendios, se alió la filosofía de la época basada en las recomendaciones de la Sección Femenina, que proclamaba que el lugar de la mujer española estaba en su casa, formando parte de la hermandad de «esposas sumisas y madres abnegadas», junto a un buen marido y dedicándose a la muy noble tarea de la procreación que tanto necesitaba la patria después de la sangría de la Guerra Civil. Por todo lo expuesto, no me quedó más remedio que enfrentarme a todo tipo de tópicos

machistas y obstáculos provenientes de las propias filas femeninas, que se resumían a la perfección en estas perlas salidas de la boca y de la mente de Pilar Primo de Rivera: «No hay que ser una joven empachada de libros, que no sabe hablar de otra cosa... y, además, las mujeres no crean ni descubren nada; les falta el talento reservado por Dios a las inteligencias varoniles».

¡Pues eso!... Que para ver si me aburría y desistía en mi empeño me mandaron a estudiar Secretariado. Se trataba del paso previo para conseguir un trabajo que me permitiera ir a la Universidad, ya que era una adolescente cabezota e indómita que no se daba cuenta de que los hombres lo último que quieren a su lado es una mujer inteligente y culta que les haga sombra. Si la cosa ya estaba difícil, se agravó aún más con la circunstancia de que mi hermano, el varón, no quisiera continuar estudiando, por lo que a la tierna edad de catorce años se integró junto a mi padre como botones en la plantilla del banco.

Comencé la carrera en 1974, año por demás complicado, con una dictadura que daba sus últimos coletazos y que, lejos de aflojar la presión, se defendía como gato panza arriba frente a cualquier signo de apertura. Continúas revueltas y disturbios en la Universidad, donde se vivían con auténtica pasión todas las reivindicaciones sociales, laborales o de cualquier otro signo, interiorizándose como propias, a pesar y por encima de la represión policial. En algunos momentos, incluso, esas reclamaciones fueron respaldadas o, al menos, justificadas por miembros del propio Gobierno presidido por Arias Navarro, a quienes se acusaba de ser como ratas que abandonan el barco cuando se está hundiendo.

La sociedad española clamaba por la libertad en estas horas bajas en que se firmaban sentencias de muerte, ante el horror y la impotencia de la comunidad internacional, que nos retiró trece embajadas y, en especial, de los europeos de nuestro entorno, con los que queríamos compartir una incipiente unión económica y política. Recuerdo como si fuera ayer las pintadas que se extendían por los muros del campus pidiendo amnistía y libertad para Salvador Puig Antich, cuya ejecución finalmente se llevó a cabo y a la que siguieron otras.

Mientras tanto, yo continuaba resistiendo a duras penas con trabajos de escasa entidad y clases particulares. Hasta que por fin, a través de unas amigas de la familia, me enteré de que en la Secretaría General del Movimiento precisaban auxiliares administrativos. Y allí me planté con decisión. Corría la

primavera de 1976, con Franco muerto y enterrado, por lo que el «movimiento» que le podía quedar al Régimen tenía que ser mínimo, como lo eran mis posibilidades de conseguir cuanto antes otro trabajo que me aportara el dinero suficiente para seguir estudiando. No me lo pensé dos veces. Me seleccionaron e inmediatamente me pusieron a trabajar con unas señoras que parecían sacadas del NODO: por aquel entonces los funcionarios se jubilaban a los setenta años, por lo que algunas de aquellas empleadas públicas estaban tan deterioradas que no eran capaces de dar un paso sin su bastón multiusos, que lo mismo hacía las veces de báculo que de puntero y hasta de instrumento de castigo o de llamada de atención, golpeando con él a todo el que se ponía a tiro. Y qué decir de los saludos entre caballeros con taconazo y alzamiento de brazo derecho incluidos, y algunas pistolas al cinto que aún circulaban entre determinados elementos, como si estuviéramos en el Far West. Completaban aquel paisaje surrealista unas mesas metálicas con encimera de cristal que teníamos que dejar relucientes cada día al terminar la jornada, las míticas Olivetti Lexicon 80, que tapábamos religiosamente con su funda, sin olvidar el día de cobro, operación que se realizaba a través de una especie de taquilla, donde se nos hacía entrega del dinero y una tira de papel dentro de una bolsa de plástico tamaño cuartilla.

Calle Alcalá, 44, yugos y flechas, camisas azules, vieja guardia, alféreces provisionales y una fauna absolutamente fascista y anclada en un pasado que chocaba abiertamente con el ambiente universitario que vivía a la par, hervidero de protestas, reivindicaciones y profundas ansias de democracia y libertad. Y entre toda esa colección de antigüedades, y brillando con luz propia, la sonrisa limpia y el encanto personal de Adolfo Suárez, por entonces ministro secretario general del Movimiento.

A partir de ahí, la ya conocida historia del desmantelamiento del aparato del Régimen y los pasos que poco a poco se fueron dando, dirigidos por Su Majestad el Rey y ejecutados por Adolfo Suárez hasta llegar a la celebración del referéndum sobre la Ley para la Reforma Política y las primeras elecciones generales de junio de 1977: cuarenta y un años después de las últimas celebradas en España durante la Segunda República, y precedidas por dos hechos de especial relevancia dada su delicada naturaleza: el atentado tardofranquista contra el despacho de abogados laboralistas de la calle Atocha de Madrid, el 24 de enero, y la legalización del Partido Comunista (PCE), el 9 de abril del mismo

año.

En lo que a mí se refiere, desde la segunda planta del edificio de Alcalá asistía como mera espectadora a todas estas transformaciones y acontecimientos que se vivían con especial intensidad en la capital de España, impotente ante la imposibilidad de participar activamente en estas consultas que iban a cambiar el destino de los españoles y, desde luego, el mío. Como todo el mundo sabe, hasta la aprobación de la Constitución de 1978, la mayoría de edad estaba fijada en los veintiún años, así que no había nada que hacer salvo esperar al año siguiente para introducir por vez primera mi voto en una urna electoral. ¡Y yo, muerta de ganas!

Indignada y frustrada, sí, pero no menos ilusionada ante un nuevo futuro que se hacía realidad con pasos de gigante, asistí como todos los ciudadanos a la celebración de unas elecciones ejemplares que tuvieron como resultado la victoria de la moderación: en primer término, la Unión de Centro Democrático (UCD) de Adolfo Suárez, seguida por el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), liderado por Felipe González. Una vez constituidas las nuevas Cortes se procedió al nombramiento de los miembros de la Ponencia Constitucional, encargada de redactar el nuevo texto que regiría desde ese momento la vida de los españoles, que seríamos llamados de nuevo a las urnas para su refrendo expreso.

No había un minuto que perder y demasiadas piezas que encajar, pero el entusiasmo podía con todo. El 25 de octubre de 1977, después de largas jornadas de negociación y redacción, Adolfo Suárez, como presidente del Gobierno de España, y los principales partidos políticos con representación parlamentaria, contando con la anuencia de las asociaciones empresariales y los sindicatos Comisiones Obreras (CCOO) y Unión General de Trabajadores (UGT), firmaron los Pactos de La Moncloa. Su objetivo era contribuir a la estabilización del proceso de transición al sistema democrático, además de instrumentalizar una política económica que hiciera de muro de contención a la imparable inflación, que ya alcanzaba el 47%. Como colofón al proceso, se aprobó la última amnistía general que liberaba a los presos políticos que aún quedaban en las cárceles.

Paralelamente, los funcionarios de la Secretaría fuimos dispersados y reubicados en otros Ministerios. Yo fui a dar con mis huesos a los servicios de una Comisión Liquidadora, dependiente de la Presidencia del Gobierno, cuya

misión consistía en dar carpetazo económico a los innumerables bienes y propiedades que el Movimiento Nacional había atesorado durante décadas.

Perdí de vista a las señoras del NODO y las cambié por mis nuevos compañeros: un grupo de diez hombres que parecían zombis salidos del Valle de los Caídos, con unos métodos de trabajo tan ancestrales como ellos mismos. Para una mujer joven y llena de esperanza en el futuro, no tenían mucha gracia ni la compañía ni la naturaleza del trabajo en sí. Yo no quería liquidar, lo que deseaba era crear, participar e integrarme en unas estructuras modernas y salir del baúl de los recuerdos que suponía mi entorno. Así que en cuanto surgió la oportunidad, no lo pensé dos veces. Una muy querida amiga, con la que había trabajado anteriormente, que compartía mi forma de pensar y conocía mis aspiraciones, me habló de la posibilidad de sumarme al equipo del flamante presidente del Gobierno, donde se necesitaba una «chica para todo». Ella ya formaba parte del reducido staff. La perspectiva a corto plazo consistía en una mejora en el sueldo, una tarea apasionante y mucho..., muchísimo trabajo. Tenía veintiún años, estudiaba el último curso de Psicología y mi vida entraba en una nueva etapa, una larga travesía que aún no ha terminado.

Adolfo Suárez González

Para hacer esta muralla, tráiganme todas las manos...

Nada más jurar su cargo como presidente del Gobierno, Adolfo Suárez abandonó la calle Alcalá. Se instaló en el palacio del Marqués de Villamejor, en el número 3 del Paseo de la Castellana, ocupando el mismo despacho que Carrero Blanco y Arias Navarro. Posteriormente se decidió su traslado al Palacio de la Moncloa por razones de seguridad, comodidad y espacio. Desde entonces el edificio acoge la sede de la Presidencia del Gobierno de España, a la vez que la residencia oficial del presidente y su familia.

Martes, 28 de noviembre de 1978. Por fin había llegado el día y, teniendo en cuenta el nerviosismo contagioso que amenazaba a toda la familia, mi padre decidió llevarme en su coche, haciéndome bajar anticipadamente para que llegase caminando hasta la verja de entrada del Palacio.

Aún no había amanecido y el tráfico era mínimo. Las aceras y los jardines aparecían cubiertos por una alfombra de hojas marrones y amarillas, procedentes de los álamos blancos que flanquean el paseo por la derecha. Estampa típica de otoño, en perfecta armonía con un día neblinoso y gris, como mi traje de franela, probablemente el único que tenía.

El guardia civil de la garita movió la cabeza, sonrió levemente cuando me identifiqué y me indicó el camino, no sin advertirme de que aún era temprano y que ni el secretario general ni ningún otro miembro de la Secretaría habían llegado.

Bien... Seguí las instrucciones y me interné en los jardines, que parecen más un parque en el que predominan cedros, cipreses y araucarias, chopos y acacias, además de los famosos plátanos que adornan el camino hasta el Palacio, cuya poda se realiza de tal forma que sus ramas se entrecruzan formando una bóveda vegetal de gran originalidad. Según un estudio reciente firmado por López Lillo, se concentran en este jardín ciento catorce especies diferentes de plantas, lo que lo convierte en un lugar de importancia inigualable para un botánico.

Finalmente llegué a mi destino, y la verdad es que el aspecto del edificio, con aquella luz y aquella bruma, era un tanto fantasmagórico. No se veía a nadie ni se oía nada, a excepción de las urracas y los mirlos que huían de los árboles a mi paso con enorme estruendo. Ni una luz en las ventanas. Cuando estaba a punto de subir los cinco peldaños de la escalinata para llamar a la puerta, escuché el motor de un autobús del Parque Móvil que se acercaba hacia mí y del que bajaron unas cuantas personas. ¡Alabado sea Dios! ¡Por fin, gente! Eran jardineros, ordenanzas y personal del servicio que enseguida me arroparon con una bienvenida entrañable y me invitaron a acompañarles a la cocina para tomar un café, ante lo temprano de la hora. Entramos por la puerta lateral, desde la que se accede a través de un reducido vestíbulo, tanto a las dependencias oficiales propiamente dichas como a esta parte de la casa que está en el sótano. Un pequeño ascensor subía también a la vivienda, situada en la segunda planta, y a las buhardillas, donde se encontraban los importantísimos servicios del Gabinete Telegráfico, encargados día y noche de las comunicaciones del presidente. Además, Amparo Illana, la esposa de Adolfo Suárez, disponía aquí de una minúscula oficina, desde donde atendía las obligaciones que se derivaban de su estatus. Poca gente sabe de la impagable labor que doña Amparo llevó a cabo en favor de la comunidad gitana, lo que le valió, años después, en 1996, el premio Romi Lachi («Mujer Buena») por su callado y eficaz servicio a los gitanos.

Cinco minutos y todos uniformados. Comenzaba la actividad; se organizaban los desayunos de la familia y los preparativos correspondientes a los menús de la jornada. Buen ambiente y profesionalidad fue lo primero que percibí en estas dependencias que conforman lo que no se ve, pero cuyo correcto funcionamiento es esencial para la buena marcha de la vida diaria del Palacio, de sus inquilinos y sus visitantes.

Agradecida por el recibimiento, me despedí y subí de nuevo hasta la puerta.

Como seguía sin ver a nadie, decidí salir otra vez a la calle e intentar el acceso por la puerta principal, ya abierta y con un coche oficial delante que esperaba a los niños para llevarles al colegio.

¡Ahora sí que estaba dentro! Ante mí y tras pasar el primer vestíbulo, me encontré en el segundo, que hace las veces de distribuidor de las distintas oficinas y dependencias. En el centro y sobre la alfombra, una mesa redonda con un gran jarrón de flores, y el resto de la decoración se componía de objetos del Patrimonio Nacional, de estilo neoclásico. A la derecha, la escalera y el ascensor, continuación de los que había visto en el sótano; inmediatamente después, el despacho del presidente, que en aquel momento se estaba limpiando. Frente a mí, el famoso Salón de Columnas, que no es ni más ni menos que el antiguo patio porticado y cubierto. Esta obra se acometió previamente a la visita del presidente de Estados Unidos, Richard Nixon, en 1970, con el fin de dotar al edificio de más espacio para albergar grandes séquitos. La reforma se completó con un cerramiento de vidrieras que permite una fantástica vista de la parte trasera y más privada del jardín, además de las columnas de piedra artificial, que son las que dan nombre al salón. A la izquierda, el despacho del secretario general y una salita de espera... Y eso hice, esperar.

Me senté en uno de esos sillones con telas adamascadas y estructura revestida de pan de oro, propios de los museos, el bolso sobre las rodillas; no me sentía cómoda y, aunque hacía calor, tampoco me atreví a quitarme la chaqueta. Los periódicos del día estaban sobre la mesa, así que decidí coger uno para informarme y distraerme a la vez. No me dio tiempo; la puerta se abrió de golpe y apareció el general Gutiérrez Mellado. Al levantarme, con el sobresalto, cayeron al suelo bolso y periódico. «¡Tranquila, hija, no se levante; siento haberla asustado!». Me sentí enrojecer y balbuceé palabras sin sentido. Providencialmente entró al quite el secretario general, José Coderch, quien sería mi jefe directo a partir de aquel momento. Después de darme los buenos días, me rogó que le esperase allí, mientras acompañaba al general al despacho del presidente, donde desayunarían juntos. Él y su familia también vivían en el complejo.

Cuando Pepe Coderch regresó, y para conocernos mejor, mantuvimos una conversación más bien personal. Era un hombre joven, diplomático de carrera, dinámico y atractivo, y muy, muy alto. Al presidente Suárez le gustaba rodearse

de gente joven y guapa, savia nueva e ideas frescas, para acometer una etapa de la historia de España tan incierta como apasionante. Enseguida conectamos y me contagió su entusiasmo.

Me acompañó al que sería mi lugar de trabajo en el futuro inmediato. Primer sartenazo: ante la falta de espacio, compartiría despacho con Julia Martínez Lafuente, la colaboradora más antigua y cercana al presidente, alguien por quien él sentía auténtica gratitud y veneración. Los dos trabajaron estrechamente con Fernando Herrero Tejedor y, según cuentan, este le hizo prometer a Suárez que siempre la protegería. Y así fue. El recibimiento por parte de Julia me resultó frío y distante, como si quisiera dejar claro que si yo estaba allí era en contra de su voluntad y que, desde luego, no era bienvenida.

Al otro lado del salón y bordeando las columnas por la izquierda, se llegaba al otro despacho, en el que trabajaba el resto de la Secretaría, compuesta por Charo, Marta y María del Pino, quienes se encargaban de los temas protocolarios, que en otros tiempos no fueron más que cuatro normas ceremoniales transmitidas de viva voz por Protocolo de la Casa Real, pues no había pautas marcadas y se funcionaba con el sentido común. Aquí sí que había un ambiente alegre y distendido; todas estaban en la treintena, así que yo era la niña. Charo me advirtió que la convivencia con Julia sería difícil, pero que la naturaleza de la tarea y el rodaje que de ella se derivaba valían la pena. El grupo se completaba con Inocencio Amores, una especie de asistente para temas más domésticos, asuntos propios de la familia, organización de los coches, helicóptero, y otros de ámbito personal.

Quedó claro que mi tarea principal consistiría en montar un archivo de documentación y correspondencia en el que se pudiesen localizar los papeles cuando se buscaran o cuando el presidente los necesitase, misión imposible por aquel entonces. Informes, carpetas y material de todo tipo se amontonaban en una habitación-armario totum revolutum. Nadie se había ocupado hasta entonces por falta de tiempo... ¡Sudores me dieron! Horas de fichas y expedientes constituirían mi futuro inmediato. ¿Y qué haría con las cucarachas? ¿Archivarlas en la C?

Mientras planificaba el trabajo, antes de que hubiera tocado un solo papel, se me avisó con énfasis del interés que despertaría la posible localización de un documento «histórico» al que todo el mundo se refería como el «papelito».

Cuentan que una vez el príncipe don Juan Carlos visitó Segovia y coincidió con Suárez, entonces gobernador civil de la provincia. La conversación que ambos mantuvieron derivó por tales derroteros que el príncipe llegó a interrogarle sobre su opinión respecto a lo que habría que hacer cuando se produjera la sucesión. Suárez, que lo tenía más que pensado, le entregó un papelito en el que se establecían las líneas maestras de la transición a la democracia, la devolución de la soberanía al pueblo, la elaboración de la Constitución, la amnistía y la legalización de los partidos políticos. Hablamos de finales de la década de los sesenta. Después, cuando el Rey llamó a Suárez para comunicarle su decisión y encomendarle la Presidencia del Gobierno, en sustitución de Arias Navarro, le dijo, sacando el papelito: «Es tu oportunidad». Aunque algunos niegan la existencia de ese plan, todo apunta a la confirmación de que el misterioso «papelito» existió. Lamentablemente, yo nunca lo encontré, aunque me advirtieron por activa y por pasiva de la importancia del hallazgo, si es que se producía.

Durante aquellos primeros días, toda la actividad se centraba en las actuaciones previas al referéndum que respaldaría la Constitución y cuyas previsiones daban una victoria de la respuesta afirmativa a la pregunta planteada. Mi primer encuentro con el presidente estaba a punto de producirse. Debí de parecerle muy joven, porque me preguntó mi nombre y mi edad, y yo le expliqué que era la primera vez que iba a ejercer como ciudadana mi derecho al sufragio y que por ello estaba muy excitada. Inocencio Amores andaba buscándole, porque Pedro, el peluquero, ya había llegado. Aquel corte de pelo a navaja que marcó tendencia... No cabía duda, Adolfo Suárez era el prototipo de hombre que representaba la imagen del nuevo español. Desde luego, ya me había captado a mí también, pasando inmediatamente a formar parte de su club de fans.

Parecía satisfecho, feliz. Tal vez en aquellos días estaba teniendo lugar el punto álgido de su mandato y el éxito de su misión se dejaba traslucir en aquella mirada suya tan peculiar. No hablo de unos ojos bonitos, sino de una manera penetrante de fijar la mirada, entre confiada y veloz, limpia y afectuosa; te hacía sentir que realmente estaba encantado de conocerte y que a partir de ese momento se consideraba tu amigo. Había otra manera de mirar, con tintes más varoniles, cuando compartía conversación con una mujer de su agrado. «¡Ya está poniendo ojitos!», decíamos nosotras. No cabía duda, Adolfo Suárez era un

seductor y las mujeres lo adoraban.

Me viene a la memoria la visita de la actriz italiana Gina Lollobrigida con motivo de la primera exposición de sus fotografías en una galería madrileña. El «todo Madrid» se dio cita con ocasión del acontecimiento y ella, agradecida, visitó al presidente del Gobierno en La Moncloa a título personal. Había que verle llevando de su brazo a esa supermujer, cubierta de espectaculares joyas y cuyo desparpajo la había llevado a lucir un abrigo de piel de color zanahoria que prácticamente barría el suelo. Era febrero y hacía frío, pero su generoso escote desafiaba sin pudor los rigores del invierno. Después de las fotos, vino el encuentro privado en el despacho a puerta cerrada, mientras que los compañeros del género masculino se quedaban con un palmo de narices y la baba colgando.

Estábamos en 1978 y tan solo unos días faltaban para el 6 de diciembre. Una nueva prueba se superaría con éxito y otra promesa cumplida a tachar en la lista. Los españoles tendríamos una Constitución que nos marcaría el camino. Pero el Ejército estaba vigilante, unas Fuerzas Armadas que entonces eran las de Franco y a las que se les acababa de desmontar la «Operación Galaxia», siendo encarcelados los cabecillas por unos meses, los mismos que tardaron en planear la intentona siguiente.

En aquellos tiempos, la Guardia Civil destinada en La Moncloa y responsable de la seguridad de sus instalaciones y personas realizaba prácticas y maniobras sobre el terreno y no era raro encontrar a los números escondidos por el jardín, tras los matorrales, apostados en los árboles y fuentes o avanzando agazapados hacia el Palacio. Los simulacros parecían tan reales que tenían tintes de auténtica veracidad. Los funcionarios solicitamos el cese de ese tipo de actividades después de los sucesos del 23-F con el fin de evitar situaciones de pánico.

Tras el referéndum constitucional y su exitoso resultado se sucedieron unos días de relajo y seudocelebración, en los que llovieron las felicitaciones desde dentro y fuera de España. Terminaba así un largo y sinuoso camino que había ocupado incontables horas de conversaciones, llamadas, reuniones y negociaciones de mucha gente que colaboró, desde sus respectivas responsabilidades, a este final feliz que más bien era un punto de partida para la vida en democracia.

Lógicamente, muchos fueron los documentos que tuve que organizar y

archivar relacionados con el texto constitucional y su proceso de elaboración, entre los que se encontraba un «Borrador para la Constitución Española», que constaba de unas treinta páginas y que se preparó dos meses y medio antes de las primeras elecciones generales de junio de 1977. El boceto aparecía fechado el 30 de marzo de 1977 y su autoría pertenecía a la Subsecretaría Técnica de la Presidencia del Gobierno, cuyo titular entonces era José Manuel Otero Novas, quien dibujó las líneas maestras junto con otros técnicos en la materia y, desde luego, de acuerdo con las indicaciones del propio Adolfo Suárez, a quien obsesionaba la armonía entre la España legal y la España real.

Muchas anécdotas y detalles relacionados con todos aquellos documentos anteriores a mi aterrizaje en La Moncloa me eran desvelados por los compañeros más antiguos ante la insistencia de mis preguntas. A este borrador se le llamó la «Constitución de Gades», porque cuando finalizó su elaboración, Otero y sus colaboradores decidieron celebrarlo y eligieron para ello un restaurante que por aquel entonces tenía Antonio Gades en Madrid.

Su Majestad el Rey sancionó la Constitución en sesión solemne y conjunta del Congreso de los Diputados y del Senado el 27 de diciembre, y se publicó en el Boletín Oficial del Estado el 29 de diciembre, para evitar el 28, festividad de los Santos Inocentes, fecha que se consideró poco seria para tan magno acontecimiento.

Recuerdo mi primera Navidad en La Moncloa con mucho cariño. Éramos una pequeña gran familia. No era raro que el mismo presidente compartiera charla y café con nosotros algún que otro día, que nos preguntara por nuestras familias y actividades fuera del trabajo y que se interesara por opiniones o sugerencias. Siempre tenía una palabra amable, y en más de una ocasión contestaba al teléfono si sonaba y no había nadie para atenderlo. Él mismo descolgaba y tomaba nota de los recados. Fumaba mucho, demasiado; entonces todos fumábamos demasiado, comía poco y siempre tiraba de la eterna tortilla francesa a la que añadían, por indicación de doña Amparo y bajo la supervisión de Pepe Higueras, el más fiel de los mayordomos, algo de relleno o una guarnición de ensalada o patatas fritas, que casi siempre acababa sin tocar en el plato.

Los Suárez tenían cinco hijos: Mariam, Adolfo, Sonsoles, Laura y Javier. En esos días de vacaciones escolares, los niños y su espontaneidad daban vida al

Palacio. Cada dos por tres, encontrábamos las bicicletas apoyadas a la entrada, los muñecos de las pequeñas por cualquier rincón y el árbol de Navidad sufría una metamorfosis casi diaria: la gran estrella lo mismo estaba en lo alto de la copa que atada con espumillón a la barandilla de la escalera, y los ángeles y papás Noel a veces abandonaban su hábitat natural para convertirse en soldados en formación antes de proceder a una encarnizada batalla.

Todos convivíamos bajo el mismo techo, por lo que no era de extrañar que hubiera una armonía casi perfecta entre la vida familiar y la laboral, teniendo en cuenta que ambas solo estaban separadas por una planta de la casa. Los chicos llegaban del colegio, y quién puede extrañarse de que un crío, que no entiende las razones que le obligan a esperar, se plante directamente en el despacho de su padre, teniéndolo allí mismo, para contarle o pedirle algo que él supone importante. Además, bajaban con frecuencia para hacer fotocopias o para pedirnos algún que otro favor relacionado con los trabajos escolares. Nosotros colaborábamos siempre de buen grado; nada más agradable que hacer un paréntesis en el trabajo, dedicar unos minutos a la relajada charla con un muchachito ocurrente y a la noble tarea de enseñar al que no sabe.

Hay que tener en cuenta que los hijos de los presidentes del Gobierno sufren una auténtica transformación en sus vidas mientras sus padres ocupan el cargo. Han de someterse a unas estrictas normas de seguridad que coartan su libertad e interfieren de lleno en su vida social. Mientras son pequeños, la situación no es traumática porque, en cualquier caso, los niños de corta edad lo que realmente quieren es estar con sus padres y eso es algo que se mantiene, independientemente del domicilio y del puesto de trabajo de sus progenitores. El tema se complica cuando los muchachos llegan a la adolescencia, y los problemas que se derivan del eterno enfrentamiento generacional se agravan con la situación de control férreo a la que necesariamente son sometidos. Entonces tiene lugar una verdadera conmoción familiar que, en algunos casos, puede llegar a convertirse en una etapa conflictiva que, lógicamente, dura bastante tiempo. Mariam y Adolfo, los hijos mayores de los Suárez, empezaban a entrar por aquellos años en esa etapa difícil. Pero la verdad es que para ellos fue llevadera y, en consecuencia, también para sus padres.

Pocos días antes de la Nochebuena y para celebrar las fiestas, decidimos almorzar todos juntos, a cuenta de la paga navideña, en el restaurante Portonovo,

cercano al complejo. El presidente excusó su asistencia, pero cuando estábamos terminando, ante la sorpresa de los presentes, apareció exclamando: «¡No pensaríais que me lo iba a perder!». Brindamos, reímos e incluso cantamos. Por cierto, era la primera vez que yo probaba las ostras y me sentaron tan mal que estuve dos días a manzanilla y arroz blanco, además de tener que soportar un sinfín de bromitas sobre mi burdo paladar y mi rústico estómago.

Pasaban los meses entre el trabajo y el estudio, al que cada vez dedicaba menos tiempo. Uno de mis más firmes propósitos desde el principio se centró en ganarme el respeto y el afecto de Julia Martínez Lafuente, que se mostraba inflexible en su postura e inamovible en sus planteamientos. Me prohibió usar el teléfono, tocar nada de su mesa, conectar el hilo musical, que entonces estaba muy de moda, escribir en su máquina IBM, abrir la ventana, etc. Yo no discutía una sola de sus órdenes; mi actitud era de absoluta sumisión y cada mañana le ofrecía una rosa o cualquier otra flor que cogía del jardín. Me interesaba por su anciano padre y me deshacía en elogios sobre su vestido o su peinado. «De acuerdo, Julia», «Lo que tú digas, Julia», repetía una y otra vez. Ella estaba cada vez más desconcertada con mi táctica, incluso mi jefe me bautizó como la «Ghandi de La Moncloa». Como no podía ser de otra manera, se produjo el desarme y Julia acabó por claudicar y por sentir verdadero afecto por mí. ¡Me consta! Guardo un entrañable recuerdo de aquella mujer, de la que tanto aprendí y que acabó muriendo sola en una institución, atacada por un despiadado cáncer de huesos.

Se acercaban las primeras elecciones generales constitucionales, que se celebrarían en marzo de 1979. Se preveía una confrontación electoral dura, con un Partido Socialista que contaba con una estructura cada vez más fuerte y unos planteamientos que calaban hondo en la sociedad, sin olvidar a las bases, que se movilizaban de manera organizada al son de las consignas de sus dirigentes. La UCD que lideraba Adolfo Suárez era una sopa de letras, una ensalada cuyos ingredientes se daban de tortas según qué temas y, para colmo, no había bases que movilizar. Por cierto, que cuando se creó la coalición, formada por dieciséis partidos, grupos y federaciones, su primera denominación quedó fijada como Centro Democrático. Fue idea de Leopoldo Calvo-Sotelo añadirle la palabra «Unión» por delante para reforzar la idea de cohesión.

Yo creo que durante aquellas semanas preelectorales del mes de febrero, el

presidente ya sabía que se iría en un futuro cercano. Así se lo comunicó a Helmut Schmidt, entonces canciller alemán, de visita oficial en España. Schmidt le vaticinó un furibundo ataque socialista, y él, que parecía adivinar el futuro inmediato, confesó a su homólogo que estaba seguro de que su peor enemigo no estaba entre las filas socialistas, sino dentro de su propio partido. Una vez superada la convocatoria electoral, se abriría la caja de los truenos.

Efectivamente, UCD era una merienda de negros que se mantenía como organización política exclusivamente por ser la única vía para hacer frente al resto de las fuerzas parlamentarias y conservar su posición de poder. Al presidente le llovían las puñaladas por todos los flancos y las turbulencias amenazaban con convertirse en un auténtico tsunami. Quien más y quien menos exigía la cabeza de Adolfo Suárez, en la absurda idea de que cambiando al conductor funcionaría el coche.

En vísperas de los comicios, los sondeos daban al PSOE como favorito, y esa perspectiva fue la que empujó a Suárez, aconsejado por sus colaboradores, a dirigir a los españoles un mensaje televisado, la verdad que con un cierto tufo de otros tiempos. El presidente leyó el guión y le horrorizó, pero el temor a la anunciada derrota terminó por imponerse y grabó el discurso más dramático que pronunció nunca, basado en el pronóstico del «Apocalipsis rojo» en el caso de que la izquierda se hiciera con el poder. Una izquierda que defendía el aborto libre y subvencionado por el contribuyente y que planeaba la desaparición de la enseñanza religiosa, así como la imposición de un sistema económico que caminaría sin remedio hacia el colectivismo y la autogestión. Con este tinte de viejo cuño, la UCD ganó la contienda electoral, pero la dirección del PSOE dio por terminado el consenso que se había practicado hasta entonces, desenterrando el hacha de una guerra sin cuartel.

Durante la campaña electoral, el presidente viajó por el país, manejando las riendas de su partido y del Gobierno. Aquel mes de febrero de 1979 estaba siendo especialmente frío, y Suárez enfermó de amigdalitis. Sus anginas estaban tan inflamadas que parecía que tuviera paperas y las placas de la garganta le producían fiebre alta. Su cara era un poema: demacrado, con unas ojeras de color oscuro casi negro y un dolor de garganta que le impedía pronunciar dos palabras seguidas. Emilio Vera, su médico, insistía en que debía guardar cama y tomar antibióticos, pero el presidente, ante la imposibilidad de seguir las instrucciones,

le pidió una alternativa. Solo cabía probar un remedio que fuera rápido y eficaz, uno de esos que se utilizan en los pueblos y que no se venden en las farmacias, pero que obraría el milagro y devolvería al presidente la compostura y el don de la palabra para cerrar la campaña debidamente. En la cocina se dispusieron a preparar el cocimiento, a base de vinagre, alcohol de quemar, eucalipto y algún otro ingrediente más sin identificar, que aplicarían directamente a la garganta del presidente, abriéndole la boca y levantando las pústulas por medio de un hisopo. Él bromeaba con el símil de Fraga y sus queimadas. ¡Aquello iba a doler! ¡Ya lo creo que dolería!

Con él, Pepe Higueras, el médico, doña Amparo y su cuñado Aurelio. Todos los demás tras la puerta cerrada del despacho con la oreja pegada esperando escuchar gritos y lamentos. No se oyó ni una queja ni un suspiro, pero cuando salió, sus ojos, esos ojos que irradiaban vida y optimismo, ahora aparecían mortecinos, enrojecidos, su rostro ajado, descompuesto, y la camisa húmeda por el sudor. Al día siguiente la fiebre había cedido y solo fueron necesarias unas gárgaras del mismo bebedizo.

En aquel tiempo teníamos siempre mucho que hacer y escaso margen para hacerlo, por lo que salíamos del Palacio en contadas ocasiones y, cuando lo hacíamos, únicamente pensábamos en regresar a casa. Lo peor del invierno había pasado, en lo meteorológico y en lo político, y empezábamos a agradecer pequeños paseos para gozar de los jardines en su esplendor de primavera. La opinión era unánime: trabajábamos en un lugar privilegiado, pero apenas lo disfrutábamos.

Dando la vuelta al Palacio, por su cara norte, está la zona más bella del jardín, y si uno se posiciona mirando en dirección a Madrid, puede contemplar la fachada menos conocida del edificio, la que no sale en las fotos. Cierto día, mientras los hijos del presidente jugaban en esta zona de los jardines, encontraron entre la vegetación, tapada por la tupida hiedra, la entrada a un pasadizo que iba a dar a la antigua mantequería de la duquesa de Alba. Según datos históricos, la calidad de la mantequilla que se hacía en este lugar era excepcional, lo que explica que la duquesa enviara expresamente cada día a una persona de su servicio a La Moncloa para que llevara el mencionado producto hasta el palacio de Buenavista. La reina Isabel II hizo lo propio durante su reinado, por lo que algunos documentos se refieren a este lugar como «la

mantequería de la Reina».

Tres eran los edificios que integraban el primitivo conjunto, además del Palacio de la Moncloa, que anteriormente se denominaba Palacio de Sora o Casa Pintada. Esto se debía a las pinturas que adornaban el edificio por dentro y por fuera en los tiempos en los que, según la leyenda, su propietaria, la decimotercera duquesa de Alba, se reunía en secreto, mal guardado, con Francisco de Goya. En realidad, el nombre actual lo tomó de los jardines, muy del gusto de los madrileños y, por entonces, propiedad del conde de Monclova. Todo se perdió durante la Guerra Civil, porque el Palacio quedó prácticamente destruido por los bombardeos. Los otros edificios son: el INIA, cuyas siglas denominan, aún hoy, el Instituto Nacional de Investigaciones Agrarias, y el edificio llamado de las «Semillas Selectas», sedes respectivas de la Vicepresidencia Primera del Gobierno, donde el general Gutiérrez Mellado tenía también su residencia familiar, y el Ministerio de la Presidencia. Además, dos edificios de menor tamaño completaban el conjunto, los anexos 1 y 2, en los que se ubicaban los servicios correspondientes al gabinete del presidente con sus distintos departamentos, que le proporcionaban asistencia y cobertura en primera instancia. Estos pequeños edificios se rehabilitaron con este fin, dado que en un principio se antojaron inservibles para albergar oficinas. Se trataba de una especie de laboratorios destinados a la investigación botánica. Eran naves de dos plantas que contenían salas con paredes de blancos baldosines, pilones y lavabos, que continuaban por la parte trasera con unos viveros típicos de cristal, adosados y abarrotados de plantas y macetas, todo ello abandonado y en estado casi ruinoso.

Con posterioridad a estas obras, las instalaciones fueron ocupadas por Alberto Aza y Eugenio Bregolat, quienes junto a Pepe Coderch formaban un sólido equipo diplomático, cuya tarea, de vital importancia, consistía en asesorar al presidente en política internacional, algo novedoso para España y sus dirigentes. Alberto Recarte, experto economista, ocupó otra zona, mientras que «los Aurelios» —Aurelio Delgado, cuñado del presidente, y Aurelio Sánchez-Tadeo— también se instalaron aquí para realizar una impagable labor de trámite y gestión de mil problemas que aquejaban a los ciudadanos, reclamando la ayuda e intervención del presidente para su solución, o bien atendiendo necesidades de imperiosa urgencia.

El último edificio del primitivo complejo se encontraba más alejado del núcleo y fue el único que siguió perteneciendo al Ministerio de Agricultura durante años, hasta su posterior anexión a la Presidencia; es el que hoy ocupan los servicios del portavoz del Gobierno.

Como nos encontrábamos apartados del centro de la ciudad, con los inconvenientes que esto conlleva, contábamos en el recinto con un servicio médico que ocupaba la planta baja del primer anexo. Pequeño pero eficaz, atendía las necesidades sanitarias más perentorias del personal, que comenzaba a aumentar en número. Debido a la naturaleza de las actividades a las que los edificios fueron destinados con anterioridad, se llevaban a cabo con periodicidad labores de fumigación y desinsectación, que coincidían con los fines de semana. Puertas, archivos, armarios y cajones debían quedar abiertos para que la operación fuera eficaz, excepto en los mencionados servicios clínicos, donde no era posible su ejecución pues se trataba de una zona con material médico y farmacéutico que debía permanecer estéril. Conclusión: los lunes, después de la batida, la clínica se convertía en el cementerio donde iba a morir una variada fauna que habitualmente nos acompañaba en la sombra sin nosotros saberlo.

Por lo demás, el complejo limitaba con la carretera de La Coruña, la carretera de Castilla y la avenida Martín Fierro, que conduce hacia el Puente de los Franceses, todo ello atravesado por una arteria abierta al tráfico sin restricciones. Es decir, medidas de seguridad nulas, pero con una acusada sensación de aislamiento.

La integración era total entre los miembros del equipo, una verdadera simbiosis que nunca más se volvió a dar. Tanto es así que para nuestras comunicaciones internas dentro del propio Palacio existía una red de interfonos basada en un sistema similar al de los porteros automáticos de los bloques de pisos. Cada despacho o zona del edificio disponía de un aparato con un número adjudicado. Así pues, cada cual pulsaba el número correspondiente a la persona o servicio con el que quería hablar. Como es lógico, mientras se establecía la comunicación, los canales permanecían abiertos, por lo que las conversaciones entre el emisor y el receptor no tenían en absoluto carácter privado, sino que podían ser escuchadas por cualquiera de las personas que estuvieran cerca o de paso por alguno de los puntos de conexión. En resumen: exquisito cuidado con las risas escandalosas, los comentarios desafortunados o las críticas de fondo o

forma que podían llegar a oídos del interfecto en tiempo real. Una vez el presidente escuchó a las compañeras de Protocolo, que se habían dejado el canal abierto, hacer comentarios jocosos sobre la embarazosa situación de un embajador que había visitado el lavabo y había olvidado cerrar la cremallera de sus pantalones. Ellas aseguraban que semejante descuido aparecería en las fotografías oficiales de la visita, por lo que se verían obligadas a cortarlas de cintura para abajo. Pino y Marta sí que se quedaron cortadas por el eje cuando escucharon la voz del presidente al otro lado del aparato: «¡Señoras, por favor, tengan mucho cuidado con lo que cortan y cómo lo cortan!».

Tanto en el despacho del presidente como en el del secretario general, además de los habituales teléfonos de varias líneas, dos teléfonos especiales se disponían en una mesita aparte, infligiéndoles un carácter extraordinario. Uno era de color gris y el otro rojo. El rojo interconectaba a las más altas instancias del Estado, encabezadas por Su Majestad el Rey, el presidente del Gobierno, los vicepresidentes y ministros y los presidentes del Congreso y del Senado, más el del Tribunal Supremo. Por el aparato gris entraban las llamadas provenientes de los Gobiernos Civiles de todas las provincias, a fin de comunicar con urgencia sucesos de gravedad o importancia, como accidentes, catástrofes naturales o atentados terroristas, que lamentablemente se producían un día sí y otro también. Otras comunicaciones tenían un origen internacional, en el supuesto de que otro jefe de Estado o de Gobierno deseara hablar con el presidente. Si este no se encontraba en el Palacio por un viaje o un acto oficial, los miembros de la Secretaría, por turnos, montábamos una especie de guardia en el despacho de Pepe Coderch con el fin de atender esas llamadas. Por ello era bastante habitual tomar directamente recados de importancia o confidencialidad, siendo algunos de nosotros los primeros en tener conocimiento de las últimas noticias o acontecimientos. Después venía lo más difícil: hacer llegar los mensajes a sus verdaderos destinatarios con rapidez y discreción, lo que en absoluto era tarea fácil.

Por medio de unas clavijas se hacían sonar los teléfonos en uno u otro lugar, a sirenazo limpio y con un juego de luces que se encendían y apagaban a modo de ambulancias. Cuando aquello se ponía en marcha, recordaba a las escenas de las películas bélicas en las que los avisos de bombardeos alertan a la población para que se ponga a cubierto. Por todo ello no era extraño entrar en

comunicación directa con mandatarios extranjeros, en especial latinoamericanos, debido a la diferencia horaria. Recuerdo bien que el entonces presidente de Panamá, Arístides Royo, con quien mantuve varias conversaciones, preguntaba siempre por mí o me mandaba saludos con los compañeros.

Lo peor de todo..., los mensajes relacionados con el terrorismo, que en aquellos años castigaba al Gobierno y a toda la sociedad española de forma implacable. Secuestros, asesinatos, bombas y explosiones estaban a la orden del día. ETA entonces disponía de estructura estable y comandos itinerantes que actuaban de manera casi impune donde y cuando querían. No hay que olvidar que durante esta etapa de transición, la totalidad de los nacionalistas vascos se negaba a emplear el término «terrorismo» para designar a ETA y sus acciones, cuando las cifras, por sí mismas, eran capaces de horrorizar al más flemático: veintiséis muertos en 1975, veintiuno en 1976 y veintiocho en 1977, pasando después a otras mucho más altas: ochenta y cinco en 1978, ciento dieciocho en 1979 y ciento veinticuatro en 1980. El Ejército, uno de sus principales objetivos, se revolvía en sus despachos ante los acontecimientos y acusaba al Rey de pusilánime y al Gobierno de falta de autoridad ante la complicada situación vasca, que de seguir por ese camino, acabarían por llevar a España al caos con tal de perpetuarse en el poder.

Yo entonces tenía novio, y él aún no había cumplido el servicio militar debido a las prórrogas por estudios. Así que vimos el cielo abierto y, aprovechando una ocasión propicia, le pedí al general Gutiérrez Mellado un enchufe para que pudiera hacer la mili en Madrid, en un destino más o menos cómodo que le permitiera continuar con sus estudios y actividades. Dicho y hecho. El periodo de instrucción como recluta lo hizo en Colmenar Viejo y después pasó a la Escuela Superior del Ejército, en pleno Paseo de la Castellana. ¡Estupendo! Pero allí no se hablaba de otra cosa que de planes para tomar La Moncloa, de derrocar a un Gobierno de traidores que debía recibir su merecido, y mi novio «el del rosco» —calificativo proveniente del símbolo de UCD que consistía en un doble círculo, la mitad verde y la mitad naranja— hizo más guardias que pelos tenía en la cabeza. Su situación cambió porque, coincidiendo con el 20-N, subió con los demás compañeros al Valle de los Caídos para conmemorar la fecha. A partir de entonces su rutina militar se suavizó considerablemente, aunque en lo personal estaba horrorizado, pues comprobó

que aquello no era ruido de sables, sino una verdadera sinfonía de tanques y pistolas en manos de gente muy peligrosa. Además, la política de nombramientos seguida por el general Gutiérrez Mellado levantaba ampollas entre los mandos del Ejército, teniendo en cuenta su estereotipada visión jerárquica del escalafón, que ahora el vicepresidente se saltaba a la torera cuando las circunstancias así lo aconsejaban. Especialmente polémicas fueron las designaciones del general Gabeiras como jefe del Estado Mayor y la del general Ibáñez como director general de la Guardia Civil. El descontento y las protestas subían de tono de día en día y el vicepresidente era objeto constante de enfrentamientos e insubordinaciones que sufría en silencio, sin que tales acciones mereciesen medidas disciplinarias, ni tan siquiera una condena moral. Incluso se llegó a hablar de depuración encubierta, puesto que los más adeptos al antiguo régimen eran destinados lejos de los centros de poder y decisión en una operación progresiva de lavado de cara de las Fuerzas Armadas.

Cierto día, durante una conversación con escasa confidencialidad, escuché al presidente interrogando al general sobre la situación en los cuarteles y la verdadera filiación de sus mandos. El presidente preguntaba con insistencia sobre el número exacto de auténticos partidarios, de demócratas que apoyaban la acción del Gobierno: «Pero Manolo, dime de verdad cuántos somos». Y el general, levantando los hombros, contestó: «Seguros, seguros, dos: tú y yo». ¡Así andaban las cosas!

Paralelamente, los GRAPO y el FRAP, como organizaciones antifascistas y marxistas-leninistas, extorsionaban, secuestraban y asesinaban militares, policías o miembros de la Guardia Civil. A mayor abundamiento, otros grupos terroristas de corte independentista también actuaban con objetivos parecidos; las Fuerzas Armadas Guanches (canarios) y Terra Lliure (catalanes) también campaban por sus respetos. Este último grupo no desapareció hasta 1995. Otros grupúsculos de extrema derecha neofascista, que usaban nombres como Alianza Apostólica Anticomunista, Grupos Armados Españoles, Guerrilleros de Cristo Rey o el Batallón Vasco Español, tampoco iban a ser menos. En fin, un número considerable de individuos que vivía al margen de la ley haciendo todo lo posible para que España no llegara nunca a mostrarse a los ojos del mundo como un país serio, en cuyos dirigentes se podía confiar y con unas legítimas aspiraciones de democracia, libertad y modernidad respaldadas por una

ciudadanía decidida.

El 3 de abril de 1979 se celebraron las primeras elecciones municipales democráticas en España. La UCD perdía fuerza y, aunque fue el partido más votado, el PSOE obtuvo la victoria en las ciudades más importantes, como Madrid, Barcelona, Valencia y Sevilla. El indudable revés se asumió con relativa deportividad, basando el análisis del resultado adverso en la tónica general de las capitales europeas, donde siempre los comicios municipales se posicionaban más a la izquierda que los generales, sin olvidar una abstención del 40%.

Después de la Semana Santa de 1979, parecía que el futuro inmediato nos depararía unos meses de cierta paz, sin acontecimientos de especial relevancia o urgencia, hasta después del verano, momento en el que se acometería la recta final de la elaboración de los Estatutos de Autonomía de Cataluña y País Vasco, que ya se confeccionaban en sus respectivas comunidades. Sin duda, este era el momento en el que tenía que aprovechar para preparar exámenes, intentar aprobar el último curso y dar por terminada la carrera, que en aquellos momentos suponía más una carga que un placer.

Me embarqué en una auténtica carrera contra el tiempo. Dejé de comer, de dormir, me mantenía a base de café y tabaco, y llegué a echar mano de alguna que otra pastillita que me ayudara a conseguir el objetivo; el fin justificaba todos los medios. Finalmente superé en junio todos los exámenes y me licencié en Psicología. ¡Me sentía la mujer más afortunada de la Tierra! Todos felices y contentos. Entonces empecé a sentirme mal, cada vez peor. Los excesos me pasaban factura, y antes de un mes me vi obligada a ingresar en el hospital Gregorio Marañón, donde me sometieron a una cura de sueño. Me tuvieron en off durante una semana y tras cincuenta mil pruebas, empalmé con unas vacaciones a base de reposo, aire puro y dieta sana, vitaminas y reconstituyentes a tutiplén. ¡Vamos, que ni la tercera edad!

El apoyo y el cariño que recibí en aquellos días críticos por parte de mis jefes y compañeros superaron todas las previsiones y nunca olvidaré el caluroso recibimiento de que fui objeto cuando reingresé al servicio activo.

Por estas fechas un terrible suceso conmocionó a la opinión pública nacional e internacional. El 26 de mayo, la cafetería madrileña California 47, de clientela notoriamente de derechas, volaba por los aires como consecuencia de una bomba colocada por los GRAPO, con un saldo de nueve muertos y sesenta y un heridos.

Un nuevo golpe a nuestra incipiente democracia y a la estabilidad del nuevo sistema.

Con el verano llegaron también las vacaciones para el presidente y su familia, que este año, como el anterior, tendrían Mallorca como destino. Allí se desplazaron con poco séquito, más un plan y muchos papeles que habrían de ayudar al presidente a preparar la hoja de ruta adecuada para acometer la siguiente etapa, poseedora de nuevas particularidades.

La tarea más importante, aparcada hasta después de la convocatoria electoral y en función, claro está, de los resultados, era la puesta en marcha de una ofensiva en el exterior sin precedentes que allanara el camino para alcanzar un puesto en la comunidad internacional, algo que nos había sido negado durante décadas. No olvidemos que, además de poner en orden nuestra casa, debíamos integrarnos cuanto antes en las estructuras internacionales que nos eran propias. El presidente tomó personalmente las riendas de las negociaciones. Pero no sería justo obviar la labor llevada a cabo por Marcelino Oreja y Leopoldo Calvo-Sotelo, titulares de Asuntos Exteriores y de Relaciones con las Comunidades Europeas, que también tenían muy clara la visión de conjunto. Europa era en realidad tres Europas, interrelacionadas de tal manera que no se sostenía la pertenencia a una sin formar parte de las otras dos. Tres eran las instituciones: Mercado Común, OTAN y Consejo de Europa, como tres eran las características: económica, defensiva y política. En primera instancia, lo más fácil: ingresamos en el Consejo de Europa el 24 de noviembre de 1977, con el compromiso del presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, los presidentes de las Cortes y los líderes de la oposición de izquierdas de que dotarían a España de una Constitución democrática que aún no estaba ni siquiera elaborada. Es decir, España ingresó en el Consejo de Europa bajo palabra de honor.

Internamente, Suárez había congelado la decisión de integrar a España en la OTAN ante la imposibilidad de consensuar la cuestión con la izquierda, con el agravante de que Washington supeditaba este extremo a cualquier otro movimiento de la diplomacia española. El Gobierno norteamericano quería una España segura y estable, sometida a sus dictados, integrada en la OTAN y dócilmente alineada en la confrontación de los bloques.

Ciertos movimientos del Gobierno español, como el viaje oficial a Cuba de Suárez para invitar a Fidel Castro a visitar España, o el recibimiento en Madrid,

en 1981, de Yasir Arafat con honores de jefe de Estado, y monumental abrazo con pistolón al cinto incluido, se salían lisa y llanamente de la tónica esperada y no compartida por ningún otro país de la Europa comunitaria.

En el ámbito nacional había que afrontar una nueva tarea de especial dificultad, porque, a mi juicio, si algo nunca ha calado con la convicción deseable en la ciudadanía ha sido el Título VIII de la Constitución, que determina el sistema de organización del Estado en comunidades autónomas y las consecuencias que de ello se derivan: las diferencias entre unas y otras, tanto en los grados de autonomía como en su capacidad para influir en la toma de decisiones a nivel nacional. Desde el primer momento esas diferencias se pusieron de manifiesto y los primeros Estatutos de Autonomía que se aprobaron y refrendaron fueron los de Cataluña y País Vasco, cuyas Leyes Orgánicas 3 y 4 de 1979 se publicaron en el Boletín Oficial del Estado, en el mes de diciembre, de manera consecutiva. Los demás caminaron por otra vía más lenta y el agravio comparativo quedó claro desde el principio. Aunque los procesos de elaboración de los textos tuvieron lugar en sus respectivos territorios, los últimos toques se realizaron en Madrid. Durante algunas semanas trabajamos codo con codo con los «autonómicos», lo que supuso una experiencia muy interesante, porque desde la Secretaría fuimos testigos de interminables debates respecto de artículos y epígrafes, y asistimos en directo a un proceso de especiales características. Tomábamos notas sobre la marcha, a mano o a máquina, tachábamos, repetíamos, volvíamos a tachar, y en alguna ocasión, cuando el bloqueo era mayúsculo, nos pedían opinión.

Con todo esto, lo que quiero dejar patente es que la participación de los trabajadores en todas las tareas era total y la confianza, plena; formábamos parte del engranaje, cada uno desde su puesto y todos, todos, éramos importantes. Cuántas veces escuchamos al presidente darnos las gracias por nuestra colaboración y cuando le felicitábamos por alguno de sus éxitos, él siempre añadía que sin nosotros nunca habría sido posible.

Son muchas las personas que a base de rascar en la memoria siguen apareciendo mientras escribo esta peculiar historia. He olvidado su nombre, pero uno de los «funcionarios» que nos visitaba regularmente era el «falsificador», como le llamábamos nosotros. Como cualquiera puede imaginar, son muchas las cartas, documentos oficiales, textos legales, etc. que el presidente ha de firmar,

además de fotografías, libros, banderas y un sinfín de objetos que los ciudadanos desean que les dedique. Si el presidente tuviera que realizar esa labor personalmente, no habría horas al día que le permitieran cumplirla, además de hacer su trabajo, recibir audiencias, visitas, viajar al extranjero, preparar intervenciones, elaborar normas legales y reservar tiempo para su familia y su descanso. Por ello y ante la falta de alternativa, figuraba en la plantilla un pendolista, una especie de imitador que, periódicamente, cumplía con ese cometido. Nosotros preparábamos en carpetas todo lo rutinario y lo almacenábamos hasta su visita. Él venía, lo firmaba y se marchaba hasta nuevo aviso. Su autógrafo era idéntico al del presidente o al de cualquier persona que tuviera que imitar. Su aspecto era un tanto siniestro y la rumorología decía que había cumplido condena por falsificar cheques. La verdad..., muy normal no era, no. Hoy todo esto es impensable, ya que existen máquinas que mediante un programa reproducen la firma a imitar con extraordinaria precisión y seguridad.

Finalmente, los Estatutos de Cataluña y del País Vasco fueron aprobados en referéndum y elevados al rango de Leyes Orgánicas en diciembre de 1979, a la vez que otras comunidades reclamaban, por vías no siempre del todo pacíficas, su cuota de autogobierno. Especialmente virulento fue el proceso autonómico andaluz.

Las críticas, provenientes tanto de la patronal como de los sindicatos, al programa económico del Gobierno eran demoledoras, la estabilidad política del país se tornaba cada vez más difícil y el clima de normalidad en el juego parlamentario entre Gobierno y oposición rozaba en algunos momentos la ingobernabilidad más absoluta. Santiago Carrillo, desde su escaño, no dejaba de pedir con insistencia un «Gobierno de concentración nacional». La consecuencia inmediata de esta situación fue el consenso entre UCD y PSOE, a fin de «imponer democráticamente» en el Parlamento las principales leyes que debían desarrollar la Constitución. Así salieron adelante la Ley del Tribunal Constitucional, el Estatuto de Radio Televisión Española (RTVE), el Estatuto de los Trabajadores, la Ley de Seguridad Ciudadana o la Ley de Autonomía Universitaria.

Pero la protesta popular contra estos métodos se agudizaba con el paso del tiempo y miles de trabajadores se manifestaban contra los topes salariales pactados entre patronal y sindicatos. El 13 de diciembre, en el curso de una

manifestación, dos estudiantes murieron como consecuencia de una carga policial. La crispación era total, como lo era también el divorcio entre la política oficial y la calle.

Como guinda del pastel, un mal día, exactamente el 22 de febrero de 1980, el terrorismo, que no daba tregua, se nos acercó demasiado con un claro propósito de aviso. Aquella noche, desde un edificio contiguo al complejo presidencial, entonces vacío, que se conoce como «la corona de espinas», se lanzó una granada anticarro contra el Palacio. Según los expertos consultados, estaba en condiciones de atravesar los muros de hormigón. Afortunadamente, la consecuencia se redujo a un boquete en el jardín. Aunque el Gobierno, a través de su portavoz, Josep Meliá, restó importancia al incidente, la intentona confirmó las condiciones de indefensión en las que se encontraba la Presidencia del Gobierno, sus dependencias y su personal. Recuerdo que la «zona cero» quedó recompuesta en menos que canta un gallo con el fin de que el incidente se olvidara cuanto antes y evitar así la psicosis de cara al futuro.

Desde Josep Tarradellas hasta Felipe González, pasando por Fraga Iribarne, advirtieron al Rey de la gravedad de la situación y de la urgente necesidad de renovar la cabeza del Ejecutivo ante el desgobierno que imperaba en el país. En este contexto, el PSOE, aún consciente de que matemáticamente no prosperaría, presentó una moción de censura al Gobierno el 21 de mayo de 1980. Aprovechando la retransmisión de los debates, los ponentes socialistas asediaron sin tregua a un presidente del Gobierno manifiestamente mermado e incapaz de defenderse dignamente.

Aquellos fueron días de gran tensión; la preparación de las contrarréplicas se llevó muchas horas de trabajo, con el convencimiento generalizado de que cuanto hiciéramos no contrarrestaría los efectos de una batalla que, aunque se ganara legalmente, se iba a perder moralmente. Días y noches largos en los que, cada uno en nuestro puesto, copiábamos cuanto nos dictaban Josep Meliá, Fernando Abril y todos los miembros del Gabinete del presidente, que iban y venían de un despacho a otro, hablaban por teléfono sin parar, pedían informes, recogían faxes. Todo el material que se desechaba por inservible acababa en el suelo para evitar confundirlo con las páginas y fichas que finalmente se daban por válidas. Llegó un momento en que era difícil caminar... Y el presidente..., un Adolfo Suárez cansado, empequeñecido por las continuas traiciones,

desprestigiado y vilipendiado por casi todos. Pero ya se sabe que del roce nace el cariño y nosotros le queríamos, a pesar de sus errores y defectos.

Desde el principio nos empeñamos en la empresa común de hacerle sentir nuestro apoyo, de transmitirle, a través del afecto, la confianza en que seguía siendo el mejor pastor para el rebaño. Pero no lo conseguimos. Él lo agradecía con una triste sonrisa y una mirada cargada de profunda amargura.

Como todos sabemos, UCD ganó la votación, pero la incapacidad de Suárez para seguir al frente del Gobierno se puso irremediablemente de manifiesto. La cacería acababa de empezar y él lo sabía.

Y en esto llegó el amigo americano, a lo Bienvenido Mr. Marshall, porque los Gobiernos estadounidenses, no nos engañemos, siempre nos trataron como a parientes pobres. Corría el 25 de junio de 1980 y, en honor a la verdad, habría que decir que Jimmy Carter se encontró con una España emergente, un pueblo al que le faltaba cultura política y académica, que vivía al margen de los foros de decisión internacionales, con estructuras bananeras, además de un Gobierno en horas bajas que no acababa de tener claro cuál debía ser nuestro lugar en Europa y en el mundo.

La visita duró exactamente veintiuna horas en las que, aparte de las reuniones y entrevistas de trabajo, hubo tiempo para la cultura y el deporte, además del indudable placer que proporciona la comida española, de la que los Carter dieron buena cuenta. Tan bien se lo pasaron que se autoproclamaron «padrinos» de la incorporación española a las instituciones occidentales, según explicaba en su crónica José María Carrascal, corresponsal de TVE en Nueva York. Pero Carter tenía los días contados en la Casa Blanca y ya sentía en la nuca el aliento de Ronald Reagan, al que se daba como su seguro sucesor en la Presidencia norteamericana. En consecuencia, todos teníamos la certeza de un giro radical en ciernes respecto de la política exterior americana y de Occidente. Pero hay un razonamiento incuestionable: el poder y el peso de Estados Unidos en el mundo son siempre superiores a los de sus presidentes.

Durante su estancia en Madrid, Jimmy Carter no renunció a su habitual ejercicio de jogging, que llevó a cabo a las seis y cuarto de la mañana en el parque del Retiro. Recorrió diez kilómetros a buen ritmo, entre fuertes medidas de seguridad, y demostró tener una excelente forma física.

La verdad es que Adolfo Suárez nunca sintió la menor inquietud deportiva.

Menos mal que el pabellón español quedó dignamente defendido, en lo que al terreno atlético se refiere, por el ministro de Asuntos Exteriores. Marcelino Oreja, avezado tenista, vapuleó al consejero para Asuntos de Seguridad norteamericano, señor Brzezinski, en un partido disputado en las pistas del Palacio de la Moncloa, mientras se celebraba la entrevista Carter-Suárez.

No puedo por menos que describir brevemente la llegada de Carter a Moncloa, que, al echar la vista atrás, parece sacada de una película de Almodóvar. El presidente norteamericano viajaba a bordo del Rolls Royce de Franco, aún en activo, seguido de una caravana de innumerables carros americanos como los que vemos en el cine made in Hollywood, muchos motoristas, muchas banderas, una ambulancia, más coches y más parafernalia. Un buen número de curiosos y funcionarios del propio complejo, entre los que me incluyo, nos habíamos situado a ambos lados de la calle para no perder detalle del espectáculo, cuando, al abandonar la carretera de La Coruña y tomar la entrada al complejo presidencial, el autobús F de la Empresa Municipal de Transportes (EMT) se intercaló en la comitiva, exactamente delante del autocar que transportaba a los periodistas y corresponsales de Estados Unidos y de otros países que cubrían la información de la visita... Pero el autobús tenía que realizar sus paradas establecidas, la última justo antes de la puerta del Palacio, para luego tomar la calle de la izquierda, que conducía al Consejo Superior de Deportes y a la avenida Martín Fierro. Los periodistas, atascados detrás del autobús, no paraban de hacer aspavientos, gestos amenazadores y vociferaban, en inglés, claro está, con tal vehemencia que, aún desconociendo el idioma, se adivinaban los improperios y exabruptos dirigidos al conductor del vehículo municipal. Este, sin cortarse lo más mínimo, amén de otras lindezas que no viene al caso reproducir, gritó por la ventanilla: Yankees go home!... ¡Madre mía! ¡Seguro que era lo único que el paisano sabía decir en la lengua de Shakespeare y encima se lo habrían enseñado en el sindicato el día anterior! Ante la posibilidad de un incidente diplomático, Josep Meliá, templando gaitas, prometió distribuir a todas las agencias las fotografías de la llegada y del saludo entre presidentes, momento solemne al que únicamente asistió el fotógrafo de La Moncloa. Alguien se ocupó al día siguiente de hablar con quien fuera menester en el Ayuntamiento para que el dichoso autobús F modificara su recorrido para siempre.

Después de sopesar cuidadosamente los pros y los contras, Carter también se

entrevistó con Felipe González, dando muestras de la tranquilidad con que Estados Unidos se enfrentaba a un eventual Gobierno socialista en España.

Bueno, pues eso... Final feliz. Carter pudo explicar a su hija Amy Lynn las cualidades de El Greco, su pintor favorito, sobre los originales del Museo del Prado y ejercitarse con el español, único idioma extranjero que hablaban él y su esposa Rosalynn, y que practicaban juntos leyendo todas las noches la Biblia en castellano.

Corría el 7 de julio de 1980, festividad de San Fermín. En una finca que el Ministerio de Obras Públicas tenía en Manzanares el Real se celebró la reunión habitual y periódica de la Comisión Permanente de UCD. Era este un órgano que Suárez se vio obligado a crear para saciar los afanes de protagonismo de los jefes de filas de las distintas familias centristas que, no formando parte del Gobierno, reclamaban su cuota de poder. El orden del día, el clásico: perspectivas políticas, análisis de la situación y funcionamiento del partido. Falso: el objetivo real, someter a discusión y votación el liderazgo de Adolfo Suárez en su presencia.

Joaquín Garrigues, representante del sector liberal y, quizá, el poseedor del discurso más claro y «sin pelos en la lengua», le dijo al presidente con rotundidad: «Vamos a hablar a calzón quitado. Entre tú y Abril se ha producido una concentración de poder desproporcionada. No estoy de acuerdo en absoluto en cómo se lleva el Gobierno, el partido y el grupo parlamentario, así que si yo te respaldo es para estar a pachas. El pastel hay que repartirlo».

Fue entonces cuando el presidente aceptó que se cuestionara su jefatura, pero también explicó que si el comportamiento de UCD no cambiaba radicalmente y sus barones no abandonaban las actitudes que estaban debilitando al partido, él podría presentar su dimisión irrevocable. A continuación, Suárez abandonó la reunión para que el sanedrín ucedeo pudiera debatir libremente y tomar una decisión, que se resumía bien en la idea de Pío Cabanillas ante la enorme dificultad y el alto riesgo que suponía la sustitución de Suárez: «Dadas las circunstancias, lo más sensato es potenciarle al máximo y ponerse debajo de su paraguas».

A pesar del continuo desgaste al que era sometido, Suárez creyó que tras esta reunión había conseguido, al menos, taponar las principales vías de agua que se abrían en el partido y en su propia dirección. Pero se equivocó completamente.

Sin lugar a dudas, 1980 fue un annus horribilis para Adolfo Suárez, a quien,

por más que se empeñaba, no le salía nada a derechas: «Hasta las meigas han hecho algún conjuro para que no gane ni al mus», le decía a Pepe Higueras, su eterna pareja de juego, mientras veraneaba en O Grove con su familia.

Por cierto, que las vacaciones de los presidentes del Gobierno siempre han sido objeto de polémica en una doble vertiente. En primer lugar, en lo relativo a su financiación. España es el único país europeo donde las vacaciones del primer ministro se financian vía Presupuestos Generales del Estado. En segundo lugar, en lo relacionado con las consecuencias que se derivan de la cesión, por parte de empresarios, políticos o personajes conocidos, de fincas, yates o propiedades para el disfrute estival de los dirigentes del país y el precio que este tipo de favores podría con posterioridad ser exigido a cambio.

En 1977, el promotor inmobiliario canario Antonio van de Walle invitó al presidente y a los vicepresidentes Gutiérrez Mellado y Abril Martorell a su casa de Begur, en la Costa Brava, así que los tres máximos responsables del Ejecutivo y sus familias veranearon juntos. ¡Cómo sería la casa!

Los dos años siguientes, Suárez pasó sus vacaciones en Mallorca, utilizando un Mystère de la Aviación Civil para sus desplazamientos a la isla, mientras que el último de su mandato lo hizo en tierras gallegas.

Según llegó al municipio pontevedrés, saltó la noticia, que hasta entonces nadie había destapado, de que la finca La Atlántida, cedida al presidente para su descanso vacacional y propiedad del constructor Raimundo Vázquez, había sido construida sin licencia municipal y sin que existiera constancia de que el Ministerio de la Vivienda otorgara los oportunos permisos. Según se denunció en su momento, la propiedad ocupaba terrenos de monte, con delimitación y superficie poco claras, además de haber eludido los tributos municipales que le correspondían hasta aquel momento.

En fin... la atormentada vida de Adolfo Suárez era un cúmulo de despropósitos. Estalló una nueva crisis del petróleo, que elevó de nuevo y de forma desmesurada tanto la tasa de inflación como el paro. El terrorismo, como ya hemos dicho, vivía su momento álgido, y en el seno de la UCD cada facción campaba a sus anchas, sin tener en cuenta la línea política del partido que, por otro lado y siendo sinceros, tampoco existía. Los socialdemócratas, con Francisco Fernández Ordóñez al frente, actuaban como submarinos del PSOE, manteniendo a la oposición informada de cuanto ocurría dentro. Por otro lado,

los democristianos, liderados por Miguel Herrero, se habían puesto a trabajar en la operación «acoso y derribo» como mejor opción para sus intereses.

Dado el desbarajuste nacional, los contactos entre PSOE y UCD se intensificaron, bajo la coordinación de Fernando Abril Martorell y Alfonso Guerra, tendentes a buscar una solución de futuro aceptable para ambas formaciones políticas. Como no podía ser de otra forma, cuando el presidente se enteró de que estas maniobras estaban ocurriendo a sus espaldas, acometió una crisis de Gobierno, la segunda que tuvo que resolver en el transcurso del año, la primera en mayo y esta en septiembre, cesando en este séptimo y último de sus Gabinetes al mismísimo Fernando Abril, que había ocupado una vicepresidencia ininterrumpidamente desde julio de 1977. ¡Cuánta ignominia y cuánta traición!

Y luego estaban las lentejas de Mona Jiménez, una periodista peruana nacionalizada española. Las lentejas que servía, plato único, estaban de moda y sus almuerzos se habían convertido en una excusa que utilizaba la élite de la nueva España para intercambiar opiniones y análisis políticos. Realmente, nunca estuvieron claras las verdaderas motivaciones de «Mona Jota», que fue presentada al gran público por el periodista Emilio Romero en 1978. El «todo Madrid» político, financiero, diplomático, castrense y periodístico asistía a esas reuniones, cuyas vías de financiación eran de todo menos transparentes.

En estos «mentideros de la villa» tomaban cuerpo muchas tramas, maniobras y operaciones ocultas, que en algunos casos tenían como fin último derrocar a Adolfo Suárez, o bien pactar para aprobar o bloquear determinados textos legales; alianzas, convenios, litigios y enfrentamientos de todo tipo, a los que no era de recibo dar publicidad. De ahí la frecuencia con la que los colaboradores del presidente asistían a este tipo de almuerzos, con el propósito de sondear opiniones y pareceres e informar después al jefe para que sacara sus propias conclusiones. Por esta razón es lógico pensar que, en función de la identidad de los invitados, estos no manifestaran abiertamente intenciones o finalidades, puesto que lo contrario suponía dejar la jugada al descubierto. En resumen, que yo nunca entendí el objeto de estos saraos, pero algo debe tener el agua cuando la bendicen, porque lo que recuerdo con claridad meridiana es que había que pedir poco menos que cita previa, como para ir al médico.

Unos días antes de las vacaciones en tierras gallegas, el 28 de julio de 1980, Suárez viajó a Lima para asistir a la toma de posesión del presidente electo de

Perú, Fernando Belaúnde Terry. En el transcurso de la visita accedió a conceder una entrevista a la periodista Josefina Martínez del Álamo, algo excepcional, pues el presidente hacía tiempo que huía de los profesionales de la información como los vampiros de la luz del sol. En esos momentos su desaliento y su cansancio eran máximos e incluso llegó a confesar que se estaba haciendo insociable porque tenía la sensación de que ya no podía confiar en nadie. Sus decisiones eran cuestionadas por todos: la derecha no le perdonaba la ruptura con el régimen anterior y la izquierda le acusaba de no imponer la ruptura con el régimen anterior. Pero este hombre empecinado no acababa de rendirse y, a trancas y barrancas, siguió intentando la convivencia de todos y la aceptación «sin ira» de unas normas nuevas para un nuevo futuro. Reprochaba a los medios de comunicación que utilizasen su recién estrenada libertad de expresión para hacer leña del árbol, que era él mismo, a punto de caer, y de responsabilizarle de cuanto de malo ocurría en España. Confesó sin pudor que se sabía un hombre absolutamente desprestigiado, pero que estaba dispuesto, en aras del mejor servicio a España, a inmolarse y a aceptar ese altísimo grado de impopularidad, como lo estuvo desde el primer día que asumió el cargo... Y su ambición personal, esa ambición desmedida de la que muchos le acusaban, no tenía fundamento alguno, porque «¿Es que nadie se ha parado a pensar que ya se han cumplido todas mis ambiciones y que, aunque nunca tuve vocación de estar en la Historia, irremediablemente ya lo estaré?». Pero todo esto no le compensaba y declaró que su mayor preocupación era la convivencia y que seguiría trabajando, mientras le dejasen y las fuerzas no le faltaran, para crear las condiciones necesarias que permitieran a los españoles coexistir más allá de sus ideas políticas.

Para entonces, las encuestas registraban una subida espectacular de los socialistas, que desde la moción de censura no dejaban de crecer en apoyo popular. Además, el clima en los cuarteles era de tensión creciente, teniendo en cuenta que el Rey iba por fin a visitar Euskadi de forma inminente. El anuncio del citado viaje sorprendió al propio Gobierno vasco, que no tuvo confirmación de la noticia hasta poco antes de la visita. Según explicaba la prensa en aquellos últimos días del mes de enero de 1981, la visita de los Reyes la prepararon, en Vitoria, Marcelino Oreja y Rodolfo Martín Villa, quienes comunicaron la noticia al lehendakari Garaikoetxea de manera confidencial. Este se mostró sorprendido

por la urgencia del desplazamiento, y no digamos Adolfo Suárez, que había intentado llevar a cabo la empresa en más de una ocasión sin éxito alguno. En fin, uno a cero para Marcelino Oreja, que se apuntaba el tanto personalmente y, en consecuencia, nuevo fracaso a anotar en el «debe» del presidente.

A la mesa del vicepresidente Gutiérrez Mellado llegaban informes extremadamente alarmantes sobre posibles planes de golpes de Estado, con distinto sello y en distintos plazos. Sin embargo, para Adolfo Suárez, hombre de profundas convicciones religiosas, lo que más enmarañaba su alma era un eventual enfrentamiento con la Iglesia. El proyecto de Ley de Divorcio sobrevolaba por encima de las cabezas y de las conciencias de una clase política y una ciudadanía para las que pesaban demasiado los dictados de Roma. Y, además, estaba la viuda de Herrero Tejedor, mensajera del Opus Dei, que, a cada poco, hacía llegar al presidente las consideraciones de la Obra a través de doña Amparo, so pretexto de tomar con ella el té en La Moncloa.

Ya por aquellos primeros días del otoño, Leopoldo Calvo-Sotelo se presentaba en algunos círculos como el repuesto en la Presidencia del Gobierno: «Para eso hace falta un entrenamiento en la vida parlamentaria, y yo lo tengo. Hay que conocer la política exterior, y yo la conozco. Y hay que saber como yo sé de economía». Adolfo Suárez no poseía ninguna de esas tres características cuando llegó al poder y, según cuentan, durante los primeros meses se pasaba las noches estudiando economía con enorme entusiasmo, como si tuviera que aprobar un examen.

Lo que estaba claro es que Suárez no sería el candidato de UCD en las elecciones de 1983, pero era necesario echarle antes o provocar su dimisión a fin de realizar el recambio con el tiempo suficiente para que los ciudadanos fueran asumiendo la nueva imagen.

Y comenzaron a llegar recados a La Zarzuela: Suárez debe dimitir. Y visitas al Rey: Suárez está quemado.

El 22 de octubre de 1980 se celebró una reunión en casa del alcalde de Lérida, a la que asistieron representantes de todos los partidos, además del general Alfonso Armada. En esta reunión se diseñó el «golpe de Estado blando», que consistía en presentar una nueva moción de censura por parte del PSOE, que sumaría los apoyos de un buen número de diputados de UCD que previamente se comprometerían por escrito. Como resultado de la misma, se formaría un

Gobierno de concentración nacional que presidiría Armada, hombre independiente, no vinculado a ningún partido político y apoyado por la Corona. Esta operación se urdió como «plan B» en el caso de que Suárez no aceptase dimitir, tal y como estaba previsto que le pediría el Rey.

Por supuesto, aunque no con detalle, el presidente conocía este plan, que tenía mucho de maquiavélico, y por esa razón se negaba a nombrar al general Armada como segundo jefe del Alto Estado Mayor. El Rey se lo planteaba insistentemente en los despachos oficiales, y él, erre que erre, se negaba en redondo. Además, el Monarca ya comentaba en algunos círculos que Adolfo estaba agotado y sin ideas, y que Leopoldo Calvo-Sotelo sería un buen candidato para sustituirle, dada la delicada situación por la que atravesaba España.

Suárez no sabía cómo resolver los problemas que le desbordaban, menos aún el autonómico, asunto que se llevaba el primer premio en cuanto a complejidad. Nadie sabía qué hacer, ni siquiera Rodolfo Martín Villa, recién nombrado ministro de Administración Territorial, aunque al menos no levantó sospechas respecto a eventuales deseos de desmembrar la unidad del Estado.

El presidente inició entonces una huida hacia delante y se propuso no claudicar, como ocurrió con la Ley de Centros Docentes, que acabó siendo un texto derechizado a tope. Se propuso sacar adelante una Ley de Autonomía Universitaria y otra de Divorcio aceptables, al menos para los sectores laicos.

El año 1980 llegaba a su fin y las cosas no mejoraban. La idea de estar llegando al final de una etapa hacía mella en todos nosotros, que, envueltos en el ambiente navideño y tocados por su espíritu, hacíamos piña más que nunca en torno al presidente y su familia. Algunos de los que empezaron ya no estaban. Ahora nos tocaba despedir, de forma especialmente desgarradora, a Pepe Coderch, que durante esos años fue nuestro jefe y amigo y a quien el presidente envió a Barcelona como gobernador civil. Aunque, lógicamente, él aún no lo sabía, le tocaría lidiar, en los pocos meses que permanecería en el cargo, con el secuestro del futbolista Enrique Castro, Quini, y con el asalto al Banco Central de Barcelona y su misteriosa relación con el 23-F, dos acontecimientos que tuvieron al país en vilo y que se resolverían felizmente gracias a su eficaz intervención.

Alberto Aza se convirtió en nuestro punto de referencia, algo así como nuestro padre laboral. Hombre de talla personal y profesional indiscutible, y de

una lealtad a prueba de bombas, se mantuvo, igual que Josep Meliá, al lado del presidente hasta el final y más allá, porque ambos participaron en el despacho de abogados que Suárez abrió posteriormente en la calle Antonio Maura de Madrid.

Decir Alberto Aza es decir «santa paciencia», virtud de las llamadas morales, que este hombre practicaba hasta sus últimas consecuencias. Para empezar, paciencia con sus secretarias, Pilar y Marifé, típicas funcionarías de manual, compitiendo cada minuto del día por ser la favorita del jefe. Cuando las llamaba a golpe de timbre, salían escopetadas como si estuvieran siempre preparadas para tomar la salida en una carrera de cien metros lisos, con cuaderno y lápiz en ristre y empujándose mutuamente por el pasillo para llegar la primera a la meta. Cada día, Aza recibía las quejas de una respecto a la otra, se chivaban de las costumbres e incompetencias de la compañera para desacreditarla y le lloraban, literalmente, para hacerse las víctimas e inspirarle lástima. Él, como si del santo Job se tratara, intentaba quitar hierro y hacerles entender de la necesidad que él tenía de las dos, que debían funcionar como un equipo por el bien de la importante tarea que teníamos todos que realizar. Unas cuantas lagrimitas de cocodrilo, propósito de la enmienda, y al día siguiente, vuelta a empezar.

Otros se fueron también y dejaron un enorme vacío. Como ejemplo, Fernando Ónega, quien, al principio de los tiempos, fue una suerte de portavoz del Gobierno o, para ser más exactos, de la Presidencia del Gobierno. Su imagen de hombre tranquilo, como le apodaba Luis del Olmo, voz elegante y ojos azulísimos, le imprimieron siempre un sello de gentleman británico, y los discursos que le escribía al presidente conseguían una musicalidad especial al ser leídos. Pero yo le recuerdo cada mañana haciendo resúmenes de prensa, a partir de una montonera de periódicos, con unas enormes tijeras con las que recortaba y pegaba como si de un collage se tratara, y luego, con una suerte de técnica metódica, procediendo a ordenar los trozos para después empezar a escribir.

Ni él mismo imaginaba entonces que desde la radio y la televisión surgirían sus más importantes reconocimientos, es decir, aquellos que tienen que ver con la propia imagen, cuando sin lugar a dudas fue un brillante columnista y escritor desde su más temprana edad profesional.

Otro peso pesado de la comunicación de la Presidencia del Gobierno fue, sin duda, Josep Meliá. No solo ocupó la Secretaría de Estado de la Comunicación, sino que su cercanía ideológica y su trabajo constante junto a Adolfo Suárez

fueron causa de mutuo entendimiento y verdadera amistad. Su físico, nada agraciado, escondía un corazón sensible y noble y una pluma inmejorable, que le llevó a escribir no solo novela, sino también poesía, monografías sobre arte y tratados históricos dedicados a su querida tierra mallorquina. La prensa oficialista lo incluiría invariablemente en el cajón de los «rojos». ¡Además, se hacía llamar «Josep»!

El presidente Suárez estaba enfadado y, sobre todo, herido. El Rey le había retirado su apoyo expreso; por eso repetía constantemente: «A mí no me van a hacer lo que a Carlos Arias». Sentado tras esa mesa que precisamente el Monarca le regaló y que fue a su vez obsequio de la reina Isabel II al general Narváez, preparaba una lista, encabezada por él, con vistas al Congreso de UCD que tendría lugar en Palma de Mallorca a finales de enero.

El 22 de enero de 1981 fue llamado a La Zarzuela. Mantuvo un despacho muy tenso con el Rey y regresó a La Moncloa de muy mal humor. Se encerró en su oficina y no quiso ver ni hablar con nadie. Josep Meliá recibió órdenes de informar a la prensa de que este brusco desenlace estuvo motivado, una vez más, por discrepancias en torno al nombramiento de Armada. Además, el presidente le encargó la elaboración de un discurso de dimisión y despedida, contemplando la hipótesis de que pudiera salir derrotado en el Congreso del partido, que finalmente nunca se celebró. El día 27 estalló una huelga de controladores aéreos y el Congreso se suspendió.

Fue en ese despacho, en el mismísimo Palacio de la Zarzuela, donde, según todos los indicios, tuvo lugar un gravísimo enfrentamiento entre Adolfo Suárez y un grupo de militares. La audiencia se prolongó más de lo acostumbrado, y, al final, el Rey apuntó la posibilidad de que se quedase al almuerzo que tendría lugar inmediatamente después y al que estaban invitados altos mandos del Ejército. Es más, el Rey insistió en la conveniencia de que el presidente asistiera. Finalmente, el presidente aceptó y la comida discurrió en un ambiente de alta tensión. En cierto momento, el Rey salió del comedor para atender una llamada telefónica y, aprovechando su ausencia, los presentes exigieron a Suárez que dimitiera «por el bien de España». Él respondió: «Yo he recibido el poder del pueblo». La crispación era tal que uno de los jefes militares llegó a echar mano de la pistola. El Rey regresó y todos disimularon.

Inmediatamente después del incidente, el presidente pidió consejo al

cardenal Tarancón, que entonces presidía la Conferencia Episcopal y con quien Suárez mantenía una relación muy estrecha. Salió a toda prisa hacia el palacio arzobispal con el rostro desencajado. Sin duda, su preocupación estaba justificada. Lo que no sabemos es si, a la vista de lo acontecido, el cardenal también aconsejó a Suárez que dimitiera.

La relación entre ambos hombres siempre fue fluida y de recíproca confianza. Uno de los primeros gestos del presidente tras su nombramiento fue acudir a la sede arzobispal para hacer entrega a Tarancón de unas grabaciones que recogían las conversaciones privadas del cardenal con una monja, sor María Teresa, a cuya familia conocía de toda la vida, y a quien colocó en el departamento de causas matrimoniales del Arzobispado, atendiendo a su consideración de persona abierta e inteligente. El Gobierno Arias grabó las cintas, queriendo ver en esta relación un lío de faldas, porque no olvidemos que una de las principales preocupaciones del presidente del Gobierno franquista era «el erotismo, que todo lo invade».

Tarancón, a quien tantas veces pusieron en el paredón, nunca olvidó este favor.

Y harto de estar harto, el domingo, 25 de enero, por la noche, el presidente, que ya había madurado la idea e interiorizado sus consecuencias, le consultó a su mujer: «¿Qué te parecería la noticia de mi dimisión?». Ella respondió con un comentario que recogía toda la frustración y la amargura acumulada a lo largo de los últimos cuatro años y medio, en los que había visto a su marido llevar a cabo el mayor de los esfuerzos, pagado con la moneda del abandono y la traición: «Me parecería muy bien, si salieras dando palos».

Al día siguiente, lunes, recibió a Calvo-Sotelo y le comentó entre líneas sus reflexiones sobre la situación por la que atravesaba el partido y su temor a ser un obstáculo en una eventual conciliación interna. Calvo-Sotelo no acababa de interpretar sus palabras y salió de la entrevista preguntándose: «¿Querrá irse?».

La incógnita se despejó enseguida, porque Suárez reunió a sus caballeros de la mesa redonda aquella misma tarde para transmitirles su decisión irrevocable, sin que el Rey lo supiera aún.

El martes, 27 de enero, acudió a La Zarzuela para comunicar al Monarca su renuncia y, de repente, hizo algo que seguramente había planeado aquella misma mañana, o tal vez incluso en el coche mientras recorría el corto trayecto que

separa ambos palacios. Antes de entrar decidió pasar por el despacho de Sabino Fernández Campo, entonces secretario de la Casa de Su Majestad. Estaba claro que buscaba un testigo que diera fe de la forma en que se iban a producir los hechos, evitando la menor sospecha que permitiera deducir que fue el Rey quien le pidió la dimisión. Después de informarle de la decisión, Adolfo Suárez se mostró muy decepcionado, no solo porque no le había pedido, ni siquiera de manera oficiosa, que reconsiderase su postura, sino que la reacción ante su retirada había sido demasiado rápida, tanto que resultaba precipitada. Inmediatamente, él le preguntó: «¿En quién has pensado como sucesor?».

Si a Suárez le quedaba el menor atisbo de duda respecto a qué hacer, ahora las cosas estaban muy claras y, una vez digerida tan amarga píldora, incluso se atrevió a bromear acerca del desenlace: «A lo mejor resulta que tengo que irme para que hablen bien de mí».

El miércoles, 28 de enero, Meliá preparó el borrador del discurso, es decir, entre todos preparamos el borrador del discurso más triste que nunca habíamos escrito. Estábamos conmocionados, preocupados, y éramos muy conscientes de la gravedad del momento que vivíamos. Tal vez la excesiva responsabilidad nos abrumaba, porque hubieron de pasar horas hasta que la cosa comenzó a funcionar como es debido. No dábamos pie con bola. Julia, experta taquígrafa, no entendía la mitad de las cosas que había copiado, y yo, contagiada de su nerviosismo, no era capaz de mecanografiar una línea completa sin un borrón. Charo e Inocencio Amores eran los encargados de repetir el mismo discurso que nosotras escribíamos, encapsulado en el rollo de papel con margen a ambos lados que se coloca en el monitor, fuera del alcance de las cámaras, pero a la vista del orador, lo que le permite leer mirando al frente y no a los papeles. De esta manera se transmite la impresión a los televidentes de que el conferenciante tiene la alocución poco menos que aprendida. Así funcionan los telediarios y todas las intervenciones de personas que han de hablar ante las cámaras a partir de un guión escrito. El texto debe pasar por la pantalla al tiempo que es leído, ni más rápido ni más lento, porque de otro modo el disertador se perdería. Ese día, el dichoso rollo tenía más cortes y empalmes que una película de amor en tiempos de censura. Y, hablando de rollos, alguien decidió colocarnos a mano uno de papel higiénico que sirviera para secarnos ojos y nariz, porque a cada rato, según íbamos plasmando en el papel todas esas frases dramáticas y

dolorosas, las lágrimas se escapaban sin control.

Ya terminado, al día siguiente se procedió a su grabación. El presidente parecía aliviado y únicamente le preocupaban dos cosas: la aceptación de Calvo-Sotelo por parte de todos, y que después de esto no se armara tal zapatiesta que se acabaran convocando nuevas elecciones generales.

El jueves, 29 por la mañana, el propio Sabino Fernández Campo acudió a La Moncloa para conocer de primera mano la forma en que se iba a oficializar la dimisión. Suárez le enseñó el discurso, que ya estaba preparado. Sabino, tras examinarlo, le hizo una importante observación: en todo el texto no había una sola mención al Rey y eso había de corregirse indefectiblemente. Debía dar las gracias a Su Majestad. Y se fue llevándose una copia.

La televisión montó el dispositivo y se inició la grabación del mensaje, que hubo de repetirse dos veces. ¡Ni siquiera con el maquillaje mejoraba la palidez del presidente ni se disimulaban sus ojeras! Alberto Aza nos pidió encarecidamente que no presenciásemos la grabación con el fin de evitar distracciones ante un posible estallido emocional.

Todo estaba dispuesto. Una mano anónima colocó una foto del Rey detrás de la mesa para que saliera en pantalla. Finalmente, cuando la televisión emitió a todo el país el discurso de dimisión del presidente del Gobierno, Sabino Fernández Campo comprobó, en primer lugar, que el presidente había hecho una mención a la Corona, pero solo una. Y en segundo lugar, que Suárez había leído una frase que no figuraba en el texto primario, la cual, pocas semanas después, cobraría un inusitado sentido: «Yo no quiero que el sistema democrático de convivencia sea, una vez más, un paréntesis en la Historia de España».

Terminada la alocución, afloraron los sentimientos y nos abrazamos unos a otros y le abrazamos a él. Recuerdo bien a Charo, que le decía entre lágrimas mientras acariciaba su cara: «Presidente, siempre será nuestro presidente». Otros no fuimos capaces de articular una sola palabra..., pero no hacía falta. Él solo nos daba las gracias una y otra vez y nos pedía la misma colaboración con el presidente siguiente.

Una broma macabra del destino hizo que el 5 de febrero, Agustín Rodríguez Sahagún, ministro de Defensa, nombrase al general Alfonso Armada Comín segundo jefe del Alto Estado Mayor, promoción que le colocaba en las mejores condiciones para ser catapultado a la Presidencia del Gobierno. Armada recibió

la felicitación telefónica del propio Monarca, que le llamó desde el aeropuerto de Barajas, mientras esperaba a que se abriera el de Vitoria, cerrado por mal tiempo, para realizar su primera visita oficial al País Vasco.

Los Reyes descansaban en Baqueira tras los incidentes que el 4 de febrero de 1981 tuvieron lugar en la Casa de Juntas de Guernica, protagonizados por militantes de Herri Batasuna, que acabaron con la expulsión de los alborotadores por parte de las Fuerzas de Seguridad. La reina Sofía recibió la noticia del agravamiento del estado de salud de su madre, por lo que se trasladó a Madrid sin pérdida de tiempo. Mientras, el Rey mantuvo una larguísima entrevista con el general Armada en Arties, y otro contacto más, pero breve, el día 17, ya en Madrid.

Tras la celebración del II Congreso de UCD, el Rey propuso a Leopoldo Calvo-Sotelo como candidato a presidente del Gobierno e inició una ronda de consultas con los diferentes líderes políticos encaminadas a cumplimentar los trámites preparatorios de la investidura del nuevo presidente.

A partir de aquí, la sucesión de los hechos que dieron lugar al intento de golpe de Estado del 23-F es por todos conocida. En este enrarecido escenario, el día 18 de febrero Calvo-Sotelo presentó su programa de gobierno, que se votó el día 20, sin obtener la mayoría necesaria para ser investido, por lo que el lunes 23 se procedería a una segunda votación. Esta fue la fecha elegida por los golpistas para llevar a cabo su «Operación Congreso».

Por lo demás, en el Palacio de la Moncloa estábamos ya metidos de lleno en nuestra propia «operación retirada», tarea que supone la recogida de papeles y los preparativos correspondientes al traspaso de poderes que se realiza siempre que se produce el cambio en la cabeza del Ejecutivo.

Mientras trabajábamos, la radio y sus ondas nos permitieron seguir la sesión de investidura del que sería nuestro nuevo jefe. Cuando se produjo la irrupción de los guardias en el hemiciclo, nos agolpamos en el despacho de Alberto Aza, horrorizados por los acontecimientos, que solo pudimos escuchar. La primera hipótesis: terroristas de ETA disfrazados de guardias civiles iban a cometer una auténtica masacre.

Pero los periodistas, que continuaban transmitiendo, reconocieron inmediatamente a Tejero, y Aza nos tranquilizó asegurando que se trataba de una intentona golpista. No pretendía decir que los acontecimientos no fueran de

extraordinaria gravedad, pero la opción terrorista suponía un peligro mucho mayor para las vidas de todos los que se encontraban retenidos.

Los Servicios de Seguridad recibieron órdenes de cerrar todas las puertas del complejo presidencial y convertirlo en una fortaleza, prohibiéndose entradas o salidas de cualquier clase sin el conocimiento del subsecretario, entonces la máxima autoridad en el interior del recinto. Varias patrullas de la Guardia Civil se presentaron con el fin de «montar las defensas»: ametralladoras y armamento pesado que serían instalados en las azoteas y tejados de los edificios como medida preventiva ante la posibilidad de un asalto. El subsecretario no sabía qué hacer. Dudaba ante la inseguridad que le planteaba el desconocimiento de la identidad de los guardias y sus verdaderas intenciones, por lo que preguntó al que dirigía el grupo: «¿Y a ustedes quién les envía?», a lo que su interlocutor contestó, cargado de razón: «Pues, nuestro capitán». «Pero ¿quién es su capitán?», insistió. «Mire, señor, si lo que quiere saber es cuál es nuestra posición, nosotros estamos con el Rey y con la democracia». Aclarada la cuestión, la patrulla procedió a poner en marcha su misión y el subsecretario respiró aliviado.

Por lo demás, en La Moncloa se vivió el golpe con la misma preocupación que lo hizo el resto de los españoles. Alberto Aza nos mantenía informados de cuanto sabía en todo momento, y la familia Suárez permaneció en su domicilio como una piña a la espera del desenlace. Hubo un momento de especial preocupación cuando se recibió la noticia de que Adolfo Suárez, Gutiérrez Mellado, Rodríguez Sahagún, Felipe González, Alfonso Guerra y Santiago Carrillo habían sido separados del resto de los diputados, desconociéndose la finalidad. Se temía por sus vidas.

Pero el tiempo pasaba y, poco a poco, los indicios fueron apuntando a que los golpistas cada vez parecían menos seguros de sí mismos. Hacia las nueve de la noche se permitió la salida de los trabajadores que se encontraban en el interior de la Cámara y de las diputadas que desearan abandonar su escaño. Durante el resto de la noche los golpistas se dedicaron a lo único que podían hacer: negociar su rendición.

Tras el mensaje del Rey para comunicar a los españoles que el intento de golpe de Estado había fracasado y su claro posicionamiento a favor del proceso democrático, Alberto Aza consideró controlada la situación y nos permitió

marchar a casa.

Un dato curioso que unía de nuevo los destinos de Adolfo Suárez y del cardenal Enrique y Tarancón sucedía también el 23-24 de febrero. Mientras se celebraba en el Congreso la votación que sustituiría a Adolfo Suárez al frente del Ejecutivo, interrumpida por el intento de golpe, los obispos se encontraban igualmente reunidos en la Casa de Ejercicios del Pinar de Chamartín, con el fin de proceder a la elección del sustituto de Tarancón, que había dejado la presidencia de la Conferencia, en este caso de forma reglamentaria. El día 24 por la mañana, mientras toda España estaba pendiente de la resolución del golpe, era elegido para el cargo, Gabino Díaz Merchán, obispo de Oviedo.

A la mañana siguiente, las verjas de la Presidencia del Gobierno permanecían cerradas; decenas de periodistas se agolpaban en las inmediaciones con el fin de captar imágenes o declaraciones de las personas que entrábamos o salíamos, previa identificación y autorización de los agentes encargados de controlar el acceso. Más o menos de esta forma transcurrió el resto de la jornada, mientras el Congreso de los Diputados se vaciaba con un goteo incesante.

Con el paso de los años, el 23-F se ha convertido en un suceso mitad violento, mitad esperpéntico de una España que se encontraba también a medio camino entre un pasado refractario y un futuro desconocido. En realidad, aquellas diecisiete horas de miedo e incertidumbre se han reducido en la memoria colectiva a unas cuantas imágenes, por otra parte imborrables: la zancadilla inútil de Tejero a Gutiérrez Mellado, la serenidad de Adolfo Suárez o Santiago Carrillo, que permanecieron sentados en sus escaños durante el tiroteo, o la imagen del Rey, como capitán general de los Ejércitos, transmitiendo un comunicado para llevar la tranquilidad a los hogares de España.

Pero de todas las situaciones, por muy adversas que sean, hay que extraer las consecuencias positivas y, sin duda, la más importante fue la reafirmación de la mayoría de los españoles en su decisión inamovible de seguir viviendo en democracia y libertad. Vimos las orejas al lobo y una posibilidad más que real de volver a retroceder el camino andado, de perder de nuevo en una tarde todo lo conseguido en los últimos cinco años, de regresar a los exilios y las cárceles, dejando escapar una vez más la oportunidad histórica de superar el sambenito de las dos Españas. Creo que las generaciones venideras no nos lo hubieran perdonado.

Una vez de vuelta en el Palacio de la Moncloa, el presidente en funciones fue recibido en audiencia por Su Majestad el Rey y, por la tarde, se celebró un Consejo de Ministros extraordinario. Comenzó con la lectura de un informe sobre los hechos ocurridos, poniéndose de manifiesto el agradecimiento del Gabinete al Monarca por su serenidad y firmeza en la resolución de tan grave crisis. Además, se dispuso el cese de Jaime Milans del Bosch como capitán general de la III Región Militar y se nombró a su sustituto, llevándose a cabo varios nombramientos más en el ámbito militar. Igualmente, y bajo la presidencia de Su Majestad el Rey, se celebró otra reunión extraordinaria en La Zarzuela, en esta ocasión de la Junta de Defensa Nacional, a la que también asistió el presidente del Gobierno en funciones.

Finalmente, el 25 de febrero de 1981, Leopoldo Calvo-Sotelo fue investido presidente del Gobierno por ciento ochenta y seis votos a favor, ciento cincuenta y ocho en contra y ninguna abstención. Fueron precisamente las diecisiete abstenciones de la primera votación las que ahora otorgaban la mayoría absoluta al nuevo presidente.

Paralelamente, y aprovechando el fin de semana, se convocaron manifestaciones en toda España en defensa de las libertades democráticas. En Madrid, tras una inmensa pancarta en la que se leía «Por la libertad, la democracia y la Constitución», caminaron juntos dirigentes de todas las ideologías y los líderes de los principales sindicatos españoles. El ejemplo cundió entre la ciudadanía y la marcha se convirtió en una de las demostraciones multitudinarias más importantes de nuestra historia reciente.

«¿Y ahora qué hacemos, Lito?», preguntó Suárez a su cuñado Aurelio un par de días después de todo lo acontecido. «Pues volver a casa y montar un despacho de abogados». Y así fue. Los Suárez regresaron a su antigua casa de la calle San Martín de Porres, pero sus cinco hijos parecían no caber en aquel piso, por lo que los duques de Suárez decidieron construirse un chalé en La Florida. Dos meses después, el despacho de abogados, cuatrocientos metros en la calle Antonio Maura, la calle de los grandes bufetes de Madrid, estaba listo para empezar a recibir clientes.

Pero esta historia estaría incompleta sin la mención de un personaje, una mujer, que ejerció una extraordinaria influencia en la vida de Adolfo Suárez. Los destinos de ambos comparten el estigma de la enfermedad y el sufrimiento.

Hablo de Carmen Díez de Rivera e Icaza, la «musa de la Transición», como la bautizó Francisco Umbral. Mujer bellísima, inteligente, culta y de origen aristocrático, dicen de ella que era, además, responsable y solidaria. Trabajó con Suárez en RTVE, y cuando accedió a la Presidencia del Gobierno, él la nombró directora de su Gabinete, primera y única mujer que ocupó ese puesto en el Gobierno, desencadenando todo tipo de especulaciones sobre la verdadera naturaleza de su relación con Suárez.

Llevó personalmente el peso de la negociación con Santiago Carrillo con vistas a la legalización del Partido Comunista. Un año después dejó su puesto a Alberto Aza. Como siempre dio muestras de ser una mujer decididamente independiente y no sujeta a ningún tipo de disciplina de partido, su carrera política no discurrió en la lógica progresión. Desde 1987 fue diputada del Parlamento Europeo, primero por el Centro Democrático y Social (CDS) y luego por el PSOE, hasta su muerte en 1999, a los cincuenta y siete años. El aplauso de la Eurocámara fue unánime cuando se despidió, sabiendo inminente su final debido al cáncer.

Aunque personalmente solo la conocí de forma fugaz, no puedo por menos que dedicarle un breve párrafo, porque siempre me impresionó su dramática historia, digna de un folletín del siglo XIX.

Hija de los marqueses de Llanzol, su familia tenía una sólida amistad con Ramón Serrano Súñer, el «cuñadísimo», a su vez casado con la hermana menor de Carmen Polo, esposa de Franco. Ya en la adolescencia, ella y el tercer hijo de Serrano Súñer vivieron un apasionado y sólido amor, que les llevó con el tiempo a decidir unirse en matrimonio. Cuando fijaron la fecha y comenzaron los preparativos de la boda, el cura, amigo de la familia, les comunicó que no podían casarse porque eran hermanos. Carmen había nacido de la relación de Serrano Súñer y su madre, Sonsoles de Icaza. Ella, deshecha, se recluyó un tiempo en un convento de clausura y después se marchó como cooperante a Costa de Marfil. Cuando regresó a España, la convivencia con su madre resultó imposible y esta la echó de casa. Se dedicaba a vender seguros cuando su camino se cruzó con el de Adolfo Suárez.

Indudablemente, hay personas destinadas a encontrarse en el discurrir de la vida, porque la mutua influencia enriquece sus respectivas existencias y, por extensión, las de los que les rodean. Creo que este es el caso que nos ocupa e,

independientemente de otras consideraciones, Adolfo Suárez y Carmen Díez de Rivera formaron un sólido equipo político y humano.

Me consta que Suárez era un hombre muy familiar, adoraba a su esposa, mujer de gran fortaleza y discreción, y le brillaban los ojos cuando hablaba de sus hijos. Sé que veneraba a su madre, doña Herminia, que murió en 2006, a los noventa y seis años, en Ávila, donde residía con su hija Menchu Suárez y el marido de esta, Aurelio Delgado. Tuvo muchos amigos, pero conserva muy pocos. Sus hijos, yernos y nueras se mantienen a su lado, proporcionándole ese cariño, al que él parece responder como un autómata. Es la consecuencia de la enfermedad degenerativa que padece. El diagnóstico no está claro, pero, en cualquier caso, sea alzhéimer o demencia senil, el resultado es primordialmente una pérdida absoluta de memoria y la respuesta a ciertos estímulos, como el cariño, aunque sin la capacidad de identificar a la persona de los que proceden.

En el programa de TVE Las Cerezas, que presentaba Julia Otero, en julio de 2005, Adolfo Suárez Illana habló del profundo dolor de su padre ante las enfermedades de su madre y hermana. Además, desveló con gran pesar que el ex presidente había sufrido muchísimo, porque durante un tiempo fue consciente de su pérdida de facultades. Visiblemente emocionado, finalizó la entrevista diciendo: «Sus hijos tuvimos la fortuna de que cuidara de nosotros y ahora la vida nos devuelve la oportunidad de cuidar de él».

Uno de los que le visitan es el cardenal Antonio Cañizares, que fue su confesor y su guía espiritual durante un tiempo. Cuentan que en una de esas visitas, siendo ya presa de la enfermedad, el cardenal intentó transmitirle consuelo según la fórmula ritual, y le preguntó: «Adolfo, ¿quieres que te administre el perdón?». Y él respondió: «Yo siempre estoy dispuesto a dar y pedir perdón». Esta frase encierra la profunda generosidad de un hombre que, a pesar de que su cerebro no funciona con normalidad, conserva los valores y principios que le convirtieron en uno de los garantes más importantes de la concordia y la paz de nuestra historia reciente.

En 1981 el Rey le concedió el título de duque de Suárez, por su importante contribución a la Transición española a la democracia, de la que se le considera el gran artífice. Por este mismo motivo, en 1996, le fue concedido el premio Príncipe de Asturias de la Concordia. El 8 de junio de 2007, con motivo del trigésimo aniversario de las primeras elecciones democráticas, Su Majestad el

Rey le nombró caballero de la insigne Orden del Toisón de Oro, galardón que fue recogido por su hijo Adolfo, quien pronunció el discurso de aceptación en nombre de su padre.

Enfermo y cansado, aún hoy permanecen junto a él Pepe Higueras, el fiel mayordomo, y María Elena Nombela, ama de llaves de toda la vida, que cuidó de sus hijos como si fueran suyos y no se permitió jamás un solo día de descanso.

La memoria del que fuera principal protagonista de la Transición es hoy un encefalograma plano, pero los que conservamos intacta la nuestra no debemos caer en la tentación de privar del homenaje de la Historia a quienes lo merecen. Y Adolfo Suárez lo merece, aunque los españoles, injustos e ingratos, hayamos tardado décadas en dar al César lo que es del César.

Él nos prometió un país libre, democrático y moderno. Cumplió su promesa y nos proporcionó una Constitución que nos acogiera a todos como garantía de convivencia y tolerancia. También nos prometió un sistema económico más equitativo en el reparto y puso las bases para que así fuera. Por supuesto, con sus promesas cumplidas, allanó el camino para que los que le siguieran en sus responsabilidades nos integraran en Europa y en el mundo y España formara parte de una comunidad internacional donde los derechos humanos son respetados. Sumando voluntades y con las manos de todos, consiguió construir una muralla fuerte y resistente, una pared infranqueable a dictaduras y totalitarismos. Ilusionó, con su buen hacer y su carisma, a un país entero que dejó de mirar al pasado para caminar hacia delante, en la seguridad de que juntos podríamos hacer grandes cosas.

Adolfo Suárez fue un político, no un intelectual. No leía libros y jamás escribió nada. Sus acólitos siempre le trataron con la condescendencia prepotente y desdeñosa de quienes se consideran grandes figurones de la política, mientras apoyan como mecenas a un chico de medio pelo que nadie sabe muy bien por qué suerte de intrincados caminos consiguió llegar hasta allí.

Adolfo Suárez es hoy patrimonio nacional, nos pertenece a todos. Es, sin duda, el personaje más importante de la Transición española, cuya forma de gobernar a través de la conciliación y el consenso es su herencia más valiosa, sin olvidar el legado moral y la lección de humildad que supuso su renuncia, cuando consideró que él mismo era un lastre para España y para los que le eligieron.

Todos menos Adolfo Suárez saben hoy quién es Adolfo Suárez. Él ha olvidado quién fue y lo que hizo..., pero algunos no le olvidaremos jamás.

Leopoldo Calvo-Sotelo y Bustelo

España, camisa blanca de mi esperanza...

Estoy segura de que se batieron récords. En una semana, de lunes a viernes, se dieron cita en el Congreso de los Diputados un intento de golpe de Estado, dos sesiones de investidura, se firmaron decretos de ceses y nombramientos, se juraron cargos y el Consejo de Ministros celebró dos reuniones, una del Gobierno saliente y otra del entrante. Los Suárez recogieron sus cosas y volvieron a su casa, y los Calvo-Sotelo hicieron igualmente su mudanza. Y todo sin interferir en la vida cotidiana de los ciudadanos y apenas en la rutina del Palacio. Los acontecimientos discurrieron con una naturalidad difícil de creer.

Efectivamente, el 26 de febrero de 1981, tras jurar su cargo en La Zarzuela, el segundo Presidente del Gobierno de la democracia, Leopoldo Calvo-Sotelo y Bustelo tomaba posesión de su cargo y de su nuevo despacho, y la familia al completo de la vivienda presidencial.

En La Moncloa siempre ha habido niños, pero los Calvo-Sotelo rompían moldes. Ocho hijos: Leopoldo, María Pilar, Juan Víctor, Pedro José, Víctor María, José María, Andrés y Pablo. ¡Pobre muchacha! Único espécimen del género femenino frente a siete hombres... ¡Pero al menos tendría una habitación para ella sola!

Con la llegada de los nuevos inquilinos, apenas se alteraron algunos detalles estructurales, pero los funcionales se convirtieron en perentorios. Hubo que habilitar las buhardillas de la tercera planta del edificio con más habitaciones

para la nueva tropa. El presidente, además, rescató una pequeña salita para instalar su piano, instrumento en el que era casi un virtuoso. Fue esta una de las pocas licencias que se permitió.

El panorama nacional en aquellos días era desolador, a prueba de fortaleza moral sin fisuras para cualquiera que tuviera que hacerse con las riendas. España era un país en el que casi nadie creía. Tras el abandono de Suárez, los ecos del sainete representado en las Cortes, aún en la retina de todos, el desmoronamiento imparable de la UCD, los crímenes de ETA que se contabilizaban semanalmente de tres en tres, una crisis económica de dimensiones colosales y la renovada desconfianza internacional como consecuencia del Tejerazo. Ciertamente, había pocos motivos que invitasen al optimismo.

El primer Consejo de Ministros del nuevo Gobierno se celebró el día 28 de febrero y, como novedad más importante respecto a los Gabinetes anteriores, podemos destacar la ausencia de vicepresidentes. Había algunas caras nuevas, pero la mayoría, aunque bailando las carteras, eran de todos conocidas. Durante los veinte meses en que presidió el Ejecutivo, Calvo-Sotelo acometió cinco reestructuraciones y fue el primer presidente que incorporó a una mujer en el Gobierno, Soledad Becerril, que tuvo a su cargo la cartera de Cultura desde diciembre de 1981 hasta septiembre de 1982.

Parece este tan buen momento como cualquier otro para hacer un inciso relacionado con las reuniones del Consejo de Ministros, que se celebran en La Moncloa semanalmente desde hace treinta y tres años. Hasta la construcción del nuevo edificio, en 1989, bajo la presidencia de Felipe González y del que habrá ocasión de comentar más adelante, los Consejos se celebraban en el propio Palacio, en lo que se conoce ahora como «comedor de diario» y cuya peculiaridad principal es la lámpara que cuelga del techo sobre el centro de la mesa. Es una pieza única y muy valiosa. Además, funciona como reloj y horóscopo, y representa el cosmos con un intenso fondo azul y estrellas blancas simulando el firmamento. Cuelgan numerosos hilos de cristal y alrededor se distribuye un coro de pájaros que se mueven y trinan coincidiendo con las horas. Cuando Suárez era presidente, mandó enmudecer los cánticos durante las reuniones del Consejo, que distraían la atención de los presentes e interferían en los debates.

Otro dato curioso y desconocido para los ciudadanos en general es la historia

del Consejo de Ministros. Su origen se remonta al 19 de noviembre de 1823, fecha en la que el rey Fernando VII dicta el decreto de su creación y del que cabe entresacar el siguiente párrafo:

En él se tratarán todos los asuntos de utilidad general. Cada ministro dará cuenta de los correspondientes a su cargo, recibirá mis resoluciones y cuidará de hacerlas ejecutar. Los acuerdos del Consejo se escribirán en un libro, explicando las razones que los motivaron.

Las reuniones tenían una periodicidad de una o dos veces a la semana y en sus comienzos no existía un lugar fijo de celebración, aunque en las convocatorias se citaba el «sitio de costumbre», que era la Secretaría de Despacho de Marina.

En ningún momento se debe olvidar el pedigrí político y empresarial de Calvo-Sotelo. Accedió a la Presidencia del Gobierno a los cincuenta y cuatro años de edad, con una larga y profunda formación y experiencia, tanto en el mundo financiero como en el político. Ingeniero de Caminos, número uno de su promoción, políglota indiscutible, dominaba el inglés, francés, italiano, alemán y portugués. Después de ocupar la presidencia de Renfe y desempeñar un alto cargo en Unión de Explosivos Río Tinto, fue elegido procurador en Cortes y formó parte en 1975 del primer Gobierno de la monarquía como ministro de Comercio, con Arias Navarro a la cabeza.

Fue Adolfo Suárez quien le mantuvo junto a él como ministro de Obras Públicas en su primer Gabinete y como pieza clave en la organización de UCD, partido que habría de llevar el peso principal de la Transición española.

Leopoldo Calvo-Sotelo nació en Madrid, pero sus padres eran gallegos; él decía sobre su origen: «Me he dicho gallego siempre que convino adjetivar mi ciudadanía española, y nunca he sentido incompatibles ambas filiaciones, tampoco después del Título VIII de la Constitución». Se crió en el seno de una familia muy conservadora y se educó en el Instituto Cervantes, centro educativo liberal, heredero de la Institución Libre de Enseñanza.

Con la que estaba cayendo y la trayectoria del nuevo presidente, la valoración de los puntos principales sobre los que haría descansar su gestión y que expuso ya desde el comienzo, en su discurso de investidura, cobran ahora una dimensión de gran trascendencia. En política exterior, acometer de inmediato la integración de España en la OTAN y restablecer un vínculo

constante que asegurase la negociación definitiva para el ingreso de nuestro país en la Comunidad Económica Europea (CEE). Es decir, colocar a España como país en el lugar que le correspondía tanto en Europa como en la alineación de los bloques. El presidente citaba siempre a Ortega: «España es el problema; Europa la solución». Por tanto, en esta materia, modernidad a tope desde el punto de vista internacional.

En el plano interno, coger por los cuernos al toro que suponía la Ley de Divorcio, además de reconducir el proceso autonómico en un momento de complejidad técnica aguda; tareas ambas que encerraban una más que importante dificultad para llevar a cabo el mandato constitucional.

Para una concepción cristiana del matrimonio y de la familia, como sin duda lo era la de Leopoldo Calvo-Sotelo, parecería lógico pensar en un conflicto personal y en una reticencia ante el decisivo paso que supondría la legalización de la disolución del sacramento, como le ocurrió a su antecesor. Desde luego, si así fue, nunca se hizo patente y el presidente manifestó una gran valentía en este espinoso tema, como también es de destacar su firme determinación de llevar a cabo el cierre del mapa autonómico, sin tener en cuenta las consideraciones de los que veían en ello el fantasma de la ruptura de la unidad de España.

Finalmente, Calvo-Sotelo se propuso llegar hasta sus últimas consecuencias en las causas iniciadas contra los militares golpistas del 23-F, recurriendo las sentencias de la justicia militar para que fuera la justicia civil la que tuviera la última palabra en la resolución de los procesos.

Ahondando en este asunto, viene al caso una anécdota que no puede ser más gráfica. A los pocos días de iniciarse el mandato de Calvo-Sotelo, se produjo un incidente que describe por sí mismo el tenso ambiente que se respiraba en aquellas primeras semanas. El presidente reunió con toda solemnidad a la cúpula militar a principios de marzo de 1981, en la sala del Consejo de Ministros, con el fin de debatir sobre el intento de golpe de Estado y su posterior enjuiciamiento. En cierto momento, uno de los generales presentes, cuyo posicionamiento es fácil de adivinar, en tono cuartelero dijo: «No estés tan serio, hombre. Sonríe, Leopoldo, que viene la tele». El presidente, sin que se le despeinara un solo pelo y sin apenas levantar la voz, respondió al militar «bromista»: «General, que yo sonría, como que usted sepa comportarse, son ambos imposibles metafísicos». Aunque no es seguro que el laureado militar entendiera el razonamiento, lo que

quedó cristalino como el agua es que Calvo-Sotelo no estaba dispuesto a aceptar ni un rasguño en la dignidad de su cargo como presidente constitucional de España.

La imagen de Leopoldo Calvo-Sotelo apenas se correspondía con su auténtica personalidad. Su elevada estatura ayudaba a su apariencia seria y adusta, pero en el trato personal resultaba un hombre muy accesible, amable y dotado de un extraordinario sentido del humor. La chispa irónica con que aderezaba sus conversaciones hacía magníficas las tertulias en las que participaba. Con sus eternas gafas de montura cuadrada, en cuanto comenzaba a hablar formaba corrillo alrededor y era un placer oírle contar anécdotas de su intensa vida, en especial de su juventud. Reproduzco aquí la relativa a la forma en que conoció a Pilar Ibáñez, su esposa, y que él relataba con mucha gracia.

Ella era hija del entonces ministro de Educación Nacional en tiempos de Franco, con quien Calvo-Sotelo tuvo que entrevistarse, como líder estudiantil, más o menos revolucionario para la época. La entrevista tuvo lugar en casa del ministro y allí descubrió a la joven que le abrió la puerta y con la que después se casaría. «Imagínense la cara de José Ibáñez-Martín al saber que aquel estudiante que tanta guerra le daba iba a ser su yerno. Paradojas de la vida...». Y miraba a su esposa con picardía.

Bueno, nuevo presidente implicaba nuevo equipo de «fontaneros». Por cierto, se define «fontanero político» como «la persona especializada en la instalación, mantenimiento y reparación de las cañerías por donde circula el ejercicio de la autoridad, así como de otros servicios sanitarios en los edificios de la política, en las sedes de los partidos o en el mismo corazón del poder». En un comunicado enviado a los medios de comunicación por aquellos años, la Asociación de Empresarios de Fontanería de Madrid manifestó su protesta ante las repetidas alusiones a su profesión con carácter peyorativo. Los fontaneros, disgustados con los diferentes significados que se otorgaba a su oficio, pedían «el respeto a la honestidad y la dignidad profesional y la eliminación de las alusiones políticas». Está claro que no lo consiguieron.

A lo que íbamos. Matías Rodríguez Inciarte fue nombrado secretario de Estado adjunto al presidente, pasando a ser, pocos meses después, ministro de la Presidencia. Eugenio Galdón ocupó desde el primer momento la dirección del Gabinete, y Luis Sánchez-Merlo, la Secretaría General de la Presidencia. Ignacio

Aguirre, diplomático y gran comunicador, muy apreciado por el presidente, se hizo cargo de la portavocía y, por último, se unió también al nuevo equipo Alfredo Sánchez-Bella como asesor jurídico, a quien el presidente encargó, de manera especial, el seguimiento de la Causa 2/81, que juzgaba a los militares golpistas del 23-F, así como el proceso de desarrollo autonómico, siendo yo la elegida expresamente para colaborar con él. El resto de los asesores, Eugenio Bregolat y Alberto Recarte, permanecieron en sus puestos, no así los miembros de la Secretaría, que nos separamos definitivamente. Julia y Amores se fueron con Adolfo Suárez, Marta se incorporó a la empresa privada y Pino al Ministerio de Cultura. Charo pasó a ser la mano derecha de Eugenio Galdón, por lo que ambas nos convertimos en las únicas supervivientes de la Secretaría anterior.

Las relaciones entre jefes y subordinados se movían en otro plano y, aunque el trato era de exquisita corrección, la familiaridad y la cercanía se perdieron en gran medida. El nuevo equipo estaba compuesto por hombres de primerísima fila en sus especialidades y con un programa que realizar perfectamente elaborado y ajustado a un calendario que terminaba con lo que restaba de legislatura.

Alfredo Sánchez-Bella era abogado del Estado, número uno de su promoción, recién salido del horno. Tenía solo tres años más que yo, y pocos días después de aterrizar contrajo matrimonio. Enseguida me ofrecí a ayudarle con los preparativos de última hora y él lo agradeció sinceramente, por lo que desde el principio hubo buena sintonía entre los dos y formamos un eficaz equipo de trabajo. Recuerdo que era un gran aficionado a las motos y venía cada día en una BMW de mil centímetros cúbicos, atravesando Madrid a toda velocidad. Una leucemia fulminante acabó con su vida cuando tenía apenas cuarenta años y tres hijos de corta edad.

Fue un dato significativo que ya en el Consejo de Ministros de urgencia celebrado tras la salida del Congreso de los Diputados, el 24 de febrero y, desde luego, antes de la investidura de Calvo-Sotelo, se acordase la convocatoria de la asamblea de parlamentarios andaluces con el fin de proceder a la aprobación del Estatuto de Autonomía de Andalucía, el día 28 del mismo mes. Esto da idea de la importancia que tenía el tema autonómico, por entonces empantanado, y la imperiosa necesidad de desbloquear el proceso.

Me consta la preocupación del nuevo presidente por poner en marcha cuanto antes la iniciativa que habría de desembocar en el necesario pacto autonómico.

Lo primero que hizo fue constituir una Comisión de Expertos dirigida por el prestigioso catedrático de Derecho Administrativo, Eduardo García de Enterría. Conociendo al personaje y la defensa de su independencia profesional de la que siempre hizo gala, tuvo que aceptar el encargo no solo porque se lo pidiera el presidente del Gobierno, sino porque también lo hizo el líder de la oposición, Felipe González.

El informe que se elaboró facilitó el pacto autonómico, que firmaron ambos líderes, y determinaba la existencia de diecisiete comunidades autónomas y dos ciudades autónomas. Además, se fijaban los caminos a seguir para alcanzar dicha autonomía, así como la forma de llevar a cabo la transferencia de competencias. Todo ello dio lugar a la Ley Orgánica de Armonización del Proceso Autonómico (LOAPA), que fue aprobada por las Cortes el 30 de julio de 1982.

Aunque resulte extraño, esta ley, que debió ser discutida y aprobada previamente a la puesta en marcha del proceso autonómico, se ratificó cuatro años después de haberse iniciado el mismo.

Desde una valoración puramente política y dejando a un lado sus contenidos, los pactos, aunque tardíos, se hacían imprescindibles porque aportaban al proceso la seguridad que le había faltado hasta entonces, llenaban vacíos y fijaban un calendario absolutamente necesario para que la nueva organización del Estado, tema de capital importancia, se fundamentara en un plan coherente y discurriera sin sobresaltos.

Cuando el presidente Calvo-Sotelo disolvió las Cortes, en agosto de 1982, quedaban pendientes los Estatutos de Autonomía de Baleares, Castilla-León, Extremadura y Madrid, que se aprobaron en la siguiente legislatura, en febrero de 1983. Solo restaba la regulación de Ceuta y Melilla como ciudades autónomas.

Con la perspectiva del tiempo, la conclusión que se infiere del proceso que Calvo-Sotelo puso en marcha con tanto acierto evidencia el enorme calado de la modificación descentralizadora que España ha experimentado en los últimos veinticinco años. El mecanismo que ordena y dirige la transferencia de competencias del Estado a las Comunidades funciona de arriba abajo, y el proceso, hasta la actualidad, se ha producido de manera pacífica y por consenso, además de contar con la plena aceptación popular, como en todo momento han

puesto de manifiesto encuestas y sondeos de opinión.

Capítulo especial merece el proyecto de Ley de Divorcio, controvertido como pocos, que removió los cimientos de las más profundas convicciones religiosas y socavó la secular labor evangélica de la Iglesia en materia de familia, si bien permitió la resolución en derecho de muchos matrimonios, cuyo vínculo, de hecho, ya estaba roto.

El ministro de Justicia, Francisco Fernández Ordóñez, sonreía satisfecho desde el banco azul, mientras brindaba simbólicamente con los miembros socialdemócratas del Grupo Parlamentario ante la mirada seria y el gesto grave del sector democristiano y del propio portavoz del grupo centrista, José Antonio Escartín, que abandonó el cargo tras este vía crucis personal por el que se vio obligado a pasar.

El proyecto de Ley de Reforma de la Regulación del Matrimonio en el Código Civil fue finalmente aprobado por las Cortes el 7 de abril de 1981, por ciento dos votos a favor, veintidós en contra y ciento diecisiete abstenciones.

Fácil resulta imaginar las presiones de la Conferencia Episcopal Española, de su Comisión Permanente y del clero en pleno ante las instancias legislativas y ejecutivas del momento, a través de los medios de comunicación y desde los pulpitos de todos los rincones de España. El divorcio suponía para la Iglesia «una puerta abierta a la generación del mal» y, además, «una ley que ampara a los cónyuges en la disolución del vínculo es rechazable moralmente y no puede ser aceptada por ningún católico, ni gobernante ni gobernado».

Era costumbre, aunque desconozco si continúa siéndolo, que el titular del Ministerio de Justicia, como encargado de las relaciones del Gobierno con la Iglesia católica, presidiera la tradicional procesión del Corpus Christi en Toledo. En la del mes de junio de 1981, monseñor Marcelo González, arzobispo de Toledo y cardenal primado de España, vetó al ministro Fernández Ordóñez en este menester, por ser «el autor de una ley anticristiana como es la del divorcio». El presidente del Gobierno, asistente habitual de los actos religiosos toledanos a título particular, se ofreció personalmente para acompañar al ministro en la procesión y aflojar de alguna manera la presión aumentando la representación oficial. Ante la negativa del prelado a suavizar su postura, Calvo-Sotelo decidió finalmente no acudir. Concluyendo: Francisco Fernández Ordóñez, ministro de Justicia, presenció los actos religiosos desde un balcón del Gobierno Civil.

A propósito del tema en cuestión, contenido ineludible de tertulias, conversaciones, debates, dimes y diretes, tuvo lugar en aquellos días una celebración en el mismo Palacio, no recuerdo con qué motivo, a la que asistieron los colaboradores del presidente con sus esposas. Como era lógico, el asunto de moda, el divorcio, no podía faltar en los comentarios de los presentes. La esposa de Eugenio Bregolat, Tamara, de nacionalidad soviética, y con la que el diplomático español se casó durante su misión en Moscú, consideraba que los españoles estábamos atrasadísimos en muchos aspectos. Por fin tendríamos divorcio, pero... ¿para cuándo la despenalización del aborto? La rusa no entendía nuestros complejos con determinados tabúes, como la interrupción voluntaria del embarazo. Doña Pilar Ibáñez la fulminó con la mirada, aunque no hizo comentario alguno, pero seguro que a Bregolat se le indigestaron los canapés aquella noche.

De repente, el 1 de mayo de 1981, falleció un niño en Torrejón de Ardoz por causas desconocidas. La pesadilla de la colza acababa de comenzar. Hablamos del mayor envenenamiento masivo que ha tenido lugar en España. Primero se le llamó «neumonía atípica», de origen desconocido, hasta que se tuvo constancia del agente causante de la intoxicación: un aceite desnaturalizado con anilina que se importó desde Francia para uso industrial y que acabó siendo fraudulentamente comercializado para el consumo humano.

El problema pronto se extendió a Castilla-La Mancha, Orense y Cantabria, produjo cientos de fallecimientos y más de veinte mil afectados.

En un principio y debido al lugar del brote, Torrejón de Ardoz, localidad madrileña con base militar norteamericana, se temió lo peor y se especuló con la posibilidad de que algún escape de gases tóxicos o accidente bioquímico estuviera detrás de la intoxicación. Esta hipótesis, de haberse confirmado, habría sido un obstáculo poco menos que insalvable para la incorporación de España a la Alianza Atlántica y, por supuesto, un serio revés para los planes del Gobierno, cuya palabra ya estaba comprometida y las negociaciones muy avanzadas.

Veintitantos años transcurrieron desde el origen del problema hasta el pago de las últimas indemnizaciones a los afectados en este negro capítulo de nuestra historia reciente.

Con el alivio de la LOAPA, aprobada y en marcha, podíamos irnos de vacaciones.

Los dos veranos que los Calvo-Sotelo estuvieron en La Moncloa, descansaron en Ribadeo, en la residencia de Guimarán, propiedad de la familia. Al presidente le gustaban los deportes acuáticos y practicaba el windsurfing con cierta solvencia... ¡Y cantar habaneras! Lo que le gustaba de verdad a Leopoldo Calvo-Sotelo era cantar canciones como Peregrina, de ojos claros y divinos... ¡Increíble!

Las vacaciones de la familia en este caso no eran gravosas para el erario público, excepto por los gastos propios del entorno presidencial. Además, en 1981 el matrimonio Calvo-Sotelo realizó un pequeño crucero privado por el mar Egeo que pagaron de su bolsillo.

Aunque nació en Madrid, la vida del presidente estuvo siempre ligada a Ribadeo. El estallido de la Guerra Civil le sorprendió en Galicia con su madre, viuda desde que él tenía siete años, y sus cuatro hermanas, por lo que la familia decidió permanecer en la villa gallega y no regresar a Madrid hasta 1941. Vivir en Ribadeo le proporcionó una visión sencilla y sosegada de la vida, su amor por el mar y su afición a embarcarse. Siempre contaba que durante años tuvo un bote de madera de 5,20 metros de eslora, el}uanín, hasta que su mujer se cansó de hacer de grumete, motivo por el cual se decidió a pasar a un velero de 6,20 metros con motor. ¡Pero a él le gustaba remar!

En otro orden de cosas, estaría bien recordar una buena noticia que, precisamente por su cualidad de buena, la hacía tan especial, puesto que no estábamos acostumbrados a los acontecimientos merecedores de tal adjetivación. El cuadro más famoso de Picasso y símbolo político de una época para todos los españoles, El Guernica, regresaba a España tras cuarenta y cuatro años de espera. Tanto es así que los periódicos de entonces titularon «el regreso del último exiliado». El retorno de El Guernica a la España democrática estuvo precedido de cuatro años de intensas y secretas negociaciones entre el Gobierno de UCD, el museo MoMA de Nueva York y la familia Picasso.

El martes, 9 de septiembre de 1981 se convirtió en una fecha histórica para el cuadro y para todos los españoles, que podrían contemplar por primera vez este lienzo, cuyo simbolismo no conocía fronteras. En un embalaje especial, el universalmente famoso cuadro viajó, procedente de Estados Unidos, en la bodega de un avión de Iberia llamado Lope de Mega. Desmontado del marco, que también iba a bordo, pesaba 516 kilos y medía algo menos que los 3,54 por

7,82 metros con los que se presentó en la Exposición Internacional de París de 1937. Hay que tener en cuenta que durante los años de exilio el cuadro dio muchos tumbos y los viajes y exhibiciones mermaron sus dimensiones.

Los pasajeros del avión ignoraron en todo momento la identidad del «paquete», excepto los geos camuflados entre el pasaje y el general José Antonio Sáenz de Santamaría, encargado de su seguridad. Un camión especial lo trasladó al Casón del Buen Retiro, donde permaneció hasta septiembre de 1992, fecha en que fue trasladado al museo Reina Sofía. Una nueva asignatura pendiente que los españoles y el Gobierno podíamos dar por aprobada.

El proceso de incorporación de España a la Alianza Atlántica se inició el 25 de febrero de 1981, contemplado así en el discurso de investidura de Calvo-Sotelo y poniéndose en marcha los mecanismos de negociación de manera inmediata.

El 2 de diciembre de ese mismo año España comunicó a Washington su intención formal de adherirse al Tratado, y el 30 de mayo de 1982 España se convertía en el miembro número dieciséis de la Organización del Atlántico Norte.

El primer representante permanente de España en el Consejo fue nuestro embajador Nuño Aguirre de Cárcer, y durante la cumbre aliada de Bonn, el 10 de junio del mismo año, un presidente español asistió por primera vez a una reunión del Consejo. Calvo-Sotelo cumplió la misión de comparecer ante los grandes de Occidente y afirmó que la integración recién iniciada ponía fin a un secular periodo de aislamiento de nuestro país, a la vez que pedía ayuda para la resolución de tres problemas: el contencioso con Gran Bretaña sobre Gibraltar, la lucha contra el terrorismo y la plena incorporación de España a las Comunidades Europeas. Ronald Reagan y Margaret Thatcher, entre otros, escuchaban atentamente.

En la foto de familia de aquella cumbre histórica para nuestro país, Calvo-Sotelo aparece en una esquina, con su gesto circunspecto de siempre, pero satisfecho y orgulloso por dentro.

Aunque la entrada en la OTAN estuvo condicionada por España a varios puntos que incluían la progresiva reducción de la presencia militar norteamericana en el territorio nacional, así como la limitación de España en cuanto a la participación efectiva en la estructura militar, lo cierto es, sin duda

alguna, que el ingreso reforzó la posición de nuestra joven democracia en el contexto internacional occidental y se convirtió en un útil atajo en el camino hacia la integración europea.

La cuestión de la OTAN en España no habría sido nunca un tema polémico o singular de no ser por el referéndum convocado por Felipe González, consulta que posteriormente él mismo calificó de «error político» y que se convirtió en motivo de división de la sociedad española.

Las Comunidades Europeas, al carecer entonces de estructura militar común, no se concebían sin el manto protector de la OTAN. Pero los acontecimientos se sucederían de manera imprevisible: el Muro de Berlín cayó, también el Telón de Acero, y la guerra fría dejó de ser una amenaza real, por lo que la OTAN parecía una estructura vacía de contenido de cara al futuro y la confrontación de los bloques, tema para películas de espías con regusto nostálgico.

Todo cambiaría con la caída de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001.

Aproximadamente, un año después del intento de golpe de Estado, el 19 de febrero de 1982, a las diez de la mañana, daba comienzo en las instalaciones del Servicio Geográfico del Ejército, en el barrio madrileño de Campamento, el juicio contra treinta y tres imputados por el 23-F. Cuarenta y siete sesiones y trece mil folios de sumario condenaron por rebelión a veintiún militares y a un único civil, Juan García Carrés, por un delito de conspiración.

Empezando porque no todos los implicados se sentaron en el banquillo, la verdad es que nadie esperaba demasiado del proceso que, desde el principio, no parecía un dechado de seriedad, desembocando como consecuencia en un fallo que indignó a los españoles. Por este motivo, el Gobierno de Calvo-Sotelo, a través del fiscal general del Estado, planteó recurso ante el Tribunal Supremo, que el 28 de abril de 1983 corrigió la sentencia inicial del Consejo Supremo de Justicia Militar, cuya pena máxima, seis años, correspondió a los generales Armada y Torres Rojas.

Después del recurso, el Tribunal Supremo revisó al alza sustancialmente las condenas. Se respetó el llamado «pacto del capó», que se negoció con los asaltantes la misma noche de los hechos y cuya denominación hacía referencia al modo en que el comandante Pardo Zancada escribió las condiciones apoyado en un jeep aparcado. Este acuerdo eximía de responsabilidad a los militares

subordinados por el principio de «obediencia ciega», teniendo en cuenta que desconocían el objetivo de su misión, pero el Alto Tribunal consideró, como consta en la sentencia, que «tras ocupar militarmente el Congreso y secuestrar e inmovilizar a los diputados y al Gobierno, hasta el más lerdo y de menos entendimiento hubiera comprendido, en el acto, que se estaba perpetrando un delito de rebelión militar».

De los tres militares condenados finalmente a treinta años de cárcel, el que más tiempo estuvo privado de libertad, quince años, fue el teniente coronel Tejero, mientras que el general Milans del Bosch cumplió diez —falleció en 1997, en libertad—. El general Armada solo cumplió siete, al igual que Torres Rojas, de la misma graduación y condenado a doce años.

Como dato curioso, el único civil condenado, Juan García Carrés, que actuó de correveidile de los golpistas, de los dos años de condena cumplió solo uno y en prisión preventiva. Falleció en 1986 de un ataque cardiaco, después de casarse con la viuda de un militar y de realizar la última de sus bufonadas: registrar el término 23-F como marca comercial.

Por último, solo advertir que la Constitución, contra la que se alzaron los militares sediciosos, protegió sus vidas, puesto que la Carta Magna abolió la pena de muerte. De otro modo los autores se habrían enfrentado a la pena capital, según la legislación franquista que tanto añoraban.

No cabe duda de que el verano de 1982 será recordado como el del Campeonato Mundial de Fútbol, Naranjito y el balón Tango España como sus símbolos. La ceremonia inaugural se celebró en el Camp Nou de Barcelona y la final se jugó en Madrid, el 11 de julio, en el estadio Santiago Bernabéu, entre la República Federal de Alemania e Italia, que ganó un Mundial por tercera vez con un contundente tres a uno.

España, que en esta ocasión fue sede de cincuenta y dos encuentros de la máxima expectación, empezaba a darse a conocer al mundo a través del deporte. Y como parecía que el fútbol iba a estar presente en los acontecimientos importantes de mi vida, decido casarme el 19 de junio, fecha en la que se jugaba un partido de esos que se denominan decisivos.

Alfredo Sánchez-Bella y su esposa me acompañaron el día de mi boda, pero tengo que confesar que quienes colmaron de alegría el feliz acontecimiento fueron Julia, Charo, Pino, Marta y el gobernador civil, Pepe Coderch, que sin

pensárselo dos veces cogió un avión y se plantó en Madrid para no faltar a tan especial reunión. Guardo un gratísimo y emocionado recuerdo del reencuentro que, además, supuso la última ocasión en que volvimos a estar todos juntos.

Con el fin de evitar males mayores, teniendo en cuenta la situación en la que se encontraba el partido del Gobierno y considerando la misión como cumplida, Leopoldo Calvo-Sotelo decidió dar por terminada la legislatura. Se marchó a Mallorca con el Decreto de Disolución de las Cortes bajo el brazo y regresó del Palacio de Marivent con la convocatoria electoral adelantada firmada por el Rey, que finalmente se fijó para el 28 de octubre.

Precisamente a esa final del Campeonato Mundial de Fútbol y para ver jugar a su selección, Sandro Pertini, presidente de Italia, se desplazó a Madrid. Coincidiendo con Calvo-Sotelo en el palco de autoridades, le preguntó: «Me dicen que has convocado elecciones anticipadas, ¿es que las vas a ganar?». «Creo que no», contestó nuestro presidente sin pensarlo ni un minuto. «Entonces, ¿por qué las convocas?», replicó sorprendido el político italiano. Dicen que Calvo-Sotelo convocó elecciones para perderlas, y lo consiguió...

¿Puede alguien imaginar a don Leopoldo en campaña electoral, enfervorizando a las masas desde el estrado durante un mitin, besando niños o fotografiándose con las abuelas de un centro para la tercera edad? ¿A que es difícil? Admiraba en secreto a Adolfo Suárez por su desenvoltura en ese terreno y envidiaba todo lo que él no tenía: la facilidad para tratar con la gente y el arte de la seducción. Leopoldo, que abrazaba envarado, con mucha seriedad, veía cómo Suárez lo hacía con una gran sonrisa, apretando con fuerza, tomando a la gente por los codos y haciendo sentir a cualquiera que era importante y que necesitaba su confianza. Él se asombraba... Eran distintos, pero complementarios.

Luis Sánchez-Merlo, que sentía por el presidente una admiración sin límites, le decía: «Leopoldo, cada vez que sonríes en campaña perdemos veinte mil votos»... Y es que Calvo-Sotelo, al que llamaban «la esfinge», sonreía con la seriedad de Tutankamón.

Pero para borrar de un plumazo cualquier sonrisa, surgió la «Operación M. N.». Se trataba de un nuevo plan golpista, preparado para llevarse a cabo el 27 de octubre, jornada de reflexión. Afortunadamente, fue abortada a primeros de mes por los Servicios de Seguridad del Estado y con la máxima discreción para

no alarmar a la opinión pública.

Más tarde se conoció con detalle el alcance del plan sedicioso, que contemplaba el secuestro de los principales poderes públicos por parte de diversos comandos helitransportados, que asaltarían los centros de poder y decisión del país. En el plan figuraba la neutralización de cuatro ministerios, de todos los centros de comunicación de Madrid, incluidos periódicos, emisoras de radio y cadenas de televisión, el control de estaciones y aeropuertos, además del asalto de La Moncloa y La Zarzuela, el confinamiento en sus domicilios de los principales líderes políticos y personalidades de la vida civil, hasta cerca del medio centenar, así como el bloqueo total de la capital de España a partir de tres amplios cinturones de seguridad que impedirían el acceso a la misma.

En los documentos incautados se hacía referencia constante a la «Operación M. N.», cuyas siglas algunos pretenden hacer coincidir con las de Movimiento Nacional, aunque nunca se supo con seguridad el nombre del plan rebelde. Los responsables, los coroneles Luis Muñoz Gutiérrez y Jesús Crespo Cuspinera, y el teniente coronel José Crespo Cuspinera fueron acusados de un delito de conspiración para la rebelión y juzgados posteriormente. Es más que probable que con sus antecedentes golpistas y el momento político que el país vivía se optara por una complicidad pactada, un acuerdo tácito entre las fuerzas políticas para que el acontecimiento tuviera escasa repercusión en los medios y no marcara el signo de la campaña electoral en curso.

En fin, el Gobierno de Calvo-Sotelo se inició con un intento de golpe de Estado y a punto estuvo de acabar con otro.

Como todos sabemos, el 28 de octubre de 1982, el PSOE no solo ganó las elecciones generales, sino que arrasó con diez millones de votos, que le proporcionaron la mayoría absoluta, borrando prácticamente del mapa a la UCD, que pasó de ser el partido del Gobierno a contar con once diputados. Calvo-Sotelo, candidato número dos por Madrid, consiguió su escaño gracias a la dimisión del número uno, Landelino Lavilla.

No existe un acuerdo entre los historiadores sobre las fechas en las que encuadraríamos el periodo al que denominamos «Transición política en España». Todos lo comienzan con la muerte de Franco; algunos lo terminan con la entrada en vigor de la Constitución, otros lo alargan hasta la integración de nuestro país en las Comunidades Europeas y unos terceros lo hacen coincidir con el triunfo

electoral del Partido Socialista y la desaparición de la UCD, partido que nació para llevar a cabo la Transición y que murió cuando esta terminó.

Yo estoy con estos últimos, así que, con el permiso de académicos y catedráticos, doy por terminado un capítulo trascendental que cambió el curso de la Historia de España; en lo doméstico, cerramos la puerta del Palacio de la Moncloa, que a partir de ahora se convertirá en exclusiva en la vivienda familiar de los siguientes presidentes del Gobierno. Los funcionarios nos iremos a trabajar a otro sitio.

Fue, sin duda, el presidente de mayor talla intelectual de la democracia. Podía haber sido cualquier cosa; su formación y su inteligencia se lo permitían. Habría querido dedicarse a la Física o a la Filosofía, pero razones económicas decidieron por él, llevándole por el camino de la técnica y la ingeniería. Sin previo aviso, la vida pronto le condujo lejos de la construcción, hasta un lugar indefinible que se llama Política. Pero cuando se profundiza en la personalidad de Calvo-Sotelo se entiende que su destino era, sin duda, servir a su patria como dirigente. ¡Afortunadamente para los españoles! Él mismo decía: «Ser austero, no engañar, siempre servir y, si no fuera posible, irse sin hacer demasiado ruido».

Retrata con fidelidad la falta de ambición personal y el afán de servicio de este hombre singular una anécdota que contaba con frecuencia y que corresponde a la etapa de su prejubilación en Explosivos Río Tinto. Para tener derecho a la prestación, le pedían las cotizaciones a la Seguridad Social de los siete años anteriores, tal y como estaba estipulado por ley, justo los que había sido ministro... Pero es que a nadie se le había ocurrido que un ministro también debía cotizar, así que cuando regresó de Explosivos con las manos vacías le dijo a su mujer: «Pilar, estamos como el día de nuestra boda... al verde».

Su sentido del humor era finísimo. Jamás una frase vulgar o una palabra malsonante. Pruebas de ello hay muchas, pero me permito transcribir aquí algunas muestras.

En julio de 1982, con el partido en plena crisis, hervidero de luchas internas y al borde de la ruptura final, Calvo-Sotelo coincidió en una comida con Plácido Domingo, y a los postres le pidió que cantase unas notas del Réquiem, de Verdi, obra que le gustaba especialmente. Plácido accedió y Leopoldo, mientras tarareaba, terminó cantando: «Ra, ra, ra... Es un réquiem de gala por UCD».

En otra ocasión, a propósito de la presentación de uno de sus libros, respondió así a la observación de un periodista: «No sabíamos que fuese usted aficionado a escribir». «Pues lo hago todos los días, y, además, firmo con mi nombre y apellidos, en el Boletín Oficial del Estado».

Acompañado por su escolta a Ribadeo, con motivo de la boda de una sobrina, uno de los agentes, muy joven y recién incorporado al servicio, no se lo pensó dos veces y se unió a la fiesta, bailando con las muchachas, cada vez más integrado en las costumbres lugareñas. Al día siguiente, Calvo-Sotelo le llamó y le hizo sentar en el sofá, mientras veían el vídeo de la boda. «Paco, ¿es usted ese que se contorsiona?». Paco contestó descompuesto: «Sí, presidente». «Pues la verdad es que tal vez haya equivocado su vocación..., pero mientras decide qué hacer con su futuro profesional, yo le rogaría que se abstuviera de emular a Fred Astaire»... Paco, a punto de desmayarse.

Su gestión política fue corta, pero impecable, y si todos sus logros fueron importantes, quizá habría que calificar como trascendental su trabajo como encargado durante años, primero como ministro y después como presidente del Gobierno, de negociar la entrada de España en el Mercado Común. Él decía: «Llevé a mis huestes hasta el lindero de la Tierra de Promisión, pero la firma le tocó a mi cuñado y sucesor, el socialista Fernando Morán, a quien siempre recito el romance del Cid: "Que non venciera Josué, si Moisés no lo ficiera"». Fernando Morán estaba casado con María Luz, su hermana pequeña.

Si alguien levantaba las iras de los gobernantes españoles y hacía despertar en ellos sus más bajas pasiones, ese personaje era, sin duda, Valéry Giscard d'Estaing, presidente de Francia. Tanto Adolfo Suárez como Leopoldo Calvo-Sotelo sufrieron el tormento de su homólogo francés y todos absolutamente compartíamos hacia él una profunda antipatía, por no decir el mayor de los desprecios. Durante su mandato, frustró una y otra vez nuestras legítimas aspiraciones de acceso a la Europa comunitaria y obstaculizó, en nombre de alguna cobarde razón, la lucha de la España democrática contra la barbarie asesina del terrorismo de ETA. Me atrevo a aventurar que cuando Giscard acabó su mandato, tanto Suárez como Calvo-Sotelo descorcharon una de sus mejores botellas para celebrar la ocasión... Otros también lo hicimos.

A pesar de las zancadillas, finalmente este objetivo, como muchos otros, se alcanzó con éxito, en unos tiempos en que los problemas eran más arduos, pero

las formas mejores, porque la calidad humana y profesional de esta generación de políticos correspondía a la primera división.

Leopoldo Calvo-Sotelo fue un hombre de profundas convicciones religiosas, católico practicante; no iban con su personalidad ni el exceso ni el derroche, mucho menos los adornos. Monárquico convencido desde su más temprana juventud, defendía a la Corona como símbolo de unidad nacional y como representante de los valores de un país ante el resto del mundo. «Los políticos van y vienen. Los partidos ganan y pierden. Cambian las modas para los gobernantes. Sin embargo, la monarquía constitucional sigue siendo un símbolo sólido y perdurable para la conservación de un país, facilitando la adaptación pacífica a los cambios del mundo moderno», explicaba.

El famoso dúo de humoristas Gomaespuma le llamaban «el quinto Beatle» en referencia a los otros cuatro presidentes con mandatos presidenciales más dilatados, y él se autodenominaba «el clavillo del abanico», haciendo referencia a su capacidad para servir de eslabón unificador de todas las opciones internas de su partido y en todas las etapas.

Su último acto de servicio al país, antes de hacer las maletas camino de su casa en Somosaguas, fue un ejemplar traspaso de poderes al presidente electo, Felipe González. La sintonía entre ambos fue siempre perfecta, desde el respeto que se profesaban y por encima de sus diferencias políticas.

En una de sus últimas declaraciones públicas, Calvo-Sotelo llegó a decir que echaba de menos a Felipe González todos los días, porque el PSOE de entonces era un partido de Estado y con sentido de la responsabilidad. Tras su muerte, también el líder socialista elogió especialmente la figura de su antecesor, diciendo de él que había practicado la política con mayúsculas, siendo un ejemplo de «lealtad al Estado y de honestidad en momentos muy difíciles de nuestra historia reciente».

Lector empedernido, integraban su biblioteca alrededor de diez mil volúmenes, de los que disfrutaba especialmente con sus hijos, con los que se pasaba las horas muertas, porque detrás de esa máscara impasible se escondía un hombre profundamente afectivo y sentimental.

Él y doña Pilar formaban un matrimonio sólido y unido hasta límites insospechados. ¡Cuántas veces en formación, con motivo de algún acto, uno junto al otro y en silencio, como manda el protocolo, Leopoldo Calvo-Sotelo

buscaba furtivamente la mano de su esposa!

Compartían todo, hasta la pasión por las horas nocturnas y su aversión por madrugar. Calvo-Sotelo dejó escrito: «Tengo en casa cajones llenos de páginas inéditas. Mi mujer, que me sobrevivirá como es norma, podría ganar algún dinero publicando, dentro de muchos años, las más impertinentes y políticamente incorrectas».

En una de sus últimas apariciones públicas, con motivo de la entrega, en Oviedo, de los premios Príncipe de Asturias, Su Alteza Real le saludó y le preguntó por su salud, haciéndole una observación sobre la cojera que advertía en él. Calvo-Sotelo le contestó: «Es que soy cojo». Por eso andaba siempre tan erguido, con el fin de sobrellevar las molestias que desde niño padecía en una cadera y el ritmo renqueante que le quedó como consecuencia de una caída mientras montaba en bicicleta.

Para terminar, no quiero dejar de incluir aquí dos pasajes que han dejado huella especial en mí y que corresponden al lado más humano y desconocido de este hombre con quien tuve la fortuna de trabajar.

Antonio Mingote escogió a Leopoldo Calvo-Sotelo para escribir el prólogo de uno de sus mejores libros, Solo pobres, donde su humor ácido y mordaz se dedicaba en exclusiva a los menesterosos. Uno de los párrafos decía: «El pobre de Mingote habita bajo el ojo de medio punto de un puente de fábrica. Teníamos en la Escuela de Caminos una asignatura que llevaba ese nombre: puentes de fábrica. Y es que ya no se hacen puentes como aquellos, pensando en los mendigos. Hoy los puentes son de hormigón y no sirven para alojar pobres; tampoco las casas de hoy, sin aleros, sirven para que los pájaros hagan sus nidos. Un signo de nuestra época es seguir fabricando pobres sin hacer puentes que les acojan».

No se pierdan cada palabra que Calvo-Sotelo dedicó a su esposa en el siguiente poema. Su título, «Pilar»:

Pilar iba delante con los niños.
Desde un lugar muy próximo, inmediato,
como en el tren parado por la noche,
me llegaba su voz clara y distinta,
hablándoles, riñéndoles, queriéndoles.

Todo iba bien. ¿Por qué un poso de angustia,
de soledad me oscurecía el alma?
Todo iba bien. Anduve mucho.
Tarde vine a saber que nunca llegaría
hasta el huerto concluso de las voces.
Y aquí estoy, extramuros, solo,
mientras Pilar sigue adelante con sus niños
y me llega su voz inalcanzable,
hablándoles, riñéndoles, queriéndoles.

Fue un hombre tolerante y defensor del diálogo, sabía escuchar las razones de sus contrarios para después formar sus propios juicios con rigor. Eran tiempos en los que la reflexión primaba sobre la inmediatez. No era necesario, como ahora, pasarse todo el tiempo replicando y contrarreplicando, como en un partido de tenis en el que hay que devolver la bola rápido y subir constantemente a la red. Esta forma de hacer política es mucho más espectacular, pero se cometen muchos errores.

Leopoldo Calvo-Sotelo le puso a España la camisa de la esperanza. Junto a Adolfo Suárez, como paladines de la democracia, llevaron a cabo una auténtica «Reconquista», la de los derechos civiles y las libertades públicas, y nos echaron a volar para que emprendiéramos nuestra propia vida y encontráramos el camino, como hacen los padres con los hijos.

En reconocimiento a todo ello, pero veinte años después de dejar la Presidencia del Gobierno, el Rey le concedió el Marquesado de la Ría de Ribadeo. Estoy segura de que nada le podía hacer más feliz que la referencia a la ría en su título nobiliario, formando parte a partir de 2002 del rico patrimonio heráldico de la provincia de Lugo, que cuenta con cincuenta y dos títulos censados.

Cuando Calvo-Sotelo murió, el presidente del Congreso de los Diputados, José Bono, con muy buen criterio, consideró adecuado que fueran miembros de las Fuerzas Armadas los que recibieran su cuerpo con honores a la llegada del féretro a las Cortes. España debía ese reconocimiento a quien se enfrentó a la dureza de una gestión de gobierno marcada de manera constante por el involucionismo y la sedición, defendiendo de forma rotunda la primacía del

poder civil.

Presenciando por televisión las imágenes de su cadáver en el Salón de los Pasos Perdidos, de su doliente viuda, de sus ocho hijos y dieciocho nietos, no tuve duda de la grandeza de este hombre y, sin poder evitar la emoción, dos lágrimas que se me escaparon constituyeron mi personal y sincero homenaje.

Desde donde esté, Leopoldo Calvo-Sotelo contemplará su amada ría, que tantas veces navegó, velará por su extensa familia, su mejor obra, y, a buen seguro, por todos los españoles, a quienes tan bien sirvió.

¡Descanse en paz!

Felipe González Márquez

Libertad, libertad, sin ira libertad...

«Otra vez ha venido el de la bufanda». Seguro que esta fue la frase más repetida durante el mes de noviembre de 1982 en la Presidencia del Gobierno. El de la bufanda no era otro que Roberto Dorado, encargado de dirigir la operación de traspaso de poderes como nuevo director del Gabinete del Presidente. «Bobby Golden», como le llamaban sus colegas britanizando su nombre, era un hombre diminuto que, por aquellos días, desafiaba al frío inclemente paseándose por el complejo presidencial con una simple americana y una bufanda enorme que enrollaba al cuello con varias vueltas.

Al disponer de más tiempo que en el cambio anterior, se procedió, tras la marcha de los Calvo-Sotelo, a pintar la vivienda, limpiar lámparas, tapices y alfombras, y recomponer las estancias del edificio para albergar a la nueva familia. En fin, un lavado de cara que, después de más de cinco años, la Presidencia del Gobierno estaba pidiendo a gritos. Además, se palpaba en el ambiente que ahora sí que iba a producirse un auténtico cambio, por lo que se respiraba una especial excitación, además de cierta incertidumbre. ¿Cómo serían los socialistas en la distancia corta? ¿Y para trabajar? ¿Vendrían con intención de hacer una purga y deshacerse de lo antiguo amparándose en razones de seguridad? Todo eran preguntas sin respuesta.

Debido a las operaciones de reacondicionamiento del Palacio, recibimos orden de trasladarnos a los anexos con el resto de los compañeros y, hasta nuevo

aviso, todo el personal quedaba a la espera de destino. Lo único que sabíamos a ciencia cierta era que tanto el nuevo presidente como el vicepresidente tenían intención de ocupar el edificio de Semillas, por lo que se habían dado instrucciones a sus ocupantes para desalojar las dependencias en el plazo de una semana.

Los días pasaban con lentitud y, poco a poco, con cuentagotas, las compañeras más afortunadas fueron tomando posiciones y presentándose en los nuevos puestos que les adjudicaban los servicios encargados de los recursos humanos... ¡Pero yo seguía sin saber adónde iría a parar! Teniendo en cuenta mi procedencia, la Secretaría General del Movimiento, parecía lógico temer que pudiera formar parte de alguna suerte de lista negra que me llevara a prestar servicio muy lejos de allí... ¡Y no digamos la compañera Pilar de Simón Milans del Bosch, sobrina del militar golpista! Tenía todas las papeletas para recibir el pasaporte.

Todas esas cábalas nos hacíamos en los largos y tediosos días en los que, además, no teníamos nada que hacer excepto dar vueltas en la cabeza a todo tipo de rumores que circulaban por el complejo.

Charo, cuyo origen era el mismo que el mío, me tranquilizaba con sus informaciones, que, por otra parte, gozaban de mi total credibilidad: «Nena, sin problemas, que tú y yo tenemos el sitio y la hora adjudicados. El señor Dorado me ha dicho: "Señorita, necesito dos personas con experiencia para ocuparse de la asesoría de los dos puntos clave en los que se apoyará el presidente: la dirección del Gabinete y su Secretaría. Está claro que una será usted y, como ya está aquí, se quedará conmigo; y la otra..., pues usted me dirá"». De lo que se deducía que la segunda en discordia era yo y que, una vez más, Charo se convertía en mi hada madrina.

Finalmente, el 29 de noviembre, viernes por la noche, recibí una llamada de los compañeros del Gabinete Telegráfico en la que se me comunicaba que ese sábado debía presentarme a Ana Navarro en el mismo Palacio. Sigo las indicaciones y, como no es un día cualquiera y, más aún, sin la actividad habitual, no hay prácticamente un alma en el edificio... ¡Esto me recuerda otro día de noviembre de hace algunos años!

A la primera persona con la que me encontré, pregunté: «Por favor, busco a doña Ana Navarro». «Soy yo», respondió, y yo me quedé perpleja durante unos

segundos. Francamente, por su apariencia y vestimenta, nunca hubiera concluido su identidad. Descuidada, con ropa y zapatos varoniles y un corte de pelo militar, era la antítesis de la feminidad.

Tras las presentaciones y relajada la tensión del primer contacto, tomamos un café y hablamos de los planes del futuro inmediato. Ella sería la nueva jefa de la Secretaría; se trataba de una de las personas más cercanas al presidente, gozaba de su absoluta confianza y no tenía ni la menor idea del funcionamiento administrativo de todo aquel montaje, por lo que pidió mi ayuda con tanta vehemencia que, casi, casi, me rogó que no la dejase sola ni un minuto hasta que la máquina estuviera puesta en marcha y todo funcionase con la normalidad requerida. Mediada la treintena, por lo demás, parecía una mujer competente y segura de sí misma, algo solitaria y, tal vez, demasiado distante y fría. Aunque no era de extrañar teniendo en cuenta que se enfrentaba en soledad a una tarea que desconocía por completo y en un lugar poco acogedor, con una decoración y un ambiente nada hospitalarios.

Quedamos en recoger mis cosas y el material necesario, el cual trasladaríamos a los nuevos despachos en un coche, con el fin de que todo estuviera listo para empezar a trabajar el lunes siguiente. Efectivamente, el presidente había optado por instalarse en Semillas con el fin de evitar el aislamiento respecto de sus colaboradores y mantener, con muy buen criterio, una línea divisoria entre su casa y el trabajo, que, sin duda, le ayudaría a llevar una vida personal lo más normal posible.

Según lo previsto, el tercer presidente del Gobierno de la democracia, Felipe González Márquez, juró su cargo el 2 de diciembre de 1982, tras arrasar en las elecciones generales, consiguiendo un triunfo histórico y el respaldo de diez millones de votos, además de un grupo parlamentario con una mayoría absoluta de doscientos dos diputados. La austeridad presidió los acontecimientos y se suprimieron euforias y triunfalismos entre los ganadores. Por no haber, no hubo ni brindis en público que minimizara la sobriedad de los líderes de la izquierda. Después sí que lo hubo, pero en la intimidad de la casa de Julio Feo, su colaborador más cercano entonces y su sombra durante toda la campaña, esa campaña del «cambio» que les dio el triunfo. De la celebración clandestina no existen pruebas gráficas, por expreso deseo del futuro presidente. Lo que sí se conocen son algunas anécdotas curiosas sobre la forma en la que se vivió aquella

jornada histórica para el Partido Socialista. Tensa calma durante las largas horas de espera hasta el final del recuento, y Felipe González, silencioso, con gesto grave, incluso durmió un rato la siesta, con la tranquilidad que aporta la aceptación de un destino, por otra parte, largamente perseguido.

Felipe González y Carmen Romero habían votado en el barrio de La Estrella de Madrid, donde residían entonces. Después se perdieron en el domicilio de Feo, un pequeño chalé en Canillejas. El propio Feo cuenta que solo él y el médico, José Luis Moneo, permanecieron al lado de Felipe González en todo momento. Hubo que tratar su voz, con la que tuvo problemas al final de la campaña, además de cuidar su mano derecha, que se había dislocado de tanto estrecharla.

En casa de Julio Feo se instaló un teléfono, cuyo número solo conocían Alfonso Guerra y Juan José Rosón, entonces ministro del Interior. Era el 2000104. Únicamente sonaría en caso de urgencia o para comunicar los resultados oficiales. Cuando se cerraron las urnas, Guerra, desde la sede del PSOE, llamó al citado teléfono y le dijo a Julio Feo: «Ponme con el próximo presidente del Gobierno de España». Un último apunte para terminar con las eventualidades de la jornada podría ser la caída del sistema informático del Ministerio del Interior. El señor Rosón, al borde de la angina de pecho, tuvo que recurrir a los datos del seguimiento electoral paralelo del PSOE, que Alfonso Guerra le proporcionó para sacarle del apuro.

El día en que Felipe González tomó posesión fue casi mágico; los informativos de radio y televisión nos enseñaban gente que se abrazaba llorando y que brindaba con champán. Desde nuestra estafeta de correos llegaban las sacas repletas de cartas y telegramas de felicitación provenientes de todos los rincones de España y de fuera de nuestras fronteras. Tanta gente represaliada durante años, que había vivido, en su persona o en la de sus familiares, la injusta persecución de la dictadura por pertenecer al bando perdedor, por fin veía sentarse en el banco azul del Parlamento, donde reside la soberanía del pueblo, a un Gobierno socialista puro que recibía de manos de una mayoría abrumadora de los ciudadanos el encargo de gobernar España.

Bueno, pues ya estaban allí; con un talante conciliador, sin ningún afán de revancha. Ninguna pregunta, nada de depuraciones; la sobrina de Milans continuó trabajando en un destacado lugar de la Presidencia como todos los

demás; nada de miradas al pasado, solo proyectos de futuro para modernizar España continuando por el camino iniciado.

Creo que ya en la primera semana estábamos al completo todos los que teníamos que estar, pero aún éramos un grupo muy pequeño, teniendo en cuenta la ingente tarea con la que nos enfrentábamos, y disponíamos de unos medios más bien precarios.

El edificio de Semillas tiene forma de H con dos plantas principales, siendo la segunda la más importante, además de un sótano y un último piso abuhardillado. El despacho del presidente se situaba en uno de los extremos de un palo de la hache y el del vicepresidente Alfonso Guerra en la punta opuesta del palo contrario. Lo que quiero decir es que a lo largo de las dos líneas paralelas se distribuían las oficinas del resto de los colaboradores; a un lado los del presidente y al otro los del vicepresidente, y en el bloque central, los titulares de los servicios compartidos, como el portavoz del Gobierno o el jefe de Protocolo.

En la planta baja están las oficinas de todo el Gabinete, que se divide en cinco departamentos: Política Internacional y Seguridad, Economía, Asuntos Institucionales, Análisis y Estudios, y Educación y Cultura; más la Línea Caliente, operativo de nueva creación ideado por Felipe González para mantener un contacto directo con los ciudadanos. Facilitaría el asesoramiento y la resolución de problemas respecto de cualquier persona que lo solicitara a través de los distintos ministerios, funcionando en cada departamento ministerial una infraestructura homologa de similares características. Las instrucciones estaban claras; presidiría nuestra relación con los ciudadanos un comportamiento de las siguientes características: honestidad, paciencia, asesoramiento y empatía.

Desde el principio se evidenció que la Presidencia no podía llevar a cabo los nuevos proyectos con la precaria estructura con la que contaba, así que lo primero que había que hacer para afrontar los nuevos tiempos era dotarla de más medios, más personal y más dinero. ¡Impresionante! En pocos meses el cambio que se consiguió fue tan importante como lo era el nuevo rumbo político y social que estaba tomando España.

Y ahora el nuevo Gobierno. Después del 28 de octubre, todo el mundo consideraba obvios algunos nombres que con toda seguridad formarían parte del nuevo Ejecutivo. ¿Alguien dudaba de que Alfonso Guerra sería el nuevo

vicepresidente? Pues, aunque sea difícil de creer, Guerra no tenía ninguna intención de abandonar el partido; es más, pensaba que era el mejor servicio que podía hacer a González y al socialismo español. Muchas horas de debate y discusión le costaron al presidente electo convencer a Alfonso Guerra de que le necesitaba para llevar a cabo los sueños por los que tanto habían luchado, codo con codo, desde sus tiempos de estudiantes en Sevilla.

Pocos días de contacto directo fueron suficientes para comprobar la extraordinaria simbiosis que existía entre estos dos hombres. Sus personalidades eran bien distintas, aunque el cliché fabricado en buena parte por los medios de comunicación, que adjudicaba a cada uno los papeles de bueno y de malo, no se correspondiera en absoluto con la realidad. Lo realmente asombroso era su sincronía, que radicaba en la compenetración adquirida a través del tiempo y de las experiencias que habían vivido juntos durante más de veinte años, a lo que se sumaba, claro está, la ideología política y social que compartían.

Dicen que durante las charlas y cursillos que organizaba el partido para militantes y simpatizantes, siendo muy jóvenes, la sincronización entre ellos era tan perfecta que hablaba uno y seguía el otro, y de esta forma podían pasar horas y horas, dejando al auditorio en estado de éxtasis. Tanto era así que en una ocasión un minero asturiano, Avelino, que asistía a las conferencias, terminó exclamando: «¡Cágome en mi madre... La primera vez que veo a dos paisanos con el mismo cerebro!». Definición rústica de la realidad, pero enormemente gráfica. Un cerebro con sus dos hemisferios; ambos necesarios para percibir la realidad, pero cada uno con sus características y peculiaridades. El resultado de la conciliación de las dos polaridades era un equilibrio perfecto.

Y los ministros... Para empezar, como detalle curioso, conviene saber que la primera reunión del nuevo Gobierno se celebró en la antigua sede del PSOE, en la calle Joaquín García Morato, sin que ninguno de los asistentes supiera que aquello era el Gobierno. La convocatoria solo hablaba de una reunión.

Si el 28 de octubre había supuesto la ruptura psicológica y sociológica de la ciudadanía con su pasado, faltaba por comprobar si la misma ruptura quedaría patente en la maquinaria administrativa. Los hombres que Felipe González había elegido para acompañarle en la nueva etapa no se parecían en nada a los ministros que hasta entonces estábamos acostumbrados a ver, y su modus operandi, menos todavía. Fernando Morán, Fernando Ledesma, Narcís Serra,

Miguel Boyer, José Barrionuevo, Julián Campo, José María Maravall, Joaquín Almunia, Carlos Solchaga, Carlos Romero, Javier Moscoso, Enrique Barón, Javier Solana, Tomás de la Quadra y Ernest Lluch.

En general, gente sencilla, pero con una esmerada educación y una experiencia en sus campos ganada a pie de obra, conociendo en primera persona lo que supone administrar bien los recursos. Solidarios y con una conciencia social arraigada, muy útil a la hora de legislar, que no deja de ser una forma de decidir sobre las vidas y haciendas de todos los ciudadanos de un país.

Durante los primeros días, un sexto sentido me decía que todos los miembros, tanto del Gobierno como del nuevo equipo de la Presidencia, se sentían como usurpadores de lo ajeno y que compartían una sensación de extrañeza al ocupar aquellos despachos y sus lugares en el Consejo de Ministros. Parecía como si no quisieran instalarse, como si sintieran que se apoderaban de algo que no les pertenecía.

A la avalancha de asuntos que hay que atender en las primeras semanas de un Gobierno que acaba de tomar posesión, se unían en este caso las fiestas navideñas, que, ya se sabe, siempre suponen un trabajo extra. Con este motivo, el presidente concedió a Ana Navarro un permiso para que pasase la Navidad en Sevilla con su familia, por lo que el señor González tendría que apañárselas conmigo durante unos días.

Era muy fácil trabajar con él. Todos le llamaban «Felipe», aunque no le conocieran de nada, a lo que él siempre apostillaba que, lejos de molestarle, a más no podía aspirar el líder de un partido verdaderamente democrático. Primera conclusión: Felipe González era un líder nato, un animal político sin conservantes ni edulcorantes, un flautista de Hamelin que movía masas con la música de su mensaje verbal y corporal.

El liderazgo político es un fenómeno social condicionado por el origen del propio sujeto y su evolución sociohistórica personal. Pero yo añadiría que hay un halo que rodea a los líderes —por eso lo son— y que les acompaña a lo largo de toda su vida. Desde la infancia llevan la voz cantante y son capaces de conducir el rebaño por el buen camino, como Ghandi, o por el de la maldad y la perdición, como Hitler. Hablamos de un gen que se tiene o no se tiene, pero que no es posible adquirir con el aprendizaje, pues forma parte de la naturaleza innata y no del entorno en el que se desarrollará la vida posterior.

Felipe González posee el halo, el gen y el cromosoma. La política está en su esencia intrínseca, forma parte de su consustancialidad, pero en la distancia corta no se le nota. En petit comité parece encogerse de tamaño y, lejos de ser el gran comunicador que, sin duda, es cuando desde una tribuna se dirige a una multitud que le aclama y vitorea, se muestra como un hombre apocado, esquivo, tímido, parco en palabras, poco comunicativo, incluso huraño en ocasiones. Prefiere la idea a la acción, la palabra al hecho, la tranquilidad a la agitación y la vida contemplativa a la ejecutiva.

Pero, aunque él no lo quiera, su personalidad llena los espacios. Felipe González no seduce, hipnotiza. Es como si uno supiera de antemano que todo cuanto salga de su boca será importante y sus silencios previos crean tanta expectación como su discurso... Y sus manos, sus manos se mueven seguras, con una suave energía que emboba al que las contempla. Tal vez es esa habilidad manual la clave de su afición a compaginar las actividades intelectuales con las artesanales. De todos es conocida la afición de González a cultivar bonsáis, al diseño y la creación de joyas, al arte culinario —es un excelente cocinero— e incluso su gusto por el billar y la petanca, actividades más lúdicas que deportivas, en las que prima la precisión sobre la fuerza.

Es el segundo de los cuatro hijos del matrimonio formado por Felipe González y Juana Márquez. Su padre, de origen cántabro, se dedicaba al negocio del ganado en el barrio sevillano de Heliópolis. Disfrutaban de una economía saneada, lo que le permitió de niño cursar el Bachillerato en el mejor colegio de Sevilla. Pero una cosa es no ser pobre y otra muy distinta ser rico. Siendo aún universitario, su padre sufrió un infarto y tuvo que ralentizar su actividad laboral, así que el joven Felipe se vio en la necesidad de compaginar los estudios con su colaboración en el negocio familiar. Se ocupaba del transporte de las vacas y, según dicen, llegaba luego a clase con el olor a ganado impregnado en la ropa y en la piel. Al contrario que les sucedía a otros, nadie quería compartir su pupitre...

El nuevo presidente, a sus cuarenta años, reunía una gran preparación intelectual y práctica, una impresionante capacidad de análisis y su cualidad estrella: unas dotes dialécticas con talento para cautivar y convencer.

La primera encomienda: buscar sastre y asesor de imagen, quienes junto a Tony Vélez, el peluquero, se ocuparían de que el aspecto del presidente estuviera

a la altura de las nuevas circunstancias. Desde el respeto y el afecto, y en honor a la verdad, hay que decir que, aun siendo buena la materia prima, salvo honrosas excepciones, el guardarropa general era lamentable y el buen gusto brillaba por su ausencia. ¡Madre mía! El sastre no daba abasto para tomar medidas y anotar encargos con el fin de intentar remediar ese look a lo Curro Jiménez y su banda que parecía formar parte de la mismísima esencia ideológica.

El despacho que ocupaba la Secretaría del presidente era en realidad la antesala del suyo. Continuaba con el de Julio Feo, el nuevo secretario general, exitoso director de la campaña del «cambio», en la que volcó todas las técnicas que había aprendido en sus años como intérprete de la Casa Blanca. Después le seguía su propia Secretaría, para continuar con la oficina de Eduardo Sotillos, portavoz del Gobierno, y sus correspondientes secretarias. Después, Julio de la Guardia, director general de Recursos Humanos, y sus chicas, que terminaban el pasillo.

Todos trabajábamos juntos, tan juntos que a veces era agobiante. El presidente se quejaba de que le interrumpían constantemente, porque todo el mundo accedía a su despacho a través del nuestro y era misión imposible frenarlos. Así que, siguiendo sus instrucciones, se instaló un vulgar pestillo que bloqueaba la puerta cuando él lo consideraba oportuno.

Julio Feo era nuestro vecino por la parte posterior y, aunque de trato correcto, era un hombre con mal carácter. Echaba broncas sin parar, empezando por los miembros de los Servicios de Seguridad y acabando por los de Protocolo. Los dos departamentos dependían de él y no había un día en que no encontrara motivos de queja. Hablaba siempre a gritos y con un lenguaje cuando menos vulgar. La mayor parte del día estaba fuera de sí, tanto que hasta se despeinaba, pero justo es reconocer que era el apagafuegos del presidente y solucionaba los mil y un problemas que surgían a diario. Estaba divorciado, y su ex mujer y él organizaban unas terribles peleas telefónicas a lo Guerra de los Rose; tantos eran los gritos que a veces bendecíamos la pared que nos separaba. Las únicas a las que no parecía impresionar semejantes voces eran sus secretarias, Pilar y Paquita, cuya sordera era directamente proporcional al volumen de los alaridos de su jefe.

En abril de 1983 tuvo lugar en Madrid una exposición antológica sobre Salvador Dalí en el Museo de Arte Contemporáneo, a cuya inauguración

asistieron, entre otros, el presidente de la Generalitat de Cataluña, Jordi Pujol, y el conseller de Cultura, Max Cahner. La llegada de Pujol en su coche oficial, portando el banderín catalán, ya fue motivo del primer comentario de Julio Feo: «Vaya, ya está aquí el de la banderita», e hizo todo lo posible para apartarle del resto de las autoridades que recibirían a los Reyes a su llegada. Cuando le presentaron al conseller, Feo se limitó a decir: «Ese, arriba», refiriéndose a que su lugar debía ser de inferior categoría al adjudicado por el Protocolo oficial. Cuando, obediente, el conseller, se disponía a ocupar su lugar, pudo oír: «Al Cahner que le den por el culo».

Semejantes incidentes desataron las iras del nacionalismo catalán, que encontraba en el comportamiento de Feo la más profunda ofensa a su bandera y a sus instituciones. Se convocó una concentración en la plaza de Sant Jaume como reafirmación de la soberanía nacional de Cataluña y exaltación de su bandera, y en la Presidencia del Gobierno recibimos treinta mil postales editadas especialmente para pedir la dimisión de Julio Feo. El texto, dirigido a Felipe González, era el siguiente: «Señor, puesto que somos un pueblo bien educado y respetuoso con los derechos de los demás, os pedimos que ceséis inmediatamente en su cargo a Julio Feo para que el Gobierno estatal no sea considerado nuevamente un grupo de gente que se dedica a insultar a nuestra bandera y a nuestras instituciones». El paso del tiempo se encargó de aplacar los ánimos y de rebajar la indignación provocada en la Generalitat y en los ciudadanos de Cataluña.

Otro altercado tuvo lugar unos meses después. Como Felipe González no tenía previsto a corto plazo visitar Guinea, Teodoro Obiang, su presidente, presionó para desplazarse a Madrid. Corría el 28 de julio de 1983 y hacía un calor agobiante en las pistas de Barajas. Un DC-8 de la Fuerza Aérea española trasportaba a Obiang, que iba acompañado, como siempre, por un nutrido séquito en el que destacaban los rostros blancos de los marroquíes que hacían de guardaespaldas del presidente africano.

El avión tomó tierra y se prepararon la alfombra roja y la banda de música que tocaría el himno guineano. Felipe González y Fernando Morán permanecían al pie de la escalerilla aguantando un sol de justicia. La puerta se abrió, pero pasaban los minutos y nadie descendía del avión. Era una situación incómoda para todos y los periodistas comenzaron a preguntarse por la razón de la demora.

Más de diez minutos hizo esperar Obiang a todos los presentes... La visita no empezaba con buen pie.

El séquito de Obiang seguía a su jefe en compacta formación y se producían codazos y forcejeos con los agentes de seguridad españoles, incluso a la entrada del vehículo oficial que transportaba a los dos presidentes. Al llegar a La Moncloa, donde tendría lugar un almuerzo y una reunión de trabajo, ocurrió un incidente grave y anormal en la visita oficial de una personalidad que se considera «amiga». Después de la foto en la escalinata del Palacio, ambos mandatarios entraron en el Salón de Columnas, mientras el secretario general de la Presidencia, Julio Feo, pedía a la guardia de Obiang que esperase en el exterior. Uno de los escoltas guineanos contestó en francés que él no pensaba marcharse y que no entendía español, y unos cuantos trataron de entrar en el Palacio. Un guardia civil que custodiaba el edificio se colocó delante y bloqueó la entrada. Julio Feo les explicó de nuevo, y en francés, la situación, pero uno de los guineanos sacó su pistola y apuntó a Feo, por lo que el teniente de la Guardia Civil no tardó ni un segundo en montar su subfusil. Comenzaron los gritos y el presidente González, dejando solo a Obiang, salió para ver qué ocurría. Fue él quien consiguió apaciguar los ánimos: «Estén tranquilos, por favor; esta es la casa del presidente del Gobierno español, que respeta a Obiang y a Guinea. Recuerden que se trata de un ambiente de amistad y cordialidad», insistió González.

Finalmente, se calmó la tensión y el presidente anunció en rueda de prensa el desbloqueo de las relaciones entre los dos países. Además, el Rey se desplazó expresamente a Madrid desde Palma de Mallorca, el 30 de julio, para entrevistarse con Obiang antes de que iniciara el viaje de regreso. Desde entonces, cada vez que el guineano visita España, inexorablemente se recuerdan los incidentes y se hace hincapié en que no vuelva a pasar «lo que con Julio Feo».

En aquellos años había mucha costumbre de utilizar el hilo musical en oficinas, comercios y hoteles, con el fin de que la actividad laboral contara con un fondo musical relajante que, según estudios, favorecía la productividad y mejoraba las relaciones humanas, siempre y cuando, claro está, el canal elegido fuera de música clásica o instrumental. Cada oficina podía opcionalmente utilizar o no el servicio, que se escuchaba en el vestíbulo y en los pasillos. Su

central de operaciones se situaba en el office, junto a la cafetera y el frigorífico. A primera hora de la tarde, Herminia iniciaba su jornada fregando y recogiendo el menaje utilizado durante la mañana al ritmo de un canal de heavy metal al más puro estilo Led Zeppelin. Cuando Julio Feo llegaba después de comer y escuchaba tan enloquecedores acordes armaba la de San Quintín y Herminia escuchaba improperios tan heavys como su música.

Feo encontró la excusa perfecta para deshacerse definitivamente del invento una tarde en la que, por los altavoces de todo el edificio, se escuchaba simultáneamente y en tiempo real la conversación telefónica que Alfonso Guerra mantenía con un interlocutor sin identificar. Algún cortocircuito en las conexiones internas había provocado semejante desatino. Así que Feo, a punto de darle algo, arrancó aparato y cables por las bravas y sin miramientos.

Quien se lo agradeció sinceramente fue Eduardo Sotillos, cuya cultura musical le venía de la infancia y a la que hacía referencia en muchas ocasiones. Sotillos, con su voz especial, conocida por todos los españoles a través de los telediarios, desarrolló, a mi juicio, el mejor trabajo de comunicación de la reciente historia democrática de España. Su habilidad para transmitir se derivaba de su formación como político y como periodista, que tanto monta monta tanto; su temple y sus buenos modales eran un excelente ejemplo de que cuando la labor está bien hecha sobra recurrir a descalificaciones y bravuconadas. ¡Los kilómetros que su secretaria Mari Loli recorrió detrás de él mientras le llamaba insistentemente: «¡Don Eduardo...!». Pero don Eduardo, enfrascado en sus cosas, raramente atendía.

Una de las primeras medidas del Gobierno tras su toma de posesión fue la apertura de la verja de Gibraltar, al principio solo para peatones. La orden establecía que el paso entre La Línea y Gibraltar, y viceversa, se efectuaría exclusivamente por el puesto de Policía habilitado para tal fin. El paso solo podría llevarse a cabo una vez al día por los ciudadanos españoles con pasaporte en vigor y por los británicos con residencia legal en Gibraltar. Poco después, el 21 de diciembre, se amplió el permiso de tránsito a los cónyuges, ascendientes y descendientes en primer grado, lo que posibilitó la reunión de las familias ante las inminentes fiestas de Navidad. Un año después de la apertura, se calculaba que un millón y medio de personas habían cruzado la frontera por el citado paso policial.

La segunda medida, de gran repercusión en la opinión pública, fue la expropiación de Rumasa, en virtud del Decreto Ley 2/1983. En aquel momento, el grupo estaba constituido por setecientas empresas, con una plantilla que alcanzaba los sesenta y cinco mil trabajadores, facturando trescientos cincuenta mil millones de las pesetas del momento. Las razones de la expropiación: reiterada falta de auditorías externas, obstrucción permanente a la inspección del Banco de España, arriesgada espiral de adquisiciones e inversiones del grupo y una astronómica deuda con la Seguridad Social.

Esta intervención desencadenó ríos de tinta y alimentó todo tipo de teorías conspirativas contra la familia Ruiz-Mateos y el Opus Dei, al que el clan pertenecía, teniendo como protagonista al ministro de Economía, Miguel Boyer.

Como consecuencia, el empresario huyó a Londres, pero fue extraditado a España en 1985. Fueron múltiples los procesos judiciales, recursos y sentencias que compusieron este caso; en junio de 1997 la Audiencia Nacional absolvió de los delitos de falsedad y estafa a José María Ruiz-Mateos, quien protagonizó actos de protesta y extravagantes campañas que ya forman parte de la cultura popular contemporánea. Finalmente, el grupo se privatizó por partes y la familia Ruiz-Mateos consiguió crear uno nuevo al que llaman Nueva Rumasa.

Por aquellos días se incorporó a las tareas de la Secretaría María Torres, proveniente también de las filas del partido y con quien conecté rápidamente. Éramos de la misma edad y disfrutábamos de la filosofía alegre y desenfadada que proporcionan los veinticinco años, además de una fortaleza física a prueba de bombas. La idea era liberarme de ciertas tareas para que pudiera organizar un pequeño equipo que funcionaría como un pool, donde se centralizaría todo el trabajo de informes, discursos, correspondencia, etc. Para ello dispondríamos de modernos sistemas informáticos. ¡¡Ordenadores!! ¡Por fin, trabajaríamos con ordenadores! Adiós al papel carbón y a las copias en cebolla, fin de los registros a mano de fichas en cartulina y armarios con interminables filas de carpetas colgantes. ¡Era la muerte del típex y la defunción de las gomas de borrar con escobilla! Hicimos un cursillo de una semana en la compañía Rank Xerox y salimos absolutamente preparadas para la nueva era cibernética que se avecinaba.

Visto desde el presente, tal vez parezca simplón e incluso ridículo, pero aquellos primeros ordenadores individuales, con sus ratones que parecían tener

vida propia y sus diskettes intercambiables de cinco pulgadas y cuarto, revolucionaron el mundo del trabajo y nos cambiaron la vida. Hasta tal punto que fue entonces cuando la Presidencia del Gobierno de España comenzó a tener visos de modernidad. Y se compró una firmadora, auténtico adelanto de última generación, que parecía una gran máquina de coser. Ocupaba tanto espacio y hacía tanto ruido que nadie la quería cerca.

Tan contentos estábamos todos con lo bien que iban las cosas que se organizó, a mediados de marzo de 1983, una especie de fiesta de fraternidad y buena vecindad para conmemorar los primeros cien días de gobierno, plazo de tiempo que tradicionalmente se establece para tomar el pulso a la gestión de un Ejecutivo que se estrena. Lo pasamos de maravilla, tanto que algunos quedaron inservibles para continuar la jornada; como ejemplo, el jefe de Protocolo tuvo que conducir su propio coche oficial para llevar a casa a su chófer, que estaba al borde del coma etílico.

Como vivienda y oficina estaban separadas por cien metros de jardín, al principio no era frecuente la visita de los miembros de la familia. Hasta que los hijos del presidente, Pablo y David, entonces un par de preadolescentes, se enteraron de que allí había ordenadores. La curiosidad podía con ellos y utilizaban a la hermana pequeña como excusa para pulular por los despachos y observar aquellos artefactos. María era una preciosa criatura de cinco años, con cara de lista, por la que su padre sentía absoluta debilidad. Con su lengua de trapo contestaba a nuestras preguntas, formuladas con mucha intención: «Y entonces, María, ¿tú quieres mucho a tu papá?». «Sí». «¿Y tú sabes en qué trabaja tu papá?». «Pues es uno de esos que hablan mucho». Desde luego, la niña no podía explicarlo más claro...

Y Carmen Romero, la mujer de la eterna sonrisa. Siempre en segundo plano ante el liderazgo aplastante de su marido, luchó contra el estereotipo de esposa de presidente del Gobierno al que una sociedad anticuada esperaba que se ajustara. Se enfrentó con valentía a una presión mediática que en muchos momentos llegó a la asfixia, pero lejos de condicionarla, vivió conforme a su propio modelo de mujer. Se le criticaba desde distintos medios que ejerciera su puesto como segunda dama de España en contadas ocasiones. Sin embargo, Carmen Romero dejó muy claro que quería seguir siendo ella misma y no un apéndice del presidente.

Desde su propio entorno la intentaban convencer apelando a su papel como un servicio más al partido, pues siendo como era la primera vez que una pareja joven, atractiva y socialista llegaba al poder, lo lógico habría sido que se exhibieran juntos un poco más a menudo. Pero ella se mantenía en sus trece. Finalmente, se vio obligada a dejar el instituto donde impartía clases de Lengua y Literatura, puesto que ocasionaba un sinfín de problemas continuar ejerciendo la docencia en una zona donde no era fácil su protección.

Tal vez, en justa compensación a su temporal frustración pedagógica, decidió llenar ese hueco intelectual con las veladas que durante un tiempo organizó en la «bodeguilla» en la que se convirtió el sótano-mantequería del Palacio que, como ya dijimos, descubrieron los hijos de Adolfo Suárez mientras jugaban en el jardín. La bodeguilla emulaba una típica tasca sevillana y, cada viernes, Carmen Romero organizaba cenas informales para la intelectualidad de la época. El asiduo círculo estaba compuesto por escritores, pensadores, periodistas, rockeros, artistas y actores que, a pesar de su inicial fidelidad, con el tiempo se fueron disipando en su arte o profesión tras su paso nocturno por La Moncloa y su comportamiento posterior. Como ejemplo cabe citar que el manifiesto que un grupo de intelectuales firmó a favor de nuestra permanencia en la OTAN salió de las tertulias de la bodeguilla. En buena lógica, estas tertulias no eran vistas con buenos ojos por los círculos conservadores, que intuían en estas prácticas matices conspiratorios y, sobre todo, fórmulas de influencia en el mismísimo centro de gravedad de la toma de decisiones del poder político del país. Por su parte, algunos «progres» de la época que despuntaban fundamentalmente por sus actitudes transgresoras o políticamente incorrectas, utilizaron la bodeguilla como plataforma de lanzamiento profesional y medraron a la sombra de las reuniones monclovitas más de lo que habría sido deseable.

Carmen Romero y Felipe González, tras dos años de noviazgo, se casaron en 1969 civilmente y por poderes en una ceremonia en la que Luis Uruñuela, ex alcalde de Sevilla, representó al novio, porque González se encontraba en Burdeos en una reunión del PSOE en el exilio. Al día siguiente el novio llegó a Sevilla para la ceremonia religiosa, que se celebró en un ambiente tan íntimo que no existe ni una sola fotografía del acontecimiento. González llegó al monasterio de Loreto a bordo del Renault 8 de Alfonso Guerra. El matrimonio viajó a Francia de luna de miel, donde González visitó a Rodolfo Llopis, histórico líder

del PSOE, y se dedicó de lleno a sus quehaceres de militante socialista en la clandestinidad. Fue en este viaje cuando la propia Carmen Romero bautizó a su marido como «Isidoro», siendo este desde entonces el nombre de guerra con el que González fue alcanzando mayores cotas de poder dentro del partido.

En las elecciones generales de 1989, Carmen Romero consiguió un escaño como diputada por Cádiz y actualmente forma parte del grupo socialista del Parlamento Europeo. A sus sesenta y dos años, vive dedicada a su trabajo y a disfrutar de sus cinco nietos. Además, ostenta la Presidencia del Círculo Mediterráneo, foro de interrelación entre los países de ese ámbito, poniendo el acento de manera especial en la lucha por la mejora de las condiciones de vida de las mujeres del Magreb.

Como todo el mundo sabe, en noviembre de 2008 los medios informativos se hicieron eco de la ruptura definitiva del matrimonio, así como de la relación sentimental de Felipe González con otra mujer.

Al mismo ritmo que crecían las necesidades de la Presidencia del Gobierno, en estructura y personal, para atender los nuevos proyectos se hacía necesario una planificación que reorganizara los servicios, convirtiendo aquella miniciudad en una institución verdaderamente representativa, además de cómoda y segura para los que trabajábamos en su interior. La extensión del terreno no suponía un problema; hablamos de 58.293,81 metros cuadrados, como consta en los planos del Ayuntamiento, uno de los espacios más amplios reservados a una jefatura de Gobierno en Europa... Pero faltaban edificaciones.

Felipe González, que soñaba con el día en que España firmara definitivamente su ingreso en las Comunidades Europeas, planeaba la construcción de un edificio representativo que albergara, con el nivel requerido, las reuniones, cumbres y eventos que en el futuro se celebrarían en Madrid cuando nuestro país fuera el anfitrión. Como es lógico, el palacete debía ser independiente de los demás edificios destinados a oficinas y despachos, y a la vez estar incluido en el perímetro de máxima seguridad del complejo, es decir, el que se reserva en exclusiva al Palacio. Solo había una solución: derribar la vieja casona de la Guardia Civil, donde los funcionarios y las fuerzas del orden almorzábamos cada día, pues era el comedor más cercano. No había opción ni tiempo material para otra cosa: los menús estudiantiles de las facultades más próximas de la Ciudad Universitaria, o el rancho cuartelero de nuestros

compañeros de uniforme. El edificio cayó como un castillo de naipes y el comedor se trasladó provisionalmente a un pequeño salón en el edificio INIA, junto a la cafetería.

Además del sueño de Felipe González, había que cumplir otros, quizá más perentorios. El complejo presidencial precisaba de un edificio que albergara los servicios comunes, sede a la que se trasladarían los médicos, la estafeta de Correos, el banco, la biblioteca y los servicios de publicaciones, los departamentos encargados de la gestión del personal y la habilitación, más una cafetería y un comedor a la altura de los nuevos tiempos y del número de trabajadores y visitantes. Y se construyó el edificio de Servicios.

Las Fuerzas de Seguridad que se ocupan de la vigilancia del complejo cumplen unos turnos muy especiales, teniendo en cuenta que no descansan nunca, por lo que requieren unas dependencias con unas características propias que den respuesta a todas sus necesidades, tales como oficinas específicas, entre ellas una comisaría de Policía, armería, gimnasio, peluquería, habitaciones para el descanso de los relevos y muy especialmente la sala que ocupa CEMAS, que es el Centro de Mando de Seguridad desde donde se controla todo el complejo a través de cámaras y sofisticados sistemas de vigilancia. Y se construyó el edificio de Seguridad.

Hay que tener en cuenta que el espacio aéreo del complejo se encuentra vedado, salvo expresa autorización militar, a cualquier vuelo civil o comercial, y que en su interior se halla un helipuerto, desde donde despega y aterriza el helicóptero que da servicio oficial al presidente. Pilotado con gran maestría por oficiales del Ejército del Aire, maniobran con destreza entre árboles y tejados para colocar el aparato exactamente en el lugar destinado al efecto. Todo esto conlleva la disponibilidad permanente de un vehículo de bomberos, cuyos operarios cuentan con trajes ignífugos y entrenamiento adecuado en caso de que sea preciso actuar ante cualquier eventualidad.

Un último apunte de interés se refiere a la utilización de este pequeño aeropuerto en ocasiones excepcionales por parte de helicópteros de servicios de emergencias que atienden accidentes de tráfico de especial gravedad. Para ello reciben el permiso de utilización de las instalaciones y los heridos son trasladados en ambulancia a los distintos hospitales de la zona.

Pues ya tenemos estos dos nuevos edificios, que fueron los primeros que se

incorporaron al complejo presidencial; más tarde lo hizo el del Consejo de Ministros, que por su importancia merece una mención más extensa.

Pero existía un nuevo proyecto que era preciso acometer cuando las disponibilidades económicas lo permitieran: un búnker subterráneo como medida preventiva de seguridad para el presidente y su familia ante cualquier imponderable de extrema gravedad. Después de los sucesos del 23-F, la necesidad de esta obra tomó cuerpo y UCD inició el llamado «plan Orión», que consistía en la construcción de un refugio, entre los años 1983 y 1989, en la provincia de Toledo. A finales de la década de los ochenta, Felipe González detuvo las obras y ordenó la edificación de un búnker en la propia Moncloa. En solo dos años, a finales de 1991, el proyecto estuvo terminado.

La palabra búnker suena a refugio antiatómico y es fruto de cierto pánico escénico que ataca a todos los dirigentes mundiales, como demuestran los libros de Historia. Citando a Alberto Rojas en su reportaje publicado por el diario El Mundo, el 2 de marzo de 2003, en el de La Moncloa caben doscientas personas, está dotado de muros de tres metros de grosor, puertas falsas, armería, quirófano y cementerio. Cuenta con vacunas contra la viruela y el ántrax, y es resistente a ataques nucleares. Se ha utilizado en muy pocas ocasiones, pero nunca ha dejado de estar operativo. Las reuniones más importantes que se han celebrado en este centro neurálgico tuvieron lugar durante la guerra de los Balcanes, la tregua de ETA, el Efecto 2000 y los atentados contra las Torres Gemelas y el Pentágono.

Cuando Aznar ganó las elecciones, entró en el búnker y se quedó sobrecogido ante las dimensiones de este edificio subterráneo: siete mil quinientos metros cuadrados bajo tierra. Todos los trabajadores de Dragados, la empresa que se encargó de su construcción, firmaron un juramento de confidencialidad, y los operarios quedaron sometidos a la Ley de Protección de Secretos Oficiales. De cara al gran público, se estaban construyendo los aparcamientos Puerta de Hierro.

Este refugio, que se conoce como proyecto CITA (Centralización de Instalaciones Técnicas Auxiliares), posee muros de hormigón reforzados con acero y titanio; se cierra herméticamente, está diseñado a prueba de bombas nucleares, terremotos, aguanta semanas de asedio y, por supuesto, está preparado para resistir ataques con armas químicas. La OTAN fue consultada sobre su diseño.

El acceso se encuentra en uno de los edificios administrativos contiguos. Todos los operarios, guardias, telegrafistas y médicos que trabajan en el edificio, unas cuarenta personas a las que se conoce como «bunkeros», deben identificarse con una tarjeta personalizada. Una vez superados los controles, se pasa al túnel de entrada. A ambos lados se alinean puertas falsas de color granate que no llevan a ninguna parte. Al final de la galería, que tiene las paredes pintadas de blanco, hay una puerta giratoria que da acceso al búnker.

Tiene tres pisos. El más cercano a la superficie, conocido como planta 0, es también el más austero. Empieza con una ducha de descontaminación radiactiva y, a partir de ahí, se encuentran las dependencias de seguridad con despachos para los representantes de los tres Ejércitos, que tienen ventanas iluminadas para simular la luz del día. En este nivel está ubicado el ordenador central militar, auténtico cerebro de la maquinaria bélica española, desde el que se controlan más de ciento veinte cazas de combate para casos de extrema necesidad. También hay un estudio de televisión para emitir mensajes bajo tierra destinados a los ciudadanos que se encuentran fuera. El hospital también se halla en esta altura y está dotado con quirófano, unidad de vigilancia intensiva y todos los avances médicos. Esta planta se completa con la sala de mapas, una habitación llena de monitores con imágenes de todas las emisoras del mundo y una cámara acorazada para guardar objetos de valor.

Para descender a la siguiente planta, conocida como —5, los inquilinos del subterráneo pueden utilizar ascensores, escaleras o un montacargas. Este nivel acoge la parte civil del edificio, posee una sala de reuniones con biblioteca y archivo, y otra con anfiteatro para proyecciones. En esta última, todas las butacas son de color azul, menos una, que es de color rojo... la del presidente. ¡Todo muy de película!

Cerca de esta estancia se encuentran las habitaciones dúplex con baño para las autoridades, además de otras más modestas para funcionarios. En este estrato se encuentra la cocina, la cafetería, el restaurante y las grandes cámaras frigoríficas que mantienen los alimentos en perfecto estado. En estas neveras pueden almacenarse hasta cadáveres. La renovación de las existencias se realiza cada dos meses, siendo un misterio el coste de las provisiones, la empresa que se encarga de su reposición y el destino final de los alimentos retirados.

La planta —10 es la más alejada de la superficie. En ella se encuentran la

sala de ordenadores, almacenes, habitaciones para el personal permanente, el gimnasio, la lavandería, un taller mecánico y otros servicios para los usuarios del búnker. El edificio, totalmente autónomo, posee dos grandes depósitos de agua, depuradora, calderas, aire acondicionado, además de una armería que esconde todo un arsenal de rifles y pistolas y, contigua a esta, un pequeño cementerio. El edificio está conectado al exterior por cables de fibra óptica y con hilo musical en todas las salas.

Periódicamente se realizan simulacros de respuesta a una crisis internacional, en coordinación con el resto de capitales aliadas de la OTAN. En los últimos años, no hemos sacado muy buenas notas, puesto que la Alianza Atlántica siempre concluye que debemos mejorar nuestros trabajos de gestión de las crisis y no limitarnos a hacer un seguimiento de las mismas cuando ya nos ha pillado el toro.

Resumiendo: una obra faraónica, reliquia de la guerra fría, símbolo del cesarismo de los presidentes e incómodo por la claustrofobia que produce.

En cualquier caso, todas estas obras, ampliaciones y remodelaciones se fueron llevando a cabo en el transcurso de los años, pero es cierto que el periodo correspondiente a la presidencia de Felipe González fue el más activo en estas cuestiones debido a su dilatación en el tiempo. No nos olvidemos de que en 1982 todo estaba por hacer.

Ocasión habrá más adelante de volver a hacer referencia al complejo y a su estructura.

Precisamente por la precariedad de las medidas de seguridad y la manifiesta vulnerabilidad de la Presidencia, cuestión cuando menos preocupante en un país con un grave y activo problema de terrorismo, se han dado situaciones alarmantes. Aunque, desde luego, hablamos de casos aislados, no se puede obviar que ha habido personas que, sin ningún tipo de control, han sido capaces de llegar hasta el corazón mismo de La Moncloa.

En cierta ocasión, unos desconocidos lograron sustraer un valioso cuadro de la sala donde se celebran las reuniones de subsecretarios previas al Consejo de Ministros, aunque fueron detenidos con posterioridad. Un matrimonio que quería entrevistarse con Roberto Dorado, haciendo referencia a una carta que habían recibido firmada por él, se plantó en el edificio de Semillas sin que nadie les frenara, sobre todo teniendo en cuenta que el señor era un negro enorme que

llamaba poderosamente la atención. Una noche, un camión que perdió los frenos en la carretera de La Coruña, derribó la verja y se incrustó en una de las fachadas del INIA. En definitiva, sucesos de cierta gravedad, pero a los que, lógicamente, se restaba importancia. Lo que es preciso resaltar es que durante años el perímetro de la Presidencia del Gobierno no estuvo acotado en su totalidad, por lo que manifestaciones de todo tipo tenían lugar a escasos metros, y en más de una ocasión los trabajadores nos vimos en cierta manera comprometidos al realizar las entradas o salidas.

No puedo olvidar las semanas que, en octubre de 1983, un buen número de afectados por el síndrome tóxico permanecieron acampados en la explanada, entonces previa a la entrada principal, para reivindicar una solución a sus problemas ante la sensación de abandono por parte de las autoridades. Momentos de gran tensión se vivieron también durante las manifestaciones protagonizadas por cientos de afectados de la reconversión industrial, que en algún momento tuvieron que ser repelidos por acciones policiales ante el derribo de vallas y el destrozo de las instalaciones periféricas.

La verdad es que durante todo el año 1983 los enfrentamientos entre trabajadores y Fuerzas de Seguridad fueron especialmente virulentos; se extendieron desde Vigo hasta Cádiz y desde Ferrol hasta Sagunto, como consecuencia de los planes de reconversión diseñados por Carlos Solchaga y Miguel Boyer, ministros de Industria y Hacienda respectivamente. El desmantelamiento del tejido industrial obsoleto arrojó al paro a seiscientos cincuenta mil trabajadores y la violencia en las calles actuaba como válvula de escape de la desesperanza en que vivían miles de familias.

La reconversión industrial respondía a los planteamientos generales marcados por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), pautas que debían acatar, por etapas, todos los países industrializados con el fin de afrontar el futuro con un tejido industrial saneado —eliminando siderurgias, construcción naval y minería—, cuya base fuera la producción de otros productos de mayor demanda y menores costes laborales. El proceso en España tuvo una factura política y social muy elevada, hasta la firma en La Moncloa del Acuerdo Nacional de Empleo, pacto tripartito que se selló entre José María Cuevas, en representación de la patronal, Nicolás Redondo, secretario general de UGT, y Felipe González como presidente del Gobierno,

que resoplaba visiblemente agobiado antes de estampar su firma en el documento. La incorporación de nuestro país a las Comunidades Europeas obligó a un segundo proceso de reconversión que se llevó a cabo a partir de 1991.

Esta problemática, sin duda de especial calado social, incidía de manera directa en la sensibilidad de unos gobernantes que, con una ideología socialista de amplio espectro y profundo arraigo, se enfrentaban a la evidencia de tener que tomar medidas que iban a perjudicar claramente a los trabajadores, socavando con mayor incidencia el tejido social más desfavorecido. Estando así las cosas, no es de extrañar que las discrepancias primero y las agrias discusiones después se manifestaran a través de dos corrientes que se enfrentarían en el partido y en el propio Gobierno. Por un lado, los liberales de Boyer, una beautiful people que extendía sus tentáculos por las grandes corporaciones financieras y los núcleos más influyentes del país; y por otro, los «descamisados» de Alfonso Guerra, que veían en la actuación de sus compañeros de partido una traición al más ortodoxo ideario socialista. Tanto Boyer como Guerra intentaban que González, como líder indiscutible del socialismo, apoyara sus respectivas tesis, pero el presidente repartía palos y zanahorias al mismo tiempo. Es lógico pensar que debía haber una postura intermedia que equilibrara las fuerzas en asuntos donde unos ponían el cerebro y otros el corazón.

Entre tanto, la legislatura continuaba su camino, enviando proyectos de ley a las Cortes para su tramitación parlamentaria sin perder nunca de vista el catecismo que representa para un Gobierno el programa electoral que ha merecido el respaldo de la mayoría de los ciudadanos. Se fueron aprobando leyes que incidirían en lo más profundo de la idiosincrasia de España para acercarnos cada vez más a Europa, nuestro referente. Realmente, para los españoles de aquella época eran de una novedad extraordinaria. Como ejemplos, el proyecto de Ley Orgánica que regula el Derecho de Reunión, el de la Reforma Universitaria y el regulador del Derecho a la Educación, el proyecto de Ley del Servicio Militar, los que desarrollan artículos de la Constitución en materia de Asistencia Letrada al Detenido y la Ley de Enjuiciamiento Criminal y, sin duda, el más mediático de todos, el proyecto de Ley Orgánica de Reforma Parcial del Código Penal que despenalizaba el aborto.

Los dirigentes socialistas aseguraban que habían tomado la iniciativa a la

vista de los sondeos de opinión, que arrojaban una significativa mayoría a favor de la propuesta que recomendaba la interrupción legal del embarazo en tres casos, los conocidos como abortos terapéutico, eugenésico y ético. El llamado cuarto supuesto, vigente en otros países europeos, quedaba excluido. Este supuesto plantea la posibilidad de abortar argumentando cuestiones sociales dentro de unos plazos de tiempo que la ley establecería. El PSOE no volvió a plantear la cuestión hasta después de abandonar el poder.

Como ya ocurrió con la Ley del Divorcio, el gran debate nacional estaba servido en la calle, en los medios de comunicación y en el Parlamento, de donde salió aprobada definitivamente la ley el 30 de noviembre de 1983. De nuevo el ruido de sotanas y, como no podía ser de otra manera, la Iglesia y la derecha política dieron la gran batalla tocando todos los resortes imaginables. Era tal el número de «cartas-aborto» que recibíamos cada día en contra de la ley que acabamos almacenándolas en un sótano. Correspondencia manchada de sangre, sobres con crucifijos y rosarios, llamadas telefónicas cargadas de odio, insultos, amenazas y descalificaciones y, en el lado contrario, la abrumadora fuerza de la izquierda, cuyas mujeres, encabezadas por Elena Arnedo, ex mujer del ministro Boyer, reivindicaban en continuas manifestaciones, a las puertas de La Moncloa, el cuarto supuesto y, en definitiva, la libertad de las mujeres para decidir sobre su maternidad.

Es llamativo que, tras la batalla apocalíptica que tuvo lugar entonces y los debates parlamentarios más duros y delicados que se recuerdan, la derecha, que posteriormente sustituyó al Gobierno socialista, no hiciera nada para derogar esta ley. En la siguiente revisión de la norma, es decir, cuando la alternancia en el poder llevó al PSOE a gobernar de nuevo, la derecha ha vuelto a su lucha encarnizada en este asunto que, en esencia, afecta a las conciencias individuales. Es bastante probable que la reforma de la ley acabe siendo aprobada y que, como ya ocurrió en los años ochenta, la derecha después no haga nada para conseguir su derogación.

El panorama político y social se estaba transformando. La UCD decidió disolverse como partido a principios de 1983, en tanto que Alianza Popular, en su VI Congreso, reeligió a Manuel Fraga como presidente y a Jorge Verstrynge como secretario general. José Luis Garci consiguió un Óscar con su película Volver a empezar, y se produjo la entrada en vigor de la ley que establece un

tope de cuarenta horas semanales de trabajo y treinta días de vacaciones anuales. Nació el primer bebé probeta español en la clínica Dexeus de Barcelona, a las treinta y siete semanas de gestación, y Francia concedió por primera vez la extradición a España de tres presuntos miembros de ETA.

En un país en el que durante décadas la soberanía no residió en el pueblo, se pretendía que los ciudadanos tomásemos conciencia de los problemas que nos afectaban y se conociera de primera mano la opinión de sus legítimos representantes. Para ello se estrenó una práctica parlamentaria de la que ahora se cumplen veinte ediciones: el Debate sobre el estado de la Nación.

El primero se celebró en 1983, a instancias del presidente del Gobierno Felipe González, como un «debate sobre política general». La fórmula fue aceptada por la oposición sin ninguna condición. Su relevancia se deriva del hecho de que enfrenta al responsable máximo del Gobierno con los líderes de los grupos de oposición para evaluar de forma completa y amplia la situación política, económica y social del país. Es el debate más importante del año en las Cortes, junto al de los Presupuestos Generales del Estado y, a su término, se aprueban resoluciones presentadas por todos los grupos sobre las materias abordadas. No hay debate en los años con convocatoria electoral general, ni tampoco fecha predeterminada. La propone el Gobierno a partir de una comunicación que remite a la Cámara, donde resume las líneas generales de su actuación política.

Tras la exposición del presidente del Gobierno, que dispone de tiempo ilimitado, se interrumpe la sesión y, a partir de entonces, suben a la tribuna los portavoces de los grupos, de mayor a menor, salvo el correspondiente al Gobierno, que interviene en último lugar. El momento más interesante es el cara a cara entre el presidente del Gobierno y el líder del principal partido de la oposición, cuyas réplicas y contrarréplicas acaparan la mayor expectación y tensión política. Durante los primeros años de la democracia, el diputado que ostentaba la representación del partido que poseía el segundo mayor número de escaños en el Congreso recibía exactamente el calificativo de «líder de la leal oposición», tomado del sistema parlamentario británico y de la mayoría de los países de la Commonwealth, que da idea de la obligación de la oposición de asumir su papel de control al Gobierno, sin menoscabo de su compromiso y responsabilidad de colaborar con él cuando especiales circunstancias así lo

aconsejen. Manuel Fraga Iribarne, presidente de Alianza Popular, detentó este mandato parlamentario durante años, cumpliendo con sus preceptos de manera intachable.

Después de cada debate, el Centro de Investigaciones Sociológicas evalúa la opinión de los ciudadanos, si la imagen de los líderes mejora o empeora tras el debate, y pulsa la percepción que los parlamentarios tienen de los problemas del país y la confianza que transmiten.

En febrero de 1984 murió el dirigente ruso Yuri Andropov. Se organizaron en Moscú las correspondientes exequias, a las que asistieron dignatarios de todo el mundo, en especial de los países pertenecientes a la órbita soviética. Al regreso del entierro, el 17 de febrero de 1984, Fidel Castro, líder de la revolución cubana, y Daniel Ortega, coordinador de la Junta de Gobierno de Nicaragua, que viajaban juntos en un avión de la compañía rusa Aeroflot, decidieron hacer una escala técnica en Madrid, cumpliendo así su deseo de pisar, por fin, tierra española. Castro y Ortega, con uniformes militares, fueron recibidos, al pie de la escalerilla del avión en la zona militar del pabellón de Estado de Barajas, por el presidente del Gobierno, Felipe González. Solo permanecieron en España cuatro horas. Era la primera vez que Castro visitaba, aunque no oficialmente, el país de su familia. González se llevó a todo el séquito a bordo de dos helicópteros a almorzar a La Moncloa en lo que se llamó la «cumbre roja». Entre plato y plato, a González se le ocurrió llamar por teléfono al Rey para que Castro le saludase. Y así lo hizo, recibiendo de Su Majestad una muy cordial bienvenida y su felicitación al cumplirse el veinticinco aniversario de la Revolución.

Se hizo un breve repaso de los temas bilaterales y se analizaron los diferentes puntos de vista relacionados con el futuro de Centroamérica y el Caribe. Regreso a Barajas y viaje de vuelta a casa en la aeronave Ilyushin 62, con el consiguiente berrinche de la derecha española.

Conviene resaltar que en aquellos años estas visitas rompían moldes, como sucedió con la del presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, el 6 de mayo de 1985, teniendo en cuenta que hablamos del encuentro oficial de un presidente republicano de derechas con el presidente de un Gobierno socialista, en un momento en el que el futuro de España dentro de la OTAN se deshojaba como las margaritas, a la vez que cientos de miles de personas participaban en manifestaciones contra la visita del presidente norteamericano a España,

quemando banderas y muñecos del Tío Sam. ¡O sea, soponcio para la izquierda!

Es curioso que pocos presidentes, como Reagan, hayan conseguido, al mismo tiempo y de manera rotunda, el desprecio europeo y la popularidad en su propio país. Los medios de comunicación del viejo continente le tachaban de imperialista, su pasado como actor era motivo de mofa constante y se le adjudicaba el prototipo de «paleto» americano, incapaz de entender la sensibilidad y la cultura europeas. Pero ahí estaba Felipe González, un verdadero malabarista de las relaciones internacionales, que lo mismo zurcía un roto que arreglaba un descosido. Desde la primera ocasión en que se entrevistaron en Washington, el 21 de junio de 1983, funcionó la química, y cuando acabaron la reunión ya eran «Felipe» y «Ron».

Reagan reflejó por escrito, casi día a día, su mandato (1981-1989), sus impresiones y vivencias en la Casa Blanca. Años después sus escritos se publicaron bajo el título Los diarios de Reagan y en ellos hablaba, entre otros muchos mandatarios, de Felipe González: «Funcionamos bien. Es un agudo y brillante joven con mucha personalidad, moderado y pragmático socialista. Le he reprendido un poco por lo de Centroamérica, pero le he contado todo sobre Nicaragua y no creo que se deje dominar por Ortega».

Uno de los aspectos más destacables de la personalidad de Reagan, aspecto que le acercó al pueblo norteamericano, fue, sin duda, su sentido del humor. Se reía sobre todo de sí mismo y de las críticas que recibía. En todas las fotos de los encuentros de ambos mandatarios aparecen los dos riendo abiertamente, y como Reagan era un optimista empedernido, contaba muchos chistes. Decía: «Saben el de los dos hermanos, pesimista el uno y optimista el otro, que reciben de sus padres sendos regalos de Navidad con la esperanza de que moderen sus radicales posturas. El primero, al ver tal montaña de juguetes, se echa a llorar sin consuelo, pensando que algún día se romperán, y el segundo, que recibe un montón de estiércol, exclama: "¡Seguro que debajo hay un poni!". Bueno, pues el del poni soy yo». Cuentan que el día en que fue objeto del atentado que casi le cuesta la vida —una de las balas que recibió se introdujo bajo su brazo izquierdo y se alojó en el pulmón, muy cerca del corazón—, estando ya en el hospital, le dijo a su esposa Nancy: «Cariño, mira que no agacharme...». Y a los médicos: «Por favor, díganme que son ustedes republicanos».

Era un ferviente practicante de la siesta, costumbre que admiraba de los

españoles. Al corriente de los chascarrillos que circulaban sobre sus hábitos y costumbres, declaraba: «Claro que me preocupa todo lo que atañe al Gobierno; de hecho me ha provocado más de una tarde de insomnio». Cuando dejó la Casa Blanca, mandó poner un cartel en uno de los sillones del despacho oval: «Aquí durmió Ronald Reagan».

Por fin estábamos en condiciones de entrar en Europa y nos disponíamos a llamar a sus puertas, como si de las del cielo de Bob Dylan se tratara. España presentó solicitud de ingreso en la Comunidad Económica Europea por primera vez en 1962, petición que fue rechazada por razones obvias. Durante la Transición política y superado el requisito democrático, Adolfo Suárez escribió una carta a la Comisión Europea el 26 de julio de 1977, que fue contestada positivamente en un esfuerzo de la propia Comunidad para fortalecer las incipientes democracias del sur del continente, Grecia, Portugal y España, que compartíamos las mismas aspiraciones. Pero este apoyo comportaba importantes dificultades económicas, dado el menor desarrollo de los tres nuevos candidatos y el aumento de la población de la Comunidad, que iba a superar los trescientos treinta millones de habitantes. En previsión de la transformación que se avecinaba, era necesario un periodo previo de cambios institucionales de enorme complejidad. Paralelamente, España iría cumpliendo con los requisitos que, a su vez, le exigía Europa en lo referente a ratificación de pactos y convenios internacionales que nuestro país nunca había suscrito.

A pesar de que ninguno de los nueve países entonces miembros se opuso a la integración, las negociaciones se prolongaron durante más de seis años, excepto en el caso griego, que ingresó en la Comunidad el 1 de enero de 1981.

El proceso se inició en Bruselas el 5 de febrero de 1979, siendo presidente del Consejo el francés Jean-François Poucet, Leopoldo Calvo-Sotelo, ministro de Relaciones con las Comunidades Europeas, y Marcelino Oreja, de Asuntos Exteriores, del Gobierno español. Caso singular de consenso fue siempre la necesidad de la pertenencia de nuestro país a Europa, así como la unanimidad de todas las fuerzas políticas en esta materia.

Cuando Calvo-Sotelo pasó a ser vicepresidente en el último Gobierno de Adolfo Suárez, le sustituyó al frente del ministerio Eduardo Punset, aunque por poco tiempo. Según contaba el propio ministro, debido a su probado y permanente despiste y a su celo profesional en los aspectos negociadores, no se

enteraba nunca de los eventos de otro tipo. El caso es que una vez se vio obligado a asistir a una cena de gala en alguna de sus visitas a Bruselas y no disponía de traje de etiqueta. Ante la premura de tiempo, no se le ocurrió mejor idea que pedirle la chaqueta a uno de los porteros del hotel donde se alojaba y, sin ningún complejo, nuestro ministro se presentó en la cena con un uniforme cubierto de charreteras y entorchados. Parecía un árbol de Navidad. ¡Menos mal que, teniendo en cuenta la escasa envergadura del señor Punset, el improvisado modelito era más o menos de su talla!

Tras la victoria del PSOE en 1982, Felipe González en persona tomó las riendas de la negociación, escoltado siempre por Fernando Morán, ministro de Asuntos Exteriores, y Manuel Marín como encargado de las Relaciones con las Comunidades. El buen hacer de la terna y la mejor sintonía con el Gobierno francés, cuya presidencia ostentaba François Mitterrand desde 1981, dieron pronto sus frutos; eso y la aceptación expresa de Felipe González ante el canciller alemán Helmut Kohl, presidente de turno de la Comunidad, del vínculo que unía la pertenencia a la Europa comunitaria y la alianza político-militar con Estados Unidos. Como veremos después, este giro supuso el cambio radical en la postura del Gobierno español respecto a la permanencia de España en la OTAN.

En marzo de 1985, Italia ostentaba la presidencia de turno y Giulio Andreotti dirigió la negociación. El grueso del paquete se saldó pronto, pero los famosos «flecos» no se lograron cerrar hasta el 6 de junio siguiente. Fueron precisas sesenta y una rondas, veintinueve de ellas ministeriales, con negociaciones maratonianas hasta altas horas de la noche, lo que, según los negociadores, favorecía a la delegación española, a todas luces más trasnochadora. Andreotti se involucró personalmente en el proceso y, a pesar de su ya avanzada edad, pasaba las noches de una habitación a otra, de una sala a la siguiente llevando y trayendo propuestas y haciendo de abogado del diablo de unos y de otros, de juez y parte, de héroe y villano, tirando y aflojando según conviniera. ¡Gracias, señor Andreotti, por su magnífico y desinteresado esfuerzo!

Los temas económicos, en especial los concernientes a industria, agricultura y pesca, fueron terriblemente complejos y necesitaron cantidad de matices en su desarrollo, así como periodos de transición tal vez demasiado largos.

Pero, finalmente, el Acta de Adhesión de España a las Comunidades Europeas fue firmada en Madrid, el 12 de junio de 1985, por el presidente del

Gobierno, Felipe González, en el Salón de Columnas del Palacio Real. A su lado, los vencedores de tantas batallas, Fernando Morán, Manuel Marín y Gabriel Ferrán, nuestro embajador permanente ante las Comunidades Europeas. En su discurso final, González dijo:

España aporta su saber de nación vieja y su entusiasmo de pueblo joven con la convicción de que un futuro de unidad es el único posible. El ideal de la construcción europea es más válido que nunca, porque nos lo impone las exigencias del mundo de hoy y más aún las de mañana.

El mismo día se realizó un acto similar en el monasterio de los Jerónimos de Lisboa y, a partir del 1 de enero de 1986, Europa estaría más completa con doce miembros, tantos como estrellas amarillas tiene su bandera.

El ingreso contó con el consenso de todas las fuerzas políticas, dato por lo demás asombroso. En la votación efectuada en 1985, el Congreso de los Diputados dio su voto favorable de forma unánime, hecho que, por el contrario, no se produjo en los casos de Portugal y Grecia, donde los partidos de izquierda se opusieron.

Un incesante ir y venir de La Moncloa al Palacio Real marcó la jornada anterior a la ceremonia de la firma. Hasta el momento justo en que entraban los protagonistas en el salón, operarios con mono pulían la mesa, y mujeres con mandil pasaban el aspirador a las alfombras, ocultando cables y ultimando la disposición de las sillas. Hasta pocos minutos antes del inicio de la ceremonia, en la Secretaría se retocaba el discurso del presidente y, mientras flotaban en el ambiente los efluvios de la «ley de Murphy», de imprenta salía mal una de las páginas del programa que recogía la agenda pormenorizada de todos los actos que compondrían la jornada, por lo que, a mano y uno a uno, se desmontaron los cientos de cuadernillos para sustituir la página errónea. ¡Qué estrés! Todo el mundo participaba en las operaciones, hasta los compañeros de la Guardia Civil que controlaban la entrada al edificio colaboraron en las tareas de recuento y empaquetado.

¡Aquello sí que era trabajar por España y como una piña, ahora que tan de moda está convertir los éxitos deportivos en la suma del buen hacer, con una ingente dosis de espíritu de equipo y unidos por los colores de la bandera!

Tras el ingreso, la economía española creció a un ritmo superior al registrado por los otros once Estados. Si le sumamos la salida definitiva de nuestro

aislamiento internacional y la consiguiente estabilización de nuestra joven democracia, el balance es, sin duda, positivo.

Más de veinte años después se puede afirmar que los fondos estructurales recibidos por España permitieron construir nuestras grandes infraestructuras, crear trescientos mil empleos al año aproximadamente, además de compartir un espacio común, libre de fronteras, con una moneda única y con un plan de intercambios educativos y culturales que no tienen parangón en el mundo desarrollado. Las Fuerzas Armadas españolas son hoy un Ejército moderno que participa en misiones de paz y ayuda humanitaria, y la formación continua es parte de la vida diaria de sus miembros. Los españoles hemos hecho desaparecer ese «complejo de inferioridad» que sufríamos en el pasado y estudios actuales señalan un sentimiento de pertenencia europea muy arraigado entre los españoles, a pesar de la baja participación generalizada que se repite en los procesos electorales europeos en todo el territorio de la Unión. Por último, cabe destacar el cambio radical de los sucesivos Gobiernos de Francia en cuanto a la colaboración con nuestro país en la lucha antiterrorista, tanto en el ámbito judicial como en el policial.

Europa, lejos ya de ser un mero ente económico, camina hacia nuevos retos, y la construcción de una auténtica unión política y un Espacio Social Europeo se definen hoy como los objetivos más ambiciosos que comparten veintisiete Estados y quinientos millones de almas, ocupando España un lugar destacado en sus instituciones, además de estar considerado un interlocutor privilegiado con África y América Latina.

A los españoles, que siempre nos habíamos debatido entre el idealismo pacifista de rechazo a las armas y el miedo a no formar parte del bloque de países más poderosos, nos sirvieron en la bandeja de la polémica la cuestión de la permanencia o no de España en la OTAN. El temita no era moco de pavo y se había convertido en una china en el zapato de Felipe González, que intentaba por todos los medios dar con un plan que mantuviera a nuestro país dentro de la organización, sin que ello supusiera un desgaste político significativo para el PSOE y para él mismo como presidente del Gobierno, después de la vehemente y constante campaña llevada a cabo en contra de la organización atlantista.

Cada dos por tres, a González se le indigestaba el desayuno con los editoriales de la prensa nacional sobre el asunto y con las convocatorias de

manifestaciones para pedir la salida de España de la Alianza, tal y como se comprometieron los socialistas en caso de llegar al poder.

El 19 de febrero de 1984, cincuenta mil personas participaron en la marcha contra la OTAN de Madrid a Torrejón de Ardoz, y otras tantas se dieron cita el 3 de junio en otra marcha pacifista en la capital de España por un «Referéndum claro y la salida de la OTAN».

El XXX Congreso del PSOE, celebrado el 15 de diciembre del mismo año, aprobó la permanencia de España en la OTAN, así que con el respaldo expreso de su partido, Felipe González decidió implicarse a tope y pedir personalmente el «sí» a la OTAN en la campaña previa al referéndum, que se convocó definitivamente para el 12 de marzo de 1986.

Justificaciones del cambio de postura las había, ¡qué duda cabe!, pero estaban en juego la credibilidad del Partido Socialista y del propio presidente del Gobierno, quien, con una falta absoluta de perspectiva histórica, había votado no a la OTAN, tanto en el Congreso como en el Senado, cuando Calvo-Sotelo procedió a nuestra integración, y que en la campaña electoral de 1982 insistía en detener el proceso y convocar el referéndum con su famoso «OTAN no, bases fuera».

Los sondeos no facilitaban un pronóstico fiable; a mediados de 1985, una encuesta de Sofemasa arrojaba un indicativo del 46% de los ciudadanos en contra de nuestra permanencia en la OTAN. Dadas las circunstancias, era necesario quemar todas las naves, por lo que se puso en marcha una estrategia que colocó a un grupo de los mejores colaboradores del presidente a trabajar full time en la campaña, en una oficina fuera de La Moncloa, y a González a admitir su tremendo «error» y a entonar el mea culpa.

Buscando socios para esta empresa, el presidente solicitó la colaboración de Adolfo Suárez, que gozaba todavía de un gran ascendiente sobre la opinión pública, y le citó en La Moncloa. Adolfo Suárez se presentó con su maravillosa sonrisa y su presencia causó un gran revuelo. Le interesaba saber, en primer lugar, si nos trataban bien y si estábamos contentas con nuestros nuevos jefes, poniendo a nuestra disposición, siempre en tono jocoso, los servicios de su bufete para cualquier reclamación. Mientras esperaba, el presidente llamó para que enviáramos a Suárez al Palacio, porque quería invitarle a un café en su casa, que antes fue la suya, como si de dos amigos se tratara. Ni por esas el presidente

socialista logró convencer a Suárez, que se negó a participar en la cruzada, produciéndose un distanciamiento, aunque solo temporal, entre ambos políticos.

La consulta planteaba la pregunta: «¿Considera conveniente para España permanecer en la Alianza Atlántica en los términos acordados por el Gobierno de la nación?». A lo que había que contestar «sí» o «no». Los términos a los que se hacía referencia eran la no incorporación a la estructura militar de la OTAN, la prohibición de instalar o introducir armas nucleares en el país y la reducción de la presencia militar norteamericana en nuestro territorio. El referéndum se saldó con un 52,54% de los votos a favor, un 39,83% en contra y un 6,54% de abstenciones. Ayudó a este resultado final el posicionamiento de Alianza Popular, que hizo campaña por el voto en blanco, no convenciendo a una parte importante del electorado, que votó a favor. ¡Curioso: la derecha votando en blanco y los socialistas pidiendo el sí a la permanencia en la Alianza!

Para terminar este capítulo, en el que se tragaron tantos sapos como culebras salieron en su día de los escaños de la oposición socialista, y como colofón a la contradicción más absoluta, en 1995 un socialista de antiguo cuño, Javier Solana, fue nombrado secretario general de la OTAN.

Muchos años después, Felipe González confesaba que el referéndum fue un error, porque arriesgó demasiado. Ni Europa ni Estados Unidos le habrían perdonado nunca que desestabilizara a todo Occidente impulsando la salida de España de la Alianza. Además, siempre se mostró agradecido a los españoles que entonces le sacamos las castañas del fuego, donde él mismo las había colocado. También la Europa del Mercado Común le echó una mano y el 1 de enero de 1986, el mismo año del referéndum, España ingresaba en Europa como miembro de pleno derecho y la mayoría del país supo captar la conexión entre una adhesión y otra, entre las duras y las maduras.

Mientras, España continuaba su andadura y, tras la salida de Miguel Boyer del Gobierno para presidir el Banco Exterior de España, se produjo la primera reestructuración, en la que entraron Carlos Solchaga en Economía y Francisco Fernández Ordóñez en Asuntos Exteriores, cambiando los titulares de tres ministerios más.

Estábamos en julio de 1985 y, en septiembre del mismo año, cuatro presuntos etarras eran asesinados por los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL) en un bar de Bayona. Además, moría Enrique Tierno Galván, el alcalde

más querido por todos los madrileños, y el príncipe Felipe alcanzaba la mayoría de edad, celebrándose una sesión extraordinaria de las Cortes para que procediera al juramento de la Constitución, según prevé su artículo 61.

La II Legislatura llegaba a su fin y el Real Decreto de disolución de las Cortes contempló la convocatoria de elecciones para el 22 de junio de 1986.

El PSOE obtuvo su segunda mayoría absoluta con ciento ochenta y cuatro escaños, dieciocho menos que en 1982, es decir, un millón menos de votos, seguido de Alianza Popular, como segunda fuerza, con ciento cinco diputados.

Felipe González fue investido presidente del Gobierno el 24 de julio, con los votos exactos del grupo socialista. El resto de la Cámara votó en contra, salvo la minoría vasca, que se abstuvo.

Tras esta intensa legislatura nos dispusimos a disfrutar de un merecido descanso.

Las primeras vacaciones de la familia González tuvieron lugar en la finca El Hosquillo, en plena serranía de Cuenca. Los niños aún eran pequeños y disfrutaban enormemente del monte y de las actividades en plena naturaleza, descubriendo los animales y pescando alguna que otra trucha en los arroyos de la reserva. Su padre aprovechaba estos breves paréntesis para realizar con ellos este tipo de actividades al aire libre, lo que le proporcionaba una cierta complicidad con sus hijos, tan difícil de conseguir y mantener en la rutina diaria de La Moncloa.

Algún que otro año, el presidente decidió no salir del Palacio en todo el verano como consecuencia de las malas notas que los chicos cosechaban durante el curso, lo que les forzaba a estudiar en la época estival con el fin de afrontar los exámenes de septiembre. Como muchos otros padres, los González se veían obligados a permanecer en Madrid y a vigilar muy de cerca los estudios de sus hijos, que empezaban a manifestar los problemas derivados del enfrentamiento generacional propio de la adolescencia, agravados por ese sentimiento de falta de libertad que el cargo del cabeza de familia y la vida en La Moncloa traen consigo.

Pablo y David encajaron mal estas circunstancias, y la rebeldía lógica de esta etapa de la vida se agudizó especialmente, causando a su padre y a su madre auténticos quebraderos de cabeza. Malas notas, castigos y sanciones, prohibiciones y represalias... Nada conseguía doblegar la determinación de los

dos muchachos de volver locos a sus padres y hacerles la vida imposible. Lucían larguísimas melenas y atuendos extravagantes y sus comportamientos provocadores y políticamente incorrectos en lugares públicos eran la pesadilla de sus progenitores. Aunque tuvieran orden expresa de no salir de casa, siempre se las ingeniaban para abandonar el complejo, y cuando el presidente se levantaba por la mañana y llamaba a la puerta de la habitación de sus hijos para comprobar que estaban dentro, le hacían creer que se acababan de acostar después de una larga noche de estudio, cuando, en realidad, había sido de tugurios y botellón.

El colegio actuaba en su caso como hacía con los demás alumnos problemáticos: remitía las notas por correo a los padres para evitar que los muchachos no las entregaran en casa o falsificaran las firmas. En la Secretaría se abrían estos sobres, igual que el resto de la correspondencia cuyo destinatario era el presidente, por lo que nosotras éramos las primeras en conocer las pésimas noticias. Las calificaciones de los niños formaban parte de los papeles de despacho con el presidente y las intercalábamos entre informes y documentos que tuvieran un carácter positivo con el fin de paliar en lo posible los disgustos que sus vástagos infligían despiadadamente a aquel padre cuyas dotes de convicción no tenían ningún éxito en su entorno familiar. En casa del herrero...

Hoy, Pablo González, el mayor de los hermanos, es informático y gran conocedor de las filosofías orientales. David, pintor de profesión, vive en el pueblo gaditano de Castellar de la Frontera, en la casa que el Ayuntamiento cedió a sus padres temporalmente hace algunos años por ganar el ex presidente un pleito para los vecinos, y María, la pequeña, es licenciada en Derecho y actualmente trabaja con su padre. Los tres están casados y tienen descendencia.

A partir de 1986, González y su familia empezaron a visitar el Coto de Doñana, donde pasaron las vacaciones veraniegas de los diez años siguientes. Según cuenta la historia, una hija de los príncipes de Éboli, Ana, casada con Alonso Pérez de Guzmán, VII duque de Medina-Sidonia, heredó esta propiedad de sus padres. La citada finca comprende desde la Algaida hasta Matalascañas y, siguiendo el mar y envuelta por el Guadalquivir, comienza a llamarse el Bosque de Doña Ana, de donde deriva su nombre posterior. En su interior se levanta el Palacio de las Marismillas. En 1610 murió doña Ana Gómez de Mendoza en Sanlúcar de Barrameda y fue enterrada en el palacio del coto, según su voluntad, y en 1619 falleció el duque, don Alonso Pérez de Guzmán, que fue enterrado

junto a su esposa. En el transcurso de unas obras en el interior del palacio, en 1902, se hundió un basamento que dio acceso a unas habitaciones subterráneas con un panteón, donde se hallaron restos humanos pertenecientes a dos esqueletos.

Para acceder al Palacio de las Marismillas es necesario tomar una embarcación local y cruzar el Guadalquivir desde Sanlúcar. Durante las estancias de los presidentes en este incomparable lugar que, a partir de González, todos los presidentes han utilizado para sus descansos estivales, el personal de seguridad e intendencia ha de hacer cada día el viaje de ida y vuelta. Solo un pequeño grupo de colaboradores permanece en el coto todo el tiempo; el resto se aloja en hoteles de Sanlúcar y Chipiona.

El río, cerca de su desembocadura, forma una frontera natural, lo que facilita la seguridad del presidente y su familia. Y también su aislamiento. Es imposible no caer rendido ante la belleza de este paraje rodeado de pinos y playas vírgenes, que permite el recogimiento y la reflexión con la necesaria paz y tranquilidad que los asuntos de Estado requieren.

La finca ocupa diez mil quinientas hectáreas de terreno pertenecientes al Patrimonio del Estado, mientras que la gestión del Parque Nacional de Doñana corresponde a la Junta de Andalucía. En ella ya cazaron Alfonso XIII y Franco, y ha recibido la visita de numerosos mandatarios europeos y de América Latina, que han compartido con nuestros presidentes este magnífico entorno. No obstante, la excesiva presencia de la Guardia Civil en la reserva para vigilar las playas y el ruido del helicóptero que traslada a la familia presidencial han sido constante motivo de queja de los onubenses, sobre todo en la década de los ochenta.

En cualquier caso, la polémica surgió con más énfasis a propósito de las minivacaciones que el presidente disfrutó en el yate Azor, en 1985, un fin de semana largo de julio, antes de que se iniciaran las vacaciones oficiales. González se manifestó muy sorprendido por el negativo eco que su excursión de pesca había tenido en los medios de comunicación, así como la manifiesta contrariedad de la opinión pública por su caprichosa decisión de pasearse en un barco de titularidad estatal, siendo además el yate que Franco utilizó durante décadas para pescar sus famosos atunes.

El viaje del presidente comenzó un jueves en Lisboa, donde embarcó con su

hermana Lola y el marido de esta, Paco Palomino. Carmen Romero se incorporó al viaje en la localidad portuguesa de Portimao, donde había asistido a una representación teatral con motivo del hallazgo de un importante mosaico romano en Casariche. El final del viaje se produjo a última hora del sábado en Ayamonte. El presidente, a pesar de la polvareda levantada, volvió a subirse al barco en Palma de Mallorca en agosto del mismo año.

El Azor se convirtió, como el Rolls Royce oficial de Franco o la guardia mora, en un símbolo del régimen anterior y en un elemento dictatorial más que los españoles querían olvidar cuanto antes. Finalmente, el famoso yate, desguazado, fue adquirido, por algo menos de cinco millones de pesetas, por el dueño del asador El Labrador de la localidad burgalesa de Cogollos como reclamo para su restaurante. Hoy, herrumbroso y en ruinas, agoniza en los páramos de Burgos, y en las paredes de los que fueron los camarotes de Franco y Carmencita Polo pueden leerse leyendas del tipo: «Fachas al paredón» o «ETA, mátalos».

Debido a la horquilla de edad en la que las funcionarias de la Presidencia del Gobierno nos movíamos por aquella época, llegaron los años lógicos de la procreación y, un mes sí y otro también, empezaron a hacerse evidentes los signos externos de las maternidades que se avecinaban. El presidente, aunque le absorbían las tareas y preocupaciones, no estaba ciego y, ante la frecuencia con que se cruzaba por los pasillos con barrigas y atuendos premamá, no podía por menos que asombrarse por el aspecto que ofrecía la oficina, que tanto se parecía a una consulta de obstetricia en la maternidad de La Paz. Tanto era así que un día en el que coincidimos a la entrada un grupo de gestantes, teniendo que hacer hueco con verdaderos esfuerzos para dejarle pasar, no pudo por menos que comentarle a su jefe de seguridad, que le seguía: «Céspedes, mira a ver si hay por aquí una picha envenena».

Corría el mes de diciembre de 1986. Por primera vez en la historia de España, bajaba el precio de la gasolina y, sorprendentemente, Manuel Fraga dimitía como presidente de Alianza Popular, después de cesar de manera fulminante a Jorge Verstrynge como secretario general, para sustituirlo por un jovencísimo Alberto Ruiz-Gallardón, entonces concejal en el Ayuntamiento de Madrid. Finalmente, Antonio Hernández Mancha se hizo con la presidencia del partido conservador.

Para que no faltara de nada, hizo su aparición el Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA) que, como consecuencia del desconocimiento de su origen y propagación y su comprobada mortalidad, trajo en jaque a la comunidad internacional.

En mayo de 1987, el grupo parlamentario Popular decidió presentar una moción de censura contra el Gobierno de Felipe González, proponiendo como candidato alternativo a Hernández Mancha. La citada moción fue rechazada por ciento noventa y cinco votos en contra, sesenta y siete a favor y setenta y una abstenciones. Por tanto, quedó demostrado que el Gobierno de González se mantenía fuerte y compacto ante las maniobras de la oposición.

Pocos días después se aprobó el proyecto de ley sobre Regulación de la Televisión Privada, que dio pie a una oferta variada de canales de televisión, asunto que despertó una gran expectación en la opinión pública.

Para desesperación del Gobierno y de todos los españoles, ETA continuaba en los ochenta su escalada imparable. En España reinaban unas condiciones incompatibles con la esencia y la razón de ser del terrorismo, es decir, contábamos con un país democrático en el que todas las voces eran escuchadas, formábamos parte del Mercado Común, donde las reivindicaciones históricas y las aspiraciones de las minorías eran tenidas en consideración, y con un Partido Socialista en el poder que venía dando repetidas muestras de estar dispuesto a sentarse a negociar los términos de un acuerdo de paz. A pesar de todo esto, y con inusitada crueldad, el 23 de febrero de 1984, ETA asesinaba, en presencia de sus hijos, al senador socialista Enrique Casas, uno de los dirigentes del partido en Euskadi con más futuro y amigo personal de Felipe González. Nueve meses más tarde, mientras pasaba su consulta como médico pediatra, el dirigente de Herri Batasuna, Santiago Brouard, era asesinado por dos encapuchados, justo cuando más necesaria podía resultar su intervención como enlace en unas hipotéticas conversaciones entre el Gobierno y la organización abertzale.

Estas dos muertes se unieron a la del teniente general Quintana Laccaci, asesinado en la misma época. Tal vez la explicación político-militar de estos asesinatos tenía que ver con que Casas y Brouard eran candidatos a encabezar los contactos de paz desde las dos orillas. Quintana, por su parte, representaba la defensa de la Constitución, habiéndose opuesto a la participación de las tropas a su mando en la I Región Militar durante el golpe de Estado del 23-F. Con su

muerte, ETA apuntaba a lo más alto del escalafón y añadía odio y sed de venganza dentro del estamento militar. Igualmente, el asesinato de Casas estaría detrás de la política de ojo por ojo que saldría a relucir con las primeras condenas de Amedo y Domínguez, y que llevaron al ministro del Interior, José Barrionuevo y al secretario de Estado de Seguridad, Rafael Vera, a la cárcel.

Después, el 19 de junio de 1987 tendría lugar el atentado de Hipercor de Barcelona, una de las acciones terroristas más crueles y sangrientas de la historia criminal de ETA. El atentado consistió en la colocación de un potente explosivo dentro de un coche robado y estacionado en el aparcamiento del citado centro comercial. Sobre las tres de la tarde, uno de los miembros del comando realizó tres llamadas telefónicas para avisar de las consecuencias, pero miembros de las Fuerzas de Seguridad, tras efectuar una inspección ocular, no encontraron nada, por lo que la dirección del centro no consideró necesario el desalojo del local. Cuando se produjo el estallido, se abrió un tremendo cráter en el suelo y un agujero en el techo por el que pasó una bola de fuego que asfixió y abrasó a empleados y clientes. Murieron veintiuna personas y otras cuarenta y cinco resultaron heridas.

Posteriormente, las autoridades francesas entregaron a las españolas a treinta y ocho miembros de ETA, y el 30 de septiembre fue detenido en Francia el dirigente etarra Santi Potros. En venganza, el 11 de diciembre del mismo año, un nuevo atentado contra la casa cuartel de la Guardia Civil de Zaragoza acababa con la vida de once personas, entre ellas, cinco niñas.

El 28 de enero de 1988, ETA anunció su disposición a mantener un alto el fuego de sesenta días y, a cambio, pidió al Gobierno que se reanudasen los contactos en Argel, interrumpidos desde el atentado de Zaragoza. El Gobierno así lo hizo, una vez comprobada la veracidad de la tregua, pero el 24 de febrero siguiente ETA secuestraba en Madrid al industrial Emiliano Revilla. Como consecuencia, el Gobierno interrumpió de nuevo los contactos y el señor Revilla fue liberado tras ocho meses de secuestro.

Los trabajadores de La Moncloa hemos sido concienciados, por nuestra propia seguridad, sobre la posibilidad real de convertirnos en objetivo del terrorismo y somos advertidos con regularidad del cuidado y la responsabilidad adicional que requiere este lugar y la naturaleza de nuestra tarea, así como del material con el que trabajamos. Es fácil entender que nuestras identidades, una

vez conocidas, podrían convertirse en un fin en sí mismo para cometer un atentado, inclusive en el corazón de la propia Presidencia. Debemos ser especialmente vigilantes respecto de nuestras acreditaciones personales e intransferibles, que cada día nos permiten el acceso al complejo, así como del vehículo que cada uno utiliza a diario para desplazarse al trabajo, susceptible de sustracción o manipulación.

Con regularidad, los Servicios de Seguridad nos recuerdan estos extremos, así como la conveniencia de no difundir, fuera de nuestro círculo de amigos o familiares más cercanos, quiénes somos y a qué nos dedicamos. Igualmente es importante no olvidar las medidas de precaución que debemos adoptar con respecto a la paquetería o correspondencia que recibimos en nuestro domicilio y la atención que hemos de prestar a nuestro coche, con el fin de detectar cualquier indicio o detalle inhabitual que pudiera resultar sospechoso.

Durante los catorce años en que Felipe González permaneció al frente del Ejecutivo, aumentaron las medidas de seguridad y se fue dotando al complejo de los mecanismos de protección que corresponden a la Presidencia del Gobierno de cualquier país de nuestro entorno. Empezando por el control de entradas y salidas de personas, vehículos y mercancías, y continuando por la vigilancia interior y exterior de todo el perímetro del complejo. Sofisticados sistemas de seguridad funcionan las veinticuatro horas, auxiliados por un equipo de fantásticos perros entrenados en la detección de explosivos, de cuyo adiestramiento se ocupa la Guardia Civil. ¡Es todo un espectáculo verlos trabajar! Para terminar, el autobús oficial que transporta al personal que no dispone de vehículo propio también cuenta con modernos sistemas de inhibición de frecuencias.

En cualquier caso, una vez en el exterior del complejo, nosotros mismos debemos ser los mejores garantes de nuestra propia seguridad y la de los nuestros.

Avanzaba imparable el año 1988. El juez de la Audiencia Nacional Baltasar Garzón solicitaba datos sobre los fondos reservados que manejaba el Ministerio del Interior y se acordaba procesar al subcomisario de Policía José Amedo y al inspector Michel Domínguez, acusados de pertenecer a los GAL.

Tal y como andaban las cosas, Felipe González encaró la cuarta reestructuración del Ejecutivo, en el que se renovaron seis carteras, formando

parte por primera vez de un Gobierno socialista dos mujeres, Matilde Fernández como ministra de Asuntos Sociales, y Rosa Conde como portavoz del Gobierno, que, además, tendría una gran influencia en la vida personal del Presidente.

A los sindicatos no les convencieron las reformas del ministro de Economía, Carlos Solchaga. Prueba de ello fue el abandono de Nicolás Redondo de su escaño de diputado durante la presentación de los Presupuestos Generales del Estado para 1989. A esto se unió la incapacidad del ministro de Trabajo, Manuel Chaves, para lograr un acuerdo con patronal y sindicatos sobre la reforma laboral, cuya negociación llevaba rota desde el mes de octubre.

Con este panorama, UGT y CCOO convocaron una huelga general para el 14 de diciembre, paro que marcaría un hito en la reciente historia sindical de España. Ocho millones de personas, el 90% de la población activa de entonces, secundaron el paro, que supuso el primer gran golpe para Felipe González y la política económica de su Gobierno. Las consecuencias, en primera instancia, fueron la ruptura entre González y Redondo y la separación entre un PSOE, que cada vez se situaba más cerca del centro del espectro político, y su sindicato histórico, UGT, que se mostraba mucho más exigente con las políticas sociales.

En La Moncloa, aquel fue uno de los días más fríos que recuerdo. El termómetro marcaba diez grados bajo cero, y la gélida temperatura unida a un Madrid desierto y fantasmal provocaba aún más escalofríos. Nadie nos influyó en relación con la postura a adoptar frente a la huelga. Se fijaron los servicios mínimos y se dio libertad al resto de los trabajadores para que actuaran según su voluntad. Los controles de firma se pasaron dos veces por la mañana y una por la tarde, con el fin de adoptar las medidas sancionadoras en caso de huelga, como en cualquier centro de trabajo.

Ante esta victoria sindical sin atenuantes, González tuvo que reconocer el «éxito político de la huelga» y el «duro golpe» que había supuesto para el Gobierno. Desde entonces, los desencuentros entre Felipe González y Alfonso Guerra se hicieron cada vez más frecuentes. Lo mismo sucedió con otros colaboradores y «fontaneros» igual de cercanos, aunque de menor relevancia, y en un tiempo relativamente corto se produjeron algunos recambios. Es verdad que, en otros casos, el motivo de la sustitución estaba relacionado con el puro desgaste que produce un tiempo dilatado en la misma tarea, como en el caso de Eduardo Sotillos, a quien sustituyó en primera instancia Javier Solana, y a este, a

su vez y como ya hemos apuntado, Rosa Conde. Otros adujeron razones personales, como el caso de Ana Navarro, que decidió dejar la jefatura de la Secretaría y que fue sustituida por Pilar Navarro, que procedía del grupo de Julio Feo. Era de sobra conocida de todas nosotras, por lo que el equipo habitual no sufrió alteraciones. Aunque el apellido era coincidente, no había entre ellas ningún parentesco, además de que, a fuer de ser sinceros, era en lo único en lo que coincidían.

Piluca, como la conocen todos, era y sigue siendo una mujer de físico poderoso; muy alta y de gran envergadura; su sola presencia impresiona. Dotada de un desparpajo sin límites, desempeñaba su papel a las mil maravillas. Sin duda, sus competencias iban mucho más allá de lo que corresponde por definición a una secretaria. Por eso, y por su natural tendencia a delegar cuantos asuntos y cometidos requerían trabajo y esfuerzo sin reportar glamour ni lucimiento personal, transcurrieron unos años en los que era el personal auxiliar quien llevaba una Secretaría tan compleja y delicada como la del presidente del Gobierno en todas sus vertientes y facetas. Estas iban desde la elaboración de los despachos con el Rey hasta la elección del regalo para una boda a la que los González estaban invitados, pasando por el control de la agenda y de todos los documentos que el presidente precisa para su actividad diaria, nacional e internacional.

El presidente confiaba tanto en nosotras que durante aquellos años y en cualquier circunstancia no se le caían de la boca frases como «esto, que lo vean las niñas» o «el discurso, que lo revisen las niñas»... La compenetración era total y todo marchaba como la seda. Sin olvidar que la confianza ciega tiene como contrapartida la total dedicación, que incluía, siempre que era necesario, trabajar domingos o fiestas, empezar temprano y acabar a altas horas de la noche. Después disponíamos de carta blanca para organizamos el tiempo libre cuando el presidente estaba de viaje o la actividad bajaba de intensidad. El presidente estaba contento y Piluca podía así dedicarse a las encomiendas de otra naturaleza, con la tranquilidad que le proporcionaba saber que la Secretaría estaba en buenas manos. Nosotras, contentas también, porque nuestro equipo era una auténtica piña y funcionaba como un reloj, además de la satisfacción personal que supone una valoración tan positiva por parte de los superiores.

Resultaba muy divertido trabajar con Piluca. Tenía una gracia innata para

contar chistes y anécdotas, y un aguante infinito para encajar nuestras bromas. No tenía una especial preparación académica. La verdad es que ninguna de las mujeres que han estado al frente de la Secretaría de los cinco presidentes democráticos la tuvo, pero hay que reconocer que Piluca era genial. Natural de Tenerife, contaba con esa cadencia que tienen los canarios al hablar, un temple envidiable para salir de las situaciones comprometidas y un manejo único de las public relations. Hablaba un inglés aceptable, pero sus conocimientos de francés se limitaban a cuatro frases hechas y poco más, aunque en la vida conocí a nadie capaz de sacar a tan escasos recursos tanta rentabilidad.

Acompañaba al presidente en todos sus viajes y ocupaba un lugar destacado en las listas de las delegaciones de cualquier evento. Cuando nos traíamos entre manos algún tema que requería trabajar fuera del horario habitual, le teníamos prohibido mandar, organizar o disponer. Solo estaba permitido que se ocupara del café y de la intendencia y, como mucho, los papeles únicamente pasaban por sus manos para hacer fotocopias. Ella lo aceptaba de buen grado, y si alguna vez cometimos un error y alguien nos acusaba de ser las responsables, Piluca sacaba inmediatamente su instinto gregario y nos defendía con tanta vehemencia que, al final, los razonamientos esgrimidos se daban la vuelta y el acusador abandonaba la pelea como gato escaldado.

Y, por fin, España estaba a punto de asumir su primera Presidencia europea en el primer semestre de 1989. Nuestro país iba a ostentar la responsabilidad de llevar las riendas de Europa, que entonces agrupaba a doce Estados. Todo un reto para un país, aún de segunda fila, con poca experiencia en Bruselas. Felipe González consiguió en unos pocos meses lanzar la idea de cohesión económica y social para compensar las deficiencias de los países más pobres en el mercado interior. La tesis española defendía la necesidad de facilitar el equilibrio de los países con menor renta, déficit comercial y alta inflación, a través de unos fondos de compensación que supusieron el balón de oxígeno que permitió a España afrontar los grandes retos pendientes y avanzar con rapidez para colocarnos a la altura de nuestros socios comunitarios.

Por fin González vería cumplido su sueño de reunir en Madrid a todos los líderes europeos en los salones de un nuevo edificio construido para albergar cumbres y reuniones de alto nivel, que hoy ya se cuentan por decenas. El edificio del Consejo de Ministros es el único que se encuentra dentro del perímetro de

máxima seguridad; junto con el Palacio y los jardines, se engloba en una especie de isla dentro del complejo.

El palacete, amplio y funcional, consta de dos plantas y un sótano. Este último nivel reúne el garaje, las cocinas y los almacenes. En la primera se encuentra el emblemático salón desde donde se dirige el país, celebrándose, cada viernes, el Consejo de Ministros. Además, las salas Miró, Millares y Tàpies, autores de las obras que se encuentran en cada una de ellas y que les ceden sus nombres, así como el comedor principal, con capacidad para más de cien comensales. Cuadrado y cubierto por una bóveda, cuyo material transparente proporciona luz natural en todo momento, ha albergado eventos de todo tipo. Despachos, otras salas auxiliares y un gran office completan la estructura de esta planta.

La segunda cuenta con los despachos de trabajo propiamente dichos, incluido el del presidente, la Sala Internacional, donde se celebran las sesiones plenarias de las cumbres, que cuenta con los más modernos sistemas audiovisuales y de interpretación, y la Sala Bores, de menor tamaño, aneja a la Internacional y donde el presidente celebra habitualmente las reuniones con sus colaboradores más cercanos. Balcones y ventanas ofrecen vistas de los jardines desde distintos ángulos y dos simétricas escaleras de mármol comunican ambas plantas.

El edificio es un auténtico museo, con obras relevantes de los más destacados pintores y escultores españoles. Además de los ya citados, cabe mencionar muy especialmente a Picasso, firmante de una selección de obras que presidieron el Consejo de Ministros en la etapa de González, por su expreso deseo, y a las que sustituyeron otras de Miró en la etapa de Aznar, también siguiendo su personal gusto artístico. Dicen los expertos que el arte y la ideología política están íntimamente relacionados...

No sería justo dejar de mencionar las obras del grupo El Paso y los maravillosos grabados de la colección de la Presidencia del Gobierno pertenecientes a autores del Equipo Crónica: Eduardo Caneja, Lucio Muñoz, Manolo Valdés, Pablo Palazuelo y otros muchos. Sin olvidar a Miquel Barceló, cuyas creaciones visten las paredes del edificio más internacional de la Presidencia del Gobierno. Los muebles, también de una gran calidad artística, los tapices y otras obras de arte y objetos pertenecen al Patrimonio Nacional.

Expertos conservadores se encargan de vigilar periódicamente las condiciones de humedad y temperatura en las que deben permanecer estas obras de gran valor artístico y económico.

Para terminar, una exposición de regalos de Estado ha presidido el vestíbulo de la segunda planta durante años. En la actualidad se ultiman los retratos de nuestros presidentes democráticos, con el fin de que su presencia y experiencia permanezcan vigilantes y diligentes en la «Galería de los presidentes» que se prepara para este fin.

«Hemos sustituido nuestra falta de experiencia con el entusiasmo y la seriedad que Europa necesitaba», afirmaba un Felipe González exultante al cerrar la Presidencia española en junio de 1989. El presidente cumplió a la perfección con su papel de anfitrión desde ese gran salón cuya exigua y elegantísima decoración se complementó con una selección de sus mejores bonsáis colocados sobre peanas transparentes a distintas alturas, proporcionando un efecto óptico de suspensión en el aire.

Finalmente, el tema estrella del Consejo Europeo de Madrid, celebrado el 26 y 27 de junio de 1989, sirvió de pistoletazo de salida a la Unión Económica y Monetaria y puso en marcha el proceso que desembocaría en el euro como moneda única que hoy comparten once Estados europeos y que ha destronado al dólar como máximo valor omnipresente de nuestra reciente historia.

Para terminar, solo añadir que González decidió trasladar su despacho de trabajo al nuevo edificio, a medio camino entre el aislamiento puro y duro del Palacio y el populismo de Semillas. Por tanto, la Secretaría, en exclusiva, mudó personas y enseres detrás del jefe y desde el otoño de 1990 hemos disfrutado del monopolio de esta galería de arte singular, desde una soledad impuesta que a veces se convierte en una dura carga.

González se enfrentaba por tercera vez a unas elecciones generales como presidente del Gobierno, cuya fecha de convocatoria se fijó para el 29 de octubre de 1989. En estos comicios, y tras siete años como partido en el Gobierno, el PSOE se quedó a un escaño de revalidar una vez más la mayoría absoluta, ciento setenta y cinco. Sin embargo, pudo gobernar como tal, puesto que los cuatro diputados de Herri Batasuna se ausentaron de la Cámara durante toda la legislatura, con lo que el grupo socialista sumaba más de la mitad de los escaños del hemiciclo. El Partido Popular, que consiguió ciento siete diputados, se

presentaba a la convocatoria tras su refundación, en ese mismo año, con José María Aznar a la cabeza.

Se inicia así la IV Legislatura de la democracia que, en lo que al Gobierno se refiere, tendrá como características la eliminación temporal de la Vicepresidencia, tras la dimisión de Alfonso Guerra en enero de 1991, a la que seguiría, en marzo, una profunda remodelación del Gabinete. Esta llevó a Narcís Serra a ocupar la Vicepresidencia vacante y a la renovación de titulares en ocho carteras. Las ministras sobrevivieron en ambos casos. El último cambio se produjo el 24 de junio de 1992, cuando Francisco Fernández Ordóñez traspasó sus poderes en Asuntos Exteriores a Javier Solana por motivos de salud. El ex ministro falleció el 7 de agosto siguiente, víctima de un cáncer.

El mundo no se detenía, y en octubre de 1989 Camilo José Cela conseguía el Premio Nobel de Literatura, para orgullo de las letras españolas y de todos los hispanohablantes. Poco después, el Consejo de Ministros aprobaba el proyecto de ley por el que se crea el Instituto Cervantes para la promoción y difusión del español, y la izquierda perdía a una de sus figuras más emblemáticas, tras su muerte, en Madrid, a los noventa y tres años, de Dolores Ibarruri, La Pasionaria, presidenta del Partido Comunista.

Y un buen día, sin previo aviso, caía el Muro de Berlín, que desde el 13 de agosto de 1961 había estado allí como símbolo de la guerra fría separando a las dos Alemanias. La historia cuenta que la totalidad del muro se levantó en una noche y en otra cayó para asombro del mundo entero. Aquel 9 de noviembre de 1989, el pueblo alemán daba por terminada una era, enterraba su pasado y con él todo lo peor del siglo XX, dejando atrás dos guerras mundiales provocadas por hijos de su propia nación y de cuyas consecuencias fueron las primeras víctimas. De esta forma se anticipaba el final de los bloques, la reconciliación de dos ideologías políticas y de dos mundos culturales contrapuestos, abriendo la puerta a la reunificación de las dos Europas que hoy, veinte años después, está muy cerca de ser un hecho consumado con una Unión Europea integrada por veintisiete Estados soberanos, buena parte de ellos antiguos miembros del Pacto de Varsovia.

La segunda legislatura socialista y gran parte de la tercera, hasta 1992, estuvieron marcadas por un fuerte y rápido desarrollo económico. Este crecimiento se concretó en una ambiciosa política de inversiones públicas en

infraestructuras favorecida, como ya hemos mencionado, por la notable transferencia de fondos procedentes de las Comunidades Europeas. Los servicios educativos, sanitarios y de pensiones se modernizaron y generalizaron, sufragándose a través de un sistema fiscal relativamente progresivo. Por primera vez se podía hablar en España de un Estado del Bienestar.

Sin embargo, la recesión mundial iniciada a principios de los noventa golpeó duramente a nuestro país. La profunda crisis, agravada por la incorrecta política económica del Gobierno, disparó la inflación y el paro, que llegó a alcanzar la dramática cifra de tres millones de desempleados. Felipe González no encontraba el camino de la recuperación, y como los males nunca vienen solos, se le acumulaban los escándalos de corrupción encima de la mesa, enterándose de todo ello «por la prensa», según su famosa frase que ya ha pasado a la historia.

El GAL, Filesa, el asunto Juan Guerra y una confrontación interna dentro del PSOE hicieron que, irremediablemente, cayera la cabeza del vicepresidente en los primeros días de enero de 1991.

Si algo se puede decir de Alfonso Guerra es que nunca dejó a nadie indiferente. Personaje que se debate entre el amor de muchos y el odio de muchos más, es recordado como uno de los oradores más polémicos, cáusticos e incisivos de la Cámara Baja, pero también poseedor de uno de los discursos más inteligentes y directos que se recuerdan.

Alfonso Guerra nació en Sevilla, en el seno de una familia más que numerosa —doce hermanos, de los que murieron dos—, atacada por la pobreza y la posguerra. En la sociedad andaluza de la época esto significaba que la responsabilidad de todos los miembros caía sobre los hombros del que salía del agujero, al que se consideraba el triunfador. Y eso fue lo que le pasó a Alfonso Guerra; llevaba incrustado bajo la piel el concepto de servidumbre familiar, que no le abandonó en toda su vida. Pero algunos, amparados en la obligación del hermano de velar por el clan, tiraron demasiado de la cuerda y la cuerda se rompió. ¡Eso pasa en las mejores familias! Pero cuando uno se ha erigido en el adalid de la lucha contra la corrupción, la injusticia y las malas prácticas de Gobiernos de otros tiempos, no es fácilmente justificable que la familia de uno se manche con los lodos de la corrupción y el escándalo sin pagar por ello una elevada factura. Aunque en ningún momento se vertieron acusaciones directas

contra su persona, tras un año de férrea presión política y social, Alfonso Guerra dejó de estar «pasmao» y renunció a su cargo.

Estudió Ingeniería Técnica Industrial en la Escuela de Peritos de Sevilla, donde fue profesor de dibujo hasta 1975. Completó su formación con la licenciatura de Filosofía y Letras, donde conoció a Felipe González, una de sus más sagradas fidelidades. La otra, sus hijos: Alfonso, que nació de su matrimonio con Carmen Reina, y Alma, la niña de sus ojos, fruto de su unión con la pintora María Jesús Llorente.

Al término del debate parlamentario sobre el caso Juan Guerra, González anunció que él también abandonaría el Gobierno si su vicepresidente se tenía que ir. Afirmó que si alguien intentaba cobrarse esa pieza, la de Alfonso, tendría «dos por el precio de una». Era el cobro revertido de una larga amistad, que se resquebrajaría irremediablemente a partir de ese día. Aunque la sentencia de González no se cumplió, porque Guerra cayó y él sobrevivió probablemente más allá de lo que en principio imaginaba, esto significó el Rubicon a partir del cual nada fue lo mismo en el PSOE, que comenzó su decadencia hasta la derrota final.

De este modo perdimos la presencia diaria en nuestras vidas de un político único, artífice sin reservas de la Transición española y mano de hierro cuando se trataba de mantener bien prietas las filas de su propio partido; un hombre que quiso ser maestro de escuela y que se convirtió en referente ideológico del socialismo más puro. Incansable lector, «Andrés», como rezaba su sobrenombre, fundó en su juventud la emblemática librería sevillana Antonio Machado, en la que se celebraban reuniones clandestinas de políticos e intelectuales y que se utilizaba como plataforma de difusión de la doctrina socialista. Pero lo peor fue que perdimos la imagen del hombre con el que coincidíamos en los pasillos y nos daba los buenos días con la amabilidad de la gente corriente y la cercanía del igual. Ya no sonreiríamos observando al padre esconderse al otro lado de la escalera o tras la mesa del ordenanza mientras jugaba al escondite con su hija Alma, en las ocasiones en que la niña visitaba a su padre. Se iba el jefe tierno que compraba souvenirs a todas las chicas de su Secretaría cuando salía de viaje, el «descamisado» que escuchaba a Mahler y el ser humano que hace poco tiempo declaraba que a su edad —está a punto de cumplir los setenta— lo que quiere es «hacer las paces con todo el mundo».

Autor de poemas, artículos y un buen número de obras políticas, su compromiso humanístico sigue intacto, y aún hoy, como presidente de la Comisión Constitucional del Congreso, forma parte de esa élite a la que pertenecen los que cuentan con una larga experiencia parlamentaria, una suerte de comité de sabios a los que se consulta cuando no se sabe muy bien qué hacer y cuyos consejos y opiniones tienen el valor de un teorema.

Sin embargo, y sin duda lo más importante, fue que Felipe González perdía uno de sus hemisferios cerebrales...

A finales de mayo de 1991 reventaba un nuevo escándalo, Filesa, cuando la prensa puso en conocimiento de la opinión pública que varios bancos y empresas pagaron cientos de millones de pesetas a pequeñas sociedades relacionadas con la financiación del POSE a cuenta de unos estudios que jamás se realizaron. Estos fondos se habrían empleado para financiar el referéndum de la OTAN y la campaña electoral del PSOE en 1989. Filesa se cargó rápidamente en las cuentas corrientes del «guerrismo», pero los principales partidos políticos tampoco pusieron el grito en el cielo, dada la oscuridad que siempre ha caracterizado a la búsqueda de fondos para financiar campañas y partidos. El caso llegó hasta el Tribunal Supremo, que dictó sentencia el 28 de octubre de 1997, y en el juicio tuvieron que prestar declaración los dos ex del Gobierno, González y Guerra.

Una escalada interminable de escándalos golpeaba al socialismo. Uno tras otro se sucedían los procesos por corrupción, salpicando incluso al Banco de España, con Mariano Rubio a la cabeza, y a la Guardia Civil, en el caso Roldán. Narcís Serra se vio obligado a dimitir al destaparse «los papeles del CESID» y las escuchas ilegales. Y Julián García Valverde, implicado en el caso RENFE, abandonaba el ministerio de Sanidad, que hasta entonces ocupaba.

Consideración especial merece el caso GAL, cuya sentencia, dictada el 18 de septiembre de 1991 por la Audiencia Nacional supondría el encarcelamiento de varios miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado y de la cúpula del Ministerio del Interior en los años ochenta. Amedo y Domínguez cargaron con la peor parte y recibieron la condena más dura, ciento ocho años, como principales responsables de la organización de la denominada «guerra sucia» contra ETA. Lejos de cerrarse aquí este negro capítulo, la teoría del terrorismo de Estado resurgiría, con más virulencia aún, dos años después, de la mano del juez Baltasar Garzón y el fracaso de su incursión en política formando parte de las

listas del PSOE en las elecciones generales de 1993. ¡Pero esta es otra historia!...

A todo esto, el 2 de agosto de 1990 y sin tener conciencia de la gravedad de lo que ocurría, comenzamos a recibir noticias sobre la invasión de Kuwait por parte de Irak. «¿Y eso por dónde cae?», preguntaban algunos. «En el Golfo Pérsico». «Pues como pilla lejos, no vamos a molestar al presidente, que está de vacaciones», deducía mi compañera, no sin parte de razón. Pero los teletipos echaban humo y las Naciones Unidas reaccionaron de inmediato exigiendo la retirada incondicional de todas las fuerzas iraquíes de las posiciones ocupadas y amenazando con sanciones económicas.

El conflicto iba tomando cuerpo. Aquella parte del mundo, que nos tocaba de refilón, se convertía en la raíz de un problema de consecuencias incalculables en aquellos días. La ONU y la comunidad internacional se muestran invariablemente impotentes para doblegar las ilegítimas aspiraciones de dominadores y sátrapas cuando se empeñan en trastornar el orden mundial establecido.

Así las cosas, España no tuvo más opción que posicionarse en el lado que le correspondía, y el Gobierno adoptó las decisiones pertinentes respecto de nuestra participación en esta guerra como miembro de la coalición internacional. Dos corbetas, Diana e Infanta Cristina, destacadas en el mar Rojo, y la fragata Numancia en el Golfo Pérsico pasaron en esa parte del mundo la Navidad de 1990. Por primera vez soldados españoles tomaban parte en un conflicto internacional, lo que hizo aflorar en muchos ciudadanos sentimientos encontrados. En nuestra memoria quedaron las imágenes del show de Marta Sánchez, acompañada por el ministro de Defensa, Narcís Serra, que apoyaban con su presencia a nuestros militares en tan entrañables fechas.

Finalmente, el 16 de enero de 1991 dio comienzo la operación «Tormenta del Desierto», en la que una coalición internacional de treinta y un países, entre ellos España, y liderada por Estados Unidos bajo mandato de la ONU, tardó solo cien horas en obligar al Ejército invasor iraquí a abandonar Kuwait.

Pero si hubo algo que hizo única la guerra en el Golfo Pérsico fue su retransmisión en vivo y en directo por las televisiones de todo el mundo. Muchos recordamos las narraciones de los reporteros de la CNN cuando caían las primeras bombas norteamericanas sobre Bagdad. Los ciudadanos de a pie no teníamos ni idea de armamento, pero comenzamos a hablar de misiles Scud-B y

Tomahawk, cohetes antimisiles Patriot y aviones Tornado o F-15 Eagle como si lo hubiéramos hecho toda la vida. Por primera vez el mundo vivía una guerra en directo que parecía un inocente videojuego, en el que no se difundían imágenes de muertos ni de sangre, pero en la que perdieron la vida cerca de cuatrocientos soldados de la coalición y se calcula entre veinticinco y treinta mil las bajas iraquíes.

El 28 de febrero de 1991, Irak se rindió y aceptó las condiciones de Naciones Unidas. Entonces las fuerzas francesas se hallaban a solo ciento cincuenta kilómetros de Bagdad e, inexplicablemente, se replegaron ante el anuncio del presidente norteamericano, George Bush, del final del conflicto. Mientras, los iraquíes se retiraban incendiando todos los pozos de petróleo kuwaitíes a su paso, incendios que se tardaron meses en sofocar.

La consecuencia inmediata de la guerra del Golfo fue el incumplimiento del más importante de sus objetivos: derrocar a Sadam Husseim. Pero hubo otras: dividir a los árabes, alterar la relación entre Estados Unidos e Israel, lo que supuso un retroceso en la posible solución del conflicto palestino-israelí, y un estímulo sorprendente al integrismo islámico.

Así las cosas, ocho meses después, urgía la celebración de una Conferencia de Paz para Oriente Medio. El objetivo: acabar con el histórico e interminable conflicto entre israelíes y palestinos, que acapara la atención mundial desde 1949. ¿Y dónde celebrarlo? ¿En qué lugar del mundo se organizan las cosas de un día para otro y funciona la improvisación cuando falla la planificación con un nivel aceptable de buenos resultados? Pues en España. Se fijaron el 30 de octubre y el 1 y 2 de noviembre de 1991 para su desarrollo. Dos semanas..., solo faltaban dos semanas para que Madrid acogiera la reunión internacional de alto nivel más importante, tras los cambios radicales en las relaciones entre Estados Unidos y Rusia como consecuencia de la caída del Telón de Acero.

Así que manos a la obra. ¡Había tanto que hacer!... El presidente nos dijo que el mundo entero miraría a Madrid durante tres días y que lo que aquí iba a ocurrir podía cambiar la historia de la segunda mitad del siglo XX. La principal preocupación estaba en la seguridad de las delegaciones que se alojarían en la capital de España, encabezadas por George Bush y Mijail Gorbachov.

Faltaban instantes para que el presidente español inaugurase la Conferencia con un discurso de bienvenida de aproximadamente diez minutos. Eran las diez

y media de la mañana y todo el mundo estaba ya situado, después de que el Rey recibiera personalmente a los participantes. Para desesperación de todos, el texto seguía en La Moncloa recibiendo los últimos retoques. Tal era la tensión que a través de los servicios municipales se paró el tráfico desde el Palacio de la Moncloa hasta la calle Bailén. Un motorista salió a toda velocidad escoltado por la Policía y custodiando aquellos folios como si del correo del zar se tratara. Cuando el mensajero alcanzó la entrada del Palacio Real, el presidente, que ya estaba avisado de su llegada, se dirigía hacia el atril.

Piluca casi precisa atención cardiaca, y de la cocina se apresuraron a subir tila a discreción para este grupo de mujeres al borde del ataque de nervios. Al día siguiente el motorista fue recibido entre vítores y aplausos como un héroe nacional; solo faltaron el himno y las salvas para completar los honores de Estado.

¡Qué orgullo! ¡Nuestro presidente entrando en La Moncloa flanqueado por Bush y Gorbachov, que sonreían a su paso a todos los presentes!... ¡Y Piluca! ¡Piluca detrás de ellos, junto a nuestro ministro de Asuntos Exteriores y el secretario de Estado norteamericano, James Baker! ¡Y a ver quién le decía algo!...

Años más tarde, una vez desclasificada, se ha hecho pública la información correspondiente al ataque terrorista que, gracias a los Servicios de Inteligencia de un país árabe y a las medidas de emergencia que adoptó el Gobierno español permitieron abortar la operación y libraron a España de una jornada de sangre y horror que hubiera supuesto una tragedia de dimensiones difíciles de imaginar. Un grupo fundamentalista islámico pretendía secuestrar dos aviones en algún aeropuerto extranjero y estrellarlos contra el Palacio Real, sede de la Conferencia, y el hotel Palace, donde se alojaba la delegación soviética. El entonces secretario de Estado para la Seguridad, Rafael Vera, declaró que el plan en aquellos momentos le pareció «tan brutal» que nunca podría olvidar el desafío que su desarticulación supuso en términos policiales.

En fin, lamentablemente y como todo el mundo sabe, la Conferencia no cumplió las expectativas, por mucho que el escenario tuviera connotaciones especiales para el entendimiento, dadas las buenas relaciones de nuestro país con las partes en conflicto y la fecunda convivencia secular entre cristianos, árabes y judíos que ha caracterizado la Historia de España. Las cifras lo confirman: entre

2000 y 2008 han muerto en este interminable conflicto cinco mil quinientos palestinos, casi quinientos israelíes y veintisiete ciudadanos de otras nacionalidades, según los datos que recoge en su informe la ONG israelí B'tselem.

Según rumores que circulan por los foros internacionales, el presidente Obama estudia la convocatoria de una reedición de la Conferencia de Paz, Madrid II, que se enmarcaría dentro de las iniciativas de la Alianza de Civilizaciones. Ya veremos...

Después vinieron el AVE, los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Exposición Universal de Sevilla. España, en 1992, disfrutó del protagonismo internacional absoluto que le debía la Historia. El tren no se podía perder por culpa de organizaciones chapuceras o escasez de recursos, así que todas las instituciones públicas y privadas se volcaron en la empresa y los españoles echamos el resto para demostrar que nos sobraban capacidad y eficacia, solo que no nos habían dado la oportunidad de ponerlas en valor.

Las ideas no se fraguan en dos días, y fueron muchos los profesionales que aportaron sus conocimientos y su buen hacer en cuantos proyectos se llevaron a cabo, algunos absolutamente innovadores. Hoy, la red de Alta Velocidad Española es referente para otros muchos países, incluido Estados Unidos. En cuanto a la Expo de Sevilla fue un éxito de participación sin discusión, contabilizándose una cifra cercana a los cuarenta y dos millones de visitantes. No menos impecable fue la organización de los Juegos Olímpicos de Barcelona, que consiguió la sede al cuarto intento y que supo transmitir la imagen de la nueva España, dinámica y moderna, desterrando definitivamente viejos estereotipos.

Estas trascendentales celebraciones culminaron con los actos conmemorativos del Quinto Centenario del Descubrimiento de América y la Capitalidad Europea de la Cultura de Madrid, completándose así el año de mayor resonancia internacional de España del periodo democrático.

Tras los fastos de 1992, todos los días se cerraban empresas y cada veinticuatro horas se perdían mil puestos de trabajo. Quedaban así en evidencia y sin recato las consecuencias de la denominada «cultura del pelotazo», un redil en el que cualquiera podía invertir en negocios de dudosa limpieza, rentabilizando rápida y desproporcionadamente lo destinado, y mucho más si se

amparaba en el Partido Socialista como medio de promoción social o acceso meteórico a puestos de influencia y poder. González llegó a decir que había «más cargos públicos ocupados por miembros del PSOE que militantes registrados en diciembre de 1976». La corrupción se hizo incontenible.

Además, el deseo de profundizar en la integración europea llevó al Gobierno a asumir el Tratado de Maastricht de 1991. Para ello había que acentuar los sacrificios exigidos a la población mediante una política de austeridad orientada al cumplimiento de los criterios de convergencia económica. Todas estas circunstancias dieron como resultado la aplicación de una política restrictiva que, unida a la coyuntura de recesión que vivía Europa, acabaron con el adelanto de un nuevo proceso electoral general, cuya convocatoria se fijó para el 6 de junio de 1993.

Poco antes y como consecuencia de un cáncer de laringe, fallecía don Juan de Borbón, conde de Barcelona, el 1 de abril de 1993. Entre Julio Feo y Rosa Conde, ocupó la Secretaría General de la Presidencia Lluís Reverter, un catalán que vino de la mano de Narcís Serra y al que llamábamos «el ferretero», porque su familia trabajaba de antiguo el negocio de las herramientas y el utillaje. Era un hombre singular, de complexión recogida. Su misión se basaba en la coordinación de todos los elementos que intervienen en la celebración de un acontecimiento. Recurriendo al símil futbolístico, se podría decir que jugaba de libero, estaba en todas las posiciones, corregía las lagunas de sus compañeros y era un tiquis miquis cuando se trataba de los detalles.

No lo hizo mal con la Conferencia de Paz, así que cuando murió el padre del Rey se le encargó la organización de los funerales de Estado. Tan al pie de la letra se tomó la tarea que dirigió personalmente los ensayos de la ceremonia mientras que la comitiva de figurantes se paseaba arriba y abajo con paso marcial portando una especie de féretro imaginario. Los funcionarios nos reíamos entre dientes cuando nos cruzábamos con el séquito. Desde entonces, el paseo de marras quedó bautizado como la «avenida Reverter». ¡Solo le faltó ocupar el lugar del muerto en el entierro!

Los socialistas se sentían amenazados. Tres millones de votantes dudosos iban a decidir el resultado electoral, y como las cosas no estaban nada claras, el momento económico era desastroso y la coyuntura social pasaba por un momento de crispación sin precedentes, González tenía que sacar un conejo de

la chistera y conseguir un golpe de efecto que animara el cotarro y recuperase la confianza de la mayoría de los españoles en el Partido Socialista. El conejo se llamaba Baltasar Garzón.

Tras varios contactos con miembros relevantes del PSOE como José Bono y un encuentro festivo con Felipe González en una finca de Ciudad Real, el juez no pudo resistir la tentación y se subió al tren de los socialistas, convencido de que se le abría la oportunidad de ser el abanderado de la anticorrupción en una España tan contaminada que, al leer la prensa cada día, parecía que viviéramos en Sodoma y Gomorra. Y Garzón, dispuesto a cortar todo eso, le dijo a González que quería carta blanca para limpiar el partido... Y el presidente le dio su bendición.

Una bomba. La noticia cayó como una bomba. Garzón ocupó el segundo lugar en la candidatura socialista por Madrid, detrás de González y por delante de pesos pesados del partido como Javier Solana o Joaquín Almunia.

El 6 de junio de 1993, las urnas se burlaron de las encuestas, en las que se daba por muertos a los socialistas. Estos consiguieron ciento cincuenta y nueve escaños, frente a los ciento cuarenta y uno de los populares, que, sin quitarles mérito, avanzaron de forma notable, aunque, claro está, no fue suficiente. ¡Menudo chasco!

Por vez primera, un PSOE en el Gobierno perdía la mayoría absoluta. Pero en la noche electoral, Felipe González pronunció su famosa frase con la que aseguraba «haber entendido el mensaje» que los españoles le habían transmitido... Pero lo cierto es que no se enteró de casi nada.

Otra de las novedades de este proceso electoral fue la celebración del primer debate televisivo entre los dos principales candidatos a la Presidencia del Gobierno. Cada uno presentó sus propuestas y puso sobre la mesa todo su arsenal político. Tanto Aznar como González prepararon las estrategias semanas antes, pero lo cierto es que el líder del Partido Popular ganó ampliamente el primer combate. Es más, Aznar arrasó a un González que parecía ausente y sin capacidad de respuesta frente a una audiencia récord de más de diez millones de telespectadores. Pero lo que la gente no sabe es que el día anterior el avión del presidente, que regresaba desde Las Palmas, tuvo un peligrosísimo problema de despresurización en cabina, lo que obligó a planear durante más de media hora. Uno de los escoltas del presidente nos contaba después que solo les había faltado

besar el suelo cuando el avión aterrizó, y añadió: «Yo no sé como el jefe pudo hablar en público al día siguiente, porque yo estuve una semana sin articular palabra». El siguiente combate se libró ante las cámaras siete días más tarde y, en esta ocasión, González, en plenas facultades, ganó por goleada.

Un mes después del triunfo electoral y con el presidente investido por cuarta vez, Garzón fue nombrado delegado del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas. Pero eso no era lo que él buscaba..., o lo que le habían prometido. Sus informes no eran leídos por nadie, sus llamadas telefónicas no conseguían la respuesta de su destinatario, la burocracia le ataba las manos. En mayo de 1994 Garzón tiró la toalla, desencantado con «la actitud pasiva del presidente respecto de la corrupción. Felipe me ha utilizado como a un muñeco».

Y regresó a la judicatura. Pocas semanas después, España estaba con los pelos de punta. Empezó a dictar órdenes de prisión como el que hace rosquillas y de su mano estalló el caso GAL, que provocó la mayor crisis en doce años de Gobierno socialista.

Como ya hemos dicho, el caso se cerró en 1991, reabriéndose en 1995. Garzón consiguió que Amedo y Domínguez recuperasen la memoria que perdieron dos años antes y, al comprobar que pasaba el tiempo y nadie se solidarizaba con ellos, decidieron tirar de la manta e implicar en la trama a sus inmediatos superiores. Sus testimonios llevaron a la cárcel al ministro del Interior y al secretario de Estado de Seguridad, Barrionuevo y Vera. El juez llegó a señalar la existencia de un «señor X» como supuesto ideólogo de la trama, aunque no pudo resolver su identidad por falta de pruebas. Algunos medios de comunicación llegaron a identificarlo con el presidente del Gobierno, Felipe González. Esta guerra sucia se cobró más de una veintena de muertos, entre militantes y simpatizantes de ETA, y destapó terribles historias sobre torturas y detenciones violentas. El escándalo GAL dañó para siempre al PSOE, que trece meses después caía derrotado en las urnas.

No puedo dejar de mencionar un asunto más que espinoso, aunque esta vez no fuera culpa del Gobierno, ¡qué ya es raro! Hablo de la intervención de Banesto por parte del Banco de España tras descubrirse un agujero en su caja de más de seiscientos mil millones de pesetas. El Gobierno de González respaldó la decisión del banco emisor y garantizó la seguridad a los clientes.

Corría el día de los Santos Inocentes de 1993. Mario Conde no dejaba de

llamar por teléfono, insistiendo en la urgencia de hablar con el presidente. No es que las relaciones entre ambos fueran especialmente fluidas, pero cuando el presidente de uno de los bancos más importantes del país quiere mantener una conversación con el jefe del Ejecutivo, lo lógico es pensar que será atendido a la mayor brevedad posible. Nosotras, por nuestra parte, no dejábamos de asegurarle que ya le habíamos pasado recado y que él estaba al corriente. Parecía angustiado y especialmente humilde y amable... Yo diría que hasta suplicante. Horas después teníamos la explicación a la falta de respuesta por parte del presidente, quien, de haber sido otras las circunstancias, se habría mostrado dispuesto a atenderle con presteza. El Banco de España intervino la entidad bancaria y destituyó a Conde como presidente, que pasó de ser un referente para estudiantes y jóvenes empresarios a convertirse en un delincuente procesado por fraude. Atrás quedaban los tiempos en los que sus colegas y la prensa le rendían pleitesía, obteniendo todo tipo de reconocimientos, como el de la Universidad Complutense de Madrid, que le concedió el doctorado honoris causa.

Conde llegó a asegurar que había pagado a dirigentes socialistas comisiones en concepto de tráfico de influencias. En 1997, la Audiencia Nacional comenzó uno de los juicios más importantes de la historia financiera de España. Fueron necesarios sesenta y tres tomos de diligencias previas, ciento veintiún volúmenes de piezas separadas y doscientos diecisiete tomos de anexos documentales para instruir el caso. Comparecieron a declarar más de trescientos cincuenta testigos y la sentencia necesitó cuatrocientos treinta y cuatro folios. El proceso duró nueve años y Mario Conde fue condenado a veinte años de prisión.

Felipe González y el Gobierno socialista se enfrentaban a una segunda huelga general, convocada por las centrales sindicales mayoritarias en contra de la reforma laboral en marcha, con un paro registrado en febrero de 1994, de 3,7 millones de desempleados. Luis Roldán, el ex director general de la Guardia Civil y uno de los mayores sinvergüenzas convictos y confesos de este país, se fugaba antes de comparecer en el juzgado para declarar; aunque poco después fue neutralizado en Laos. Y ETA asesinaba de un tiro en la nuca a Gregorio Ordóñez, presidente del Partido Popular de Guipúzcoa. También lo intentó con José María Aznar por medio de una potente bomba que no pudo con el blindaje de su coche.

¡Menos mal! Por fin, una buena noticia que nos daba un respiro a los

sufridos españoles: el 18 de marzo de 1995 la infanta doña Elena de Borbón se casaba en Sevilla con don Jaime de Marichalar. Además, España se hacía cargo por segunda vez de la Presidencia de la Unión Europea, durante el segundo semestre de 1995, cerrándose el ciclo con el acuerdo de los Quince en Madrid, y por unanimidad, del nacimiento del euro como moneda única.

Al mismo tiempo, la OTAN elegía a Javier Solana como secretario general de la Alianza. Solana dejaba su cargo en el Gobierno, en el que se había mantenido desde 1982. Era el último baluarte que le quedaba a González de su vieja guardia y ahora daba el salto a la política internacional. Su nombramiento fue muy controvertido, teniendo en cuenta que en la década anterior pasó por ser uno de los más firmes detractores de la Alianza Atlántica firmando el documento de su autoría: «50 razones para decir NO a la OTAN».

No puedo resistir la tentación de hacer una breve reseña dedicada al señor Solana, uno de nuestros políticos mundialmente más conocidos, de cuya valía diplomática e intelectual nadie duda. Pero el hombre, desnudo de sus innegables atributos políticos, le quitó la estufa a sus secretarias a raíz de una avería en el sistema de calefacción. Formaba parte de esa tribu que los funcionarios denominamos «grandes discapacitados», bautizados así porque tienen un serio problema de invidencia, además de ser sordos y mudos. Javier Solana era un discapacitado de alto standing, es decir, los demás no existíamos en su mundo, éramos invisibles. Nunca daba los buenos días, ni parecía que por sus oídos se introdujeran las palabras pronunciadas por los demás. Una de sus secretarias, Sofía, se rompió una pierna y caminaba por la oficina renqueando con una magnífica escayola y una muleta; jamás, en cinco semanas, su jefe advirtió ningún cambio en ella y nunca le preguntó por las causas de su minusvalía temporal. Con mucha sorna, le justificábamos diciendo que a lo mejor pensaba que su secretaria había nacido así. En fin, que no es oro todo lo que reluce, como dice el refrán.

Según me han dicho no hace mucho tiempo, el señor Solana, con la edad y la experiencia, ha ido ganando en calidad humana y ahora es un hombre amable y respetuoso con sus semejantes.

El PSOE estaba herido de muerte, la situación era cada día más insostenible y el momento político, de absoluta crispación. Unos a otros se acusaban de la responsabilidad de todo ello. La puntilla corrió a cargo del nacionalismo catalán.

Pujol retiró su apoyo al Gobierno negándose a aprobar los Presupuestos Generales del Estado para 1996 y obligando a González a convocar elecciones anticipadas.

Pues ya estábamos los españoles otra vez delante de las urnas, el 3 de marzo de 1996, cuyo proceso tuvo un resultado histórico. Por primera vez en el periodo democrático ganaba unas elecciones el centro-derecha pero, para sorpresa general, el margen de la victoria del Partido Popular fue mínimo. Los ocho o diez puntos de ventaja que auguraban los sondeos se quedaron en menos de tres, lo que traducido a escaños proporcionaba un complicado mapa parlamentario, ya que los populares consiguieron ciento cincuenta y seis diputados, y los socialistas, ciento cuarenta y uno. De ahí la «amarga victoria» del ganador, frente a la «dulce derrota» del perdedor, conclusiones que se escuchaban en los análisis de aquellos días. Ningún observador auguraba a Aznar más de seis meses en La Moncloa. Para empezar, tuvieron que pasar dos de intensas negociaciones entre Pujol y el presidente electo hasta que se formó el primer Gobierno del Partido Popular, con fórmula idéntica a la del PSOE después de los comicios de 1993: Gobierno monocolor con apoyo parlamentario de nacionalistas catalanes y vascos.

A las once y media de la noche de aquel domingo electoral, Aznar aparecía por fin en el balcón de la sede de la calle Génova para celebrar la victoria. Junto a él, Ana Botella, su esposa, Francisco Álvarez-

Cascos, Rodrigo de Rato y Mariano Rajoy. De este modo se ponía fin a catorce años de hegemonía socialista y a la legislatura del «Váyase, señor González».

Para que no faltara de nada, ETA despidió la era González secuestrando a José Antonio Ortega Lara, funcionario de prisiones, y asesinando a Fernando Múgica, dirigente histórico del Partido Socialista de Euskadi, muy cercano al presidente saliente, y a Francisco Tomás y Valiente, catedrático de Historia del Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid e insigne miembro de la comunidad educativa y humanística de España. Todo en el mismo mes, febrero de 1996. Todas las buenas gentes de España salieron a la calle con las manos pintadas de blanco.

Tal vez el cansancio acumulado que implicó tan larga e intensa andadura al frente del Gobierno, o tal vez el desencanto del hombre que se sentía traicionado

por algunos de los suyos, o el desgaste que proporciona estar en el punto de mira de una campaña de acoso y derribo despiadada; todo esto sumado y aderezado con la frustración de la incomprensión y la retirada de la confianza de los ciudadanos, hizo que Felipe González durante las últimas semanas pareciera triste, pero aliviado, como aligerado de una pesada carga. Más solitario de lo habitual, se entretenía con sus bonsáis mientras preparaba su partida y ponía en marcha la casa que estrenaría en Somosaguas. Muy pocos le acompañaban en aquellos días: su jefe de Gabinete, José Enrique Serrano, hombre fiel y leal donde los haya, que llevó personalmente el traspaso de poderes correspondiente a la Presidencia del Gobierno propiamente dicha; Alfredo Pérez Rubalcaba, que junto con Francisco Álvarez-Cascos se ocuparon de los demás asuntos con fluida comunicación, y Rosa Conde, que se mantuvo junto al hombre, ejerciendo el papel de apoyo con connotaciones femeninas que venía desempeñando desde hacía tiempo. No cabía duda de que entre ambos siempre hubo una atracción especial que trascendía lo puramente profesional. En un momento dado, el despacho de Rosa Conde, que estaba siendo sometido a una pequeña reforma, se hizo inhabitable y el presidente le prestó temporalmente el suyo, mientras él se instalaba en el Palacio. La visitaba con frecuencia en la tranquilidad del edificio y, eventualmente, echaban el pestillo de la puerta.

Por lo demás, todo transcurrió con la normalidad requerida por la alternancia democrática en el poder, a la que los españoles nos empezábamos a acostumbrar. Los González cumplieron impecablemente hasta el final e invitaron a los Aznar a almorzar en su casa con el fin de que fueran conociendo las dependencias que, como familia, iban a ocupar, además de presentarles al personal de servicio y comentarles las cuestiones domésticas que debían conocer. Más o menos como cuando un matrimonio vende su piso a otro y, una vez materializada la operación, la pareja saliente pone al corriente a la entrante de algunos temas secundarios que deben conocer.

Todo el papel acumulado durante tantos años dio como resultado la destrucción de gran parte de los archivos, salvo los documentos históricos, y los que, por su naturaleza especialmente significativa, se conservan en el Archivo General. El resto se destruye en hornos crematorios, bajo la vigilancia del personal de la Secretaría del presidente. Como es obvio, la parte de documentación privada se traslada con el presidente saliente hasta que este

decide su nueva ubicación.

Luis María Ansón dijo en cierta ocasión: «A Felipe, González se le echó del poder literalmente». Después de que, contra todo pronóstico, el PSOE ganara las elecciones generales de 1993 por un millón de votos, un grupo de periodistas decide que hay que utilizar todos los medios para acabar con la hegemonía de González. Si hubiera ganado de nuevo, con la bonanza económica no habría habido quien lo echase hasta 2004, y los españoles no podíamos permitirnos salir de cuarenta años de Franco para entrar en treinta de González.

Para Ansón, «la capacidad de comunicación, la fuerza política, la habilidad extraordinaria que tenía, hizo pensar a muchas personas que había que hacer algo para que su etapa concluyera». Pero los ataques, furibundos entre 1992 y 1993, no acabaron con él, así que había que elevar el listón y hurgar en el oscuro mundo de las irregularidades y la corrupción.

Un grupo de periodistas que se hicieron llamar Plataforma de Defensa del Derecho a la Información de los Ciudadanos y de la que formaban parte los directores de los principales medios de comunicación españoles conservadores se reunían periódicamente para planear la estrategia que erosionara al Gobierno y acabara con su presidente. Hubo momentos en los que el acoso fue de tal magnitud que el propio González denunció «la socavación de la estabilidad del propio Estado». Hablamos de una operación que se escudó en el mejor servicio a España y al sistema democrático y, llegados a este punto, cabe preguntarse: ¿Esto no trae oscuros recuerdos de otros tiempos en los que las maniobras de presión asfixiante acabaron forzando la dimisión de Adolfo Suárez? ¿Qué habría pasado si González hubiera conseguido de nuevo el respaldo de la mayoría de los españoles? Pues poco faltó, menos de trescientos mil votos, y ahora me cuestiono qué camino habría tomado la derecha española para torcer las cosas...

El Partido Popular tomó nota del poder de los medios de comunicación y de la necesidad de mantenerlos bajo control.

Felipe González se despidió de sus votantes la noche electoral con un «hemos sido dulcemente derrotados, pero volveremos», y de todos nosotros, con la tranquilidad del deber cumplido y el agradecimiento pintado en la cara. En el XXXIV Congreso de su partido, en junio de 1997, dimitió por sorpresa y fue sustituido por Joaquín Almunia. Conservó su acta de diputado por Madrid hasta el 2000, presentándose después por la circunscripción de Sevilla.

Posteriormente, acabó renunciando a participar en posteriores comicios.

El 26 de julio de 2007 se anunció su nombramiento como embajador plenipotenciario y extraordinario para la celebración del bicentenario de la independencia de América, actos que comienzan en México en 2010. El 14 de diciembre del mismo año, los jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea, reunidos en Bruselas, designaron a González como presidente del Grupo de Reflexión sobre el futuro de Europa, formado por nueve personalidades de reconocido prestigio político y académico. Su misión es la de presentar un informe al acabar la Presidencia española, en junio de 2010, sobre el rumbo y objetivos de la Unión en el horizonte de 2020 a 2030, aludiendo a las cuestiones a las que deberá enfrentarse Europa en las próximas décadas en lo referente a su modelo económico y social, el Estado de Derecho, el medio ambiente, la estabilidad global, la inmigración, la energía y el cambio climático, el crimen organizado y el terrorismo. Para el ejercicio de estas actividades, en la primavera de 2008, trasladó su despacho al Palacio de Viana, propiedad del ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación.

Es autor de varios libros, entre ellos: El socialismo, El futuro no es lo que era o Memorias del futuro. Fruto de su europeísmo, en 1993 fue distinguido con el Premio Carlomagno «por su visión pragmática» de la unificación europea y por haber convertido a España durante su mandato en una «democracia sólida» que ha llegado a ser miembro esencial de la Comunidad Europea. Es el tercer español que obtiene esta prestigiosa distinción, después de Salvador de Madariaga y Su Majestad el Rey.

El Monarca le ofreció un título nobiliario, como ocurrió con sus antecesores, cuando abandonó el Gobierno, pero González, agradeciendo con sinceridad el ofrecimiento, lo declinó amablemente por razones de coherencia personal y política, basadas en su condición de líder de un partido socialista y obrero.

En su vida personal parece haber encontrado la estabilidad. Se reúne con frecuencia con sus hijos y nietos y disfruta cocinando para ellos. Es un maestro de los fogones; su especialidad son los potajes y los platos de pescado; borda el marmitako y la lubina a la sal, y presume de hacer los huevos rotos mejor que Casa Lucio.

Dicen que sintió una gran emoción cuando visitó la exposición permanente de sus bonsáis en el Jardín Botánico de Madrid y recorrió la «terraza de los

laureles» donde están colocados sus pequeños tesoros. En 1996, cuando abandonó el cargo, donó sus más de cien ejemplares a la institución, pero tuvo que esperar hasta 2005 para ver cumplido su deseo. «Imaginaba que no se expondrían mientras Aznar ocupara La Moncloa», comentaba con humor. Conserva algunas piezas especiales en su domicilio, que sigue cuidando personalmente, como hacía entonces. Para quien lo desconozca, su afición se despertó durante un viaje que realizó a Japón en 1985, en el que tuvo oportunidad de conocer el arte del bonsái. Quedó fascinado. Dos años después, el primer ministro japonés, Nakasone, vino a España de visita oficial y le regaló un ejemplar. Rápidamente buscó asesoramiento profesional sobre el cuidado de estos árboles enanos y entró en contacto con Luis Vallejo, probablemente uno de los pocos expertos por aquel entonces en una práctica que, con franqueza, era desconocida en España. Sin duda, la afición de Felipe González a este hobby de gran belleza y sosiego supuso un boom mediático en la práctica de esta actividad.

Luis Vallejo, afamado paisajista y uno de los mayores expertos en el arte del bonsái en Europa, ha merecido el ingreso en la Orden del Sol Naciente por parte del emperador Akihito, avalado por una gran labor de «divulgación y difusión de la cultura japonesa en el mundo». A la ceremonia de imposición, que tuvo lugar en mayo de 2010, en la embajada de Japón en Madrid, asistió su discípulo y buen amigo Felipe González.

Introducido igualmente por Luis Vallejo y con el mismo esmero, se dedica a la orfebrería, limando y puliendo las piedras que escoge con verdadero buen gusto. El mundo de los complementos ha incorporado una nueva firma y algunas señoras lucen con orgullo los diseños que el ex presidente del Gobierno realiza en sus ratos libres. Una de sus clientas incondicionales es la esposa de José Luis Rodríguez Zapatero, Sonsoles Espinosa, quien ha lucido estos abalorios en multitud de ocasiones.

Es la hora de hacer balance y el resultado para España es abrumadoramente positivo. La Transición proporcionó a los españoles el cambio político que necesitábamos, irrumpiendo en la convivencia democrática de la mano de la paz, sin rupturas ni sobresaltos, pero Felipe González y sus quince Gobiernos consiguieron la gran transformación que hizo grande a nuestro país. Rentabilizando la obra imprescindible de sus antecesores y siguiendo su estela,

sacó a España del rincón de la historia donde se vio obligada a permanecer durante cuarenta años, y nos volvió a situar en el mapa del mundo con orgullo y relevancia. Muchísimos sueños de muchísimos demócratas españoles se transformaron por fin en realidad. La enorme proyección mundial de España en la era González está viva en las hemerotecas y aún hoy sigue latiendo en la memoria colectiva, aunque algunos se empeñen en volver la cabeza. Ya se sabe que no hay peor ciego que el que no quiere ver.

Nos proporcionó un Estado del Bienestar y nos facilitó los instrumentos legales para alcanzar la libertad plena como ciudadanos, una libertad sin ira y «sin acritud», como a él le gustaba decir.

Hoy, aquel muchacho que arreaba las vacas de su padre, aquel hombre de las chaquetas de pana, es considerado uno de los padres de la Europa moderna, mientras que en la América más hispana se afanan en emular nuestros grandes logros.

Es famoso ya su símil que compara a los ex presidentes con los jarrones chinos. «No se retiran del mobiliario, porque se supone que son valiosos, pero no hacen más que estorbar». Sinceramente, los ex presidentes son muy importantes si cumplen con lealtad y patriotismo su función institucional. En el caso de Felipe González, dentro y fuera de nuestras fronteras, porque no cabe duda de que en el ámbito internacional es donde el ex presidente obtiene sobresaliente cum laude. Así lo demuestran los innumerables foros y asociaciones a los que pertenece y las prestigiosas distinciones que posee.

Poco amigo de premios, que siempre ha rehusado, en 1995 fue investido doctor honoris causa por la Universidad Católica de Lovaina, donde realizó sus estudios de posgrado. En 1996, el nuevo Gobierno de Aznar, en su segunda reunión, le concedió el Collar de la Orden de Isabel la Católica.

Todos los medios de comunicación resaltan su carisma incuestionable y una popularidad que, pese al desgaste que supone el poder, se ha mantenido en cotas muy altas. La prensa gusta llamarle «el gran comunicador» por su facilidad para llegar a las masas.

Yo, de corazón, aprovecho esta tribuna e invoco su presencia permanente y vigilante, su tutela impagable y su asesoría de lujo. Desde aquí le pido reiterada y sinceramente que «no se vaya, señor González».

José María Aznar López

Solo le pido a Dios, que la guerra no me sea indiferente...

«Yo soy el milagro», declaró a The Wall Street Journal en mayo de 1997. Y el milagro se hizo carne y habitó entre nosotros. Finalmente, José María Alfredo Aznar López llegó a La Moncloa investido como el presidente del Gobierno de España número setenta y seis y el cuarto del periodo constitucional de 1978.

Con traje oscuro y las manos en los bolsillos avanzaba por el paseo de los plátanos sacando pecho y adivinándose bajo su bigote siciliano una austera sonrisa de satisfacción... Pero para satisfacción, la de su esposa. Ana Botella lucía un traje de chaqueta en color verde pistacho, muy apropiado para un primaveral 5 de mayo de 1996. Altiva y firmemente agarrada del brazo de su marido, un marido ganador que la había convertido, por fin, en la primera dama de España; a su juicio, la Reina no cuenta, porque la monarquía no es elegida por el pueblo.

Y Aznar se lo tuvo que currar desde el principio, porque la aritmética electoral y el reflejo parlamentario que de ella se derivaba no se lo pusieron nada fácil. Los nacionalistas, como siempre, sin dar nada gratis e intentando poner contra las cuerdas al mismísimo sursum corda, si fuera preciso, con tal de sacar tajada. Lo mismo les daba sumar con el PSOE, que restar con el PP, o a la inversa, si ello implicaba arañar al presupuesto del Estado del ejercicio siguiente los euros equivalentes a unos cuantos kilómetros de autovía o ferrocarril a su paso por municipios de dudosa filiación electoral, o llegar al límite respecto a la

transferencia de competencias en materias prácticamente agotadas en los estatutos. Su habilidad fenicia proviene de una larga experiencia con la que han obtenido, bajo el paraguas de la Ley D'Hondt, pingües beneficios, y nunca entendieron aquello de que «el cariño verdadero ni se compra ni se vende». En este clima tan propicio para las afirmaciones peregrinas, Aznar practicaba «el catalán en la intimidad». ¡Se ve que su problema con los idiomas viene de lejos!

Con el fin de situarnos, conviene recurrir a las biografías y los ancestros, que para los psicólogos freudianos son la base de los patrones conductuales que regirán nuestra vida posterior.

José María Aznar es hijo de un periodista navarro, Manuel Aznar y nieto del periodista, político y diplomático del mismo nombre y origen. Su madre, Elvira López, y su familia materna provienen de Asturias. Nació en Madrid el 25 de febrero de 1953 y es el menor de cuatro hermanos. Cursó el bachillerato en el colegio Nuestra Señora del Pilar, afamado centro privado y religioso de la capital, donde compartió pupitre con personalidades muy conocidas del espectro político y empresarial de la época, y Derecho en la Universidad Complutense, también en Madrid. En su más temprana juventud militó activamente en el Frente de Estudiantes Sindicalistas, sindicato estudiantil embrión de Falange Española Independiente. Fue muy crítico con el Movimiento Nacional y reivindicó el pensamiento original del fundador de la Falange, José Antonio Primo de Rivera.

En 1976, un año después de su licenciatura en Derecho, sacó plaza como inspector de finanzas del Estado. Conoció a Ana Botella en el viaje de fin de carrera, que realizaron a Turquía, y según ambos han declarado públicamente, desde entonces no se han vuelto a separar. Se casaron en 1977 y mientras su esposo pasaba de la carrera funcionarial a la política, ella ejercía como técnica de la Administración del Estado en Madrid y Valladolid. Han tenido tres hijos: José María, que nació en 1978, Ana, en 1981, y el pequeño, Alonso, en 1988. En enero de 1979 Aznar se afiliaba a Alianza Popular, meses después de que lo hiciera su esposa.

Tras un tiempo de destino en Logroño como funcionario del Ministerio de Hacienda, ocupó escaño por Ávila en los comicios de 1982 y 1986, y en 1987 se convirtió en presidente de la Junta de Castilla y León. Fue designado como candidato a la Presidencia del Gobierno en 1989, y salió elegido diputado por la

circunscripción de Madrid. De nuevo fue candidato a la jefatura del Ejecutivo en 1993, ocasión en la que rozó La Moncloa con la punta de los dedos... Pero su sueño se esfumó cruel y bruscamente.

Aún fresco en la memoria de todos estaba el atentado terrorista del que salió ileso hacía tan solo un año antes. Dos segundos separaron a José María Aznar de la muerte; los dos segundos de error en el cálculo de los terroristas al hacer explosionar el coche bomba al paso del Audi blindado que trasportaba al entonces jefe de la oposición.

Dos semanas antes, el comando siguió el recorrido de la comitiva de Aznar, tras lo cual tomó la decisión de estacionar el vehículo cargado con treinta y cinco kilos de explosivos en la calle José Silva, cerca del domicilio donde residía.

Nadie se explica por qué el vehículo policial de contravigilancia que hizo el recorrido previo del itinerario no detectó el coche bomba, ni los doscientos treinta metros de cable extendidos en la calle. El comando repitió el mismo protocolo que utilizó con Carrero Blanco veinticinco años antes. Se disfrazaron de operarios con monos azules e incluso confraternizaron con los porteros de la zona.

Ahora, quince años después, sabemos que el intento fallido no hizo desistir a los terroristas, a quienes se les había metido entre ceja y ceja cargarse a Aznar. Y para no fallar, en esta ocasión pretendían utilizar nada más y nada menos que un lanzamisil tierra-aire Strela Sam-7, con el que derribarían el avión privado Falcon 900, en el que viajaba el ya presidente del Gobierno para los actos electorales de la campaña autonómica vasca de 2001. Habían pasado seis años y los terroristas, que realizaron tres intentos, el 29 de abril y el 4 y el 11 de mayo, no lograron su criminal propósito debido a que el arma que habían comprado a los traficantes irlandeses era un fiasco y tenía un defecto eléctrico en el mecanismo de tiro. ¡El colmo! También en el mercado terrorista funcionan los timos y los trapicheos. ¡Increíble!

¿Y por qué este machacón empeño en acabar con José María Aznar, tanto en la oposición como en la Presidencia del Gobierno? Después de difundirse esta información, en enero de 2010, miembros del Partido Popular se apresuraron a asegurar que el criterio de la banda se basaba en que la «única forma de impedir que Aznar acabara con ETA era que ETA acabara con Aznar». Como es lógico, los populares cierran filas en torno al ex presidente y proclaman a los cuatro

vientos, y a través del periódico digital de Federico Jiménez Losantos, que aunque la banda ha intentado asesinar a lo largo de su historia a todo tipo de personalidades, empezando por el Rey, «Aznar ha sido el mayor enemigo de ETA». A pesar de que el Pacto Antiterrorista insta a dejar el problema del terrorismo fuera del debate político, no hay inconveniente en asegurar que «si la esperanza de ETA en el año 2001 estaba puesta en la muerte de Aznar, la esperanza ahora la tiene puesta en la supervivencia política de Zapatero».

En cualquier caso, el ministro del Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba insiste en su macabro presagio: «Ojo, ojo, mucho ojo, porque ETA puede volverlo a intentar».

Bueno, pues ya estaba allí toda la familia, pareja de perros cocker incluidos, Zico y Gufa, obsequio del alcalde de Oviedo, Gabino de Lorenzo, tras el fallido atentado de ETA de 1995 y que van a tener gran protagonismo en este capítulo de la historia.

En el nuevo Gobierno destacan dos puntales principales, en los que el presidente hará descansar la buena marcha de todos sus proyectos para la legislatura, recogidos en el discurso de investidura: el vicepresidente primero y ministro de la Presidencia, Francisco Álvarez-Cascos, y el vicepresidente segundo y ministro de Economía y Hacienda, Rodrigo de Rato. Cuatro mujeres ostentarán la responsabilidad en Justicia, Educación y Cultura, Agricultura y Pesca, y Medio Ambiente, Ministerio de nueva creación.

Y ahora vamos con el equipo habitual, con sede en el complejo presidencial. Director del Gabinete del presidente: Carlos Aragonés; secretario general: Francisco Javier Zarzalejos; y portavoz: Miguel Ángel Rodríguez.

Con el fin de situarnos, parece conveniente explicar que hubo un tiempo, bastante antes de que José María Aznar ganara las elecciones, en que un grupo de jóvenes desconocidos, el denominado «clan de Valladolid» tuvieron la idea de montar una especie de instituto que creara pensamiento para la entonces Alianza Popular, pero al margen de Alianza Popular. Esta idea, que se atribuye a priori a Miguel Ángel Cortés, el primero que creyó en Aznar cuando desembarcó en Valladolid, es una copia de los think tank británicos y estadounidenses que llevaron al triunfo a Margaret Thatcher y a Ronald Reagan. Laboratorios de ideas, fábricas de cerebros y factorías de consignas. Estamos en abril de 1989 y acababa de nacer, ni más ni menos, que la famosa FAES, Fundación para el

Análisis y los Estudios Sociales.

Cuando Aznar llegó a Madrid, estaba solo. No era democristiano ni liberal, carecía de contactos internacionales y, aunque el partido dispone de varias fundaciones, ninguna es suya. Pero FAES, sí; FAES nació con su denominación de origen y se convertiría en la forja del aznarismo, perviviendo en el futuro y más allá, incluso cuando su autor ya no esté. Y colocó al frente de FAES a sus «chicos», que se trasladaron tras él a Madrid. Habían trabajado mucho y bien en Valladolid, eran cultos, atildados, de ideología neoliberal y convicciones morales colindantes con las del Opus Dei. La mayoría, solteros.

Tras ganar las elecciones, en 1996, lógico era que aterrizase en La Moncloa el núcleo duro de FAES. El propio Cortés, Carlos Aragonés, Alfredo Timermans, Gabriel Elorriaga, Baudilio Tomé, Pilar del Castillo... ¿Y cuál era su credo? Cristiano, liberal y patriótico español. Con un liberalismo radical en economía y una auténtica obsesión por las privatizaciones y, ante la vida, una actitud muy conservadora y un aroma a Opus que se materializaba en la pura satisfacción por el trabajo. Llegaron a tener tanta influencia que consiguieron desbancar a Francisco Álvarez Cascos, último reducto fraguista, como secretario general del Partido Popular... Y les aseguro que no era fácil arrinconar a un hombre de esta entidad, a quien, además, apuntalaba el grueso de la formación política.

Una vez en La Moncloa, Aznar guardó a FAES en un cajón. Ya no necesitaba comprar ideas ni conocer gente. Tenía al Estado.

A su lado, como una sombra alargada, Carlos Aragonés. Hombre culto y refinado; el único que se quedaba a cenar con los Aznar en Palacio sin ser anunciado. Todos los presidentes necesitan a alguien así, de una fidelidad garantizada, listo y sin ambición por ascender en el escalafón. Es el «fontanero» mayor, así que su influencia es máxima y amplísima la gama de asuntos bajo su jurisdicción.

De misa dominical, su vertiente religiosa facilitaba sus relaciones con Ana Botella, que apreciaba especialmente su amistad. De carácter reservado y discreto, a su delgadez natural le ayudaba su escaso interés por los placeres de la mesa, mientras que su carácter, más bien solitario, le llevaba a evitar la ostentación en el ámbito profesional que, sin duda, tenía, prescindiendo prácticamente de cualquier signo externo, aparte del coche oficial que le trasladaba desde su domicilio a La Moncloa cada día. Aunque no era de los

primeros que llegaban, sí era de los que más tarde abandonaban el despacho a diario. Era «la tranquilidad» del presidente.

A Francisco Javier Zarzalejos, secretario general de la Presidencia, vasco de origen, en la cuarentena, pero con aspecto de mayor, se le consideraba el «ideólogo» del presidente en todo lo relacionado con el problema vasco. Además, su experiencia en este terreno se veía reforzada por su conocimiento del proceso de paz en Irlanda del Norte y la tregua del IRA durante los años que vivió en Londres como agregado de información de la embajada de España. Hombre silencioso y discreto hasta el extremo, era de los que siempre pasaba desapercibido a pesar de estar en todos los fregados.

«Zarza», como se le conoce en La Moncloa, se convirtió en el colaborador más cercano al presidente entre los encargados de gestionar en la sombra la tregua que ETA declara en septiembre de 1998 y fue él quien llevó el peso de las conversaciones con la banda en Suiza.

Miguel Ángel Cortés, a quien todos consideran el «descubridor» de Aznar, ocupó la Secretaría de Estado de Cultura durante la primera legislatura de los populares, pero la verdad es que no sé si pasaba más tiempo en La Moncloa o en su despacho del Ministerio. Hombre de aspecto más alegre y de maneras más dinámicas que los anteriores, se ocupó, además, de las competencias propias de su departamento, de la organización de la multitud de eventos y saraos que en aquellos años tenían lugar en La Moncloa con la asistencia de todos los colectivos y sectores del variopinto mundo de la cultura española en todas sus vertientes. Toreros y folclóricas, diseñadores y modelos, pintores y poetas, actores, actrices, directores de cine y teatro, cantantes y titiriteros. En fin, que entre todo esto y las largas tardes de fútbol con las viejas glorias del Real Madrid, no había semana de descanso para los compañeros de Protocolo y de Seguridad, que entre confeccionar listas de invitados, listas de DNI y listas de vehículos, con modelos, colores y matrículas, hacíamos más listas que Schindler.

Esta fue la etapa en la que se puede decir, sin temor a exagerar, que La Moncloa vivió su máximo esplendor cortesano. Sus puertas se abrieron de par en par a unos colectivos de ciudadanos que, en mayor o menor medida, tenían la capacidad de convertirse en correa de transmisión de actitudes y planteamientos, muy al uso de la campaña electoral permanente en la que parece vivir este país.

Nosotras estábamos entretenidísimas con los guateques, que además de

romper la monotonía del trabajo, nos permitían contemplar de cerca a la España más glamourosa y cambiar impresiones sobre la opinión que nos merecían, en la distancia corta, tanto personaje público y mediático.

Vamos con Miguel Ángel Rodríguez Bajón, que fue nombrado secretario de Estado de Comunicación y portavoz del Gobierno con solo treinta y dos años. Pero su precocidad venía de lejos, porque ocupó el cargo paralelo en la Junta de Castilla y León con veintidós, y la Dirección de Comunicación del Partido Popular a los veinticuatro años.

Como jefe era llevadero, pero su capacidad para crearle problemas al Gobierno le puso al borde del precipicio, y Aznar no tuvo más remedio que empujarle al vacío antes de que le arrastrara con él. Especialista en hacer declaraciones poco inteligentes, en provocar agravios en vez de cerrar heridas, su imprudencia reiterada desde su posición de vocero del Gobierno y su incapacidad para aportar sosiego hicieron que desde las filas del propio partido se pidiera su cabeza, al considerar que degradaba la imagen del Gobierno. Incluso desde el nacionalismo catalán, aliado del Gobierno, se advirtió al presidente en el sentido de que un portavoz que se coloca permanentemente en el terreno de la confrontación y la intimidación no es persona que ayude a la convivencia.

Fue un asesor certero que aconsejó al presidente que modernizara y centrara a una derecha rancia y autoritaria, pero no supo desprenderse de la agresividad y la unilateralidad con la que puede ser lícito funcionar desde un partido, pero que resulta letal para un portavoz del Gobierno.

Y para terminar, nuestra nueva jefa: Milagros Rodríguez Falcón. ¡No cabe duda, nosotras nos llevamos la guinda del pastel! Al principio fue la extrañeza ante una perfecta desconocida, teniendo en cuenta que la secretaria de José María Aznar de toda la vida era otra, además de la falta de apoyo logístico con la que se presentó la recién llegada. Después, con el paso de los días, comenzamos a comprender los motivos por los que esta mujer, de apariencia joven y atractiva, había venido sola a un lugar tan complejo como este. Sus cualidades: la fe ciega en el Partido Popular y en su jefe, una dedicación absoluta —su total disponibilidad horaria venía propiciada por la falta de familia y amigos—, ninguna preparación especial, pero un claro conocimiento de las tareas del puesto, que llevaba practicando toda la vida, desde sus comienzos en la

Secretaría de Manuel Fraga. Inconvenientes: un desequilibrio emocional importante, comportamientos absolutamente incompatibles con la dirección de un equipo de trabajo como el que tenía bajo su responsabilidad, una religiosidad llevada hasta el fundamentalismo, sospechas fundadas de síndrome de Diógenes y síntomas más que preocupantes que no hacían concluir nada bueno respecto de su estabilidad psíquica. En fin, la Secretaría y todos los trabajadores del edificio del Consejo empezábamos a conocer lo que el destino nos tenía deparado en el próximo futuro.

A pesar de esta locura en la que se convirtió nuestra vida, nos empeñamos en sobrevivir con dignidad a las circunstancias y, sobre todo, en poner cordura y sentido de la responsabilidad al funcionamiento de la Presidencia del Gobierno. No cabe duda de que Milagros servía bien al presidente; siempre que este descolgaba el teléfono, ella estaba ahí, dispuesta para lo que fuera menester. Durante ocho años prácticamente vivió en La Moncloa y tan solo se ausentaba cada día unas pocas horas nocturnas para descansar lo justo e imprescindible. Tomó vacaciones en contadas ocasiones, para visitar a sus padres en su pueblo zamorano, más una ocasión especial en que se desplazó a Roma con ellos para ver al Papa. Asidua practicante de fines de semana de «silencio» en monasterios, donde era cliente habitual, nos tocaba soportar, a partir del lunes, las consecuencias de semejantes prácticas.

Impresionante fue su reacción tras descubrirle un tumor cerebral que precisó de una inmediata y delicada intervención quirúrgica a mediados de la primera legislatura. Se encomendó a Dios y se enfrentó, solo con el apoyo y la compañía de una sobrina, a semejante prueba. Pero lo más increíble fue que después de diez días de hospitalización, prácticamente bajo amenaza facultativa, regresó al despacho dispuesta a incorporarse a su rutina habitual con la cabeza cubierta por una gorra y el aspecto fantasmal de una persona que hubiera regresado del más allá. ¡Envidiable la fortaleza que la fe infunde en los que de verdad viven en ella!

Para los que no están familiarizados con el funcionamiento de la Administración, conviene aclarar que los funcionarios que prestan servicio o que desempeñan cierto tipo de tareas en una organización como la que rodea al presidente del Gobierno, requieren una serie de características añadidas a las que se circunscribe estrictamente su categoría profesional. Quiero decir que la especial responsabilidad de la tarea, la discreción exigida y los horarios dilatados

son remunerados a través de unos complementos salariales que se pierden si se abandona el citado puesto, ya sea de manera imperativa o voluntaria. Todo esto se traduce en que una parte importante del sueldo queda en el aire al cesar el presidente saliente, hasta que el entrante toma posesión y confirma o no al equipo que encuentra al llegar.

Durante el periodo entre presidentes, la incertidumbre se hace especialmente acusada. En esta ocasión, tras catorce años de «estabilidad en el empleo», la inquietud hizo presa en los trabajadores, que, sinceramente, nunca acabamos de acostumbrarnos a la etapa meritoria por la que inevitablemente hemos de pasar en cada cambio. Nuestro razonamiento acaba siendo de lo más lógico: «Si los nuevos son ellos... Nosotros ya estábamos aquí..., y por algo será».

Otra vez las dudas y los rumores, los optimistas y los pesimistas con sus vaticinios y, en lo que a mí respecta, sin los buenos oficios de mi queridísima Charo, permanecía expectante, con el convencimiento de que la alternancia es buena, que más de dos legislaturas continuas del mismo signo dan como resultado corruptelas y posturas acomodaticias. Había que conceder el beneficio de la duda al nuevo presidente y al Partido Popular, formación conservadora a la europea, que se autodefinía como «centrada y centrista, reformadora y reformista».

Y, efectivamente, las reformas se empezaron a dejar sentir de inmediato. Nuevas actitudes y nuevas formas de trabajar; nuestro papel protagonista pasó a ser secundario, aunque imprescindible, nada de iniciativas ni sugerencias que nos apartaran un ápice del guión establecido y con la sombra de Milagros sobrevolando permanentemente sobre nuestras cabezas, controlando cada papel, cada conversación telefónica y hasta los cruces de miradas, llegando a afirmar que, aunque no nos pronunciáramos, ella siempre sabía lo que estábamos pensando. Aquello se convirtió en una libertad vigilada de la que no podíamos escapar.

Aznar llegó al poder como un político resuelto a no suscitar reacciones desmedidas sobre su persona, ni a favor ni en contra. Su imagen para la opinión pública era la de un hombre sobrio, introvertido, austero en su puesta en escena y con un discurso escueto, pero directo y contundente, del que había dado incontables muestras en sus intervenciones parlamentarias como jefe de la oposición.

Si algo definía a José María Aznar era su autodisciplina y su capacidad de trabajo. Gracias a su pormenorizada organización, sacaba el máximo partido al tiempo, que dedicaba a un sinfín de tareas de las que, en otras etapas y con otras costumbres, nunca se hubiera ocupado el presidente del Gobierno. Como para todo en la vida, en el punto medio está la virtud, y el afán de controlar tanto puede acabar derivando en incapacidad para delegar, además de rayar en la desconfianza.

Por su edad, su cultura y sus vivencias, Aznar tenía muy poco que ver con muchos de sus coetáneos, como González, Pujol o incluso el Rey. Él mismo se ocupó de advertir que su estilo de gobernar iba a ser otro, porque para él el franquismo no suponía «ningún peso sobre sus espaldas», y tampoco tenía «los tics de la Transición».

Aunque ya heredó una coyuntura en la buena dirección, el equipo económico de Aznar, con Rato a la cabeza, la condujo por una senda que, casi inmediatamente, produjo resultados positivos en forma de crecimiento económico y saneamiento financiero, lo que permitió a España afrontar con confianza el cumplimiento de los criterios de convergencia requeridos para participar en la tercera fase de la Unión Económica y Monetaria, el 1 de enero de 1999, que estaba a la vuelta de la esquina.

En el Consejo Europeo de Bruselas de mayo de 1998, España fue certificada como uno de los once Estados de la futura zona euro, con lo que se lograba un objetivo económico, además de un gran éxito para Aznar, que consiguió que la economía nacional experimentara un giro revolucionario.

El paro también comenzó un descenso sensible, y en un plazo de tres años, con inusitada presteza, se completó un calendario de privatizaciones de las llamadas «joyas de la corona» de titularidad pública. Para la primavera de 1999, todas estas operaciones reportaron a las arcas del Estado alrededor de cinco billones de pesetas, pero, entre otros, Endesa, Repsol, Aceralia, Argentaría, Indra, Tabacalera, Hunosa, Astilleros IZAR, Correos, Puertos y Aeropuertos y, por último, Telefónica pasaron a manos privadas. Estas llamativas operaciones se vendieron en el extranjero como el reflejo del dinamismo de la España de Aznar.

En resumidas cuentas: el Gobierno popular hacía retroceder ampliamente el peso del Estado en la economía para cumplir los objetivos de Europa, por lo que

ahora tendría que buscar su influencia en el terreno de otros poderes fácticos. Durante esta etapa, el ente público Radio Televisión Española alcanzó unos niveles insospechados de manipulación y sectarismo a favor del Gobierno y su partido. Tanto fue así que en enero de 2004 la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa citó a RTVE como ejemplo de «clientelismo político» en un sistema de «Estado paternalista».

«España va bien», repetía el presidente sin cesar y, a pesar de que el eslogan era excesivamente simplista, lo cierto es que España empezaba a funcionar como un reloj. Económicamente, los resultados fueron rápidos y llamativos, fruto de la política inteligente de Rato; en el plano social se consiguió lo que los Gobiernos de González no fueron capaces de conseguir: un pacto con los sindicatos sobre pensiones hasta el horizonte de 2001.

Visiblemente satisfecho, el presidente, de cabeza fría y pacienzudo como un chino, dio muestras de haber adquirido a zancadas la seguridad en sí mismo que al principio le faltaba... ¡Aquello iba a durar!

Mientras tanto, en junio de 1997, Felipe González, líder histórico e indiscutible del socialismo español, abandonaba la Secretaría General de su partido. De esta forma se ponía fin a un ciclo dentro del PSOE, cuya cabeza visible pasaba a ser Joaquín Almunia. La dimisión de González, que no se sentía cómodo en su papel de líder de la oposición, fue una sorpresa para muchos españoles, que nunca acabaron de digerir el relevo.

Las relaciones de Aznar con sus principales socios parlamentarios, nacionalistas vascos y catalanes, se fueron deteriorando hasta que el PP alcanzó cotas de enfrentamiento sin precedentes que llevaron a la desaparición del mero diálogo normal entre instituciones. Acusó al PNV de ser incapaz de plantarle cara a ETA y de romper los lazos con Herri Batasuna. A mayor abundamiento, los populares aseguraron públicamente que el Gobierno vasco no involucraba a la Consejería de Interior y a la Ertzaintza en la persecución tanto del terrorismo como de su vertiente urbana o kale borroka.

El martirio de un buen número de concejales del Partido Popular en el País Vasco a manos de ETA no hizo retroceder ni un ápice al presidente y a su Gobierno, esgrimiendo desde el primer momento una política firme y rotunda que mereció el respaldo de la opinión pública y el apoyo de la ciudadanía en bloque contra el terrorismo.

En este punto álgido, un caluroso 10 de julio de 1997, la banda terrorista ETA secuestró a Miguel Ángel Blanco, joven concejal de Ermua (Guipúzcoa), y amenazó con matarle en cuarenta y ocho horas si no se producía el acercamiento de los presos etarras a las cárceles vascas. Las altas temperaturas no supusieron ningún obstáculo para que la sociedad española en su conjunto se lanzase a la calle para pedir su liberación. El presidente del Gobierno y su ministro del Interior, Jaime Mayor Oreja, habían perdido el color del rostro: el peso de la responsabilidad resultaba insoportable, pero la decisión era firme: no se podía ceder ante la presión de los terroristas.

Las vigilias en las calles y plazas de las principales ciudades españolas se multiplicaban y la noticia trascendía nuestras fronteras. Mandatarios europeos y de todos los continentes no dejaban de enviar mensajes de apoyo y solidaridad. El mundo entero estaba con Aznar y con el pueblo español.

El 12 de julio, sábado, a las cinco menos diez de la tarde saltaba la temida noticia. Habían pasado cincuenta minutos del límite del ultimátum de ETA. De rodillas y en mitad de un camino vecinal de la localidad guipuzcoana de Lasarte, Miguel Ángel Blanco recibió dos disparos en la cabeza. No murió en el acto, y fue trasladado al hospital, donde llegó aún respirando débilmente, pero falleció durante la madrugada.

Desde el 24 de febrero de 1981, tras el intento de golpe de Estado, Madrid no recordaba una manifestación de estas dimensiones. Corría el 15 de julio de 1997 y el ardiente asfalto no impedía a los madrileños volver a llenar las calles, pulverizando cualquier previsión de asistencia. España entera era un clamor de unidad frente al terror. Todos nos sentíamos Miguel Ángel Blanco y su familia; su dolor era el de todos los españoles. Nos habían herido en lo más profundo de nuestra dignidad, pero la marea humana que recorría las calles de España con el luto de sus lazos negros estaba firmemente decidida a vivir en libertad y a resistir como una piña ante las amenazas, los chantajes y la muerte.

Días después, el Parlamento Europeo expulsó de la Cámara al eurodiputado de Herri Batasuna, Karmelo Landa, con la etiqueta de persona non grata. Era la primera vez que se producía una situación como esa. Además, como consecuencia de la ola de indignación sin precedentes que estos hechos provocaron y las exitosas liberaciones del industrial vasco José Antonio Aldaya, del abogado vizcaíno Cosme Delclaux y del funcionario de prisiones José

Antonio Ortega Lara —quinientos treinta y dos días encerrado en un zulo—, la banda terrorista se sentía acorralada. En septiembre de 1998 se firmó el Pacto de Estella-Lizarra, basado en el acuerdo de paz de Viernes Santo en Irlanda del Norte, e inmediatamente y como lógica consecuencia, ETA declaró una tregua unilateral.

Como veremos, quince meses después se rompería el periodo más largo de la democracia sin terrorismo.

Dos días antes de los sucesos de Ermua, el 8 y 9 de julio de 1997, Madrid había amanecido tras una corta noche de verano y, en La Moncloa, comenzaban a llegar los primeros técnicos y operarios que se ocuparían del montaje de la Cumbre de la OTAN, a punto de celebrarse en la capital de España. La mayor concentración de poderes del planeta acapararía durante dos días la atención internacional. ¡Y nosotros seríamos los anfitriones!

Mientras, Milagros hacía jogging, como cada mañana, corriendo alrededor del vestíbulo del edificio, a la vez que desgranaba las cuentas de un rosario que después entrelazaba en la peana de su lámpara de mesa. Martina, la mujer que en estas horas tempranas limpia los suelos y pule las barandillas de la escalera, respondía «ora pro nobis» a las sucesivas letanías y, por si no fueran suficientes tareas a la vez, tenía que estar atenta al número de vueltas que nuestra atlética jefa desarrollaba en progresión cronométrica. ¿Quién habló de surrealismo? Para que no faltara de nada, los perritos del presidente, Zico y Gufa, ya estaban parapetados tras la puerta ladrando sin parar, pidiendo entrar. Nada más abrir, Zico se lanzó en tromba y bautizó las alfombras imperiales, ante la desesperación de Martina y los chillidos de Milagros. Como almas que lleva el diablo, los canes subieron las escaleras y se encaramaron a los sofás del Patrimonio Nacional.

La Embajada de Estados Unidos en Madrid reservó doscientas habitaciones con motivo de la Cumbre, pero hasta pocos días antes no se pudo confirmar la presencia de los Clinton en España por razones de agenda. La noticia causó preocupación en la dirección del hotel, porque el mandatario norteamericano no tenía intención de ocupar la suite presidencial, sino que deseaba cuatro habitaciones comunicadas entre sí. Los hoteleros están acostumbrados a las exigencias más extrañas y sorprendentes de sus insignes clientes, así que en este caso la cosa parecía simple. Los Clinton solo necesitaban una cama grande y

alta, almohadas king size antialérgicas, tres muebles maleteros y antideslizantes en el baño. Cada estancia se dedicaría, por este orden, al dormitorio, el vestidor, la tercera con dos camas para el servicio de seguridad y la cuarta se reconvertiría en una pequeña sala de estar con mesa de despacho. En la alcoba presidencial, lencería de cama color té, dos grandes espejos en el vestidor y flores sin polen para evitar un brote alérgico de la primera dama, especialmente sensible a las gramíneas y sus derivados. Otras tres habitaciones en otra planta serían ocupadas por el médico, el fisioterapeuta y un mayordomo. Los Clinton desayunaban siempre en sus aposentos.

Bill, consciente de la imagen de prepotencia con la que los europeos tendemos a asimilar a los presidentes norteamericanos, no pudo hacer más esfuerzos para mostrarse encantador y servicial, caer bien a todo el mundo y hacernos olvidar que era el jefe de la primera potencia mundial. Pero lo de las negociaciones era otro cantar. Tan inamovible en sus planteamientos se mostró que llegó a desesperar al francés Chirac. En perfecto inglés le recriminó: «Ustedes no negocian. Ustedes exigen y así es imposible una relación entre aliados».

Francia parecía no encontrar a sus amigos tradicionales y el alemán Helmut Kohl dejó en la estacada al «cher Jacques», intentando durante toda la Cumbre evitar el tradicional eje París-Berlín. Lo cierto es que el canciller alemán nunca pasaba inadvertido, por más que se empeñara, empezando por su propio tamaño. Su silla en las reuniones de trabajo tuvo que ser sustituida por un trono especial que diera cabida a sus ciento veinte kilos de peso.

¿Y qué ocurría con aquella partida de botellas de agua mineral? No había manera de abrirles el tapón. Tras varios segundos de forcejeo, Clinton desistió y se quedó sin beber, a pesar del calor de la jornada. Lo mismo le ocurrió a Chirac, pero ante el fracaso con su botella, decidió beberse el agua de su compañero de mesa, el presidente del Gobierno danés.

Para paliar los efectos agotadores del calor y de tanta reunión, se celebró en los jardines de La Moncloa una velada de flamenco. Antonio Canales fue el elegido para actuar ante los líderes mundiales, haciendo honor a su flamante Premio Nacional de Danza, además de que su flamenco, menos duro, parecía más asequible para los invitados. Si alguien vivió la noche con pasión fue Chirac, que a cada pieza se ponía en pie para gritar «bravos» y «olés» y aplaudir

hasta dolerle las manos. Ana Botella, que se desenvuelve sin problemas con ese inglés que se le atraganta a su marido, charló animadamente con Bill y Hillary.

Cerca de nuestros despachos se habilitó una sala como camerino y durante todo el día el cuerpo de baile ensayó sin parar. Nosotras acabamos por aprendernos las piezas al ritmo de los palmeros y casi, casi, detectábamos los errores a la vez que ellos. La verdad es que los guardias civiles con sus tricornios y el trasiego de gitanos ataviados con los faralaes y los claveles creaban una imagen imprevista de una España ya olvidada...

Mientras, Chelsea Clinton, que acompañó a sus padres en este viaje junto a una amiga, se dejó ver después de cenar en un local de moda, en la calle Alcalá, de nombre explosivo y preocupante para los Servicios de Seguridad: Boom.

El Cadillac blindado, perfectamente limpio y a punto, esperaba a los Clinton en el garaje del hotel mientras el cocinero preparaba unos huevos revueltos con patatas a lo pobre que el mayordomo sirvió a los distinguidos visitantes como último desayuno. Era jueves y las habitaciones volverían a tener su aspecto habitual, retirándose el eventual blindaje antibalas de puertas y ventanas. ¡Misión cumplida!

Además de asiduos visitantes del Coto de Doñana, los Aznar gustaban de disfrutar de sus vacaciones en la soberbia villa castellonense de Playetas de Bellver, propiedad del fallecido José Soriano, dueño de Porcelanosa. En Playetas no hay chiringuitos, ni souvenirs, ni boutiques, ni siquiera bares. Playetas es un paraíso donde la playa y la montaña unidas se abren al mar y al cielo del Mediterráneo. La urbanización está situada entre Oropesa y Benicasim, con unas ciento setenta y cinco villas, un club social y deportivo y una playa de aproximadamente doscientos metros.

Como mandan las tradiciones, el despliegue de seguridad era magnífico al acercarse el mes de agosto, pero, además, en vista de que el municipio se iba a convertir en la sede estival de la familia presidencial de forma más o menos asidua, el alcalde dispuso del necesario presupuesto para adecentar los accesos a la urbanización, construir una acera para facilitar los paseos del presidente con sus perritos y asfaltar la Carretera Nacional 340.

Alcaldes populares agasajaban a la familia con los mejores productos de la comarca y les invitaban a degustar, en los restaurantes de la zona, los mejores arroces que los valencianos preparan como nadie.

Como jefe del Ejecutivo, Aznar pasó cinco veranos en Oropesa, pero en 2001 el presidente decidió cambiar de destino y eligió Menorca, instalando el campamento en la finca Morell. Después, los Aznar repitieron isla en 2002 y 2003, pero en la finca Son Camaro.

Para concluir las vacaciones, final de fiesta en el monasterio de Silos y comienzo del curso político en Quintanilla de Onésimo. ¿Y por qué Silos? Fue el ministro de Trabajo, Juan Carlos Aparicio, amigo del abad benedictino, el que aficionó a Aznar a visitar concretamente este monasterio, teniendo en cuenta que la comunidad castellanoleonesa está plagada de ellos. Y lo así lo hacía desde 1987, cuando Aznar era vicepresidente de la Junta y Aparicio le dijo: «Silos representa en la cultura castellanoleonesa lo que Monserrat para los catalanes. Y ya ves lo que hace Pujol».

Al dirigente popular le convenció el argumento y repitió el ritual año tras año. Llegaba a la localidad burgalesa de Santo Domingo en helicóptero, que aterrizaba en un campo de fútbol situado a las afueras, y recorría a pie el trayecto que separaba el improvisado helipuerto del monasterio benedictino donde era recibido por su abad, Clemente Serna, y una multitud que le jaleaba y aplaudía sin parar.

La visita constaba de una frugal comida a base de verduras y pescado todo ello acompañado de un poché de cebollas y patatas, y de postre, ciruelas y otras frutas de la huerta monacal. Después, una breve sobremesa de charla y tertulia con los monjes, a quienes siempre desvelaba algún que otro plan todavía secreto pergeñado durante las vacaciones. No fue así en la visita del verano de 2003, cuando cada día se hacían quinielas con el nombre de su sucesor, que no desveló a estos hombres de oración ni bajo secreto de confesión.

Por último, una breve visita a Quintanilla de Abajo, que cambió su apellido por ser la cuna de Onésimo Redondo. ¡Dudoso honor para el municipio! Allí comenzaba oficialmente el curso político, tomando unos chatos en el bar propiedad de José Antonio Redondo y echando una partida al dominó... Redondo se lamentaba de que cada año el presidente pasaba en el pueblo menos tiempo. Y regreso a casa.

Hacia el final de la primera legislatura, el Coto Nacional de los Quintos de Mora, en los Montes de Toledo, se convirtió en lugar de recepción institucional para altas personalidades, cuya visita a España es apreciada especialmente por el

Gobierno de turno, celebrándose los encuentros en un ambiente más distendido, fuera del corsé que impone La Moncloa.

Hablamos de 6.864 hectáreas, situadas en la comarca de Las Guadalerzas en los Montes de Toledo, pertenecientes al término municipal de Los Yébenes. Su historia se remonta a 1829, cuando como consecuencia de la desamortización, el monte de los Quintos se segregó del municipio de Mora, al que pertenecía desde que Fernando III el Santo, su primer propietario, lo comprara. Al Estado pasó en 1942, formando parte oficialmente del Patrimonio Forestal. La finca adopta la forma de un rectángulo, cuya mayor extensión, de norte a sur, abarca alrededor de doce kilómetros y la menor, de este a oeste, unos siete kilómetros. Desde el punto de vista hidrológico, hay que decir que todas las aguas que discurren por el coto pertenecen a la cuenca del río Guadiana y son recogidas principalmente por el río de las Navas, existiendo igualmente numerosos arroyos.

Por Quintos de Mora han pasado, además de George Bush, el colombiano Andrés Pastrana, el mexicano Vicente Fox, o el francés Jacques Chirac. También, el ex primer ministro británico Tony Blair, el portugués Antonio Guterres, el presidente de la Comisión Europea, Romano Prodi o el ex primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu.

Zapatero también ha utilizado la finca para recibir al presidente brasileño Lula da Silva en 2007.

El núcleo urbanizado consta de novecientas hectáreas de bosque y monte bajo, y ha sido objeto de varias remodelaciones. Dispone de piscina y de un pequeño helipuerto a cuatro kilómetros. A finales de la década de los noventa, Quintos de Mora quedó adscrita al Ministerio de Medio Ambiente y, desde entonces, está prohibida toda actividad cinegética en su perímetro, a excepción de la que sea necesaria para garantizar el equilibrio ecológico de la fauna, reservada exclusivamente a los guardas.

Cuatrocientos treinta y nueve días. Eso fue lo que duró exactamente la tregua de ETA. Durante esos meses se abrió una puerta a la esperanza, pero a pesar de los acercamientos políticos y la voluntad de resolver el conflicto vasco por la vía del diálogo, ETA nunca se sintió satisfecha y retomó la lucha armada a finales de 1999.

El Gobierno, por voluntad expresa de su presidente, José María Aznar, ofreció a la banda «flexibilidad» si demostraba su voluntad de paz. Y dio el

primer paso en la buena dirección con un giro en la política penitenciaria, acercando a decenas de presos a las cárceles del País Vasco. Una segunda fase se inició a partir de los contactos directos entre la banda y el Ejecutivo, cuya primera reunión se celebró en la ciudad suiza de Zurich en mayo de 1999. Programado el segundo encuentro para el mes de agosto, ETA decidió no asistir, emitiendo un comunicado en el que hacía un balance negativo del año de tregua y mostrando su impaciencia y su desagrado por el desarrollo de los acontecimientos.

Finalmente, el 28 de noviembre de 1999, ETA levantó el alto el fuego y el 22 de enero de 2000 reaparecería en Madrid para asesinar al teniente coronel Pedro Antonio Blanco García. ¡La pesadilla había regresado!

Después del fracaso de la tregua, el Gobierno, con el apoyo del PSOE, inició una batalla legislativa para poner cerco al entramado de la banda terrorista. El pacto quedó sellado con la firma del «Acuerdo por las Libertades y contra el Terrorismo», que fue respetado escrupulosamente en todo momento por el PSOE, entonces en la oposición.

Cuatro leyes importantísimas se firmaron entre 2000 y 2003, dirigidas a combatir al terrorismo en sus aspectos político, social, militar y financiero. Se modificó el Código Penal y la Ley de Responsabilidad Penal de los Menores en relación con los delitos de terrorismo, así como la Ley de Partidos Políticos, que permitió ilegalizar a Herri Batasuna, y la Ley de medidas para el cumplimiento íntegro de las penas por delitos de terrorismo. Esta nueva legislación ha permitido detener a cientos de personas, desmantelar decenas de tramas, desarticular más de cincuenta comandos y cerca de veinte redes de captación de infraestructuras... Pero ETA no deja de matar.

Por otro lado, las dos catástrofes medioambientales más importantes de la Historia de España tuvieron lugar durante los Gobiernos de José María Aznar: los lodos tóxicos de las minas de Aznalcóllar en Andalucía y el desastre del Prestige en Galicia.

La madrugada del 25 de abril de 1998, una balsa de metales pesados muy contaminantes, procedente de las minas de pirita del municipio sevillano de Aznalcóllar, se rompió por dos de sus lados, liberando los lodos tóxicos en el río Agrio, lodos que llegaron rápidamente al Guadiamar y que fluyeron hasta las mismas puertas del Parque Natural de Doñana. Las minas pertenecían a la

empresa Boliden-Apirsa, de titularidad sueca, pero la responsabilidad de las instituciones y administraciones públicas de velar por el cumplimiento de las medidas de seguridad necesarias, así como del correcto funcionamiento de los mecanismos de prevención y control de la contaminación, quedó sin duda en entredicho. Afortunadamente, Doñana no sufrió daños irreparables, gracias a la rapidez con la que se contuvo el vertido, desviando el torrente mediante diques antes de llegar al preparque.

La empresa sueca había sido denunciada en numerosas ocasiones a la Junta de Andalucía por organizaciones ecologistas e incluso por un ingeniero de Boliden, ya jubilado, pero nada impidió el desastre. A pesar de que la sentencia europea lo dice muy claro: «El que contamina, paga», algunos procesos judiciales aún se mantienen abiertos para decidir a quién corresponde liquidar la multimillonaria factura que supuso la descontaminación de la zona.

Pero si grave parecía entonces aquella tragedia ecológica, descendió a segunda división cuando el petrolero Prestige, con bandera de Bahamas, se hundió el 13 de noviembre de 2002 frente a la Costa da Morte, provocando el peor desastre ecológico ocurrido en España.

A pesar del tiempo que transcurrió entre ambos acontecimientos, parece oportuno hablar de ellos en secuencia continua, por sus puntos en común.

El viejo buque monocasco hacía la ruta Letonia-Gibraltar, transportando setenta y siete mil toneladas de fuel, cuando escoró por los embates de una mar arbolada, a veintiocho millas al oeste del cabo Finisterre. Rescatada la tripulación, el petrolero empezó a verter combustible, y en una decisión por demás equivocada del ministro de Fomento, Francisco Álvarez-Cascos, se ordenó remolcar el barco mar adentro, al quinto pino, lo más lejos posible de la costa.

Hasta los de Madrid sabemos que «el mar siempre devuelve los cuerpos», y cuando la estructura del buque se partió en dos a consecuencia del arrastre, el fuel llegó a tierra sin control, rápida e indiscriminadamente. La marea negra contaminó las costas españolas, francesas y portuguesas, provocando graves pérdidas económicas.

¡Quién no recuerda la desolación experimentada al ver las imágenes de nuestras bellísimas playas y acantilados teñidos de negro, las gaviotas impotentes para volar con sus alas pegajosas e inservibles, y los rostros

angustiados de marineros y mariscadores dirigiendo sus miradas a las islas Cíes primero y al cielo después!

El movimiento ciudadano Nunca Mais nació de la indignación contra el Gobierno popular y su pésima gestión del desastre, más preocupado por la cercanía de una convocatoria electoral municipal. Lo que sí hay que anotar en el «haber» de la catástrofe es el movimiento solidario que espontáneamente surgió desde todos los rincones de España, movilizando a miles de voluntarios anónimos y efectivos del Ejército que, a pesar del mal tiempo, acudieron a Galicia en masa a colaborar desinteresadamente en la limpieza de las playas.

Consecuencias de todo esto, algunas. En primer lugar, los buques que navegan bajo bandera de conveniencia son comparables a los piratas del pasado, y la legislación internacional vigente tiene que ser eficaz para acabar con estas prácticas. En segundo lugar, la gente corriente no entiende de trabajo de despacho y quiere ver a sus representantes políticos en la «zona cero» de las tragedias que les afectan, y hasta con el traje de faena y arrimando el hombro si fuera preciso... Aznar tardó un mes en aparecer por Galicia.

Aprovechando su papel protagonista de esta última y desafortunada historia, de cuyo nombre seguro que no querrá acordarse, parece buen momento de acercarnos al hombre que, durante años, fue el alter ego de Aznar. Me refiero a Francisco Álvarez-Cascos, alias «Chato Salmones», por su afición a la pesca de estos exquisitos peces rosados.

Cuando optó por la política, la mayoría de los jóvenes de su generación llevaban bastante tiempo en ella. Después de estudiar, con resultados brillantes, Ingeniería de Caminos, Canales y Puertos, se asentó en su profesión, se casó con Elisa Fernández Escandón y prefirió el deporte y los toros a otras actividades. Pocos saben que Álvarez-Cascos firmó asiduamente crónicas taurinas con el seudónimo de «Curro Pelayo».

En 1976 lo captó Manuel Fraga, pero como él tenía la certeza de que pasaría tiempo antes de que la derecha estuviera en situación de gobernar, se dedicó a afianzarse en el organigrama del partido y conocer sus entresijos. El culmen de su carrera política tuvo lugar en 1996, cuando el Partido Popular venció en las urnas y Aznar le nombró vicepresidente primero y ministro de la Presidencia. Gran polemista, tuvo un papel destacado en los primeros años de gobierno de los populares. Su estilo bronco no sintonizaba con la imagen centrista del Aznar de

los primeros años y, descontento con el funcionamiento del partido, Cascos presentó su dimisión como secretario general del PP. Sus correligionarios le daban la vuelta al cargo y le llamaban «general secretario».

Tras las elecciones de 2000 y con un partido en mayoría absoluta, Aznar le asignó la cartera de Fomento, con lo que obviamente perdió puntos en la carrera por la sucesión. El presidente del Gobierno había anunciado por activa y por pasiva que solo permanecería en el cargo dos legislaturas.

Como ya hemos visto, vivió sus peores momentos durante el hundimiento del Prestige, porque la opinión pública puede perdonar los errores, pero no el desdén, y el ministro se proclamó el campeón del pasotismo cazando en el Pirineo mientras se producía el vertido. Hombre de carácter fuerte y autoritario, estrellaba contra la pared sin pestañear los aparatos de teléfono cuando su interlocutor no descolgaba a la primera. Y montaba en cólera sin miramientos, hablando alto y claro, sin las exquisiteces propias del prototipo de «chico bien del PP». Zico y Gufa le odiaban profundamente. Ladraban enloquecidos y le enseñaban los colmillos en cuanto se acercaba al edificio del Consejo. Una vez reducidos y a buen recaudo, tras la puerta del despacho de Milagros, les hacía, en venganza, «un corte de mangas» para demostrarles que nunca conseguirían echarle el diente.

Pero este «dóberman» de la política se mostraba tierno y fogoso en sus relaciones personales. Sus convicciones morales y religiosas no le impidieron divorciarse de su esposa, con la que tenía cuatro hijos, para casarse, tras un noviazgo fugaz, con Gemma Ruiz Cuadrado, una mujer veintisiete años más joven que él. De esta unión nacieron dos hijos más. Gemma, joven, guapa, abierta y desinhibida, plantó a su prometido cuando ya había recibido las amonestaciones de la Iglesia y vivió un apasionado romance con el vicepresidente. Hasta la celebración del enlace, Gemma, que vivía en Córdoba, pasaba largas temporadas en Madrid y visitaba con asiduidad el despacho de su novio en Semillas. Tanto era así que para evitar eventuales e inoportunas interrupciones, el vicepresidente ordenó expresamente que un ordenanza montara guardia permanente en la puerta de su despacho con el fin de impedir el paso a cualquier persona que se acercara con intención de entrar, fuera quien fuera, incluso «el mismísimo Rey de España».

Suyas son las siguientes declaraciones reflejadas en la prensa del momento:

«Si has contraído matrimonio católico, como es mi caso, la voluntad de permanecer juntos está por encima de cualquier eventualidad, incluso la infidelidad transitoria... La decisión de vivir juntos tiene que ser más poderosa que una atracción insuperable». Pero lo de Cascos no tenía pinta de ser una «infidelidad transitoria», porque son muchas las parejas ocasionales que se le conocen y, como todo el mundo sabe, va por su tercer matrimonio. En enero de 2006 volvió a casarse con la galerista María Porto, con quien inició una relación tres años antes, cuando su matrimonio con Gemma Ruiz se iba a pique.

Algo tendrá el agua cuando la bendicen, reza el dicho, pero analizando a este hombre rudo y hostil, con la nariz aplastada de boxeador duramente castigado y cuyos ojos saltones le mimetizan con los ciprínidos que tan aficionado es a pescar, no se explica que su éxito entre el género femenino sea comparable con el de los más atractivos galanes de cine. Lo que sí hay que reconocerle, sin atisbo de duda, es la brillantez de su sólido plan de infraestructuras 2000-2007, por el que se le ha considerado el mejor ministro de Fomento de la historia de España.

El otro vicepresidente durante estos ocho años, Rodrigo de Rato, era un hombre amable, educado, equilibrado, siempre sonriente, de vida personal estable. Ambos vicepresidentes parecían encontrarse en las antípodas, pero eran igualmente eficaces a la hora de flanquear al presidente como «centro» de tan bien pensada organización. Rato fue el auténtico artífice de la exitosa política económica del Gobierno. Su gestión al frente del Ministerio de Economía está considerada como una de las más destacadas de la historia democrática de España. Rato completa la terna de madrileños al frente del Ejecutivo y, tras estudiar con los jesuitas en Chamartín y pasar por las aulas de ICADE, se licenció en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid.

A finales de 2003, su nombre fue barajado como posible sucesor de José María Aznar al frente del PP y como candidato a la Presidencia del Gobierno. Solo algunos saben que en ese mismo año obtuvo el doctorado en Economía Política por la Universidad Complutense. Poco después renunció a su escaño en el Congreso al ser nombrado director gerente del Fondo Monetario Internacional, cargo con rango protocolario de jefe de Estado y uno de los máximos puestos de responsabilidad internacional a los que ha accedido un español.

Hombre exquisito en el trato con todo el mundo, fue, aparte del presidente, el único que, al abandonar el Gobierno, se despidió de todas nosotras, una por una, deseándonos la mejor de las suertes en la etapa siguiente.

El 17 de enero de 2000 se disolvieron otra vez las Cortes y se convocaron elecciones generales para el 12 de marzo. La consigna durante la campaña electoral fue clara: «El giro al centro», con el fin de atraer esta vez el voto intermedio del espectro político que en 1996 aún permaneció junto a Felipe González y al Partido Socialista. Por fin José María Aznar se arrancaría la espina que llevó clavada como un estigma durante cuatro años y arrasó, convirtiendo la fecha en un día histórico para el centro-derecha español. Ciento ochenta y tres escaños y diez millones de votos suponían una mayoría absoluta suficientemente holgada para gobernar en solitario toda la legislatura. Sin duda, la victoria fue el premio a cuatro años de bonanza y estabilidad económica y el beneplácito para pertenecer a la eurozona desde el mismo día en que la moneda única se pusiera en circulación.

Analizando los resultados en su totalidad, se puede añadir que el PSOE, perdiendo dieciséis escaños y un millón trescientos mil votos, contabilizó ciento veinticinco diputados, aunque el varapalo fue mayor para IU, que pasó de veintiuno a ocho representantes. De todo esto se deduce con facilidad que la victoria del Partido Popular fue también fruto de los fracasos de la izquierda, que no solo retrocedió en tres millones de papeletas, sino que dejó en casa al mayor número de abstencionistas de las más recientes convocatorias. Como consecuencia, Joaquín Almunia, por entonces secretario general del PSOE, anunció su dimisión esa misma noche, y ambos partidos, también IU, renovaron sus cúpulas meses después eligiendo al frente del Partido Socialista a José Luis Rodríguez Zapatero y a Gaspar Llamazares como cabeza visible de Izquierda Unida.

El 3 de mayo de 2000 se constituyeron las Cámaras. Tras la investidura de José María Aznar, que fue reelegido presidente del Gobierno el 25 de abril, por doscientos dos votos a favor y ciento cuarenta y ocho en contra, Su Majestad el Rey presidió la sesión de apertura de la VII Legislatura que, como primera novedad, colocaba a dos mujeres al frente del Parlamento español, Luisa Fernanda Rudi en el Congreso y Esperanza Aguirre en el Senado.

El nuevo Gobierno constaba de dieciséis carteras ministeriales,

manteniéndose ocho de los titulares de la anterior legislatura. Como peculiaridades, se creó un Ministerio de Ciencia y Tecnología, y se nombró un ministro portavoz, sin cartera: Pío Cabanillas Alonso.

Después de los dos fracasos cosechados por el PSOE, tras la dimisión de Felipe González, los socialistas apostaban por un perfecto desconocido, José Luis Rodríguez Zapatero, que había ejercido durante catorce años como anónimo diputado nacional por León. Con solo 39 años, no representaba a ninguna de las viejas familias políticas del partido, además de permanecer limpio como la patena respecto de cualquier asunto relacionado con corrupciones del pasado.

Zapatero salió del XXXV Congreso Federal del PSOE con un respaldo del 41,69% de los compromisarios, frente al 40,79% cosechado por José Bono, lo que sin duda supuso un nuevo impulso y la posibilidad, tras la llegada de un líder perteneciente a una nueva generación de militantes y sin renunciar a la herencia de González, de recuperar el papel preponderante que el Partido Socialista había perdido en los últimos años.

Desde el primer momento, Zapatero apostó por el «cambio tranquilo» y fue inevitable la comparación y el paralelismo que los medios de comunicación se empeñaron en resaltar con el británico Tony Blair. Su nueva corriente, «Nueva Vía», guardaba similitudes con la que Blair presentó en 1994 para renovar su partido, denominada «Nuevo Laborismo». Ambos llegaron a las jefaturas de sus formaciones con edades parecidas, Blair con cuarenta y un años y Zapatero con treinta y nueve, y con la promesa de aunar políticas económicas liberales con políticas sociales de profundo calado.

Bueno, pues todos contentos; Aznar con su flamante mayoría absoluta y Zapatero como líder de la oposición y jefe de un Partido Socialista renovado para enfrentar el nuevo milenio.

¡Y hablando del nuevo milenio! No podemos dejar de hacer referencia al temido «Efecto 2000», que puso en jaque a medio mundo y protagonizó tantas como inútiles páginas en periódicos y revistas especializadas, dando vueltas a una siniestra profecía que, finalmente, se demostró sin fundamento. ¡Desde luego, los hay negados para predecir el futuro!

La cosa consistía en que había indicios de que al acercarnos al año 2000 se produciría un caos apocalíptico, catástrofes económicas sacudirían al mundo

entero y un pavor generalizado se apoderaría de la humanidad ante un eventual colapso de los sistemas computerizados. La corrección del problema precisó de miles de millones de dólares. En España, el Gobierno invirtió sesenta mil millones de pesetas en impedir que los ordenadores se volvieran locos e interpretaran la fecha del año solo con los dos últimos dígitos.

Los tres ministerios con más trabajo fueron Interior, Defensa y Fomento. El subsecretario de este último, Víctor Calvo-Sotelo, hijo del ex presidente, fue el encargado de velar por la seguridad en trenes, aviones y barcos. Hospitales de toda España, policías, bomberos y Guardia Civil, reforzaron sus recursos ante cualquier eventualidad.

El Gabinete de Crisis, compuesto por Francisco Álvarez-Cascos, Ángel Acebes, ministro del Interior, y el mismo presidente pasaron la última Nochevieja del milenio en el búnker, donde tomaron las uvas al son de las campanadas y brindaron por la llegada del Tercer Milenio. José María Aznar, a pie de obra, supervisaría todas las operaciones y tendría la última palabra en caso de cualquier contratiempo. La fase de alerta por error informático duró sesenta horas, las cruciales, pero todas las fases del plan no se dieron por terminadas hasta el 7 de enero, cuando por fin pudimos respirar tranquilos.

Luis María Ansón dijo de ella: «Ana Botella es sencilla, simpática, inteligente, atractiva, llena de bondad. Tiene luz en sus ojos y el cuerpo como una brazada de trigo, como un pan candeal recién horneado». Y Nieves Fontana, directora de Telva, escribió en una crónica: «No os lo podéis imaginar ¡Es fenomenal, fenomenal! Creo sinceramente que no nos la merecemos».

La mayoría de los funcionarios y colaboradores que trabajaron bajo sus órdenes, no sé lo que pensarían de lo del «pan candeal», pero lo que estoy en disposición de afirmar es que muchas veces pensaron exactamente eso: «No nos lo merecemos»...

Desde el mismo día en que su marido tomó posesión del cargo, ella lo hizo de todo lo demás y, resuelta a dejar su impronta, empezó a quitar la cabeza a todos los títeres. Dio la vuelta a cuanto pudo, y ante lo que no pudo, empezó a planificar las cosas para cuando pudiera. En el Palacio propiamente dicho, los cambios no fueron tan evidentes, ya que el edificio es mucho más restringido a la vista de ojos ajenos. Así que..., ¿qué hacer para dar publicidad al nuevo estilo? Pues nada mejor que un reportaje para Hola con el fin de enseñar los aposentos

con la nueva imagen, perritos incluidos, además de transmitir la sensación de que todos los españoles tenían por fin acceso a la parte más íntima y privada de los nuevos inquilinos de La Moncloa.

Ana Botella, desde el principio, se quejó de lo frías e inhóspitas que eran aquellas estancias, pero especialmente el palacete del Consejo de Ministros, al que comparaba con un aeropuerto. Gancedo y González hicieron el agosto en aquellos años y pusieron tapicerías, visillos, cortinones, cobertores y tapetes donde algunos creíamos que no era posible. Los tapices de la Real Fábrica adornaban las paredes intercalados con los cuadros; las consolas barrocas y los relojes dorados tomaron posiciones a diestro y siniestro, mientras que las alfombras más trabajadas hicieron las delicias de todos los visitantes originarios del Magreb. Hasta el biombo que separaba la entrada al comedor por las cocinas contenía una alegoría de Santiago Apóstol matando sarracenos. ¡Dios mío! Parecía El Pardo. Todo era recargado y ostentoso, tanto que el edificio parecía haber encogido de tamaño. Un día el presidente Aznar decidió invitar a un almuerzo informal a sus antecesores, que se celebraría en una sala pequeña dado el escaso número de comensales. Poco antes de la llegada de Felipe González, los ordenanzas cerraron las puertas del comedor principal con el fin de evitarle tan amarga e impactante visión, que nos había sobrecogido a todos los demás.

Y él la dejaba hacer. No cabe duda de la influencia de Ana Botella sobre su marido, como «un poder en la sombra». Entre flashes y cámaras, se movía como pez en el agua, y mandaba y ordenaba con la naturalidad de quienes lo han hecho toda la vida.

Madrileña de nacimiento, es la mayor de trece hermanos, en el seno de una clásica familia numerosa de los años sesenta. Cuando se casó con José María Aznar era ella quien mantenía económicamente a la familia y, aunque ha pasado media vida siguiendo los pasos de su marido, nunca se ha resignado al segundo plano. Al contrario de las mujeres socialistas, acompañó a su esposo en todos sus viajes de Estado, organizaba personalmente cenas oficiales y actos públicos, además de colaborar con todo tipo de asociaciones y organizaciones de corte social. Cercana a los Legionarios de Cristo, facción ultracatólica y ultraconservadora, colabora activamente con distintas fundaciones y asociaciones benéficas, como Mensajeros de la Paz, que dirige el padre Ángel García, cuya labor en favor de los pobres y desheredados de la tierra es

impagable. De este sacerdote, habitual de La Moncloa en aquella etapa, fue la sugerencia de levantar una capilla en el recinto presidencial. La idea nunca prosperó. Es tan estrecha su relación con los Aznar, que la sede social de Mensajeros de la Paz se ubica en el centro de Madrid, en pleno Rastro. El edificio, cedido a perpetuidad por el Ayuntamiento, del que Ana Botella es teniente de alcalde y concejala de Medio Ambiente, como todo el mundo sabe, está compartido con las oficinas de la asociación Provida, organización que tiene como bandera la lucha contra el aborto. Ana Botella, presidenta de honor de Mensajeros, tiene también allí un confortable despacho.

Nada más dejar su marido la Presidencia del Gobierno, escribió Mis ocho años en La Moncloa, libro en el que relata anécdotas y recuerdos de su vida cotidiana y familiar en el Palacio, además de sus impresiones y valoraciones sobre determinados acontecimientos políticos nacionales e internacionales de aquellos años. También escribió otro libro, en el que comentaba y prologaba cuentos infantiles clásicos. De esta obra me he permitido entresacar un representativo soliloquio: «La Cenicienta es un ejemplo para nuestra vida por los valores que representa. Recibe malos tratos sin rechistar y busca consuelo en el recuerdo de su madre».

Y nada mejor que un comienzo de campanillas para una legislatura con mayoría absoluta. Así que nos disponíamos a recibir a Vladimir Putin, zar de todas las Rusias, en su primera visita oficial a España.

Aunque el poder y la influencia de Rusia hoy nada tienen que ver con los de la Unión Soviética de otros tiempos, lo cierto es que la voz del Kremlin sigue teniendo un significativo peso específico en la escena mundial.

Corría el 18 de junio de 2000 y Putin en Europa era un perfecto desconocido, siempre reacio a mostrarse en público y a conceder entrevistas. Esto, unido a su largo pasado como espía del KGB en Alemania, le proporcionaba un halo de misterio que le precedía permanentemente. Su entrevista con Aznar, prevista en principio para una hora, duró dos, debido al marcado objetivo de este viaje por parte del mandatario ruso de garantizar a los líderes occidentales que su política se encaminaba hacia la plena democratización de su país, al que pretendía convertir en un verdadero Estado de Derecho y en un factor de estabilidad internacional.

Mientras, su esposa Liudmila Putina visitaba Alcalá de Henares. Esta ex

azafata y doctora en Filología Hispánica, cuya tesis versó sobre «la utilización del participio en el castellano moderno», soñaba con visitar esta ciudad, cuna de Miguel de Cervantes y Patrimonio de la Humanidad. Ataviada con la desfasada elegancia que caracteriza a los rusos, disfrutó como una cosaca de esta etapa de su viaje, que pretendió alargar y enlazar con su esposo al final de su periplo europeo.

Al hilo de esta visita de Estado, parece oportuno detenerse en algunos detalles sobre la organización que lleva consigo un almuerzo o cena en La Moncloa con ocasión de la visita oficial de un mandatario a España o con motivo de la celebración de una cumbre bilateral.

España lleva a cabo, cada año, cumbres bilaterales con siete países, teniendo lugar alternativamente en una ciudad española o en una sede homologa que determina el otro país participante. Cuando el encuentro tiene lugar en España, el departamento de Protocolo busca sede y comienza el despliegue para cubrir todas las áreas que intervendrán en su celebración, desde el montaje informático de lo que serán por unas horas las oficinas de ambas delegaciones, los alojamientos y manutención de todos sus miembros, servicios de traducción, prensa y medios de comunicación, seguridad, etc. Si la cumbre tiene lugar en La Moncloa, los preparativos se simplifican mucho, puesto que la Presidencia del Gobierno dispone de todos los servicios necesarios y en todo momento operativos.

La historia comienza con la relación que la Embajada del país visitante facilita y que detalla los miembros que compondrán la delegación. A su vez, Presidencia invita a sus homólogos españoles, además de los empresarios con intereses en ese país, de cuya identidad informa nuestra Embajada. Se añaden, asimismo, las personalidades del mundo de la cultura que sean idóneas si se prevé la firma de protocolos culturales.

Para citar a todas estas personas se hace un primer contacto por teléfono anunciándoles el evento para sus previsiones de agenda, y después se cursa por correo la correspondiente invitación oficial.

En primer lugar, se celebran las cumbres sectoriales por materias y se firman los correspondientes protocolos de cooperación. Después tiene lugar la sesión plenaria, a la que asisten los jefes de Gobierno de ambos países, para terminar con la celebración de la rueda de prensa en el edificio del portavoz.

Finalmente, se celebra la cena, a la que asisten los miembros de la delegación de ambos países con cargo. Las mesas se disponen por el orden protocolario establecido y los regalos se intercambian solo entre los dos primeros ministros. Cuando la visita es de Estado, en La Moncloa tiene lugar el almuerzo, puesto que la cena oficial de gala la ofrecen Sus Majestades los Reyes en el Palacio de Oriente.

Igualmente, solo en este caso se procederá a la firma en el Libro de Honor de la Presidencia del Gobierno, puesto que se considera irrelevante en el caso de las cumbres que se repiten periódicamente.

Las banderas de bienvenida se colocan en los mástiles el día anterior y por el siguiente orden: primero, la del país invitado, luego, la de España, y por último, la de la Unión Europea si nuestro visitante es miembro. Motoristas de la Guardia Real acompañan al séquito en todos sus desplazamientos y el Ayuntamiento de Madrid pone los policías municipales que abren camino a la caravana.

Solo los jefes de Estado utilizan el Rolls Royce de Franco y se alojan en El Pardo. Los primeros ministros utilizan coches de las embajadas y se hospedan en el hotel Ritz. El Palace solo sirve de alojamiento cuando las visitas no tienen la connotación de oficial.

Cuando un almuerzo o cena oficial va a tener lugar, los preparativos comienzan uno o dos días antes. Julio González, el jefe de cocina desde hace más de veinticinco años, presenta a la esposa del presidente dos o tres menús alternativos para que elija el que más se ajusta a los invitados, a la época del año o a las apetencias de cada momento. La encargada del office, Belén, según el número de comensales, prepara vajilla, cristalería y cubertería de plata, que se han mantenido invariables durante todos estos años. Por la mañana se montan las mesas, se procede al planchado de los manteles y, por último, los camareros disponen los servicios.

La comida se elabora en las cocinas del edificio del Consejo de Ministros y se sube en los montacargas hasta la primera planta. En su preparación intervienen cinco cocineros hombres y cuatro mujeres, auxiliares de cocina. Los camareros del presidente son tres, y en la rutina diaria funcionan por turnos que, claro está, incluyen los fines de semana. Para las comidas oficiales y en función del número de invitados, ordenanzas y personal de mantenimiento refuerzan el servicio del comedor, igualmente uniformados. Si, de cualquier forma, no fueran

suficientes, se complementan con otros que proporciona una empresa de catering contratada al efecto desde hace muchos años.

Mientras tiene lugar la conferencia de prensa, el resto de los invitados espera en alguna de las salas del palacete del Consejo y se les sirve un aperitivo. Cuando regresan los mandatarios, comienza el almuerzo o la cena.

Hay que tener en cuenta que los viajes oficiales están programados al minuto, por lo que la duración del ágape está en función de las prisas que haya. Si el tiempo da margen, puede durar una hora y media aproximadamente, pero si hay retrasos conforme al horario previsto, en una hora tiene que haber terminado. No hay sobremesa, y en más de una ocasión, los que se han entretenido en alguna actividad fuera de programa se han quedado en tierra y se han tenido que unir a la caravana en la siguiente escala.

En el comedor se dispone una mesa central para catorce personas, en la que se sentarán los jefes de Gobierno y sus esposas, en caso de que asistan. Alrededor se colocarán hasta siete mesas más con capacidad para diez personas cada una.

Si la lista de invitados no sobrepasa las cuarenta personas, se puede utilizar la «mesa imperial». Hablamos de una mesa alargada que en sus dimensiones nunca puede exceder los bordes de la alfombra. Las mesas redondas se adornan con un centro de flores naturales y en la imperial se pueden colocar uno o dos centros, según la longitud.

Junto al gran comedor hay otro más pequeño, donde almuerzan los integrantes de la llamada «mesa técnica», formada por los médicos, el ayudante del presidente, el jefe de Seguridad, el jefe de Protocolo y los cargos del Ministerio de Asuntos Exteriores correspondientes a la zona del mundo de donde procede el invitado. La mesa no superará en ningún caso las dieciséis personas, que tomarán el mismo menú que los demás invitados.

Si los visitantes son musulmanes no se servirá carne en ningún caso, salvo cordero, y para beber se ofrecerá zumo de naranja a los invitados y vino a los anfitriones.

Las mantelerías han variado según las preferencias de los presidentes, así como otros detalles relativos a los menús y la decoración. Los González y los Zapatero utilizaron y utilizan manteles de hilo blanco o crema, pero los Aznar preferían los manteles en tono azul para los almuerzos y granates en las cenas, y

solo estos últimos añadían velas aromáticas en la decoración nocturna. Además, los Aznar gustaban mucho de utilizar los jardines en las maravillosas noches del verano madrileño. Entonces, los manteles pasaban a ser estampados y se utilizaban antorchas para reforzar la iluminación.

Felipe González nunca utilizó flores para vestir las mesas, sino que se adornaron siempre con sus bonsáis, traídos expresamente del invernadero, a donde se devolvían una vez terminada la velada. Completaban la ornamentación otros de mayor tamaño, colocados en cada esquina del salón.

Las comidas oficiales siempre han de estar compuestas por platos españoles, lo cual resulta fácil, aprovechando la extensa variedad de nuestra excelente cocina, alabada por cuantos nos visitan. Pero no cabe duda de que también aquí intervienen los gustos personales de los anfitriones. Felipe González, excepcional cocinero, disfrutaba, por ejemplo, con un rabo de toro. En los años de su mandato se servían indistintamente carnes y pescados. Los Aznar, devotos de los arroces, elegían con frecuencia alguna variedad como primer plato, seguida igualmente de carnes o pescados. En cuanto a los postres, siempre se eligieron las tartas en ambos casos, con la salvedad del helado de café, dos bolas, a piñón fijo, para José María Aznar, hubiera lo que hubiera para terminar y pasara lo que pasara.

Los Zapatero, mucho más preocupados por la dietética, gustan de las menestras de verduras o cremas vegetales en invierno, y gazpachos y ensaladas en verano, para continuar con las carnes o pescados, pero cocinados a la plancha o al horno especialmente. Nunca se sirve tarta de postre, sino coronas de mousses o macedonias de frutas.

Una peculiaridad de los Aznar se refiere a su gusto por las tablas de quesos, que se servían entre el segundo plato y el postre.

En el capítulo de los vinos, también las diferencias son notables. González, devoto de los rioja, mientras que Aznar lo es de los ribera del Duero. Zapatero, mucho más flexible, no tiene predilección por la procedencia de los caldos, incorporándose incluso en los últimos años algunos con denominación de origen de la Comunidad de Madrid. En cualquier caso, la mejor bodega de La Moncloa hasta ahora ha sido, sin duda, la del presidente Aznar, la más cuidada y la mejor surtida.

Felipe González gustaba de terminar los almuerzos con una copa de licor y

un gran habano, lo mismo que Aznar, ambos fumadores de puros.

Por último, solo añadir que si el almuerzo o la cena incluye en su programa un pequeño discurso y un brindis, han de incorporarse a la cristalería las copas para brindar con cava catalán. Además, González y Aznar gustaban de servir bombones con el café. Con Zapatero esta costumbre se ha suprimido.

En su delirio criminal, a lo largo del año 2000, ETA asesinó a funcionarios de la Seguridad del Estado, miembros de las Fuerzas Armadas, concejales del Partido Popular de dentro y fuera del País Vasco, un periodista, el presidente de la patronal guipuzcoana, el fiscal jefe del Tribunal Superior de Justicia de Andalucía, además del político socialista Fernando Buesa y su escolta, y para terminar de levantar ampollas entre la ciudadanía, el ex ministro y profesor universitario Ernest Lluch, defensor a ultranza de la paz y la libertad, caía en Barcelona abatido por las pistolas terroristas.

España continuaba su particular camino y en este periodo se aprobó la Ley de Extranjería y se suprimió definitivamente el servicio militar obligatorio. Ambas normas pueden calificarse de históricas por su incidencia en la vida de los ciudadanos.

No cabe duda de que, como en tantas otras cosas, en esto también llevábamos retraso con respecto a otros países de nuestro entorno. Hablamos de la transformación del fenómeno migratorio, que tuvo lugar en nuestro país a finales de la década de los ochenta y durante la de los noventa y que nos cogió con el pie cambiado. Siendo nuestro país tradicionalmente emigrante, ahora nos tocaba recibir los flujos por el norte, provenientes de los antiguos países del Telón de Acero, y por el sur al ser la puerta de Europa para el tercer mundo africano. La Ley Orgánica 4/2000, sobre Derechos y Libertades de los Extranjeros en España, aunque experimentó sucesivas modificaciones, es la que hoy está en vigor y supuso un cambio realmente importante en la materia, pues introdujo políticas de integración, amplió los derechos de los inmigrantes y estableció un principio de igualdad con los españoles.

Con la Ley de Extranjería, España regulaba la residencia y el trabajo en nuestro país de gentes de origen tan variado como lo es el mundo globalizado al que pertenecemos, y no cabe duda de que la mezcla y el conocimiento de otras culturas y costumbres nos han aportado riqueza y amplitud de miras.

Por otra parte, el 9 de marzo de 2001, el Consejo de Ministros aprobaba un

Real Decreto que adelantaba la supresión del servicio militar obligatorio al 31 de diciembre de ese mismo año, oficializando así uno de los compromisos electorales del Partido Popular. Por tanto, a partir del 1 de enero de 2002, todos los soldados y marineros serían profesionales. Asimismo, este adelanto del final de la mili llevaba aparejado el mismo destino para la prestación social sustitutoria de los objetores de conciencia. El Real Decreto ponía fin a doscientos treinta y un años de vigencia en España del servicio militar, creado en 1770 por Carlos III, en su Real Cédula, y cambiaba sustancialmente la vida de los jóvenes españoles y de sus familias.

La llegada al poder de la Administración Bush en Estados Unidos en enero de 2001 actuó como catalizador de unas ambiciones en política exterior para España que hasta entonces Aznar había mantenido escondidas o, cuando menos, en estado latente. A pesar de las evidentes inclinaciones ultraconservadoras del nuevo inquilino de la Casa Blanca y de su permanente confrontación con la Unión Europea en asuntos comerciales y medioambientales, Aznar se desmarcó abiertamente de sus socios comunitarios entablando unas relaciones bilaterales con los americanos que fueron más allá de la pura cordialidad.

11 de septiembre de 2001, hora del almuerzo. Como muchos otros días, algunas compañeras compartíamos viandas y tertulia en la propia oficina. En un momento dado, una compañera que llegaba de la calle nos informó: «No os lo vais a creer, pero un avión se ha estrellado contra una de las torres del World Trade Center de Nueva York». «¡Qué barbaridad! Si es que todos tenemos el destino marcado, está claro». «Y que lo digas; te subes a un avión y es el último día de tu vida». «Pues imagínate para los que trabajaban en las oficinas de la torre». Tras estos comentarios seguimos dando buena cuenta del menú. Alrededor de veinte minutos después entró otra compañera resoplando y con la cara descompuesta: «Chicas, otro avión acaba de atravesar la otra torre». Ya no pudimos seguir comiendo... No cabía duda, esto no era un accidente. Buscamos a prisa un televisor y, como la mayoría de los habitantes del planeta, asistimos en directo al espectáculo. Los teletipos no paraban de escupir papel continuo y el presidente, que estaba fuera de España, regresó inmediatamente de su viaje a los Balcanes, convocando de urgencia el Gabinete de crisis. Los catastróficos atentados del 11-S contra Nueva York y Washington perpetrados por la organización islamista-terrorista Al Qaeda fueron sentidos por el Gobierno

español como un ataque frontal contra todo lo que defendemos americanos y europeos, y Madrid figuró entre las capitales de la OTAN más vehementes en sus reacciones. Por cierto, para ser uno de los mayores enemigos del mundo conocido, el común de los mortales no habíamos oído hablar de Osama Bin Laden en la vida.

El Gobierno decretó la alerta máxima en toda la red de aeropuertos, se blindaron las cancillerías e instalaciones militares americanas y se pusieron en marcha células de crisis entre las Fuerzas y Cuerpos de la Seguridad del Estado. Permanecimos horas en nuestros puestos, atentos a cuanto pasaba y prestos a cumplir las indicaciones que nos fueron transmitiendo nuestros jefes.

Como para el mundo entero, aquel fue un día para no olvidar, un día en el que tomamos conciencia de la vulnerabilidad de nuestros sofisticados sistemas de seguridad y protección y de la necesidad de pararnos a reflexionar sobre qué estábamos haciendo mal. Estos brutales ataques constituían una clara advertencia de que no íbamos en la dirección correcta y que, de seguir así, la mitad del mundo acabaría enfrentándose a la otra mitad.

Ante los ojos de la opinión pública nacional y extranjera, José María Aznar se presentó como un adalid de la lucha antiterrorista, de la que España, por desgracia, tiene sobrada experiencia. La ciudadanía conoció con sorpresa que nuestro país aparecía en los sumarios de la trama terrorista que preludió el 11-S. Por todo esto, España tenía que ir en esta encrucijada histórica hombro con hombro con quien representaba la quintaesencia de Occidente.

Mientras el mundo entero se preparaba para la Navidad de 2001, los europeos cogíamos aire para enfrentarnos a la que se nos venía encima. El 1 de enero de 2002 más de trescientos millones de ciudadanos compartiríamos una moneda única. Además, en este primer semestre España asumió la presidencia de la Unión Europea por tercera vez.

Aunque nos agobiaba la complicación de los primeros momentos, éramos conscientes de que Europa daba así un paso de gigante en su unidad y que algo tan cotidiano en nuestras vidas como el manejo del dinero nos acercaría más a los demás ciudadanos del continente. Todos los que hemos viajado por Europa en algún momento sabemos lo que se agradece circular como Pedro por su casa, sin los engorros y gastos que implican los cambios de moneda.

Ni que decir tiene, aunque a los profanos en economía se nos escape el

razonamiento, que una única moneda en circulación mejora sensiblemente el funcionamiento del mercado interior de Europa y que, con su fortaleza, el euro se ha convertido en moneda de reserva internacional.

La Unión Económica y Monetaria, vieja aspiración europea y antiguo sueño formulado por primera vez en la Cumbre de jefes de Estado de La Haya, en 1969, se había convertido en realidad. Hoy, ocho años después, los españoles funcionamos en euros con absoluta normalidad, aunque los menos avezados siguen convirtiendo sus cuentas en pesetas.

Nuestra saneada economía nos permitía esta vez no solo no perder el tren de la historia, sino viajar en primera clase y mirar de igual a igual a los que históricamente siempre habían ido por delante.

La moderación de las políticas del primer Gobierno del PP en minoría, obligado a pactar con otros interlocutores políticos y sociales, empresarios y trabajadores, permitió a Aznar obtener después la deseada mayoría absoluta. Y, paradójicamente, la consecuencia inmediata fue la desaparición de la moderación. El escenario se convirtió en imposición injustificada, y el ambiente, en tensión irrespirable. No era posible negociar con un Gobierno que no se apeaba del burro de unas condiciones laborales regresivas, así que, ante la inviabilidad de un consenso social, el Gobierno decidió prescindir de los interlocutores sociales, que amenazaban con una huelga general, y aprobar un Real Decreto Ley que contemplase sus condiciones. El famoso «Decretazo» acabó siendo anulado por el Tribunal Constitucional, que consideró injustificada la urgente necesidad para legislar que concurre en este procedimiento extraordinario.

La huelga general del 20 de junio de 2002 fue un gran éxito sindical, a pesar de las amenazas del Ejecutivo, al que llegó a acusarse de manipular la información a través de la televisión pública. La Justicia dio la razón a los trabajadores y Aznar perdió este partido.

A tenor de lo vivido, debo decir que en esta como en otras ocasiones en que el Gobierno y el Partido Popular sufrían un revés en sus pretensiones, la respuesta era crispada, airada, la prepotencia acababa por desatarse, a veces con furia, y si finalmente había que tragarse el sapo, España iba a saber lo que era bueno y sufriría, cuando menos, un castigo divino por no seguir las directrices de quienes de verdad saben lo que hacen y están preparados para gobernar. Los

demás solo éramos un atajo de imprudentes e ignorantes que no veíamos más allá de nuestras narices y nuestra estupidez e ingratitud nos acabaría llevando por el camino de la perdición.

Lo cierto es que la huelga general y el «Decretazo» marcaron un punto de inflexión en la buena estrella de Aznar, además de ser, con toda seguridad, la semilla que más tarde fructificaría en la pérdida de las elecciones de 2004.

Pocos días después, el 11 de julio, cinco buques de la Armada española realizaban un ejercicio naval en torno al peñón de Alhucemas y, acto seguido, un destacamento de gendarmes marroquíes desembarcaron en el islote Perejil, un promontorio deshabitado al oeste de Ceuta. Aznar pidió a Rabat que depusiera su actitud, pero no recibió respuesta. Entonces, el Gobierno comenzó un importante despliegue diplomático que recibió en primera instancia una actitud fría y perezosa, pero finalmente la OTAN y la Unión Europea pidieron a Marruecos que se retirase de Perejil. De nuevo la callada por respuesta. Pero Aznar no quería mover ficha ni antes ni durante el Debate sobre el Estado de la Nación, que tendría lugar los días 16 y 17 de julio. Así que decidió esperar hasta el último día, a las once menos cuarto de la noche para dar la orden a Trillo de que comenzase la operación.

Para teñir de solemnidad el momento, el presidente descolgó el teléfono y habló de usted a su amigo Federico en estos términos: «Ministro de Defensa, ordene a los responsables militares que la operación se lleve a cabo, y dígales que tienen toda la confianza y el respaldo del Gobierno; que Dios les acompañe y que vuelvan con el triunfo». A las seis y veinte de la mañana del 18 de julio de 2002, soldados del Grupo de Operaciones Especiales tomaron Perejil sin disparar un solo tiro.

La conclusión de esta crisis, la más grave entre ambos países desde la Marcha Verde de 1975, parece fundarse en el intento de Mohamed VI de poner a prueba la capacidad de respuesta de España. Si esta no se llega a producir, es casi seguro que Marruecos habría avanzado en otras tentativas... Tal vez hacia Ceuta y Melilla.

Su madre lo ha contado muchas veces. Había rumores en la seudoprensa del corazón de que la niña, Anita, salía con Alejandro Agag, entonces ayudante del presidente, pero cuando su hijo mayor, José María, se lo confirmó, Ana Botella se quedó estupefacta.

Era Navidad de 2001 y la familia pasaba unos días de descanso en Baqueira Beret cuando madre e hija se sinceraron. Entonces fue cuando Anita le dijo a su madre que no podía hacer planes a corto plazo, ni pensar en una estancia en Alemania en el verano, como quería su padre, porque había decidido casarse con Alejandro en septiembre. Cuando José María Aznar se enteró, se quedó yo diría que preocupado. Ana era aún muy joven y no había acabado la carrera de Psicología. ¡Un noviazgo tan corto! Además, Alejandro tenía once años más que ella y mucho, mucho mundo. De hecho, la fama de donjuán cosechada en Bruselas, durante el tiempo que fue secretario general del Partido Popular europeo, le precedía, y mientras estuvo en Madrid como ayudante de su futuro suegro, se hicieron famosas sus juergas y sus espectaculares acompañantes. ¡Bueno, tal vez era hora de sentar la cabeza!

Para organizar la boda, había dos opciones: o una boda estrictamente familiar o, de no ser así, un bodorrio en toda regla... Y así fue, una boda digna de una princesa.

¡Pues qué bien! Después de veinticinco años, iba a haber una boda en La Moncloa. Las compañeras del departamento de Protocolo se sentían morir con la que se avecinaba. Lo primero, nada de vacaciones para nadie después del 15 de agosto. De la Secretaría de Ana Botella recibían instrucciones y contrainstrucciones, sucesivas versiones de listas y más listas de invitados, ahora blanco, ahora negro, ahora de esta manera y, dentro de un rato, de la contraria. En fin, una locura. Pero, ¿quién no es consciente del trabajo que implica la organización de cualquier boda? ¡Pues qué vamos a decir de ésta!

En un principio se barajó la iglesia de San Francisco El Grande, en pleno Madrid de los Austrias, para celebrar el enlace, pero las medidas de seguridad que requería el acontecimiento aconsejaron un enclave menos céntrico. Según dicen, fue la madre de Alejandro la que propuso la basílica del monasterio de El Escorial como lugar idóneo para la ceremonia, teniendo en cuenta que el banquete de bodas se celebraría en la finca de Los Arcos del Real, a escasos kilómetros del monasterio.

Jueves, 5 de septiembre de 2002; la tarde era espléndida y Ana Botella y sus dos hijos varones ya se encontraban en los aledaños de la iglesia para recibir a los invitados. Todos los trabajadores y el personal de la casa esperábamos a la sombra de los árboles para ver salir a la novia. Y la novia bajó los escalones

hasta el coche con un dominio de la situación poco corriente para una joven que, aunque relativamente acostumbrada a una existencia pública, se enfrentaba a uno de los días más importantes en la vida de cualquier mujer. No parecía nerviosa ni abrumada, y, sonriente, saludaba a todos mientras le gritaban: «¡Viva la novia!». Anita lucía espléndida, con un elegante y sobrio vestido y un peinado muy favorecedor. Y el padrino... El presidente sonreía con nostalgia y, sinceramente, tengo que decir que por primera vez me pareció ver al hombre, al padre que, emocionado, acompañaba a su hija al altar y a quien, aunque era feliz, le embargaba una cierta melancolía. También se gritó: «¡Viva el padrino!» y «¡Guapo!». El presidente, ruborizado, también saludaba y no sabía qué hacer con el ramo que su hija le había puesto en las manos mientras ella colocaba su traje dentro del coche.

Más de mil invitados a una ceremonia presidida desde un lugar de honor por los Reyes don Juan Carlos y doña Sofía y concelebrada por el presidente de la Conferencia Episcopal, Antonio María Rouco Varela y seis sacerdotes más.

Con anterioridad, La Moncloa había informado que el presidente Aznar no asistiría a la Cumbre de la Tierra, que se celebraba en Johannesburgo en aquellos días, debido a su «agenda privada». Pero los que no faltaron a la cita, viajando directamente desde Sudáfrica, fueron el británico Tony Blair y su esposa Cherie y el italiano Silvio Berlusconi. Ambos actuaron como testigos por parte de la novia, además de Manuel Fraga, Rodrigo de Rato, Mariano Rajoy, Javier Arenas, Jaime Mayor, Miguel Ángel Rodríguez, el hermano mayor de la novia, José María y algunas de sus amigas más íntimas. Por parte del novio firmaron como testigos Adolfo Suárez Illana, José Ignacio Echaniz y varios familiares y amigos.

El estatus social de los invitados al enlace fue máximo, encontrándose entre ellos el primer ministro portugués, José Manuel Durao Barroso, el presidente de El Salvador, Francisco Flores, el ex presidente de Colombia, Andrés Pastrana y el ex primer ministro de Portugal, Antonio Guterres. Asistieron todo el Gobierno en pleno, presidentas del Congreso y Senado, Luisa Fernanda Rudi y Esperanza Aguirre, y los presidentes de los máximos Tribunales de Justicia, el defensor del Pueblo, los diez presidentes autonómicos del PP, los ex presidentes del Gobierno Adolfo Suárez y Leopoldo Calvo-Sotelo, etc. El mundo de la prensa más rosa estuvo representado con el más alto pabellón, empezando por Miguel Boyer e

Isabel Preysler, Julio Iglesias y Miranda, Alberto Cortina y Elena Cúe, Fernando Fernández Tapias y Nuria González, Inés Sastre, Raphael, José Luis Garci, Fernando Sánchez Dragó, Flavio Briatore, Mario Vargas Llosa, etc., etc.

La gran baza de Ana Botella, consiguiendo la confirmación de los Reyes, que no pudieron delegar la representación en su hijo el Príncipe Felipe, encarriló la asistencia de otros muchos representantes de las más altas instituciones del país. Pocos podían decir que no a una oportunidad como esta en la que se daban cita todos los poderes del Estado, lo más granado de la política internacional, la banca y las finanzas y la crème de la crème del mundo del espectáculo.

Y ahora nos vamos al banquete nupcial...

Don Juan Carlos y doña Sofía fueron de los primeros en llegar a la finca, siendo recibidos por José Luis, que fue el restaurador encargado del ágape. Poco después llegaron los novios, que fueron muy aplaudidos por los invitados mientras tomaban en el exterior de la finca un cóctel de bienvenida. Detrás, toda la familia Aznar junto a Tania, la novia de José María Aznar Botella. Un espectáculo ecuestre amenizó el cóctel mientras llegaban los autobuses que trasladaban a los invitados.

La finca de Los Arcos del Real cuenta con dos espléndidos salones y dos carpas gigantes que se habilitaron para la ocasión. En total, ciento veinte mesas de ocho o diez comensales cada una. El salón principal, donde cenarían los novios, se decoró como un cuento de hadas. El menú consistió en unos entrantes ligeros y un segundo plato de pescado o carne a elegir, todo acompañado por vino de la Ribera del Duero y blanco Viña de Mocen. Setenta y cinco cocineros a las órdenes de José Luis prepararon la cena, que fue servida por doscientos veinticinco camareros. Las cristalerías, mantelerías, cuberterías y vajillas fueron estrenadas para la ocasión y toda la decoración fue realizada por Pascua Ortega. Como final de fiesta, baile con el grupo musical andaluz Siempre Así.

Ana Botella fue la perfecta anfitriona, atendiendo personalmente a todos los invitados y despidiéndolos en la salida uno a uno cuando decidían abandonar la fiesta, que se prolongó hasta las cinco y media de la madrugada, momento en que los novios dejaron el recinto.

A los ojos de los telespectadores solo se ofrecieron los diez primeros minutos de la ceremonia, por expreso deseo de la novia, que «no quería que nadie la viese llorar».

A finales de 2002, el PSOE remontaba posiciones y las encuestas le daban empate técnico con el PP en intención de voto.

En los meses siguientes y debido a la implicación de España en los planes bélicos de Estados Unidos desde posturas tan decantadas, Aznar empezó a despertar oscuras pasiones entre los ciudadanos y sus representantes parlamentarios. Los calificativos fueron subiendo de tono en progresión directa con su afán por caminar junto a Bush y una administración americana beligerante y empecinada en su posesión de la verdad. «Impasible», «hosco», «arrogante», «autoritario», «dogmático», «reaccionario», «endiosado»... Todo un rosario de epítetos confirmados por parte de algunos miembros de su propio partido, que corroboraban el carácter difícil de su presidente desde el comienzo de la legislatura.

Como prueba de coherencia personal y política, José María Aznar confirmó su firme determinación de apartarse de la primera línea y no presentarse como candidato a nada, tras dos periodos presidenciales. Así lo anunció en el XIV Congreso del Partido Popular con estas palabras: «No habrá otra vez; esta es la última». Ante esta prueba de honestidad, la adulación colectiva llegó a su cenit y esta declaración supuso, además, el banderazo de salida para la sucesión de Aznar, perfilándose en principio tres candidatos: Rajoy, Rato y Mayor Oreja.

La «doctrina Bush», imposible de conciliar con la Carta de las Naciones Unidas, que solo recoge el derecho de los Estados al uso de la fuerza en los supuestos de legítima defensa, hacía que la mayoría de los líderes del mundo se levantaran de sus asientos. Por tanto, cuando Aznar se hizo eco de la «guerra preventiva», incluyó un elemento ajeno al consenso que hasta entonces había presidido la política exterior española y el resto de los partidos saltaron en sus escaños. Algunos populares hubieran saltado también de no ser por la disciplina que impera de manera muy marcada en esta formación. Con posterioridad quedaría demostrado que la decisión del presidente respecto a la participación de España en la invasión de Irak obedecía a postulados exclusivamente personales, arrastrando con ella a ministros, diplomáticos y responsables políticos de toda índole.

Como muestra del feeling personal entre los dos mandatarios, Aznar relató a los medios el contenido de una conversación sobre méritos deportivos. El americano dijo hacer «cuatro kilómetros en seis minutos y veinticuatro

segundos», y Aznar afirmó que su marca consistía en cubrir «diez kilómetros en cinco minutos y veinte segundos». Esta broma supuso la mofa de los periodistas, porque, de ser verdad, el presidente español superaría en cinco veces la plusmarca mundial de la distancia o, haciendo cuentas, alcanzaría una media de ciento doce kilómetros por hora. ¡Vamos, que ni un guepardo!, por mucho empeño que pusiera su preparador físico, Bernardino Lombao, a quien el presidente conocía desde niño, cuando al terminar las clases en el colegio del Pilar iba con sus compañeros al Vallehermoso para jugar al balonmano. En aquella época, Lombao, jugador del Atlético de Madrid de este deporte, entrenaba asiduamente en el polideportivo. Más tarde, el presidente requirió sus servicios y ahora son más que amigos, habiendo compartido muchas horas de ejercicio y camaradería. Lo más difícil era encontrar hueco en la agenda del presidente, empresa que siempre se conseguía a las siete o siete y media de la mañana, completamente de noche en los meses de invierno. Una prueba más de voluntad férrea y disciplina personal del presidente en todo lo que se proponía.

Al hilo de la permanente preocupación de Aznar por su forma física, conviene añadir que siempre ha disfrutado jugando al pádel, deporte que practica con solvencia. En el verano de 1996, Plácido Domingo, hijo, le obsequió con una pista valorada en unos cinco millones de pesetas. De forma cuadrada, las paredes del cubículo son de una mezcla de cristal y PVC, bordeadas por una estructura metálica que encierra un suelo de hierba artificial. Cuando abandonó La Moncloa, se desmontó la pista y fue trasladada a su chalé de Pozuelo.

El tiempo pasaba y la amenaza de una guerra en Irak con el apoyo del Gobierno español parecía imparable. Las manifestaciones multitudinarias en todas las capitales europeas sobrepasaban las previsiones y Madrid y Barcelona conocieron concentraciones superiores al millón de personas. La indignación de los ciudadanos calentaba la temperatura ambiente, que no superaba los ochos grados, mientras una luna llena iluminaba los rostros hermanados por una misma causa: la paz. Personas de toda edad y condición, familias enteras con sus niños a hombros, grupos de adolescentes que discutían sobre un punto de encuentro en caso de pérdida, matrimonios y parejas adultas recordando manifestaciones de otros tiempos. Y, por encima de todo, el convencimiento de que el espíritu de unidad ciudadana doblegaría la voluntad del Gobierno y de su presidente. Recuerdo que alguien dijo a mi lado: «Si finalmente hay guerra, constará en los

libros de Historia que fue en contra de la voluntad de los ciudadanos y precedida por manifestaciones históricas a favor de la paz».

No se conocía en la España democrática semejante divorcio entre un gobernante y la opinión popular. Pero para Aznar el clamor de las calles no era una fiel representación de los españoles ni parecía obedecer a un movimiento de protesta espontáneo y genuino. Él tenía claro que las motivaciones políticas, partidistas y antigubernamentales eran las que manejaban a semejantes hordas, a pesar de que en los sondeos de opinión, muchos de los que se confesaban contrarios a la guerra eran votantes del Partido Popular.

Tras la tristemente famosa «foto de las Azores», ya nadie tenía dudas de que Irak sería invadido, a pesar de que las armas de destrucción masiva no aparecían ni vivas ni muertas, y pasando por encima de la negativa de Naciones Unidas a apoyar la ocupación, con la consiguiente acusación de despreciar a priori cualquier otra solución alternativa.

Finalmente, Estados Unidos puso en marcha la operación «Libertad para Irak», que comenzó de madrugada con el bombardeo de la capital iraquí. El Gobierno español acordó el envío a la zona de los buques de asalto anfibio Galicia, la fragata Reina Sofía, el petrolero Marqués de la Ensenada y novecientos militares en misión humanitaria.

Pocos días después, el enviado especial del diario El Mundo a la zona del conflicto, Julio Anguita Parrado, moría alcanzado por un misil iraquí. Al día siguiente, el cámara de Telecinco, José Couso, también fallecía en Bagdad, víctima de un proyectil lanzado desde un tanque estadounidense contra la planta del hotel Palestina, desde donde cubría la información de la guerra.

Años después de que Bush, Blair y Aznar decidieran por su cuenta el futuro de los iraquíes, de que Sadam Hussein haya sido juzgado, condenado y ejecutado, después de la muerte de más de seiscientos cincuenta mil iraquíes y dos millones de refugiados, después de más de tres mil quinientas bajas en las filas de las tropas de ocupación, con un país destruido y envuelto en una guerra civil, con atentados terroristas diarios que diezman a la población, el ex presidente del Gobierno español, José María Aznar, sigue justificando esta auténtica catástrofe humana con este argumento: «Bush ha contribuido a defender la causa de la libertad. Hoy hay menos dictadores asesinos en el mundo y menos Gobiernos en condición de dar cobertura al terrorismo internacional».

Fue muy difícil trabajar en aquella etapa controvertida y contestada desde todos los frentes, y se hacía cuesta arriba mantener una cierta coherencia personal cuando las convicciones más íntimas chocaban frontalmente con la postura que en el terreno laboral es preciso asumir. Contestar llamadas y correspondencia justificando y convenciendo sobre algo en lo que uno mismo no cree y poniendo, negro sobre blanco, argumentos que conferían al Gobierno un papel de héroe en su lucha por la paz y la libertad del mundo. Fue duro. Tanto que me juré a mí misma que nunca más antepondría la profesionalidad a mis ideas más arraigadas si ambas volvían a entrar en conflicto.

De verdad que parecía que nos había mirado un tuerto. A veces las desgracias y la mala suerte confluyen en un momento determinado y nadie se libra de la mala racha. Bueno... Pues eso, que la desgracia se instaló a nuestro lado y todos anduvimos más o menos bajo la influencia del mal fario. Enfermedades, accidentes y problemas económicos en familiares y amigos hicieron que Milagros llegara a la conclusión de que, tal vez, lo que procedía era un exorcismo, porque por más sacrificios y penitencias que ella ofrecía al Señor, la cosa no daba resultado. ¿Y quién mejor para obrar el milagro que necesitábamos? Pues el párroco de Carvajales de Alba, su pueblo, a quien hizo partícipe de sus propósitos. Ella ya lo tenía todo estudiado y, por supuesto, para que la cosa funcionara, todo el personal del edificio debía participar en la representación. Nadie se atrevía a llevarle la contraria, como tampoco estábamos dispuestos a prestarnos a semejante disparate. ¿Qué hacer? Confiar en el Altísimo y en la cordura del cura-párroco que, finalmente, hizo ver a la pobre Milagros que allí nadie estaba endemoniado y que sus oraciones y jaculatorias tendrían pronto resultados positivos. Así que ¡a rezar! Y rezó y rezó, rodeada de velas, y ayunó hasta el desmayo. Y en una de esas sesiones, a las siete de la mañana, sin desayunar y con el olor a incienso y a cera, le dio un vahído, con tan buena suerte que se le prendió la falda y le hizo reaccionar. Tras apagar el conato de incendio, fue examinada por una doctora, que nos miraba entre estupefacta e incrédula. Finalmente, le recomendó menos flagelaciones y le recetó una Coca-Cola y un bocadillo de jamón.

Ahora en serio.

Una terrible tragedia estaba a punto de tener lugar. El domingo, 25 de mayo de 2003, partían desde Kabul cincuenta y tres militares españoles que llevaban

casi cinco meses de durísima misión en Afganistán como parte de la Fuerza Internacional de Paz ISAF. A las dos de la tarde, hora española, embarcaban en un Yakolev 42D, fabricado en Ucrania veinte años atrás.

Eran más que un rumor las noticias que llegaban a España respecto al pésimo estado de los aviones ex soviéticos alquilados para el transporte de tropas. José Antonio Fernández, que murió en el accidente, le dijo a su mujer horas antes: «Reza por mí, porque este avión es una mierda», y José Manuel Ripollés relató por correo electrónico a un amigo cuatro días antes: «Son aviones alquilados a un grupo de piratas aéreos; la verdad es que solo con ver las ruedas y la ropa tirada por la cabina, te empieza a dar taquicardia».

En fin, que embarcaron e hicieron escala en el aeropuerto de Manás, base aérea del ISAF en Kirguizistán, donde recogerían a otros nueve militares igualmente deseosos de regresar a España tras meses de misión. A las once menos veinte de la noche partían hacia Turquía, donde estaba prevista una nueva escala. Los últimos minutos quedaron reflejados en las conversaciones que los pilotos mantuvieron con la torre de control de Trebisonda, porque la caja negra de voz estaba estropeada desde hacía mes y medio.

Todos murieron: sesenta y dos militares españoles, doce tripulantes ucranianos y un ciudadano bielorruso. La conmoción en toda España fue tal que el funeral de Estado por las víctimas se retransmitió íntegro por televisión desde la base aérea de Torrejón de Ardoz y se decretó luto oficial durante dos días.

Después vendrían los procedimientos judiciales iniciados por los familiares de las víctimas en relación con las irregularidades en la contratación de los aviones y las treinta identificaciones erróneas de los militares muertos, que alargaron y endurecieron cruelmente el drama por el que tuvieron que pasar las familias.

Uno se pierde en la cronología de los hechos posteriores al accidente, para concluir que seis años después, en marzo de 2009, la Audiencia Nacional rechazaba la comparecencia en el juicio como testigos de José María Aznar y Federico Trillo, presidente del Gobierno y ministro de Defensa, respectivamente, en el momento del accidente, y sentaba en el banquillo a tres militares médicos que asumían la responsabilidad de la mala praxis forense y para los que se pedían penas de cinco años de cárcel.

Y el presidente anotaba nombres y borraba apellidos en su cuaderno azul, el

mismo en el que nueve años antes escribió que ganaría las elecciones en 1996 y las siguientes, y que dejaría el poder ocho años después y al Partido Popular en condiciones de repetir nueva victoria. Poco a poco los tapados iban cayendo y, después de descartar a Mayor Oreja, solo quedaban dos nombres con la suficiente solidez para sustituir al presidente. Alternativamente tomaban la cabeza de la carrera, teniendo muy presente que ambos debían moverse con pies de plomo por el sendero que les trazaba su jefe; quien empezara a ir por libre se exponía a ser tachado del cuaderno automáticamente. Así funcionaba el «aznarato» y eso le pasó a Rodrigo de Rato, que se cayó de la lista por su desacuerdo con la postura sobre Irak y algunas que otras corruptelas, como Gescartera, que saltó a la luz pública en 2001, manchando su impecable hoja de servicios.

Después de muchos dimes y diretes, el 30 de agosto de 2003, José María Aznar desveló el secreto mejor guardado con una de sus frases memorables: «Mariano, te ha tocado». Y se lo llevó a pasar el fin de semana a Quintos de Mora, donde mano a mano empezaron a mover las fichas. A partir de aquí, Rajoy se dedicaría full time al Partido y a preparar la próxima cita electoral, a la que concurriría como candidato a la Presidencia del Gobierno.

Y la maquinaria del PP tocó la música que Aznar esperaba oír. El 1 de septiembre, el Comité Ejecutivo Nacional votó en secreto, con el resultado de quinientos tres votos a favor y uno en blanco, designando «a la búlgara» a Mariano Rajoy como nuevo secretario general. Después y pasando la página de su cuaderno azul, realizó una profunda remodelación del Gobierno, otorgando al perdedor, Rato, la Vicepresidencia Primera del Gobierno.

José Luis Rodríguez Zapatero se frotaba las manos. Había apostado por Rajoy a ganador y había acertado.

El 25 de noviembre de 2003 esperábamos a la delegación procedente de Varsovia, puesto que se iba a celebrar en La Moncloa la I Cumbre hispano-polaca que, desde entonces, se ha venido repitiendo con carácter anual como muestra de las buenas relaciones existentes entre ambos países.

Milagros había pasado uno de sus fines de semana de silencio y venía con ganas de compartir con nosotras cuanto había aprendido sobre los beneficios de la meditación para alcanzar la paz interior y la elevación del espíritu. Y qué mejor ocasión para recomendarnos la lectura de una oración titulada «La Gracia

de Comunicarse». Para que todo el mundo pudiera disfrutar del texto, hizo fotocopias y nos colocó un ejemplar en cada puerta con una chincheta. La cosa empezaba así:

Señor Jesús,
Llamaste amigos a los discípulos
Porque abriste tu intimidad.
Pero ¡qué difícil es abrirse, Señor!
¡Cuánto cuesta rasgar el velo del propio misterio!
Pero sé bien, Señor, que sin comunicación no hay amor
Y que el misterio esencial de la fraternidad
Consiste en abrirse y acogerse unos a otros...

Cuando llegaron los polacos, aunque es evidente que la mayoría no entendían español, allí estaban los intérpretes para explicarles el asunto. Traducían y nos miraban pensativos, haciendo cábalas sobre si esto en España sería normal.

Por su parte, los perros, que se alteraban enormemente cuando había extraños y más si cabe en estos casos en los que el edificio se llenaba de gente, no paraban de ladrar, encerrados en el despacho de Milagros, que tenía problemas para controlarlos. En cierto momento alguien abrió la puerta con escaso cuidado y los animales se escaparon embravecidos, como toros que salieran del toril.

Polacos y españoles huían por las escaleras, corrían a protegerse en cualquier escondrijo y los más afortunados lograron alcanzar el baño haciéndose fuertes con el seguro echado. Todo el personal del edificio gritando a los canes e intentando hacernos con la situación. Milagros, impotente ante el fracaso de las maniobras, optó por lanzarles los zapatos mientras manaban de su boca todo tipo de improperios. ¡Menuda movida! A buen seguro, los sufridos polacos se plantearon si habían hecho bien al integrarse en Europa.

En fin, que la escenita casi nos cuesta un incidente diplomático. Cuando el presidente, que aún no había hecho su entrada en el edificio, se enteró de lo sucedido, apeló a la comprensión por parte de sus invitados de este tipo de sucesos domésticos.

En una entrevista concedida a The Washington Post previa a su viaje a Estados Unidos en febrero de 2004, el presidente llegó a decir cosas sobre los europeos que ni las posturas más recalcitrantes de la Casa Blanca se habrían atrevido a decir, porque para Aznar, el antiamericanismo que reinaba en Europa se explicaba por el resentimiento que despertaba en el viejo continente la condición de Estados Unidos de imperio y superpotencia.

Por lo demás, Aznar realizó el último de sus quince viajes a tierras americanas desde 1996, entre visitas oficiales, privadas y participaciones en encuentros multilaterales, y en las últimas ocasiones recibió el baño de vítores y aplausos que no recibía en su país.

El 19 de enero anterior, el Gobierno ya había aprobado el Decreto de disolución de las Cortes, fijándose la convocatoria electoral general para el 14 de marzo siguiente. Todos los sondeos propios y ajenos daban por segura la victoria del PP, quedando solo la duda de si revalidaría o no la mayoría absoluta.

Pero el jueves, 11 de marzo de 2004, tres días antes de la cita con las urnas, España se levantó con una de las más tristes noticias que un país ha de soportar, de esas que desgarran el corazón, hacen correr las lágrimas de dolor y rabia, y dejan una huella imborrable en la memoria colectiva. La muerte en Madrid de ciento noventa y dos personas y más de mil quinientas heridas de diversa consideración en las estaciones de tren de Atocha, El Pozo del Tío Raimundo y Santa Eugenia, entre las 7:26 y las 7:29 de la mañana, como consecuencia de la explosión de diez mochilas bomba cargadas de dinamita. En realidad, fueron trece las mochilas, pero tres no llegaron a estallar. Entre las víctimas figuraban, además de nacionales, un importante número de súbditos de una decena de nacionalidades diferentes.

La catástrofe terrorista, la mayor sufrida en España y en el conjunto de Europa en toda su historia, produjo una conmoción indescriptible entre los españoles y la televisión ofrecía sin descanso imágenes propias de una zona de guerra. El nombre de ETA irrumpió en las mentes de casi todo el mundo como la responsable de la masacre.

En su primera comparecencia, el ministro del Interior, Ángel Acebes, atribuyó a la banda terrorista la autoría de los atentados, «sin ninguna duda», y a primera hora de la tarde el presidente Aznar leyó un comunicado institucional que arrancaba con la frase: «El 11 de marzo ocupa ya un lugar en la historia de la

infamia». Con su aplomo y firmeza característicos sentenciaba: «No vamos a cambiar de régimen ni porque los terroristas maten, ni para que dejen de matar», y terminó convocando a los españoles a una manifestación bajo el lema «Con las víctimas, la Constitución y por la derrota del terrorismo».

Muchos españoles pensaban que ETA había sido perfectamente capaz de cometer tamaña atrocidad. Sin embargo, fue en esta misma jornada dramática cuando la hipótesis etarra empezó a perder fuerza a favor de la conexión islamista, como consecuencia de una serie de pistas informativas y de pruebas materiales que empezaban a acumularse con rapidez.

Por lo pronto, Arnaldo Otegui, portavoz de Batasuna, condenó los atentados sin paliativos y declaró estar seguro de que ETA no estaba detrás de los mismos. A última hora de la tarde, el ministro Acebes anunció el hallazgo en Alcalá de Henares de una furgoneta con siete detonadores y una casete con rezos coránicos, tras lo cual había ordenado a la Policía «no descartar ninguna línea de investigación». Ya de noche, se conoció un comunicado enviado al periódico londinense en lengua árabe Al Quds Al Arabí, en el que, en nombre de Al Qaeda, se reivindicada la «Operación Trenes de la Muerte» de Madrid y se felicitaban por haber conseguido golpear a uno de los «más firmes aliados de América en su guerra contra el Islam». Los firmantes se dirigían al presidente del Gobierno en estos términos: «¿Dónde está América, Aznar? ¿Quién os protegerá de nosotros a ti, a España, a Gran Bretaña, a Italia y a los demás?».

Los Servicios de Inteligencia occidentales ya venían señalando a España como importante objetivo de Al Qaeda, y ahora se hacía presente la sensación de que el Gobierno español no había conferido credibilidad a las amenazas de convertir a España en blanco terrorista de primer orden.

El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobó por unanimidad, el mismo jueves, una resolución en los términos más enérgicos condenando los atentados de Madrid «perpetrados por el grupo terrorista ETA». Nunca antes el supremo órgano de la ONU había condenado el terrorismo vasco. A primera vista, parecía un éxito diplomático sensacional de Aznar, que lograba así el pronunciamiento solidario de la comunidad internacional y, en las horas posteriores, tanto el presidente como la ministra de Asuntos Exteriores, Ana Palacio, telefonearon a directores de periódicos y a las embajadas de España en el extranjero para asegurarles que los atentados eran obra de ETA y que era esa

la línea informativa que había que divulgar.

El viernes 12 de marzo, el dolor y la desolación de la población era insoportable y aparecían las primeras muestras de malestar por la aparente manipulación informativa del Gobierno. Con un criterio claro, Zapatero afirmaba que la respuesta política debía ser «diferente dependiendo de la autoría de los atentados». Ciertamente, la conclusión era fácil: si había sido ETA, el Partido Popular podía contar con una rotunda victoria electoral el domingo, ante un eventual cierre de filas de la población con el Gobierno en estos críticos momentos. Pero si se demostraba que había sido un ataque terrorista islámico, haciéndose la conexión con la controvertida participación española en la guerra de Irak, el resultado era que España no tenía uno, sino dos enemigos terroristas por culpa de la irresponsable política exterior del Gobierno de Aznar. El voto, entonces, podría orientarse hacia el Partido Socialista.

El mismo viernes, en una segunda comparecencia televisada, Aznar, visiblemente irritado y a la defensiva, insistió en la autoría de ETA y se negó a aclarar si la línea de investigación del terrorismo islamista era ahora la prioritaria. Por su parte, el ministro del Interior desvelaba que la dinamita usada era tipo Goma 2, explosivo que ETA no empleaba en sus atentados desde hacía años.

Llovía sin tregua, aunque eso no impidió a once millones de españoles, más de la cuarta parte de la población total, salir a la calle con una tristeza sin límites, pero con una serenidad que ponía los pelos de punta. En Madrid, la marea humana estuvo encabezada por el príncipe Felipe y las infantas Elena y Cristina, que participaban por primera vez en una concentración de este tipo, además de Aznar, Zapatero y otros líderes políticos españoles y europeos. Una hora antes, ETA había comunicado a los medios que no tenía ninguna responsabilidad en la matanza de Madrid.

Y llega el sábado, 13 de marzo, jornada de reflexión previa a las elecciones, con la tensión política y social en su punto álgido. Miles de personas que se comunicaron principalmente vía sms con sus móviles se concentraban ante las sedes del Partido Popular de Madrid y Barcelona y otras capitales exigiendo saber la verdad. Rajoy declaraba que esas concentraciones eras «ilegales e ilegítimas» y denunció ante la Junta Electoral Central el intento de violación de la jornada de reflexión.

Esa misma tarde, Interior hacía pública la noticia de la detención de tres marroquíes y dos indios presuntamente miembros del entramado que había cometido los atentados. Acebes comparecía, avanzada la noche, para informar del hallazgo de una cinta de vídeo recogida cerca de la Mezquita de Madrid, en la que un hombre, presentándose como «portavoz de Al Qaeda en Europa», asumía la responsabilidad de los atentados en justa retribución a «vuestra colaboración con el criminal Bush en Irak y Afganistán», y advertía de tragedias mayores si estas injusticias no cesaban.

Los ciudadanos, impactados por el horror vivido, acudieron a votar cada uno con su particular valoración de todo lo sucedido en las últimas setenta y dos horas, y esas impresiones se reflejaron en el veredicto de las urnas. Los electores, que se sentían manipulados y engañados por el Gobierno, tendieron a trazar una relación de causa y efecto entre la participación de España en la guerra de Irak y nuestro alineamiento incondicional con Estados Unidos y los atentados de Madrid, algunos incluso haciendo a Aznar responsable directo de los mismos.

José María Aznar y Ana Botella votaron en su colegio madrileño entre una mezcla de aplausos y abucheos. Él, abatido por el calvario que había soportado en los últimos días y ella intentando contener las lágrimas por una tensión que se hacía inaguantable. El capital político acumulado en ochos años y las realizaciones objetivas se hundían bajo sus pies como consecuencia de un terrible colofón terrorista de huella imborrable... Tal vez para siempre.

Cerradas las urnas e iniciados los recuentos, se descubrió que el impacto electoral del 11-M fue para el PP mucho más negativo de lo que sus dirigentes se atrevieron a imaginar. Con una participación del 77,2%, el PP perdió las elecciones con ciento cuarenta y ocho diputados, el PSOE ganó con ciento sesenta y cuatro escaños y mayoría simple. Como dato complementario, a tener muy en cuenta, IU obtuvo cinco diputados; CiU consiguió diez; ERC, ocho; el PNV, siete. Conclusión: la estrategia de Aznar durante toda la segunda legislatura de criminalizar a los nacionalismos periféricos y radicales se saldaba también con un estrepitoso fracaso.

Analizando los resultados, saltaba a la vista que los socialistas se habían beneficiado de dos elementos: un elevado índice de participación, con mucho electorado joven que, habiendo decidido abstenerse, cambió de criterio después

del 11-M, y el éxito del llamamiento de Zapatero al voto útil que arrastró a muchos potenciales votantes de Izquierda Unida.

La derrota dejó estupefactos a dirigentes y militantes del PP y algunas de sus primeras figuras se quejaron del «duro e injusto castigo» recibido en las urnas y acusaron al PSOE de «manipular el dolor» de los españoles. Otros pensaban que el 11-M había servido de detonante del malestar acumulado en un importante número de electores por determinadas políticas y actitudes del Partido Popular.

En la noche electoral, Rajoy asumió elegantemente su derrota ante Zapatero y le ofreció su colaboración para llevar a cabo una transición serena y leal. Aznar debía continuar al frente del Ejecutivo hasta la investidura del nuevo presidente, pero muy afectado por todo lo sucedido mantuvo un mutismo absoluto y no apareció en público hasta una semana después para declarar a los medios que había cometido «errores de Gobierno y de partido» y que asumía la parte que le tocaba. Este atisbo de humildad y de autocrítica fue solo un espejismo, porque muy pronto retomaría con brío su discurso virulento y autojustificativo para afirmar que «el Partido Socialista y un poder fáctico en la sombra», en clara alusión al Grupo Prisa, «habían violentado la jornada de reflexión de los españoles para llevar el agua a su molino».

El 15 de marzo, lunes postelectoral, las caras de los funcionarios y trabajadores de la Presidencia del Gobierno lo decían todo sin palabras. El impredecible vuelco que había dado la situación se reflejaba en sonrisas a medias, ojos chispeantes y un lenguaje no verbal muy nuestro con el que nos transmitíamos la esperanza que suponía el inesperado cambio de rumbo que había dado nuestro futuro profesional. Por mi parte, tenía asumido, desde hacía tiempo, que muy pronto mi destino laboral iba a ser otro y, recogidos los enseres acumulados durante tantos años, no me quedó por menos que deshacer las cajas y esperar acontecimientos.

Para planchazo el que se llevaron los Rajoy que, dando por hecho la victoria en las urnas, hacía ya semanas que se había producido la tradicional entrega de llaves de los inquilinos salientes a los entrantes, con un almuerzo para conocer al servicio y estudiar sobre el terreno las modificaciones que requiere la idiosincrasia de cada familia.

El periodo entre presidentes suele ser complejo, de mucho trabajo y poco lucimiento. Es una etapa en la que hay que liquidar, archivar, empaquetar y

despedir. De inmediato quedó patente la contrariedad que los resultados electorales habían supuesto y el paso del tiempo no parecía facilitar su difícil digestión, por lo que había que tener cuidado, no fuera a ser que los derrotados nos arrastraran en su caída. Fueron semanas de gran tensión, pero gracias a la templanza de todos los implicados logramos capear el temporal sin mayores problemas, teniendo muy presente en todo momento una fecha tope en el horizonte de nuestros calendarios, que pondría el punto final a esta etapa.

Todo el proceso de constitución del Gobierno de Rodríguez Zapatero estuvo acompañado por las secuelas de los atentados del 11-M. El 3 de abril, siete islamistas acorralados por un grupo de operaciones especiales de la Policía se inmolaron en un piso de Leganés, llevándose por delante a uno de los agentes.

Finalmente, concluyó el debate de investidura y la Cámara otorgó su confianza en primera votación al candidato del PSOE, José Luis Rodríguez Zapatero, por ciento ochenta y tres votos a favor y ciento cuarenta y ocho en contra del Grupo Popular, además de diecinueve abstenciones.

José María Aznar y su equipo aguantaron en las dependencias presidenciales hasta el último día, algo, por otra parte, poco habitual. Era viernes, avanzada la tarde, cuando el aún presidente en funciones llamó para ver si Milagros había abandonado ya el complejo. Ante la negativa, dio orden de que si en media hora no se había ido, la Guardia Civil la sacase por la fuerza.

Por quinta vez siento la incertidumbre ya conocida, aunque también el entusiasmo ante una etapa nueva siempre ilusionante. El sábado, todos estamos en nuestros puestos para dar la bienvenida al nuevo presidente y ponernos a su disposición... Pero esta, una vez más, es otra historia.

Era medianoche en el Palacio de la Moncloa y, entre los árboles del jardín, paseaba el presidente en funciones José María Aznar con Zico, que había perdido a su compañera. Lamentablemente, Gufa no aguantó una intervención quirúrgica que, en principio, parecía poco importante.

Han pasado ocho años, en los que muchas cosas han cambiado, empezando por su propia familia. Cuando desembarcaron, sus hijos tenían diecisiete años, José María, Ana, quince, y Alonso, el pequeño, siete.

José María estudió CUNEF y se marchó a Nueva York a buscar fortuna. Su madre siempre explica lo orgullosa que está de él, y el mérito que tiene haber salido de casa tan pronto para buscarse la vida en el extranjero, donde nadie sabe

quién es. Actualmente y desde hace tiempo, trabaja como consultor en una importante compañía financiera. Está afiliado al Partido Popular y, según dicen, es socio del Barça, con lo cual la rivalidad deportiva con su padre y hermano, que son madridistas hasta la médula, es máxima.

Quizá al que más le costó adaptarse a la nueva vida fue al pequeño, Alonso, que era un niño feliz y simpático. No tenía ningún problema para relacionarse con todo el mundo y, cuando se aburría en casa, se pasaba por los despachos haciendo preguntas y curioseándolo todo. Hasta los guardias civiles de la entrada jugaban con él para entretener al muchacho. Pronto su madre se ocupó de que recuperara el orden en su vida y guardara una rutina de estudio y ocio lo más parecida a la de su casa de Arturo Soria. La verdad es que se le echaba de menos, porque los niños siempre animan y dan vida y calor a esta suerte de edificios palaciegos. El pequeño Alonso, al que vimos crecer mientras acompañaba a su padre a los mítines y debates en el Congreso, trabaja hoy en el Banco Santander de Emilio Botín y vive en Boadilla del Monte, cerca de sus padres. También pasó por Nueva York, donde, igual que su hermano, realizó prácticas en la filial del BBVA en Manhattan. Natural y extrovertido, y acostumbrado a las cámaras desde pequeño, se mueve bien entre los periodistas, con sus compañeros de trabajo y en su grupo de amigos, con los que suele ir a esquiar y salir de marcha como cualquier joven de hoy.

Como ya sabemos, Ana Aznar, antes siquiera de acabar sus estudios, se casó con Alejandro Agag, con el consiguiente susto para sus padres, que la consideraban demasiado joven. Hoy, años después, es madre de tres niños, se licenció finalmente en Psicología y vive absolutamente dedicada a su familia en una mansión londinense valorada en tres millones de euros y situada en el exclusivo y glamouroso barrio de Chelsea. Entre sus vecinos están Inés Sastre, Gwyneth Paltrow, Rosario Nadal y Kyril de Bulgaria antes de su divorcio. Su marido, tras dejar la política activa, es hoy un hombre de negocios con importantes relaciones internacionales.

Los Aznar, finalmente, vendieron su antiguo piso de Arturo Soria y en 1999 formalizaron la adquisición, por noventa y ocho millones de pesetas, de un chalé situado en la urbanización Monte Alina en la localidad madrileña de Pozuelo de Alarcón, donde residen desde que dejaron La Moncloa.

Hoy, José María Aznar preside FAES, es el presidente de honor del Partido

Popular e imparte cursos sobre Europa en la Universidad de Georgetown, en los que siempre se ha declarado firme partidario de la política que llevó a cabo George W. Bush, así como del mantenimiento del vínculo transatlántico y una Unión Europea equilibrada, superando el tradicional eje francoalemán.

En 2006, el magnate australiano Rupert Murdoch le incorporó al Consejo de Administración de la multinacional News Corporation, uno de los grupos de comunicación más mediáticos del mundo. De esta manera se descubrió la incompatibilidad en la que el ex presidente incurría como miembro del Consejo de Estado, al que se vio obligado a renunciar.

Pocos días tardó, después de abandonar la Presidencia del Gobierno, en montar una empresa familiar, la sociedad limitada Famaztella (Familia-Aznar-Botella), a través de la que ingresa, entre otros, pingües beneficios obtenidos por el enorme éxito editorial de sus libros: Ocho años de Gobierno y Retratos y perfiles. Con posterioridad ha escrito Cartas a un joven español y España puede salir de la crisis, sin olvidar tres libros más relacionados con su visión política de España, publicados entre 1991 y 1995.

Es poseedor de numerosos premios y distinciones, entre los que destacan el Premio Franz Josef Strauss, el Premio World Statesman por la Appeal of Conscience Foundation, las Medallas de Oro de la Universidad Georgetown y del Queen Sofía Spanish Institute, así como los doctorados honoris causa por la Universidad Internacional de Florida, la Sacro Cuore de Milán y la Universidad San Ignacio de Loyola de Lima.

Según sus propias confesiones, el día que obtuvo la mayoría absoluta fue el día más feliz de su vida, pero tanta alegría no puede ser buena, y a partir de ahí, dejó de escuchar. En su forzado autismo, pensó que solo la suya era la verdad absoluta.

No cabe duda de su balance positivo en materia económica y, muy posiblemente, su mayor activo sea la dura batalla que libró contra ETA, pero su principal problema radica en su carácter intransigente y antipático. Pasa por ser un hombre frío y enigmático, calculador e implacable. Resumiendo: que no cae bien. Y es posible que esta falta de carisma, de la que él es absolutamente consciente, formara parte del sustrato que le llevó a alinearse con Bush y Blair en un afán de notoriedad que le sacara de la mediocridad de una Europa donde su papel era de mera comparsa.

Al hilo de sus propias manifestaciones: «No me arrepiento en absoluto de haber participado en la foto de las Azores, porque fue el momento histórico más importante que ha tenido España en doscientos años». Se podría apostillar que, tal vez, el momento histórico no fue precisamente el de España..., sino el suyo. Su condición austera y su inquebrantable fuerza de voluntad, a base de superación y disciplina, son dos de sus activos que le procuran grandes logros en lo personal y en lo profesional.

González recibió en 1982 un país anticuado y una herencia militar complicada. Aznar, en 1996, una situación económica deteriorada y el terrorismo en su fase más sangrienta. Pero, tras su marcha en 2004, a su sucesor le esperaba, nada más y nada menos, que la ruptura del diálogo interno, un proceso autonómico en su punto de máxima crispación y una política exterior que, no cabe duda, había que reconducir. Rehacer las alianzas para recuperar nuestro lugar en Europa.

La calle era una caldera en ebullición y el Parlamento sufría uno de los momentos más convulsos de la vida pública. Quizá, por todo ello, Aznar se despedía del Congreso de los Diputados con un tono irritado y cargado de rencor. El ambiente era tan tenso que el propio Rato parecía visiblemente incómodo por la aspereza de su jefe de filas.

Su esposa, Ana Botella, asegura que José María Aznar no tiene nostalgia del poder, sobre todo porque lleva una vida intelectual que a él le satisface plenamente: lee, escribe y pronuncia conferencias, además de que ha puesto todo su empeño al servicio del inglés, idioma que se ha propuesto aprender correctamente. Con su tesón, seguro que lo consigue.

Atrás quedan sus escarceos con el Real Madrid para postularse como candidato a presidir el club blanco, y una especie de contracampaña para desprestigiar a la Dirección General de Tráfico, en la que cuestionaba el eslogan: «No podemos conducir por ti», argumentando que nadie les había pedido que lo hicieran. De la misma manera, una inexplicable vena antiecologista le tentó a encabezar el cartel con vistas a una cumbre de negacionistas del cambio climático organizada por el Instituto Heartland en 2009, identificando ecologismo con comunismo. Finalmente, Aznar no acudiría a dicho encuentro, noticia que el Partido Popular recibió con gran alivio.

Antes de terminar, no puedo por menos que llamar la atención no solo sobre

el giro ideológico protagonizado por Aznar desde que se convirtió, con todo merecimiento, en el líder de la derecha española hasta ahora, sino y sobre todo, en relación con la transformación de su propia imagen. Su ego le ha llevado a cambiar su aspecto sobrio y recatado de antaño por un desaliño premeditado, con una melena negro zaino que sacude al viento, descorbatado y luciendo pulseritas de colores. Llama la atención su excelente forma física, que, quizá, no se corresponde del todo con su edad y sus características, empeñado en pulverizar récords y marcas de deportistas jóvenes y profesionales.

Palabras suyas fueron las siguientes: «Al final, ser presidente consiste en recibir la última llamada. Hay un momento en el que no cabe consultar a nadie más y uno se enfrenta en soledad a la decisión». José María Aznar aún es un hombre joven, con un potencial enorme para la política activa, para la docencia y para empresas y proyectos de interés nacional e internacional. Tal vez, sumido en la humildad de esa soledad, superando la indiferencia por la guerra, practicando la tolerancia, aceptando la crítica y admitiendo otros modelos de conducta, sea capaz de recuperarse a sí mismo y de reconciliarse con el resto del mundo.

Estoy segura de que este ejercicio de introspección le proporcionaría la paz que parece haber perdido y, resurgiendo de sus cenizas como el Ave Fénix, rescataría al estadista que añoran los dirigentes y afiliados de su partido y al que admiran muchos jóvenes españoles.

De ser así, bienvenido de nuevo, presidente Aznar.

José Luis Rodríguez Zapatero

Defender la alegría como una bandera, defenderla del rayo y la melancolía...

«Presidente, estas señoras son una auténtica institución». Así nos presentó el nuevo secretario general, Nicolás Martínez-Fresno, que ya había ejercido este papel en la última etapa de Felipe González, así como también la dirección del departamento de Protocolo, durante bastantes años. El segundo acompañante, José Enrique Serrano, a quien conocíamos de largo, igual o mejor, alabó igualmente nuestro buen hacer. En fin, que éramos todos «perros viejos» en estas lides.

No tengo ninguna duda de que en el ánimo de ambos solo estaba hacernos un cumplido, pero la verdad es que no sé si me gustaba mucho eso de ser una «auténtica institución». Me sentía como los dinosaurios, imprescindibles para explicar la evolución de las especies, pero caducos y extinguidos, y cuyo único destino parece reducirse a la mera exposición en las vitrinas de los museos del ramo. Además, cuando uno tiene ante sí a un jefe más joven, le invade una cierta desazón, un regusto de nostalgia que incomoda y desasosiega.

Por lo demás, el primer encuentro fue distendido y agradable. El presidente, al que se veía satisfecho y muy animado, continuó la broma: «Ah, ¿sí?... O sea, ¿usted ya estaba aquí cuando el 23-F?» o «¡No me diga que usted trabajó con Adolfo Suárez! Estupendo, espero que tengamos ocasión, porque me van a tener que explicar muchas cosas... Es una suerte contar con colaboradoras tan

expertas».

Y continuó con la rueda de reconocimiento y el periplo de presentaciones. José Enrique Serrano, encantador y discreto, como le recordábamos, nos guiñaba el ojo en un gesto de complicidad. ¡Las vueltas que da la vida! Ocho años atrás, Serrano, al traspasar los poderes al Partido Popular, entregó a Carlos Aragonés las llaves del despacho del director del Gabinete del presidente, y ahora este se las devolvía de nuevo.

José Enrique Serrano desembarcó en La Moncloa de la mano de Narcís Serra en la última etapa de Felipe González. Abogado y profesor, optó por ejercer la alta política siempre como actor secundario, llevando a cabo una labor impagable de asesoramiento en el amplio abanico de temas que el Gabinete del presidente tiene asignados. Aunque menos cercano que otros posibles candidatos, Zapatero optó por la seguridad y la experiencia de un hombre curtido en las mil batallas en las que tuvo que bregar a lo largo de los años duros de la corrupción y la amenaza constante al Estado de Derecho.

Durante estos primeros días, desde las filas del Partido Popular se ocuparon de recordar el historial de Serrano como arma arrojadiza contra el nuevo presidente, a tenor de su elección de una persona tan marcada por el «felipismo». Otros opinábamos que la designación suponía un signo de madurez.

José Luis Rodríguez Zapatero es un hombre tranquilo, que gana extraordinariamente en la distancia corta. Es mucho más atractivo de lo que aparece en televisión y sus ojos, azulísimos, son limpios y sinceros. Su carisma es de otro tipo y su estilo no es el del líder arrollador que maneja masas. Zapatero se mueve en otros parámetros; irradia paz, sosiego y optimismo y, tras la última etapa vivida en España, de confrontación y convulsión, tal vez muchos españoles deseábamos un poco de serenidad en nuestras vidas. Irremediablemente, su victoria electoral estaba ligada a la moderación, arrastrando el estigma de la tristeza por los acontecimientos que la precedieron.

Pero además de unas elecciones generales, el Partido Socialista había ganado un nuevo líder, después de una larga travesía por el desierto de la desorientación y la falta de liderazgo. Apoyado por once millones de votos, la cuota de sufragios más alta que nadie ha sido capaz de aglutinar en ninguna convocatoria electoral, Zapatero representaba un estilo alternativo, pero también la esperanza de un hombre nuevo, un dirigente sin hipotecas previas que aseguraba que el

poder no le iba a cambiar cuando respondía a los jóvenes que le gritaban la noche electoral: «Zapatero, no nos falles».

Según dicen, el único que de verdad confiaba en sus posibilidades de victoria era él mismo, y pensaba: «Si lo de Bono, que sí que fue difícil, lo conseguí, ¿por qué no voy a ganar ahora a Rajoy?». Estaba convencido de ello, y cuando uno cree en sí mismo y en lo que piensa, consigue transmitirlo a los demás y el mensaje traspasa dermis y epidermis y se fija en la médula espinal de quienes están expectantes y deseosos de encontrar quien les transmita el mensaje que quieren oír. En honor a la verdad, es preciso decir que si alguien creyó en su éxito sin atisbo de duda, con más fuerza aún que él mismo, fue su mujer. Sonsoles Espinosa le profesa una fe sin fisuras y una confianza basada en el triunfo que repetidamente ha conseguido en todos sus desafíos políticos. No hay que olvidar que Zapatero, hasta ahora, no ha perdido jamás una votación trascendental.

Bueno, pues en aquellos días, mientras media España respiraba aliviada ante una victoria que se percibía como una ráfaga de esperanza y un soplo de brisa atenuante del drama vivido, la otra mitad asistía aturdida a un inesperado vuelco electoral sin acertar a adivinar dónde y cómo se había fraguado tan inesperada y contundente derrota.

Para nosotras, el futuro inmediato se dibujaba con optimismo, tras conocer a la nueva mujer que tomaría las riendas de la Secretaría, Gertrudis Alcázar. De oídas, sabíamos de su inteligencia y eficacia, pero los comentarios que la precedieron se quedaron cortos. Ella odia su nombre, pero funciona mejor que una marca comercial. «Dice Gertru que el presidente ha dicho», «Hay que hablar con Gertru urgentemente»... Y el presidente: «Háblalo con Gertru»... Gertru por aquí, Gertru por allá. No hay nada que tenga relación con el presidente que no pase primero por ella. Su poder mediático es mucho, teniendo en cuenta que el presidente confía en su criterio ciegamente. Todos conocen el peso de sus opiniones, pero ella se mantiene en una posición de prudencia y discreción extremas.

Desde ese primer sábado, entre nosotras y las nuevas compañeras que se incorporaron a la Secretaría provenientes de las filas del partido o de sus instituciones filiales, hubo un feeling perfecto y se vislumbró una rápida y eficaz colaboración destinada a producir buenos resultados. Almorzamos juntas y

organizamos lo que sería el resto del fin de semana, puesto que el presidente trabajaría de inmediato en la promesa estrella de su campaña: la retirada inmediata de las tropas de Irak.

Efectivamente, el domingo 18 de abril de 2004, la actividad fue intensa en La Moncloa, y en el transcurso de la mañana el presidente dio la orden que suponía el regreso para mil trescientos soldados españoles que permanecían en Irak. El proceso de retirada se planeó escalonadamente y con una duración de entre treinta y cincuenta días.

En una comparecencia sorpresa, el lunes 19 de abril de 2004, y contra el pronóstico de muchos que aseguraban que, a pesar de su deseo, no podría cumplir su compromiso, el presidente apareció ante las cámaras, flanqueado por la vicepresidenta primera, María Teresa Fernández de la Vega, y el ministro de Defensa, José Bono, para anunciar el repliegue del contingente español «en el menor tiempo y con la máxima seguridad posibles», ante las escasas perspectivas de una resolución de la ONU para hacerse con el control político y la dirección militar del país.

En la noche del sábado anterior, Zapatero había recibido en La Moncloa a Javier Solana, alto representante de la Unión Europea en Política Exterior y de Seguridad. Durante el encuentro, contrastaron opiniones y valoraron información reservada con el fin de tomar la mejor decisión.

La credibilidad de Zapatero subió como la Bolsa al hacer «honor a la palabra dada y mantener su promesa de presidir un Gobierno que nunca actuaría de espaldas a la voluntad de los españoles». Tras el anuncio, cientos de personas se concentraron espontáneamente en la Puerta del Sol para celebrar la noticia.

Finalmente, y seis días antes de la fecha acordada en un principio, el último soldado español abandonó «sin novedad» territorio iraquí a las 14:57 horas del 21 de mayo de 2004. Así se lo comunicaba al ministro de Defensa, el general José Manuel Muñoz, jefe del contingente de Apoyo al Repliegue Español, cuando los últimos seiscientos soldados, en su mayoría legionarios, salieron del país árabe para iniciar un trayecto de ocho horas con destino a la base estadounidense Camp Virginia, en Kuwait. El traslado se realizaría en tres aviones, mientras el material que les acompañaba viajaría a bordo de tres buques.

Tras nueve meses de misión, el contingente español cedió a las tropas

estadounidenses los cometidos operativos en el transcurso de una ceremonia en Diwaniya, que dejaba de ser Base España.

Así comenzaba la VIII Legislatura, con buen pie y, sobre todo, con una esperanza en el futuro basada en el cumplimiento de las promesas electorales, que iban a materializarse con una cadencia temporal prudente pero indefectible. Y con un Gobierno singular, del que formaban parte ocho mujeres, es decir, que por primera vez en la historia política española teníamos un Gobierno paritario, un Gobierno moderno, fiel reflejo de nuestra sociedad actual. Y para hacer hincapié en esta circunstancia, estas ocho mujeres, desconocidas hasta entonces para el gran público, decidieron acceder a la propuesta de la glamourosa revista Vogue para realizar un reportaje especial que celebraría el acontecimiento. La iniciativa no gustó a muchos y fue calificada en algunos círculos como una «sesión de pasarela» frívola e impropia de las máximas representantes del Ejecutivo español y del Partido Socialista.

El controvertido reportaje se realizó en el marco incomparable de los jardines y en la puerta de acceso al edificio del Consejo de Ministros, aprovechando la disponibilidad común de las agendas de las ministras, desde el final de la reunión del viernes, 9 de julio, y las cinco de la tarde; aproximadamente cuatro horas de intenso calor que combatieron con la buena sintonía entre ellas, dada su inexperiencia en el arte de posar.

La idea, ampliamente criticada, de sacar los sofás al espacioso porche es atribuible a los responsables de la revista, que lo propusieron con el fin de aportar al reportaje un toque de sofisticación. Tres maquilladores, cinco estilistas y un fotógrafo participaron en la puesta en escena, y los diseñadores españoles más consagrados se prestaron con sumo gusto para vestir eventualmente a las ministras. Entre ellos, Miguel Palacios, Roberto Torreta, Roberto Verino, Antonio Pernas y Adolfo Domínguez. También participaron firmas internacionales como Valentino y Giorgio Armani.

Hablaron de sus experiencias como mujeres y como profesionales, teniendo en cuenta que se estrenaban en puestos tan destacados de la política y asumían como un desafío personal su nueva etapa, sabiéndose en el punto de mira de ciudadanos y medios de comunicación, con el morbo añadido de ser mujeres.

No pararon de bromear con los reporteros. Carmen Calvo, la más alegre, apuntaba con sorna la dureza de la profesión de modelo y Elena Salgado, la más

fotogénica, subrayaba que al menos los sueldos de las top eran bastante más sustanciosos. La más tímida, Elena Espinosa, confesaba, entre foto y foto, haber robado manzanas en alguna ocasión y, para terminar, una constatación: María Teresa Fernández de la Vega posee la personalidad más enérgica, reconocida en todo momento por las demás como la autoridad del grupo. Ante la pregunta de por qué las mujeres se cuelgan menos medallas que los hombres, la vicepresidenta, vestida completamente de blanco, respondió con contundencia que «las mujeres tenemos menos desarrollado el sentido de la vanidad».

Vanidad o no, a todas las mujeres nos gusta la moda y no se entiende que una mujer con un curriculum envidiable, brillante y eficaz en su vida personal y profesional, tenga que justificar la razón por la que se maquilla o por qué le gusta vestirse elegantemente. El poder no aporta belleza a nadie que no la posea de antemano y, en ningún caso, el éxito y el triunfo político o económico han de ser necesariamente excluyentes de la feminidad.

El propio presidente Zapatero participó activamente durante la sesión fotográfica, declarando con convencimiento que «los hombres y las mujeres solo somos iguales en dignidad y derechos; en todo lo demás somos equivalentes», que significa que valemos para lo mismo.

¿Será cierto que cada vez que una mujer destaca en su profesión y además es capaz de manejarse con éxito en terrenos propios de su condición femenina, se levantan las voces implacables de los que se creen en posesión de la moral verdadera?... ¡Ustedes mismos!

A los pocos días, el 20 de mayo, el Pleno del Congreso aprobaba por unanimidad la creación de una Comisión de Investigación de los atentados del 11-M con el objetivo de esclarecer los acontecimientos anteriores y posteriores a los hechos, así como las actuaciones realizadas sobre ellos por los poderes del Estado. Y, lo más importante, la implicación que para la seguridad pública tuvieron y tendrían tales hechos en el futuro.

Pero durante aquellos días, la actualidad tenía también otros protagonistas que, brillando con luz propia, acaparaban la atención de todos los medios de comunicación y, desde luego, de los españoles de cualquier condición y de todos los rincones de España. Por fin, tras varios noviazgos frustrados y conatos de compromiso, Su Alteza Real el Príncipe de Asturias, don Felipe de Borbón, contraería matrimonio con doña Letizia Ortiz Rocasolano, una joven periodista

sin ascendencia noble ni sangre azul.

Por tratarse del heredero de la Corona, era de obligado cumplimiento, en la agenda previa al enlace, la visita institucional de los futuros esposos a las representaciones de los tres poderes constitucionales del Estado. Así que máxima expectación en La Moncloa el martes, 18 de mayo de 2004, ante la visita de don Felipe y doña Letizia para almorzar con el Ejecutivo.

A pesar de tratarse de un acto institucional, el encuentro discurrió en un ambiente distendido y muy alegre. Hacía una mañana espléndida, más bien calurosa, y todos los funcionarios de La Moncloa pululábamos absolutamente dispersos de nuestras obligaciones y preocupados por no perder detalle de cuanto rodeaba a la visita: trajes y peinados de las señoras, el aspecto de los novios, si aparentarían estar nerviosos o cansados y, sobre todo, ¡si se mostrarían enamorados...! Al paso de la caravana, sonrisas y saludos por parte de los Príncipes y fotos, muchas fotos.

Las muestras de afecto y simpatía fueron constantes, así como los deseos de felicidad para la pareja por parte de todos los miembros del Gobierno que asistieron al almuerzo; solo se perdió tan singular ocasión el ministro de Asuntos Exteriores, Miguel Ángel Moratinos, que se encontraba en Bruselas para participar en una reunión comunitaria inexcusable.

El presidente del Gobierno y su esposa recibieron a los visitantes en la escalinata del edificio del Consejo de Ministros, donde posaron alegres y satisfechos para los periodistas gráficos. La Secretaría en pleno y todo el personal del edificio estábamos agazapados en ventanas y balcones para presenciar la llegada en directo.

La futura Princesa escogió para la ocasión —era primera vez que el Gobierno se reunía en su honor—, un traje de chaqueta y falda color vainilla, con zapatos y bolso del mismo color, y el cabello sujeto en un semirrecogido. Por su parte, la anfitriona, doña Sonsoles, haciendo gala de su eterna sencillez, lució un vestido recto y sin mangas color coral, con una fila de botones que recorría el lateral izquierdo, y zapatos beige con escaso tacón.

Tras saludar a los comensales y firmar en el Libro de Honor, se sentaron en la mesa imperial, presidida a ambos lados, por el Príncipe de Asturias y el presidente del Gobierno, flanqueados, el primero por doña Sonsoles y la vicepresidenta primera del Gobierno y, por doña Letizia y la ministra de

Fomento, Magdalena Álvarez, el segundo.

El menú del almuerzo consistió en pañuelitos crujientes de bogavante con salsa de carabineros, solomillo de buey al queso picón de Tresviso y espuma de chocolate con fresas de temporada. Vinos: blanco Albariño Terras Gauda, y tinto Rioja Imperial CUNE Gran Reserva 1995.

El presidente, encargado de felicitar a los novios en nombre del Gobierno, se decidió, en el brindis, a recitar unos versos de su poeta favorito, Jorge Luis Borges, entresacados del poema «Los Justos», dedicado a los hombres y mujeres que cada día trabajan para hacer de este mundo un lugar mejor. Dice así:

El hombre que cultiva su jardín,
el que agradece que en la tierra haya música,
el que acaricia a un animal dormido,
el que prefiere que los otros tengan razón,
una mujer y un hombre que leen los tercetos finales de cierto canto,
es una imagen de los que aman, porque comparten...

Dicho esto, el presidente del Gobierno levantó su copa y expresó su deseo: «Que los recién casados compartan un camino largo y lleno de venturas. Que su felicidad sea el espejo de la felicidad de todos los españoles». Tras el ceremonial y durante el café, que tomaron de pie, los prometidos conversaron animadamente con todos los invitados.

Días después se celebraba en la catedral de la Almudena de Madrid la boda real, sin sorpresas y pasada por agua. Solo destacar la prevista pero notable ausencia del ex presidente Adolfo Suárez, cuya enfermedad le mantenía apartado de la vida pública y de cualquier acto de tipo social desde hacía tiempo, así como la ingente presencia de los nuevos cargos institucionales socialistas, apenas aterrizados, frente a la escasa representación del Partido Popular, recién salido del Gobierno.

Poco después de alcanzar la Secretaría General del PSOE, Zapatero fue invitado a participar en unos encuentros culturales que tuvieron lugar en la localidad vallisoletana de Serrada. Las jornadas culminaban con una pintada de dibujos en una tapia del pueblo. En el espacio que le habían reservado, Zapatero pintó con una brocha y pintura negra la línea espiral de un círculo sin fin.

Cuando le preguntaron por el curioso dibujo, que no tenía nada que ver con los realizados por los otros invitados, respondió que esa espiral representaba su filosofía de la vida. Sin meternos en demasiadas profundidades, la explicación viene a ser que la línea circular significa el movimiento preferido por un hombre que huye del enfrentamiento directo y acostumbra a bordear las dificultades para acometer el problema desde una trayectoria envolvente que le permita acumular fuerzas y aliados. Él mismo y, por ende, los que le rodean son personas sencillas, humildes, sin pretensiones. A Zapatero le repatean los jactanciosos, le estomagan los que alardean de su poderío material o intelectual, le irrita sobremanera la gente que pretende dar lecciones. No hay que olvidar que llegó a la Presidencia del Gobierno sin pagar peaje, con las manos libres de compromisos, con pocas ataduras y con un equipo de amigos y compañeros leales, virtud que aprecia por encima de todas, y relacionados con la vida política y parlamentaria, puesto que esta y no otra ha sido su trayectoria vital desde que comenzó su militancia socialista a los dieciocho años.

José Luis Rodríguez Zapatero nació en 1960 en Valladolid, porque allí tenía su consulta el abuelo materno, un pediatra de prestigio. Pero su familia residía en León, donde ejercía como abogado su padre, Juan Rodríguez, que en su día fue director de los servicios jurídicos del Ayuntamiento leonés y decano del colegio provincial de abogados. Es el segundo y último hijo del matrimonio. De su madre, Purificación Zapatero, heredó el cabello castaño y los ojos azules, además, según dicen, del carácter tranquilo y algo introvertido. Pero, sin duda, el pariente más conocido del presidente, citado en multitud de ocasiones por él y por otros, es su abuelo paterno, Juan Rodríguez Lozano, capitán del Ejército bajo el mando de la República, que fue ejecutado por los nacionales el 18 de agosto de 1936 en el barrio de Puente Castro en León, durante la Guerra Civil, por negarse a participar en la sublevación de la ciudad.

Según el alcalde de La Pola de Gordón, municipio donde vivió Rodríguez Lozano, «El Capitán», como era conocido en su tiempo, fue un hombre muy querido en el pueblo, y los vecinos de más edad le recuerdan como «una buena persona». Zapatero reivindicó su figura desde la tribuna parlamentaria más importante del país, el Congreso, citando un fragmento de su testamento y haciendo suyas «un ansia infinita de paz, el amor al bien y el mejoramiento social de los humildes».

Su infancia transcurrió con normalidad, entre el colegio de las Discípulas de Jesús, los veraneos en Luanco o en Gijón, y su gran afición al fútbol, deporte en el que no destacó como jugador. Tras una pasajera frustración, se decantó por el baloncesto. Es aficionado a la pesca y disfruta del contacto directo con la naturaleza.

En agosto de 1976, cuando los partidos políticos aún no eran legales y él contaba solo dieciséis años, asistió a un mitin de Felipe González en Gijón. En ese mismo momento nacieron su vocación política y su admiración por el entonces líder socialista sevillano. Se afilió a las Juventudes Socialistas en 1979, al poco de cumplir la mayoría de edad.

Estudió Derecho en la Universidad de León y en su expediente académico abundan los notables y sobresalientes. En las aulas de la facultad conoció a su esposa, Sonsoles Espinosa. Él estudiaba cuarto curso y ella, segundo, y hablaron por primera vez durante la manifestación de apoyo a la libertad y la democracia que tuvo lugar el 24 de febrero de 1981, tras el intento de golpe de Estado del día anterior. José Luis, entonces delegado de curso y muy popular, había conseguido el aplazamiento de los exámenes cuatrimestrales programados para ese día.

Zapatero se licenció en 1982 con una tesina sobre el Estatuto de Autonomía de Castilla y León, y poco después fue contratado como profesor ayudante de Derecho Constitucional en la misma Universidad. En 1986 ocupó escaño por el PSOE en la circunscripción de León, siendo el diputado más joven de la Cámara.

El noviazgo con Sonsoles, que duró ocho años, fue difícil, debido a su activa militancia. Finalmente, en enero de 1990 se casaron en la ermita de Nuestra Señora de Sonsoles, en Ávila, disfrutando de una corta luna de miel en Sevilla. Como todo el mundo sabe, el matrimonio tiene dos hijas, Laura, nacida en 1993, y Alba, en 1995.

El presidente está en su despacho, porque la puerta está cerrada. El lugar de trabajo tiene mucho que ver con la personalidad y las señas de identidad que conforman el carácter de quien lo ocupa. Está suficientemente comprobado que el despacho del presidente Zapatero causa asombro en cuantos lo visitan, precisamente por su sencillez, sus exiguas dimensiones y la funcionalidad de los muebles y objetos que lo componen.

Estamos en la segunda planta del edificio del Consejo de Ministros y, al abrir la puerta, lo primero que llama la atención es la relajante vista del jardín de que

se disfruta desde el único balcón que se abre en la pared que tenemos justamente en frente y cuyo dintel está bordeado por verdes y frescas enredaderas. La estancia, cuadrada, medirá alrededor de setenta metros cuadrados, y de sus paredes, pintadas en tono gris, cuelgan dos Mirós, dos Chillidas y un Clavé i Sanmartí.

Los muebles, muy modernos, mezclan grises y blancos, y sus materiales combinan el acero y el cristal. Solo las librerías son de madera, en perfecta armonía con un gran sofá de cuero color marrón claroscuro. Junto a ellas, un precioso globo terráqueo giratorio, regalo de los miembros del Gabinete al presidente en alguno de sus cumpleaños.

Completan el conjunto un televisor de gran tamaño y una mesita auxiliar con una foto de Sus Majestades los Reyes y otra del presidente con el Príncipe de Asturias. A espaldas del sillón de despacho propiamente dicho está la puerta que comunica con el cuarto de baño, exactamente del mismo tenor que los del resto del edificio. Aparte de teléfonos y objetos de escritorio, completan el conjunto varias fotos familiares; el presidente con su esposa, con sus hijas, y otra, especialmente bonita, de la madre entre las dos niñas con un primer plano de la cara de las tres, alegres y atractivas. Junto a la mesa reposa en el suelo la eterna cartera negra que han utilizado todos los presidentes del Gobierno para transportar documentos. Para completar ese toque personal que aporta calidez al lugar de trabajo, otros dos retratos llaman poderosamente la atención y hacen sonreír a cuantos reparan en ellos. El primero muestra al padre del presidente con un gesto pícaro y el dedo índice sobre la ceja derecha, en actitud de afecto y complicidad con su hijo y, el segundo, una foto entrañable en la que el presidente abraza divertido a su doble, el muñeco de guiñol del programa de televisión Las noticias del Guiñol de Canal+.

Zapatero es constante y esforzado, como un corredor de fondo y posee una gran capacidad de sufrimiento y una habilidad para encajar los reveses sin pestañear. Un déficit importante: un mal manejo de los idiomas, que parece una constante en los currículos de nuestros presidentes.

Su nombre ha quedado asimilado para siempre con el sustantivo «talante», utilizado con sorna desde los escaños de la oposición, pero es verdad que la moderación en su forma de gobernar y sus planteamientos pactistas le colocan en las antípodas del presidente del Gobierno anterior. Su estilo es reflexivo, muy

didáctico; se nota que es profesor, enemigo de los golpes bajos y abierto al diálogo, facetas todas estas que le acarrean tantas críticas internas y externas como apoyos desde otros sectores en los que se valora el fair play, la perseverancia y la contención verbal.

Si recogemos los principales puntos de la declaración de principios que constituía su «Nueva Vía» y que mereció el respaldo mayoritario de su partido, podemos hacernos una idea de las cuestiones que preocupan a un Zapatero presidente o ciudadano de a pie: construir una sociedad que acepte a los inmigrantes; dar prioridad a la educación y crear empleo estable; proporcionar a los padres más tiempo para pasarlo con sus hijos y sus ancianos; promover la cultura; convertir a España en un país admirado por ayudar a los más necesitados; ayudar a estos con iniciativas de calidad; fomentar la democracia, adecentar la política y promover los valores por encima de los intereses coyunturales. Todo esto se traduce en los desafíos de un nuevo Gobierno que ha promovido las leyes más avanzadas en materia social, y en mayor número, en la historia democrática de España. Tal vez ayudaría un breve análisis de las más significativas por su repercusión en la vida ciudadana, así como por sus altas dosis de polémica y confrontación en la opinión pública.

Desde principios de la década de los noventa, diversas asociaciones de mujeres venían pidiendo una ley integral contra la violencia de género, una herramienta diseñada para combatir el problema, facilitar ayuda a las víctimas y erradicarlo. El 28 de diciembre de 2004, una de las promesas electorales de Zapatero, la primera que se puso sobre la mesa, se hacía realidad, con la aprobación de la Ley Orgánica de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género. El texto se aprobó por unanimidad y en su articulado se hace especial hincapié en las políticas educativas que insistan en la igualdad y en el respeto a los derechos de la mujer. Su aspecto más polémico: la discriminación positiva que se establece al penalizar el maltrato doméstico solo cuando el agresor es un hombre y la víctima, una mujer.

Una de las enmiendas aprobadas durante su tramitación parlamentaria contempla la modificación del Código Penal para que las amenazas y lesiones leves sean consideradas como delito cuando afecten a víctimas especialmente vulnerables, como niños, ancianos y minusválidos. Resulta difícil creer que hasta la entrada en vigor de la ley, estos extremos no estuvieran contemplados en

nuestra legislación. Además, la ley pretende lograr una estrecha coordinación de todos los agentes implicados en el proceso, Fuerzas y Cuerpos de Seguridad, fiscales, forenses, psicólogos, magistrados, etc., que deberán actuar como un bloque contundente contra una violencia que se percibe como la punta del iceberg de la discriminación, la desigualdad y el desequilibrio entre hombres y mujeres.

Para enmendar estos extremos, ya avanzada la legislatura, se aprobó la Ley Orgánica 3/2007, de 22 de marzo, para la igualdad efectiva de mujeres y hombres. Tras la culminación del proceso legislativo, el presidente del Gobierno decía que con la entrada en vigor de esta ley «hoy es el primer día de una sociedad distinta, que quedará transformada para bien, radicalmente y para siempre». El presidente dedicó este triunfo a «todas las mujeres que a lo largo de la historia han luchado contra la discriminación de su sexo y, en especial, a la memoria de Clara Campoamor, diputada en las Cortes de la Segunda República, que defendió el derecho al voto de las mujeres en 1931».

La ley trasponía sendas directivas europeas sobre igualdad en el ámbito laboral, lucha contra la discriminación y acoso sexual, y reformaba más de diecinueve normas relacionadas con el trabajo y las prestaciones sociales. La paridad en las listas electorales y el permiso de paternidad de trece días, ampliable progresivamente hasta los cuatro meses en 2013, son cuestiones llamativas del articulado.

Todos los grupos parlamentarios ratificaron la ley orgánica, salvo el Partido Popular, que se abstuvo en la votación.

Tras el triunfo socialista, otra de las promesas más arriesgadas y que muchos ciudadanos esperaban como agua de mayo era la ley que, modificando el Código Civil, posibilitaría el matrimonio entre personas del mismo sexo y, por extensión, otros derechos como la adopción, la herencia y la pensión. La Ley 13/2005 se publicó, después de mucho debate, el 2 de julio de 2005, y el matrimonio entre personas del mismo sexo fue oficialmente legal en España el 3 de julio del mismo año.

La tramitación de la ley fue conflictiva, aunque las encuestas concluían un apoyo a la normativa de casi el 70% de los españoles. Las autoridades eclesiásticas se opusieron en una lucha sin cuartel, con una defensa acérrima del modelo de familia tradicional como el único viable a los ojos de Dios y de la

Iglesia. Manifestaciones a favor y en contra de la ley congregaron a miles de personas de toda España y, tras su aprobación, el Partido Popular presentó un recurso ante el Tribunal Constitucional.

El 11 de julio de 2005 se celebró en Tres Cantos (Madrid) la primera boda entre dos personas del mismo sexo, Emilio Menéndez y Carlos Baturín, que convivían en pareja desde hacía más de treinta años. El primer matrimonio entre mujeres se celebró en Barcelona once días después.

Durante el primer año de la ley, unas cuatro mil quinientas parejas del mismo sexo contrajeron matrimonio en España. Ese mismo año, la celebración del Día del Orgullo Gay se hizo coincidir con la publicación de la reforma legal en el Boletín Oficial del Estado y miles de manifestantes expresaron su apoyo a la nueva situación, considerándola un avance sin precedentes en España. El presidente del Gobierno, durante el debate final en el Congreso de los Diputados, calificó la ley como «un acto de decencia» y Mariano Rajoy, desde su escaño de líder de la oposición, acusó a Zapatero de «dividir a la sociedad desde la provocación que suponía el texto».

La Conferencia Episcopal era una olla a presión y el ruido de sotanas llevó al cardenal López Trujillo, presidente del Consejo Pontificio para la Familia, a llamar, desde el Vaticano, a la objeción de conciencia de los funcionarios católicos a la hora de tramitar estos matrimonios, «aunque esto les costase el empleo». El Foro Español de la Familia se rasgaba las vestiduras día sí y día también y un porcentaje significativo del total de las páginas de periódicos y revistas se dedicaban de una u otra manera a esta cuestión.

En un informe del BBVA titulado «Retrato social de los españoles», se reflejaba que el matrimonio entre personas del mismo sexo era aceptado por un 66% de la población, siendo los más numerosos los jóvenes entre quince y treinta y cinco años, las personas con estudios superiores, las no adscritas a una religión y los que se identifican políticamente con la izquierda y el centro-izquierda.

Hasta el final de 2008 se celebraron en España 12.648 matrimonios homosexuales, sin que haya acaecido ninguna maldición que nos equipare a Sodoma y Gomorra..., a no ser que la crisis económica que nos atenaza se asimile a las plagas de Egipto del siglo XXI.

Aún no se habían apagado los ecos de la polémica cuando entraba en el

Boletín Oficial del Estado para su publicación la Ley 15/2005, de 8 de julio, por la que se modificaban el Código Civil y la Ley de Enjuiciamiento Civil en materia de Separación y Divorcio. Se trataba de agilizar los trámites y facilitar la disolución del vínculo, saltándose el periodo de separación como paso previo obligatorio y eliminando la necesidad de alegar causas para obtener el divorcio. O sea, que a los matrimonios heterosexuales se les facilitaba la ruptura y a los gays la boda. ¡En fin, el mundo al revés!

Y el Gobierno pensaba: vamos a cambiar de tercio y soseguemos los ánimos. Así se inició la tramitación de la Ley 28/2005, de 26 de diciembre, coloquialmente conocida como Ley Antitabaco. La medida se dirigía fundamentalmente a la prohibición de fumar en los centros de trabajo donde, por tradición, estaba permitido. En otros lugares públicos había que distinguir la zona de prohibición, con espacios habilitados para fumadores, medida a todas luces insuficiente. Total, un lío...

Las Comunidades Autónomas son las responsables de vigilar el cumplimiento de esta ley, pero algunas presididas por el Partido Popular, como Madrid, Valencia o La Rioja, han planteado normas propias que la suavizan o han obviado deliberadamente la creación del régimen sancionador pertinente. Ello ha llevado a que España tenga el dudoso honor de poseer una de las situaciones más caóticas de toda Europa en la materia, causando inseguridad jurídica a los ciudadanos en función del lugar en el que residen. La Unión Europea ha lamentado esta situación.

Como en tantos lugares de trabajo, la Ley Antitabaco modificó la vida y las costumbres de la Presidencia del Gobierno, «Espacio sin humo» en todos sus edificios e instalaciones, en los que de inmediato se retiraron todos los ceniceros. Decenas de trabajadores se agolpan cada día en las puertas y se apiñan en balcones y ventanas para echar el pitillo tras el almuerzo o el café.

Pero la reina de las leyes en cuanto a su aplicación absolutamente caótica en todo el territorio nacional es la Ley de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las Personas en situación de Dependencia. Conocida abreviadamente como Ley de Dependencia, fue presentada por el propio presidente del Gobierno, Rodríguez Zapatero, el 5 de marzo de 2006 en un acto público. Aprobada el 20 de abril por el Consejo de Ministros, inició su andadura gradual el 1 de enero de 2007. Puede que sea la ley de mayor importancia en un país que,

como el resto de Europa, envejece a toda velocidad y que pretende sentar las bases para construir el futuro Sistema Nacional de Atención a la Dependencia, que financiará los servicios necesarios para las personas dependientes por enfermedad, vejez o accidente invalidante.

A día de hoy, solo siete Comunidades Autónomas pagan las ayudas que establece la Ley de Dependencia, mientras que el resto continúa con los interminables trámites para los eventuales beneficiarios. Los más optimistas confían en aplicarla antes de acabar el año 2010. En esta ocasión, también son Madrid y Valencia las más retrasadas y sus Gobiernos populares no consideran finalizado el proceso de debate con el Gobierno nacional sobre el desarrollo de la ley. Una vez más, la organización territorial de España dificulta el principio de igualdad y solidaridad entre todos los ciudadanos, vulnerando derechos irrenunciables.

¿Y qué me dicen de la Educación para la Ciudadanía? ¿Alguien recuerda una lucha más encarnizada por los contenidos de una asignatura escolar?

Tal vez convendría remontarse a los orígenes de esta iniciativa, que no corresponde a Zapatero y su Gobierno socialista, sino que cumple con una recomendación del Consejo de Europa de 2002, en la que se afirma que «la educación para una ciudadanía democrática es esencial para la misión principal del Consejo, como es promover una sociedad libre, tolerante y justa, además de contribuir a la defensa de los valores y principios de libertad, pluralismo y derechos humanos que constituyen los fundamentos de la democracia». Estas frases, por otra parte grandilocuentes, constituyen el sustrato de un texto recomendado por ese organismo internacional a sus Estados miembros. Entonces, ¿por qué tanto revuelo entre las filas populares y los miembros del clero, cuyo discurrir suele coincidir por caminos divinos e inescrutables?

Los puntos más criticados por la Iglesia católica y sus acólitos son los relativos a la educación sexual, la aceptación de familias multiparentales mediante una visión alternativa de los valores tradicionales y, en resumen, un fin laicista y de adoctrinamiento estatal. El entonces arzobispo de Toledo, Antonio Cañizares, señaló que los centros que impartan esta asignatura «colaborarán con el mal». Desde escaños y pulpitos, se animó a los padres a la objeción de conciencia, que fue rechazada por el Gobierno y, finalmente, el 28 de enero de 2009, el Tribunal Supremo, tras dos días y medio de deliberaciones para

solventar el recurso interpuesto, unificó doctrina fallando en contra de la objeción a la asignatura por una amplia mayoría de veintidós votos a favor y siete en contra.

Y para hacer el triple salto mortal, redoble de tambores, porque el 31 de octubre de 2007, el Congreso de los Diputados aprobaba la ley por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas a favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la Guerra Civil y la dictadura. Para entendernos: la Ley de la Memoria Histórica.

Con la llegada de la democracia se fueron promulgando una serie de decretos y leyes específicas que trataban de compensar las penalidades y sufrimientos de aquellos que padecieron los avatares de la guerra en el bando republicano o prisión en la época franquista. Todas estas disposiciones regulaban pensiones, indemnizaciones o reconocían derechos para las víctimas y sus familias. Por supuesto, la Ley de Amnistía 46/1977, de 15 de octubre, fue la primera.

La verdad es que el programa electoral del PSOE para las elecciones de 2004 no incluía mención alguna a la «memoria histórica». Pero el proceso se inició con la creación de una Comisión Interministerial, presidida por la vicepresidenta primera, María Teresa Fernández de la Vega, encargada de estudiar la situación de las víctimas de la Guerra Civil y el franquismo y buscar su rehabilitación moral y jurídica, además de la apertura de fosas comunes en las que se suponen yacen los restos de los represaliados. Sin duda, es en este último aspecto donde radica la polémica.

El Partido Popular y un variado elenco de medios de comunicación de carácter conservador criticaron estas propuestas alegando que abren viejas heridas y llegando a afirmar que con esta ley Zapatero pretendía «ganar la Guerra Civil, que se enterró con la Transición». En su defensa, el Gobierno alegaba que era necesario recordar para no cometer los mismos errores y que el objetivo es cicatrizar las heridas de una gran parte de los españoles que tiene que cargar con aquella humillación, además de no saber dónde se encuentran los cadáveres de sus familiares muertos.

En julio de 2007, Mariano Rajoy prometía derogar esta ley si conseguía ganar las siguientes elecciones, que no ganó. Sin embargo, durante su tramitación parlamentaria, el Partido Popular votó favorablemente varios de sus artículos.

Desde el 6 de julio de 2004, y a lo largo de varios meses, personajes relevantes del Gobierno actual y anterior, miembros de las Fuerzas de la Seguridad del Estado, especialistas en medicina forense y expertos en terrorismo, además de testigos y víctimas que vivieron para contarlo, respondieron a cuantas cuestiones les fueron planteadas por los miembros de la Comisión de Investigación de los Atentados del 11 de marzo, que, como hemos apuntado, comenzó sus trabajos en el mes de mayo.

Especialmente llamativas fueron las comparecencias de José María Aznar, en su calidad de ex presidente del Gobierno, que, resumiendo, afirmó que los atentados tuvieron como objetivo el vuelco electoral, asegurando que los que planificaron y escogieron la fecha no estaban en «montañas lejanas ni en desiertos remotos». En todo momento defendió la actuación de su Gobierno y de las Fuerzas de Seguridad.

El 13 de diciembre de 2004 comparecía José Luis Rodríguez Zapatero como presidente del Gobierno. Fue la intervención más larga, que concluyó con la seguridad rotunda de la autoría de los atentados por parte del fundamentalismo islámico y la relación entre la masacre y la actitud del Gobierno anterior en la guerra de Irak.

El último día de comparecencias fue el 15 de diciembre. Pilar Manjón perdió a su hijo en uno de aquellos trenes y, a pesar del tiempo transcurrido, quiero destacar aquí la dignidad de una madre destruida por la tragedia personal, pero que representó como nadie a la Asociación 11-M Afectados del Terrorismo, dando una lección inolvidable de compromiso y pundonor a la clase política y a toda la sociedad española. La señora Manjón acusó a partidos y medios de comunicación de utilizar los atentados en beneficio propio, criticando la actitud frívola que se vivía en la Comisión, donde abucheos y aplausos a los testigos eran constantes. En un momento de gran severidad y dramatismo, espetó a los comisionados: «¿De qué se ríen, señorías?». Su intervención causó una gran conmoción social y cambió drásticamente el ambiente de la sala.

Las conclusiones determinaron que el Gobierno de José María Aznar no previno la amenaza del terrorismo islamista radical de forma adecuada y tergiversó los datos de la autoría de los atentados en los días posteriores.

Sin la intención de ahondar innecesariamente en uno de los capítulos más dolorosos de la reciente historia de España, pero sí con el objetivo de llamar la

atención sobre una de las hipótesis que yo considero más acertadas sobre cuanto ocurrió, me he permitido incluir un breve comentario, que quiere poner punto final al tema.

Un trabajo de investigación realizado por El Mundo titulado «Los agujeros negros del 11-M» y publicado en el diario, el viernes, 23 de abril de 2004, tras desgranar los acontecimientos posteriores a las explosiones de los trenes y contrastar testimonios y declaraciones, concluía lo siguiente:

El 10 de marzo, miércoles, el Gobierno de Aznar está muy tranquilo. Las encuestas le dan ganador. El propio Felipe González lo comenta con un grupo de amigos esa misma tarde: «No tendrán la mayoría absoluta, pero van a ganar las elecciones».

En los días previos y en secreto, se prepararon golpes de mano espectaculares contra la cúpula de ETA. Al presidente Aznar le tenían preparado un regalo de fin de curso. Todo el mundo sabía que para José María Aznar la lucha contra ETA constituyó uno de los ejes centrales de su gestión. Así que, las Fuerzas de Seguridad le iban a dar una satisfacción que serviría, además, como maniobra decisiva para arrasar en los comicios. Se había elegido cuidadosamente la fecha del gran golpe: la noche del viernes, 12 de marzo, justo el momento de finalizar la campaña e iniciar la jornada de reflexión.

El secreto de la operación era absoluto y todos los agentes que participaban no abandonaron su puesto de vigilancia ni un minuto. Se sabía, además, que recientemente ETA había conseguido la utilización correcta de mochilas bomba detonadas a partir de teléfonos móviles.

En la mañana del 11 de marzo, el desconcierto era total. Las primeras noticias del atentado hablaban de diez o doce mochilas o bolsas que estallaron en los trenes utilizándose teléfonos móviles como detonadores. Todos los etarras estaban en su sitio, así que ninguno de los vigilados pudo ser el autor de la masacre.

En ese momento de estupor sucedió algo que provocaría que el Gobierno cometiera el mayor de los errores. Un miembro de los Cuerpos de Seguridad envió por teléfono desde el lugar de los hechos la primera valoración del explosivo: «Titadine. ¡Es el explosivo de ETA!». La palabra clave se extendió por instituciones y agentes. Pero el error solo podía ser intencionado, porque ningún experto en la materia confundiría el Titadine con la Goma 2, por

innumerables razones.

Un grupo de mandos y agentes policiales, más cercano al Partido Socialista y que sospechaba de la falta de transparencia en la investigación, se constituyó en un equipo al margen y pasaron información al PSOE, que estaba así al tanto de cuanto ocurría en tiempo real, lo que les permitía montar una estrategia alternativa y eficaz contra el Gobierno, que se metió solo en su propia trampa, prisionero de sus mentiras.

Así comenzó la fabricación de una pelota que poco a poco se fue haciendo más grande y que acabó arrastrando en su caída a un Gobierno que, cada vez más acorralado, se negaba a aceptar incluso la ayuda internacional que se le ofrecía desde el FBI norteamericano hasta los Servicios Secretos israelíes, que cuentan con los mejores especialistas en terrorismo islámico y que estaban dispuestos a viajar a Madrid desde Tel-Aviv de inmediato.

Las incongruencias no terminaron con la derrota electoral y extendieron sus tentáculos hasta las extrañas circunstancias en que tuvo lugar la operación de Leganés, en la que la totalidad de los miembros de la célula terrorista se inmoló antes de que se iniciara el asalto de los Geos, cuando todo el mundo sabía lo importante que era cogerlos vivos para desvelar lo sucedido el 11 de marzo de 2004. Lamentablemente, la bomba que esparció los cuerpos de los terroristas en un área de sesenta metros enterró toda esperanza de conocer la verdad. Además, uno de los miembros del Grupo Especial de Operaciones, Francisco Javier Torrontera, falleció en el asalto, resultando heridos de diversa consideración otros quince policías y tres civiles.

En este reportaje de gran valor periodístico, las conclusiones que se infieren de las investigaciones desgranan, una por una, decenas de incongruencias, contradicciones e informaciones erróneas que solo pueden ser fruto de la manipulación y el engaño, puesto que es imposible acumular de forma involuntaria mayor cantidad de ineptitud e incompetencia, tratándose probablemente de la investigación policial más importante de nuestra historia reciente.

«¡España se rompe!», repetía Mariano Rajoy una y otra vez con el fin de llamar la atención de los ciudadanos sobre los problemas derivados de los tres temas que en materia autonómica estaban encima de la mesa y sobre los que, ni de lejos, Gobierno y oposición se pondrían de acuerdo en su tratamiento. El

dichoso «Plan Ibarretxe», la reforma del Estatut de Cataluña y la deuda histórica con Andalucía.

El enfrentamiento entre las tres Comunidades Autónomas y el Gobierno central en estos momentos es máxima, así que Rodríguez Zapatero tendrá que hacer gala de una prodigiosa cintura, sabiendo de antemano que, haga lo que haga y cómo lo haga, le van a llover las críticas. «Apoyaré la reforma del Estatuto que apruebe el Parlamento catalán», dijo antes de ser presidente. Y ahora tocaba cumplirlo.

Para abreviar, y en medio de una fractura insalvable, la reforma del Estatut se aprobaba el 30 de marzo de 2006, con ciento ochenta y nueve votos a favor, ciento cincuenta y cuatro en contra y dos abstenciones.

La votación tuvo lugar tras seis horas de debate, llevado desde su escaño por María Teresa Fernández de la Vega, que declaraba que «el nuevo Estatut dejaría una gran huella en la historia de la democracia española» y por un Mariano Rajoy que se ocupó personalmente de la oposición al texto, calificándolo de «inconstitucional en todos sus renglones, suponiendo el fin del Estado como lo diseñaron los españoles en 1978».

En cuanto a la política vasca, más de lo mismo, solo que los resultados del 14-M cambiaron personas y estrategias y, por primera vez, la incertidumbre en Euskadi no era de signo negativo. Todos hablaban de un «nuevo ciclo político», pero Zapatero, en una de sus primeras entrevistas concedidas a una cadena de radio, declaraba: «Ibarretxe sabe que ni el PSE ni el nuevo Gobierno van a respaldar su plan», aunque ofrecía un «diálogo abierto e intenso» para lograr el fin de la violencia y la integración de Euskadi en una España plural.

Como muestra de buena voluntad, la derogación del artículo del Código Penal que introdujo el Gobierno de José María Aznar, en el que se consideraba delito y susceptible de ser castigado con duras penas de prisión e inhabilitación la convocatoria por parte de un cargo público de elecciones o referendos sin la autorización de las Cortes.

El Plan se basaba en la diferenciación del pueblo vasco como un pueblo con identidad propia dentro de Europa, y con derecho irrenunciable a decidir su futuro, es decir, derecho de autodeterminación. Para ser llevada a cabo, la propuesta soberanista contemplaba la convocatoria de un referéndum en Euskadi.

Tras meses de tiras y aflojas con un Zapatero firme en su negativa, el 11 de septiembre de 2008, el Tribunal Constitucional declaraba, por unanimidad, la inconstitucionalidad de la ley impulsada por el lehendakari y aprobada por el Parlamento vasco.

En las elecciones autonómicas de 2009, el Partido Socialista sumó sus escaños al Partido Popular y a Unión, Progreso y Democracia, desplazando al PNV del Gobierno vasco tras treinta años de hegemonía.

Ya solo quedaban los andaluces.

El tradicional maltrato financiero a Andalucía por parte del Gobierno central y la prohibición de las investigaciones con células madre por parte de los Gobiernos de Aznar, que interpuso un recurso contra la ley andaluza que posibilitaba dichas investigaciones, reavivó el fuego de la discriminación secular de la región.

En mayo de 2004 se retiraba el recurso contra la ley autonómica, «cesando uno de los agravios e injusticias que el PP había cometido con Andalucía», según declaraba el consejero de presidencia de la Junta, Gaspar Zarrias.

Zapatero no podía olvidar que Andalucía y Cataluña habían contribuido de manera significativa al triunfo del PSOE, colocándole directamente en La Moncloa. Demostraba así su agradecimiento y su coherencia con los anuncios previos a su investidura.

Otras transformaciones empezaban a plasmarse en la decoración de los edificios emblemáticos de la Presidencia del Gobierno de la mano de Sonsoles Espinosa, quien, poco a poco, se embarcó en la aventura de recuperar el primitivo aspecto de los palacetes. La opinión de los arquitectos e interioristas consultados fue unánime. Había que desterrar tapices y terciopelos y sustituir el mobiliario antiguo, exceptuando el de valor histórico o artístico, por modernos muebles de diseño actual. El resultado conseguido en las primeras salas animó a continuar con el resto, según lo fueran permitiendo las disponibilidades financieras. Teniendo en cuenta la recesión económica que padecemos, por el momento ha habido que suspender tales prácticas.

En honor a la verdad, hay que decir que las estancias remodeladas han recuperado su tono ecléctico, conseguido a través de la conjugación de ambientes originales, que mantienen el matiz institucional imprescindible, con una decoración moderna, en tonos grises y blancos y, en definitiva, un toque

internacional que liga perfectamente con estos palacetes neoclásicos. El conjunto se adereza con cuadros y obras escultóricas de autores contemporáneos, cedidos, por supuesto, por el Patrimonio Nacional.

Tal vez por su carácter emblemático, merece la pena que nos detengamos en la descripción de la sala del Consejo de Ministros, así como en la mención de algunas curiosidades sobre su funcionamiento.

El Consejo de Ministros se encuentra en la primera planta del palacete y es la primera sala a mano derecha, después de traspasar la puerta principal. Solo esta estancia y el despacho del presidente cuentan con medidas de seguridad extraordinarias dentro del edificio.

La sala, un rectángulo perfecto, cuenta con unas dimensiones, grosso modo, de nueve por dieciocho metros, lo que le proporciona una superficie de ciento sesenta metros cuadrados aproximadamente. De estos, unos treinta están ocupados por la magnífica mesa de nogal ovalada y muy alargada donde se sientan los miembros del Gobierno siguiendo el orden de precedencias establecido, sistema que atiende a la antigüedad en la creación de cada departamento ministerial. A día de hoy, un extremo de la mesa la ocupa el presidente del Gobierno, que tiene enfrente, en el extremo opuesto, a la ministra de Igualdad, por ser su departamento el de más reciente creación.

El orden correlativo es el siguiente, teniendo en cuenta que empezaremos por el presidente e iremos girando, en sentido contrario al de las agujas del reloj, hasta llegar de nuevo a la cabeza del Ejecutivo: Presidencia del Gobierno, Vicepresidencia Primera, Vicepresidencia Tercera, Ministerio de Justicia, Ministerio del Interior, Ministerio de Educación, Ministerio de Industria y Turismo, Ministerio de Cultura, Ministerio de la Vivienda, Ministerio de Igualdad, Ministerio de Ciencia e Innovación, Ministerio de Sanidad y Política Social, Ministerio de Medio Ambiente, Medio Rural y Marino, Ministerio de Trabajo e Inmigración, Ministerio de Fomento, Ministerio de Defensa, Ministerio de Asuntos Exteriores, Vicepresidencia Segunda y, de nuevo, llegamos al lugar del presidente.

Todas las butacas son iguales, en madera y cuero color verde oliva, excepto la del presidente, de respaldo más alto y con solo un cojín en el asiento, a rayas verdes y doradas. Solo él dispone de un escabel para apoyar los pies. En cada posición figura un puesto de mesa con el nombre del departamento, un

ordenador personal con una chapa identificativa en la tapa, un portalápices y una caja de plata con caramelos surtidos. Una libreta con el membrete «Consejo de Ministros» en cada página se sitúa a la derecha del ordenador y, tras este y de frente a cada puesto, un micrófono que cada ministro activará antes de intervenir con el objetivo de ser escuchado por todos. Como curiosidad, un dispositivo aparece solo en el micrófono del presidente, que tiene la potestad en exclusiva de cortar las intervenciones de los demás miembros del Gabinete cuando lo considere oportuno. Además, desde cada ordenador se maneja el mecanismo que despliega las pantallas ocultas en el techo, donde se proyectan las presentaciones que los ministros consideran necesarias en relación con la normativa que espera la luz verde del Consejo para comenzar su andadura. Por último, un único timbre se sitúa en el espacio del presidente para llamar a su ayudante, y solo este puede irrumpir en el Consejo para comunicar un recado o entregar un documento mientras dura la reunión. Como todo el mundo sabe, las deliberaciones del Consejo de Ministros tienen carácter secreto.

El resto de la sala se completa con dos librerías donde se colocan ordenadamente la colección completa de los «textos legales» y a ambos lados del ventanal lateral, en simetría, dos lámparas de pie y las banderas de España y de la Unión Europea. Tras la ministra de Igualdad, dos mesas adornadas con faldones, sobre las que descansan más libros y un retrato de Sus Majestades los Reyes, flanqueando la doble puerta que comunica con la sala contigua, donde esperan el ayudante del presidente y el personal cualificado que atenderá a los miembros del Gobierno en caso de ser requeridos. Además, en esta sala, el Ejecutivo tomará un tentempié al terminar la reunión.

Otros dos grandes ventanales, situados frente a la puerta, proporcionan luz a la sala, en la que se dan cita, quizá, los cuadros más emblemáticos de todo el complejo presidencial: siete obras firmadas por Miró y que cuelgan de estas paredes desde la presidencia de José María Aznar, por su expreso deseo. Admirarlas es todo un privilegio.

Por último, y como detalle anecdótico, citar un pequeño cuarto insonorizado, con las paredes forradas de corcho, que ha quedado como reliquia de otros tiempos, en los que los ministros se encerraban para hablar por teléfono y mantener así la privacidad de sus conversaciones. Hoy, en la era de los móviles, ya no se utiliza por razones obvias.

La documentación que maneja el Ejecutivo en el Consejo de Ministros consta de dos partes bien diferencias, distribuidas en dos índices: el rojo y el verde, según el criterio previo de la Comisión General de Secretarios de Estado y Subsecretarios, que se reúne todos los miércoles en sesión preparatoria del Consejo de Ministros del viernes siguiente. Es lo que nosotros denominamos «decisiones en colores».

El índice verde está compuesto por los asuntos que no tienen objeción alguna, en los que se ha llegado a un consenso definitivo y que serán estudiados por el Gobierno en primer lugar. Cabe la posibilidad de que pasen en «verde condicionado» cuando queda algún pequeño detalle por subsanar. En la mayoría de los casos, se trata de condicionantes de tipo económico impuestos por Hacienda. El índice rojo está formado por los asuntos que deben ser debatidos directamente por el Ejecutivo. Unas veces, por falta de acuerdo entre Ministerios; otras, para que todo el Gabinete conozca en qué se está trabajando y aporten su visión. Los anteproyectos de Ley, los proyectos de Real Decreto Legislativo y los Reales Decretos Leyes, los nombramientos de altos cargos y algunos informes que los Ministerios presentan figuran siempre en este índice.

En infinidad de ocasiones, los medios de comunicación vuelven a la carga, una y otra vez, respecto a los gastos que el mantenimiento y las remodelaciones de la Presidencia del Gobierno llevan consigo. Es verdad... Pero sin olvidar que una organización tan compleja como esta requiere de una constante puesta a punto, pero también proporciona cantidad de puestos de trabajo indirectos, creando riqueza desde el interior de esta miniciudad que repercute después en el exterior.

Recientemente, se ha acometido una importante remodelación del edificio INIA, sede del Ministerio de la Presidencia, el más grande del complejo. La limpieza y restauración de sus fachadas, cuya construcción data de 1958, la puesta a punto de ascensores, cuadros eléctricos, redes de saneamiento, medidas antiincendio, obras de adecuación del Centro de Proceso de Datos, santuario informático del Ministerio, etc. En fin, que la factura se acercaba a los cuatro millones de euros, pero el gasto no parece necesitar extraordinaria justificación.

A lo largo de 2006, el Departamento de Seguridad de la Presidencia del Gobierno decidió acometer una serie de medidas tendentes a reforzar la seguridad del complejo, funcionando también como sistemas para el control

horario de los funcionarios y facilitando información precisa sobre el número y la identidad de las personas que en cada momento se encuentran en el interior.

Después de los años transcurridos, la conclusión que se deriva de cuantos cambios han tenido lugar en materia de seguridad es que la solicitud de explicaciones al respecto es tarea inútil. Las decisiones del Departamento de Seguridad «van a misa» y los trabajadores decimos «amén» a cuantas normas se nos imponen en tal sentido.

Es importante recordar, según la información publicada en el número 318 de la revista Seguritecnia, que «el complejo de La Moncloa es un espacio perimetrado de veinte hectáreas, que cuenta con casi nueve mil elementos de seguridad que se encuentran operativos diariamente en un 99,8%, distribuidos en trece edificios». Sin duda, una gran organización que funciona con precisión.

Con periodicidad casi certificada, cuando llega el verano, los medios de comunicación reavivan la manida polémica en torno a las vacaciones de los presidentes y si deben ser ellos mismos o el Estado, quien se encargue de correr con los gastos. El morbo aumenta cuando el inquilino de La Moncloa es nuevo y novedosas las costumbres familiares. Después de un par de años, desciende mucho el interés.

Tras hacerse público el viaje privado que realizó el presidente Zapatero junto con su esposa, hijas y suegra a Londres, utilizando un Falcon de la Fuerza Aérea Española, se destapó la caja de los truenos al conocerse los planes para el descanso veraniego de la familia en el Palacio de La Mareta en Lanzarote.

Hussein de Jordania mandó construir este palacio a finales de los años setenta, pero el monarca hachemita no llegó a hospedarse nunca en La Mareta, a pesar de sus frecuentes visitas a la isla. Sin embargo, uno de sus hijos la escogió para pasar su luna de miel.

Después, el rey Hussein cedió la residencia a su amigo el rey Juan Carlos y el inmueble pasó a formar parte del Patrimonio Nacional a finales de la década de los ochenta. Numerosas personalidades internacionales se han alojado en este lugar. El primero, el ex canciller alemán Helmut Kohl, durante la cumbre hispano-alemana celebrada en Lanzarote en mayo de 1992. En agosto del mismo año, pasó tres semanas en La Mareta el ex presidente de la URSS, Mijail Gorbachov, y su esposa Raisa, quienes efectuaban largas caminatas bordeando la costa.

La Familia Real también ha utilizado sus instalaciones como lugar de descanso. La primera vez, en abril de 1993, tras la muerte del conde de Barcelona. En diciembre de 1999, el Rey y su familia regresaron a Lanzarote para pasar juntos la Navidad y recibir el año nuevo, pero el 2 de enero de 2000 fallecía en La Mareta la madre del Monarca, doña María de las Mercedes. Como dato curioso citaremos la presencia aquel día en el palacio de José María Aznar y Ana Botella, que estaban invitados a almorzar.

La Mareta debe su nombre al lugar en el que fue construida. Allí existía una mareta, una especie de aljibe sin techar o depósito excavado en el suelo que servía para recoger las aguas de lluvia de la zona y dar de beber a los animales que pastaban en el lugar. Y es que Lanzarote está llena de maretas.

El palacio está orientado al sur y emplazado al abrigo del litoral, lo que convierte este enclave en una excelente zona de pesca. De hecho, es habitual ver a numerosos pescadores que, a lo largo de la costa que bordea la residencia o en pequeñas embarcaciones, faenan en estas aguas.

La Mareta fue diseñada por el artista canario César Manrique y cuenta con dos piscinas, embarcadero, helipuerto y una cancha deportiva, además de un búnker de seguridad por si surgiera cualquier problema.

Con anterioridad a las siguientes vacaciones, Sonsoles Espinosa se desplazó en varias ocasiones a la isla con el fin de supervisar las obras de acondicionamiento y mejora planeadas para la residencia, lo que elevó al cielo los gritos de un sector de la opinión pública. Como consecuencia, las vacaciones tendrían de nuevo como destino Doñana y, en esta ocasión, los gritos en el cielo los ponían las hijas del presidente, teniendo en cuenta que el Coto es la antítesis del ambiente marchoso que reclama la gente joven en verano.

Sonsoles Espinosa es, fundamentalmente, una madre de familia, pero su imagen personal difiere bastante del canon que impone su estatus y su papel como esposa de un primer ministro europeo. Para empezar, es muy alta y esbelta, por lo que, a priori, no es fácil que pase desapercibida. Luce un peinado moderno y un corte de pelo masculino y asimétrico, con un tono rubio muy adecuado a sus facciones, marcadas y angulosas, que además le proporciona un aspecto fresco y juvenil. Tal vez la primera impresión sea dura, pero en cuanto sonríe y pronuncia las primeras palabras, es una mujer adorable, cálida y sencilla.

Desde que conoció a su marido, su vida no ha sido fácil. Nació en Ávila en 1961, y su padre, Rafael Espinosa Armendáriz, militar, fue destinado a León, donde se trasladó con su familia cuando Sonsoles era muy pequeña. Aunque es licenciada en Derecho, siempre ha sentido pasión por la música. Dio clases de flauta en un colegio privado de León, formando parte al mismo tiempo del prestigioso coro universitario de la ciudad.

Su traslado a Madrid fue duro y supuso el cambio de la placidez de la vida de provincias por el ajetreo de la capital. Los políticos lo llevan implícito en el sueldo, pero sus familias pagan a veces un alto precio, dejando en el camino trabajo y afectos. Esto es lo que le pasó a Sonsoles Espinosa, que se centró en sus hijas y en el canto para superar su pseudomelancolía. En Madrid comenzó haciendo sustituciones como soprano en el coro del Teatro Real y, más tarde, la contrató el coro de RTVE. Ahora, además, practica con asiduidad el submarinismo y la natación, actividades que, al parecer, convienen a las sopranos, porque aumentan la capacidad pulmonar. Además, el matrimonio, siempre que sus obligaciones se lo permiten, disfruta perdiéndose en el monte de El Pardo para practicar senderismo o jooging. Un coche les traslada hasta el lugar, en mañanas salteadas, cuando la zona está tranquila, lejos de la vigilancia de La Moncloa, pero al abrigo de las miradas de periodistas y curiosos.

Dicen que en la noche electoral del 14-M, Sonsoles lloró al ver a un palmo de sus narices la prueba fehaciente de que su marido sería el siguiente presidente del Gobierno, teniendo que asumir sin remedio lo que se le venía encima. Puedo asegurar que, a pesar del tiempo transcurrido, no ha cedido un palmo en su celo por proteger su intimidad y en arañar horas a las jornadas de su esposo para seguirlas viviendo en familia.

José Luis y Sonsoles forman una magnífica pareja y, en las fiestas navideñas o en cualquier otra ocasión en que, fuera de las cámaras, hemos compartido una cerveza y un rato de charla, son constantes entre ellos las miradas y los gestos. Inconscientemente, el presidente coge a su esposa por el hombro y le susurra un comentario al oído, haciéndole reír, y ella se cuelga de su brazo mientras continúan la charla interesándose por la salud de algún compañero que se recupera de alguna dolencia o preguntan a alguna de las empleadas por su nieto que acaba de nacer. ¡Increíble..., les cabe todo en la memoria!

¿Y Laura y Alba? Ambas son los ojitos derecho e izquierdo de su padre, de

quien saben que consiguen lo que quieren. Durante estos años han pasado de la niñez a la adolescencia, con cambio de ciudad y de colegio en dos ocasiones, y puedo asegurar que esto aquí no es nada fácil. La mayor, Laura, se parece más a su padre, por su tez morena y su cabello más oscuro. Es una adolescente típica, en una edad típicamente difícil, aficionada a la cultura japonesa, a sus videojuegos, series y cómics. La pequeña, Alba, tiene el aspecto de su madre, con su mismo pelo rubio, pero las facciones y la expresión de la cara son también del padre. ¡Y los ojos...! Si unimos las fotografías de padre e hijas y tapamos todo menos los ojos, no hay forma de saber de quién se trata.

Las niñas son las mejores amigas, comparten aficiones y viajes. Juntas pasaron un verano en Londres para seguir un curso intensivo de inglés, como tantos adolescentes españoles, y disfrutaron especialmente en un desfile del Día del Orgullo Gay en Madrid, participando de la fiesta desde la carroza del PSOE.

Son unas muchachas dulces y alegres que nunca han dado que hablar, ni motivos de queja por parte del personal con el que habitualmente se relacionan. Como último apunte, añadir que uno de los ordenanzas más antiguos del Palacio, Murillo, cumplió la edad reglamentaria para la jubilación y entre todos los compañeros organizamos una pequeña fiesta de despedida, con el consiguiente reloj de regalo y una gran tarjeta, en la que todos firmamos con una breve dedicatoria. La de las hijas del presidente decía algo así: «Gracias, Murillo, por ser tan simpático y amable y abrirnos la puerta del coche todos los días. Ya no tendrás que hacerlo y el último día nosotras te abriremos la puerta a ti. Muchos besos. Laura y Alba».

A raíz de los atentados del 11-M de Madrid, continuación de los de Nueva York y Washington, y los que vendrían después: Londres, Bali, Casablanca, etc., era evidente que el mundo marchaba por un camino que no auguraba sino destrucción, venganza, aumento del racismo y la xenofobia, y una confrontación entre dos mundos que parecía dominar la política global en los albores del siglo XXI.

El 21 de septiembre de 2004, el presidente español propuso, ante la 59.ª Asamblea General de la ONU, una alianza entre Occidente y el mundo árabe y musulmán que combata eficazmente el terrorismo internacional por otro camino que no sea el conflicto bélico.

La iniciativa incluía como puntos fundamentales la cooperación

antiterrorista, la corrección de las desigualdades económicas y el diálogo intercultural. Antes de que la ONU se pronunciara, la propuesta consiguió, desde el lado islámico, el patrocinio del primer ministro de Turquía, Tayyip Erdogan, añadiendo además el respaldo de una veintena de países de Europa, Latinoamérica, Asia y África.

El 20 de octubre de 2005, las Naciones Unidas proclamaron una resolución en la que se llamaba a la comunidad internacional a hacer un mayor esfuerzo por la paz y el diálogo entre civilizaciones. El I y el II Foro de la Alianza se celebraban respectivamente en Madrid y Estambul, como capitales promotoras de la iniciativa. En la primera, es oportuno destacar las ofertas de la reina Noor de Jordania y la jequesa qatarí Mozah Bint Nasser al Missned, con el compromiso por parte de ambas de aportar cien millones de dólares para realizar diversos proyectos de la organización.

En la capital turca participaron ochenta y tres países y diecisiete organismos internacionales, pero la estrella indiscutible fue el flamante presidente de Estados Unidos, Barack Obama.

Como rechazo al concepto, cabe destacar, entre otros, el de José María Aznar desde FAES, que defiende que el nombre correcto para este plan debería ser «Alianza de los civilizados», argumentando que «la civilización es una, con distintas expresiones culturales, diferentes experiencias históricas, bajo diversas creencias y raíces religiosas».

Para terminar, añadir que la Alianza fue distinguida con el Premio Diálogo de Civilizaciones 2007, que recogieron en la Universidad de Georgetown, en Washington, los mandatarios turco y español como máximos exponentes de la misma.

Dentro de nuestras fronteras y con nuestro particular problema de terrorismo con denominación de origen, Zapatero decidió, tras un análisis pormenorizado de las condiciones, iniciar un proceso de paz como intento del Gobierno de la VIII Legislatura de acabar con el terrorismo de ETA en España mediante la negociación con la banda y su entorno.

Desde el primer momento, el tema suscitó no poco debate de la opinión pública española, con movilizaciones sociales y constantes convocatorias de manifestaciones contrarias al proceso, por parte del Partido Popular y de la Asociación Víctimas del Terrorismo, que lograban sacar a la calle a cientos de

miles de personas.

El presidente del Gobierno pidió el plácet al Congreso de los Diputados, cosa que nunca se había hecho antes, con el fin de conseguir el máximo respaldo a la operación, además de hacer pública su intención de negociar. Además del PSOE, partido que sustenta al Gobierno, apoyaron el proceso el resto de los grupos parlamentarios, a excepción del Partido Popular. Además, la iniciativa contó con el respaldo de los dos principales sindicatos españoles, UGT y CCOO, e instituciones como la Iglesia católica o la ONU.

El 10 de febrero de 2006, el presidente del Gobierno declaraba su convicción de que el fin del terrorismo podría estar cerca, y el 22 de marzo siguiente la banda anunciaba un alto el fuego permanente. A partir de aquí, las cosas no discurrieron por el camino lógico; ni los miembros de Herri Batasuna acababan por declarar su rechazo al terrorismo y su intención de integrarse en la vida pública española, ni los etarras acababan de dar, según sus premisas, con las condiciones previas para sentarse a negociar. Mientras, el PP y la Asociación Víctimas del Terrorismo, a 25 de noviembre de 2006, iban ya por la quinta manifestación en contra de la política antiterrorista del Gobierno socialista.

Finalmente, y en un clima de enorme confusión, ETA hacía explosionar, el 30 de diciembre de 2006, un coche bomba en el aparcamiento de vehículos de la terminal T4 del aeropuerto de Barajas de Madrid, con el resultado de dos fallecidos de nacionalidad ecuatoriana. En la tarde de ese mismo día, el presidente del Gobierno ordenaba suspender todas las iniciativas para el desarrollo de un proceso de negociación con ETA, dejando claro como el agua que la violencia es incompatible con el diálogo. Mientras, el líder de la ¿legalizada Batasuna, Arnaldo Otegi, culpabilizaba al Gobierno del fracaso, negándose a condenar el atentado.

Otra vez en la casilla de salida y un nuevo intento frustrado, pero para frustración la del presidente del Gobierno, que había apostado con un órdago a riesgo de su propio desgaste personal. Y perdió... Perdió Zapatero, el Gobierno y todos los españoles. Tras el atentado de Barajas, los británicos Tony Blair y Gerry Adams aconsejaron a un Zapatero desanimado y sin esperanzas que escuchara a ETA e intentara salvar el proceso hasta sus últimas consecuencias, pero todo fue inútil, porque la primera premisa para abordar el diálogo, el adiós definitivo e inequívoco de ETA a las armas, nunca se cumplió. El Gobierno y la

sociedad española «han escarmentado» con todo lo ocurrido y, desde luego, ninguna posibilidad de negociación podría darse en el futuro cercano.

En cualquier caso, cabe decir que el proceso de paz contribuyó a la debilidad de la banda, que vive ahora sus peores momentos. Recuperado el clima de unidad entre las fuerzas policiales, jueces y fiscales, parece posible deducir que su final está más cerca que nunca, aunque aún nos sigue haciendo sufrir.

A lo largo de la VIII Legislatura, Zapatero remodeló el Gobierno en seis ocasiones y, en todas ellas, mantuvo inamovibles a las dos personas sobre las que hacía descansar su programa de gobierno. Los dos vicepresidentes han tenido un protagonismo singular en esta etapa, avalado, en ambos casos, por un pasado de gran solvencia.

María Teresa Fernández de la Vega es la primera mujer que ostenta una Vicepresidencia del Gobierno en la historia de España. Nació en Valencia, en 1949, y estudió Derecho en la Universidad Complutense de Madrid. Titulada en Derecho Comunitario por la Universidad de Estrasburgo, en 1974 ingresó en la judicatura, entrando enseguida a formar parte de la asociación Jueces para la Democracia. Se afilió al PSUC en 1979 y ocupó diversos cargos públicos desde 1982, en que el Partido Socialista accedió al Gobierno. Como secretaria de Estado de Justicia participó en la instrucción de los sumarios del GAL y en la investigación del caso Roldán.

El 24 de abril de 2004, durante las ocho horas que duró el primer viaje de Zapatero al extranjero, se convirtió en la primera mujer que asumía las funciones del presidente del Gobierno en nuestra historia democrática, y el 28 de mayo siguiente presidió el Consejo de Ministros, siendo la primera en hacerlo en la historia de España, sin ser monarca. El acontecimiento despertó mucha expectación por parte de los medios de comunicación y, tras el Consejo, las mujeres de La Moncloa lo celebramos junto a la «vice», brindando por el logro conseguido que, según declaraba, «era el logro de todas, porque cuando una mujer da un paso, todas avanzamos». Su manera de hacer política ha roto moldes y su labor en favor del Tercer Mundo ha supuesto el inicio de una nueva era en las relaciones de España con África y América Latina. Además de ser respetada por su trayectoria política, es una mujer muy querida por sus compañeros de Gabinete, que le demuestran constantemente su afecto. Se declara valiente, pero sensible, temerosa de la enfermedad y las tormentas... y no es homosexual,

aunque los medios se hayan empeñado en adjudicarle varias novias. Está en posesión de algunas distinciones y ha escrito, entre otras obras, La reforma de la jurisdicción laboral y Derechos Humanos y Consejo de Europa.

A la siniestra del presidente en el Consejo de Ministros, se sentaba el que fue su primer vicepresidente segundo, Pedro Solbes Mira, alicantino de nacimiento y con una trayectoria política como pocas tenemos en España. Es doctor en Ciencias Políticas y licenciado en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid. También se licenció en Economía Europea por la Universidad Libre de Bruselas. Ha sido subdelegado, delegado, consejero, asesor, vocal, secretario general, director general, y todo un elenco de cargos y nombramientos, algunos incluso anteriores a la Transición. Tras el triunfo socialista de 1982, su nombre pasó a formar parte decisiva del proceso de integración de España en las Comunidades Europeas. En 1991, Felipe González le nombró ministro de Agricultura, por su amplia experiencia y su conocimiento de la materia, en un momento en el que España debía suscribir la Reforma de la Política Agraria Común. Después ocupó la cartera de Economía y Hacienda y, pese al éxito de su política de austeridad, la legislatura entró en crisis al no contar el Gobierno de González con los apoyos necesarios para sacar adelante los Presupuestos Generales del Estado de 1996.

El Gobierno de José María Aznar le propuso y fue designado comisario de Asuntos Económicos y Monetarios en la Comisión Europea, conociéndosele pronto con el apodo de «Míster euro».

La gestión comunitaria de Solbes fue brillante, defendiendo a capa y espada la exigencia del cumplimiento de las normas establecidas para todos los países sin excepción, lo que le supuso ataques furibundos por parte de Francia y Alemania. Zapatero lo rescató en 2004 para la política nacional y apostó por él para dirigir la política económica de su Gobierno, en detrimento de Miguel Sebastián, que se perfilaba como el candidato con más opciones. El papel de Solbes nunca fue cómodo. La mayoría de las veces se encontraba en minoría dentro del Gabinete y a veces sus compañeros se quejaban de su constante crítica a los anuncios que el presidente consideraba claves para despegar en las encuestas electorales. «Resulta irritante», comentaban algunos. Pero Zapatero sabía que «la continuidad de Solbes suponía la mitad de la campaña electoral» de 2008 y, fuera de nuestras fronteras, nadie dudaba de que era nuestro

representante más apreciado en los círculos financieros. Para restar importancia a las desavenencias, otros miembros del Ejecutivo argumentaban que se consideraba normal que el responsable de la economía velase por las cuentas del Estado y vigilase con celo que no hubiera iniciativas que pudiesen dilapidar parte de lo conseguido en España en el terreno económico.

Pero más allá de sus conocidas divergencias en relación con las medidas —la devolución de los cuatrocientos euros, el cheque bebé o la política energética—, otras voces aseguraban que el distanciamiento tenía más que ver con la forma de gobernar del presidente que con la diferencia de criterio sobre medidas concretas. Reuniones con banqueros o empresarios a las que no le convocaba, decisiones que se anunciaban en público sin estar los temas cerrados en el terreno económico; numerosos indicadores que, con el paso del tiempo, fueron minando la confianza del vicepresidente y su elevado concepto del servidor público. Tras las elecciones, la crisis económica aún no parecía tan grave, pero, poco a poco, los datos se tornaron cada vez más preocupantes y los choques con el presidente aumentaron su frecuencia. Después, para no votar los Presupuestos Generales de 2010, renunció a su escaño como diputado por Madrid.

No cabe duda de que nadie es insustituible, pero Solbes dejó el listón muy alto. Políglota —habla inglés, francés y alemán—, Pedro Solbes se define como «un hombre corriente absolutamente en todo». Está casado con María Pilar Castro, también funcionaría, con la que tiene tres hijos. Durante sus cinco años como comisario europeo, vivió solo en Bruselas, puesto que su mujer y sus hijos continuaron en Madrid, adonde él se desplazaba los fines de semana.

Ahora preside la Junta de Supervisión del Grupo Asesor Europeo sobre Información Financiera, un organismo que facilita consejo a la Comisión Europea en asuntos financieros y seguro que dispone de más tiempo para disfrutar de la vida en familia y preparar sus magníficas paellas, de las que presume, según sus amigos, justificadamente.

Uno de los grandes retos de Zapatero en su primera legislatura pasaba por reconducir la política exterior española, en choque frontal con la del Gobierno anterior. En la misma medida en que se distanciaba de Estados Unidos y de la política de Bush, se acercaba al tradicional eje francoalemán, considerado el corazón de Europa. Tras la aprobación por parte de España en referéndum del «Tratado por el que se establece una Constitución para Europa», para el que

tanto PSOE como PP pidieron el voto afirmativo, Zapatero redefinió con mayor énfasis su posición dentro de la Unión, distanciándose más si cabe de las posiciones del Reino Unido, Italia y Polonia, socios tradicionales del Gobierno norteamericano.

Miguel Ángel Moratinos, incansable ministro de Asuntos Exteriores, ha practicado una política de claro acercamiento a la ONU, de reencuentro con la Unión Europea y de profunda amistad y cooperación con América Latina y el Caribe, así como con Marruecos, cuyas relaciones con España quedaron muy deterioradas durante el Gobierno de Aznar. Como todos sabemos, las de España con Estados Unidos, pasan ahora por uno de sus momentos más dulces, con la llegada de Barack Obama a la Casa Blanca.

¿Y la Iglesia? ¡Contentos los tenía Zapatero! Menudo rosario de leyes se había sacado de la manga, una tras otra. Hay que reconocer que se atrevió con todo y, aunque España, de derecho, es laica desde hace tres décadas, de hecho, la jerarquía eclesiástica nunca había visto reducirse tanto su parcela de poder y en tan poco tiempo. ¡Y para colmo, ahora les tocaban el bolsillo... o el cepillo!

En diciembre de 2005, la Comisión Europea exigió a España la aplicación del IVA a la Iglesia católica, que llevaba quince años haciéndose la remolona, desde que, en 1989, la Comisión dirigiera un escrito de queja a la Representación Permanente de España ante la Unión Europea, en el que advertía de la incompatibilidad entre el Acuerdo de Asuntos Económicos con la Santa Sede y el derecho comunitario. El texto aseguraba que «la Iglesia católica en España es la única confesión religiosa que goza de considerable financiación pública, además de ingentes beneficios fiscales derivados de la exención del IVA». ¿Y quién le iba a poner el cascabel al gato? Pues la vicepresidenta Fernández de la Vega, negociadora de lujo, que parecía tener buena prensa entre las autoridades eclesiásticas; por lo menos, mejor que Zapatero, a quien los obispos acusaban de persecución de lo religioso y de practicar un «laicismo beligerante».

Finalmente, se llegó a una fórmula de consenso, teniendo en cuenta que el Acuerdo entre el Estado español y la Santa Sede sobre Asuntos Económicos se firmó para tres años, y veinticinco después seguía marcando las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Pero, por aquel entonces, a mí todo aquello me daba igual. Algunos

funcionarios y trabajadores andábamos muy revolucionados con la posibilidad de que el Ministerio de Asuntos Exteriores nos concediera la Cruz de la Orden del Mérito Civil en reconocimiento a los servicios prestados al presidente del Gobierno durante veinticinco años o más y, en consecuencia, por nuestra contribución al sistema democrático en España. La propuesta fue elevada en nuestro favor por el secretario general, señor Martínez-Fresno y, como ya se sabe que las cosas de Palacio van despacio, la resolución llegó un año después. Dada la trascendencia que para nosotros tenía el tema, los compañeros me confiaron la misión de pedirle al presidente que fuera él quien nos impusiera la condecoración personalmente. Fácil: en cuanto le expliqué el asunto, aceptó encantado. Gertru quedó encargada de buscar hueco en la agenda y, como estaban cerca las celebraciones patronales de la Guardia Civil y la Policía, nos sumamos a los actos.

¡Qué emoción! Aquel 6 de octubre de 2007 quedará siempre en el lugar de la memoria donde uno guarda los momentos importantes de la vida. Todos juntos, veinticinco años más viejos que cuando empezamos, pero con la misma ilusión y la misma fuerza que el primer día, esperábamos ahora a ser condecorados, entre el orgullo de nuestros familiares y los aplausos de nuestros compañeros, además de las felicitaciones y el cariño del presidente y de su esposa, y de todas las autoridades que asistieron al solemne acto.

Uno a uno escuchamos nuestros nombres y subimos al estrado con el corazón latiendo acelerado y los ojos brillantes por la emoción. Mientras el presidente prendía la medalla en mi solapa, yo le explicaba cuánto significaba para mí que fuera él quien me acompañara en estos momentos y lo orgullosa y agradecida que me sentía. Él, abrazándome con afecto, respondió: «Ángeles, soy yo el que debe darle las gracias. Es un lujo tenerla en mi Secretaría». Jamás olvidaré ese gesto y esas palabras, que han pagado con creces el esfuerzo y la dedicación de tantos años.

Después vinieron las fotos, la alegría y la fiesta, de la que disfrutamos tanto que aún nos gusta recordarla de vez en cuando.

No cabe duda de que todas las visitas oficiales a España de jefes de Estado o de Gobierno se planifican y organizan con detalle y esmero, pero hay algunas que traen especialmente de cabeza a los diplomáticos del Ministerio de Asuntos Exteriores, encargados de la tarea, y a los sufridos funcionarios de los

departamentos de Protocolo implicados.

Uno de estos casos, sin duda, lo constituyó la visita de Muammar Al-Gaddafi, presidente de Libia, a quien recibimos en diciembre de 2007. Era la segunda vez que pisaba suelo español tras treinta y ocho años de mandato. La primera fue, de forma fugaz, en Palma de Mallorca, en 1984.

El líder libio llegó a las once de la mañana a Sevilla con agenda privada, para pasar el fin de semana, procedente de París, donde había realizado una visita oficial de cinco días, claramente marcada por la firma de importantes contratos y acuerdos de colaboración entre Francia y Libia.

Ya en París, durante su visita a la Asamblea Nacional Francesa, fue boicoteado por la oposición de izquierda y Sarkozy duramente criticado por doblegarse ante un dictador que no respeta los derechos humanos. ¡Pues bastante le importaban a Gaddafi los dimes y diretes de los franceses, los españoles y todos los europeos juntos! Por mucho que le criticaban, todos le hacían reverencias. ¡Poderoso caballero es don dinero! Actividades como dar un paseo en barco por el Sena obligaron, «por razones de seguridad», a bloquear sucesivamente los puentes durante varios minutos según recorrían el río Gaddafi y su comitiva.

Durante su estancia en Andalucía, la intención del beduino era dedicar la mayor parte del tiempo al descanso y a la caza, pero después dejó plantados a los organizadores de una montería en su honor.

Pues eso..., que el invitado ya estaba en Sevilla, con su particular kit para las salidas internacionales: una carpa, un camello, cinco aviones y un séquito de aproximadamente trescientas cincuenta personas, incluyendo dignatarios, funcionarios, efectivos de seguridad, guardia personal, agentes de protocolo e incluso mayordomos y camareros, sin olvidar treinta mujeres vírgenes guardaespaldas que le protegerían en todo momento. Se trata de una parte de su famosa «guardia amazónica», que está compuesta por doscientas muchachas vírgenes y expertas en artes marciales y en el uso de las armas de fuego. En 2006, cuando el libio visitó Nigeria para participar en una Cumbre africana, se produjo un incidente internacional a cuenta de estas «ángeles de Gaddafi», que tomaron al asalto el aeropuerto fuertemente armadas. El Gobierno nigeriano le negó la entrada en el país durante varias horas, hasta que finalmente el mandatario libio aceptó participar en la Cumbre «desarmado».

Sobre las cinco y cuarto de la tarde y con una comitiva de dieciséis coches de alta gama, hacía su entrada en el fastuoso hotel hacienda La Boticaria, de la localidad sevillana de Alcalá de Guadaira. Numerosos curiosos y periodistas contemplaban el espectáculo entre fuertes medidas de seguridad, cuando a las mismas puertas del establecimiento y siguiendo el rito musulmán, Gaddafi sacrificó un cordero.

Mientras saludaba a la dirección del complejo hotelero, decenas de operarios montaban su jaima, donde permanecería a la espera de que el presidente de FAES y ex presidente del Gobierno, José María Aznar, acudiera a La Boticaria para compartir una cena en privado. El motivo de la deferencia es que Aznar fue el primer presidente español que visitó Trípoli, en 2003, y también el primer líder internacional que lo hacía tras el levantamiento por parte de la ONU del embargo comercial y aéreo impuesto al régimen de Libia desde 1992. La medida era consecuencia de su negativa a cooperar en la investigación del atentado del avión de Pan Am, que se estrelló en la localidad escocesa de Lockerbie y en el que perecieron doscientas setenta personas. Tan agradecido se mostró Gaddafi con Aznar por su gesto, que le regaló un magnífico caballo árabe, de nombre El rayo del líder.

Gaddafi decidió canjear la jornada de caza por una visita imprevista a Málaga para ver el mar desde la zona de El Morlaco y cenar en un conocido restaurante de la capital malagueña. ¡Solo un ligero cambio de planes!

Bueno, pues por fin ya le teníamos en Madrid, con una agenda muy comprimida para estar de regreso en Trípoli antes de la fiesta del Sacrificio, la más importante para los musulmanes. Tras su llegada a Barajas, mantuvo su primer encuentro con el presidente Zapatero en El Pardo, donde se alojaría durante poco más de veinticuatro horas. Como si de un circo ambulante se tratara, de nuevo a montar la jaima para recibir a los invitados, puesto que dormiría en el interior del Palacio. Cinco toneladas de leña para calentar la tienda beduina le aguardaban a su llegada.

Después, visita al Museo del Prado a puerta cerrada, donde se interesó por Goya y Velázquez, y para acabar la jornada, cena en La Moncloa, vestido de occidental. Pero... al regresar, le esperaba una sorpresa: María La Coneja, bailaora de la compañía de Rafael Amargo, le amenizó la fiesta hasta la media noche. La Coneja, experta en actuaciones para mandatarios extranjeros, calificó

a Gaddafi de «patriarca gitano» y confesó que en pocas ocasiones había visto a sus espectadores tan obnubilados. Según cuentan, Muammar estaba tan absorto en la actuación que llegó a tocar tímidamente las palmas.

Se lo pasó tan bien que los empresarios españoles interesados en el mercado libio, durante su visita del día siguiente, hicieron negocios por un montante calculado entre once y doce mil millones de euros en proyectos comerciales y de infraestructuras. ¡No está nada mal! Así que, entre reverencias y agasajos, el alcalde de Madrid, Alberto Ruiz-Gallardón, le entregó la Llave de Oro de la ciudad.

Al día siguiente almorzó en privado con los Reyes en el Palacio Real. Llegó en su propio automóvil, una limusina de color verde oscuro, en lugar del Rolls Royce habitual de las visitas de Estado, vestido con chilaba, además del manto color marrón y el tradicional gorro negro. Desde el podio, el Rey y su invitado escucharon los himnos nacionales de Libia y España, mientras se disparaban las veintiuna salvas de honor.

Gaddafi tiene un aire entre místico y excéntrico, y es un dictador cruel y peligroso. Nació en el desierto de la ciudad de Sirte, en el seno de una familia de beduinos. Se graduó en Derecho con veinte años y después ingresó en una academia militar, completando su formación en el Reino Unido. Asumió el poder en 1969, tras un golpe de Estado, y durante los años ochenta, sus enfrentamientos con Estados Unidos, que le acusaban de dar apoyo al terrorismo, culminaron en un ataque americano con misiles a territorio libio en 1986, en el que murió Jana, una de sus hijas adoptivas. No se sabe con certeza cuántas mujeres han sido sus esposas, con consentimiento o sin él, pero ha tenido ocho hijos. El mayor, Sayf Al-Gadafi, ya le representa en algunos actos oficiales.

Personajes como estos son los que en La Moncloa nos sacan de la rutina y aportan color y originalidad a los actos oficiales, aunque supongan en muchos casos problemas de conciencia. Gaddafi no es ahora más democrático que hace treinta años, pero los multimillonarios contratos que firma con Europa parecen convertirle en un «buen presidente africano».

Muchos opinan que Zapatero ya no es el mismo, que se ha hecho vanidoso, quizá porque ha sido menospreciado demasiadas veces. Algunos le acusan de excesiva concentración de decisión política en su persona, de minusvalorar a su

Gobierno y a la Administración, de no confiar en casi nadie y de vivir fuera de la realidad. Uno de los más duros en sus críticas es el propio Felipe González, que arremete contra el presidente acusándole de padecer el síndrome de La Moncloa mucho antes que ninguno de sus inquilinos.

¿Pero en qué consiste esta patología que afecta a los habitantes del palacete sin remisión y extiende sus efluvios, con más virulencia si cabe, en los siguientes niveles del poder? Es fácil. Se trata de un conjunto de síntomas que acaban derivando en verdadero Alzheimer que hace olvidar todas las promesas y los buenos propósitos de los candidatos electos antes de tomar posesión de su cargo. Y ahí está el meollo de la cuestión: poseen el cargo... Y entonces todos los razonamientos que tienen que ver con procurar el bienestar de los ciudadanos, servir al pueblo, prometer no cambiar, seguir en contacto directo con los votantes, etc., todo eso se diluye más deprisa que un azucarillo en agua cuando se atraviesa la verja del complejo en un coche oficial con cristales tintados y se sienta uno en el sillón desde donde se dirige el país. Lo que un político quiere es gobernar, liderar, dirigir, y es estúpida la pose de disimulo. Es como si los deportistas de élite no reconocieran que la finalidad de sus actuaciones es ganar, vencer o dominar.

El poder abduce, fagocita, posee una vertiente transformadora de las personas y si hace estragos entre los que lo ostentan de forma temporal, qué no hará en los dictadores, en los sátrapas de los regímenes totalitarios que se perpetúan durante décadas, aplastando sin misericordia a cualquiera que levante la voz en su contra.

Aunque menos de las que sería deseable, me consta que hay personas que saben ejercer el poder de una forma positiva; el poder como autoridad, sin caer en la prepotencia, ni en la arrogancia ni en la soberbia. Despiertan respeto y admiración entre sus subordinados, pero nunca temor, miedo o envidia, porque admiten la crítica y la opinión encontrada. Lo ideal, como apuntaba Ortega y Gasset, es que el poder se otorgue a personas con verdadero altruismo, que no solo tengan las manos limpias, sino también la mirada, que vengan a servir y no a ser servidos. El «cargo», cuya raíz gramatical es la misma que la de «carga», no puede convertirse en una auténtica «carga» para los que otorgan el «cargo».

Pero no debemos quedarnos en la superficie del problema. No todo es culpa del síndrome; también lo es la necedad, la ineficacia y la mediocridad de quienes

ostentan el poder, que parece corruptor en sí mismo y no hay humano que se libre de su maléfico influjo, aunque en algunos casos sus efectos son más evidentes que en otros.

Adolfo Suárez, Felipe González, José María Aznar y José Luis Rodríguez Zapatero experimentaron el síndrome. Solo Leopoldo Calvo-Sotelo quedó incontaminado, debido, posiblemente, al escaso tiempo que detentó el poder. La enfermedad suele dar la cara a partir de la segunda legislatura y se hace especialmente resistente a cualquier antídoto si las urnas proporcionan la mayoría absoluta.

A Adolfo Suárez, convencido de sus axiomas, se le fue el tema de las manos y llegó a ofrecerse de nuevo al Rey, tras haber dimitido y designado sustituto, para recuperar la Presidencia del Gobierno después del 23-F. Tal vez rozó el delirio cuando la Transición se convirtió en un éxito reconocido dentro y fuera de España, y Suárez, pensando en exportar el modelo, llegó a sugerir la misma estrategia para solucionar el problema de Oriente Medio, que comparaba con un «gran ajedrez», como si uno pequeño no tuviera los mismos cuadros y las mismas piezas.

Felipe González derivó en un cierto caudillismo y el país se le quedó pequeño, por lo que prefirió ampliar horizontes y traspasar fronteras en su empeño por llevar a cabo misiones de naturaleza internacional, a la vez que se enteraba de los problemas de España por los periódicos.

José María Aznar aprendió de su antecesor que no se deben desatender los asuntos de casa, pero se le olvidó que lo que no se puede es gobernar como si el país fuese un coto privado. Le dominó el mesianismo y se volvió egocéntrico y despótico. Los desatinos y desvaríos le llevaron a ejercer su santa voluntad contra viento y marea y a apoyar la política agresiva de Estados Unidos en contra de la opinión del 80% de los ciudadanos. Muchos de sus colaboradores pensaban que el presidente había perdido el rumbo y se precipitaba hacia la pérdida de la mayoría absoluta que tan meritoriamente había conseguido. Pero lo que perdió fueron las elecciones.

José Luis Rodríguez Zapatero también se ha infectado. El primer síntoma que lo demuestra no es el alejamiento de la realidad, sino la intolerancia a las críticas. Pero ¿por qué? Porque los que gobiernan están convencidos de que lo hacen bien o muy bien, premisa que les refuerzan los que les rodean y, por tanto,

no escuchan lo que se les dice si no coincide con lo que esperan oír. Claro está, quedan fuera del razonamiento las críticas provenientes de la oposición, que se interpretan como la tarea lógica que le corresponde, cuando no se justifica con deslealtad o escasa amplitud de miras ante los problemas del país.

Zapatero ha entrado más bien en el síndrome de la madrastra de Blancanieves. Se mira al espejo y se pregunta, o, mejor, afirma directamente, que él es lo mejor que le ha pasado a España en su historia reciente. Este comportamiento megalómano va en progresivo detrimento de las buenas intenciones que caracterizan los primeros pasos de todos los gobernantes.

Pero no nos engañemos. El síndrome de La Moncloa igualmente podría denominarse síndrome del Banco Santander o de Caja Madrid o de la Torre Picasso. Afecta por igual a la cúpula de cualquier organización, por muy democráticamente que funcione, porque todo el que tiene poder acaba rodeado de una corte de aduladores que le presentan una visión distorsionada de la realidad y le conducen al ostracismo, a la insensatez y a un proceso degenerativo que para los observadores habituales nos resulta tan patético como inevitable.

A pesar de la durísima y destructiva oposición ejercida por el Partido Popular durante toda la legislatura, el Ejecutivo de Zapatero logró estar en cabeza en los sondeos de intención de voto, adelantándose incluso en más de siete puntos a mediados de 2007. Pero a comienzos de 2008 la ventaja del PSOE había quedado reducida al 1,5%, siendo Zapatero el líder mejor valorado. Finalmente, la cita con las urnas se fijó para el 9 de marzo, aunque se barajaron varias fechas, con el fin de no hacerla coincidir con los días cercanos al 11-M y evitar que su triste recuerdo pudiera ser objeto de manipulación electoral.

Una de las novedades de la campaña, que comenzó el 21 de febrero, fueron los debates televisados entre Zapatero y Rajoy, candidatos a la Presidencia del Gobierno por el PSOE y el PP, respectivamente. Hacía quince años que los dos principales candidatos no se medían ante las cámaras en un debate. Las audiencias alcanzaron los trece millones de espectadores en el primero y casi doce en el segundo.

Reseñar, igualmente, la victoria sin paliativos de Pedro Solbes frente a Manuel Pizarro, candidato a la Vicepresidencia económica del Partido Popular, en el cara a cara que protagonizaron ambos en Antena 3 como arranque de campaña. Al día siguiente, el Gobierno, puesto en pie, esperó la llegada de

Solbes al Consejo de Ministros, recibiéndole con una larga y cerrada ovación.

La PAZ, Plataforma de Apoyo a Zapatero, nació con el objetivo de apoyar en esta ocasión al candidato socialista, materializándose en un manifiesto firmado por más de dos mil artistas y personas del mundo de la cultura. Además, se grabó un vídeo en el que cantantes muy conocidos y relacionados con la izquierda ponían música a los versos de Mario Benedetti «Defender la alegría», mientras colocaban el dedo índice sobre su ceja derecha, como símbolo de apoyo al presidente, cuyas cejas puntiagudas son una de sus señas de identidad y así se le representa en el lenguaje de los sordomudos.

El 7 de marzo, y a cuarenta y ocho horas de la cita con las urnas, ETA irrumpía en la campaña y asesinaba al ex concejal socialista Isaías Carrasco. Murió prácticamente en el acto como consecuencia de los cinco tiros que recibió por la espalda en presencia de su mujer y de una de sus hijas cuando salía de su domicilio en Mondragón.

La trágica noticia sorprendió al presidente del Gobierno en Málaga, mientras participaba en un mitin. Su rostro, demudado ante la terrible noticia, fue captado en directo por las cámaras de televisión. Poco después, suspendidos los actos de campaña por parte de todas las fuerzas políticas, Zapatero, apretando los dientes, comparecía ante la prensa desde el Palacio de la Moncloa para declarar que «los españoles no admitimos retos de quienes se enfrentan a nuestros derechos y defenderemos con machacona insistencia nuestras instituciones y nuestras libertades». Y con esta tristeza, pero con el ánimo firme, fuimos de nuevo a votar el 9 de marzo de 2008.

Cuando llegué al colegio electoral con mis votos y mis sobres, el presidente de la mesa sonreía mientras me miraba fijamente a los ojos. Dijo mi nombre en voz alta e introdujo las papeletas en las urnas. Una fugaz, pero intensa emoción me recorrió entera. Mi hijo Luis, ejerciendo sus funciones, presidía la mesa, auxiliado por un señor de avanzada edad y una joven embarazada. Con el convencimiento de que había traspasado correctamente el testigo democrático, regresé a casa con una sensación entre orgullosa y satisfecha y diciéndome a mí misma: ¡Buen trabajo!

«Mamá, ¿tú crees que voy a ser Presidente?». Ella contestó: «Sí, lo vas a ser». Estas fueron algunas de las últimas palabras que José Luis Rodríguez Zapatero intercambió con su madre poco antes de morir. Quería asegurarse de

que ella recibía el homenaje de su hijo, así, en privado, ella que había seguido su trayectoria política día a día y a la que la enfermedad sentenciaba a no vivir lo suficiente para verle investido. Castellana pura y seca de carácter, solo su hijo José Luis conseguía que doña Purificación se enterneciera hasta el extremo.

Como su madre, Zapatero es un castellano austero, en sus ideas y en sus maneras, pero también es tierno y afectuoso. Le gusta ser distinguido por unos pocos rasgos, a los que da mucha importancia, como el buen humor, el optimismo o el talante abierto y positivo, que se han convertido en sus cualidades estrella. Enfrente parece tener a su alter ego, Mariano Rajoy, cuyo pesimismo raya en el catastrofismo, basando su oposición en la negación sistemática del pan y la sal a un Zapatero que siempre verá el vaso medio lleno, aun cuando cueste apreciar su contenido. Es verdad que el optimismo antropológico de Zapatero, del que le acusan incluso algunos de sus correligionarios, puede ser peligroso y preocupante cuando se acerca demasiado a la delgada línea que lo separa de la ligereza y la frivolidad. No es bueno concluir que somos felices y comemos perdices, cuando los indicadores económicos son malos y se prevén peores.

Zapatero se considera un hombre afortunado y así lo ha confesado en más de una ocasión: «He tenido mucha suerte. Las cosas me han ido bien hasta aquí, con mi familia, mi mujer y mis hijas. Hay días en que me levanto con una carga de tensión evidente por lo que he hecho o por lo que tengo que hacer. Pero hay tantas cosas estimulantes en la vida que una simple mirada agradable puede suavizar un momento difícil. La vida es un tránsito entre la nostalgia y la esperanza».

Tanto él como su familia llevan una vida muy sencilla, incluso aburrida, y con una rutina que facilita enormemente la tarea de todos los que están a su alrededor. Como es lógico, el personal del Palacio valora mucho estas costumbres: la sencillez en las comidas, los horarios disciplinados, el final de las jornadas —es una familia que se recoge pronto— y hábitos poco sofisticados y sin exigencias. Los camareros trabajan tan a gusto que le han confesado al presidente su deseo de jubilarse con él.

A Zapatero le gusta la ensaladilla rusa, la música de Supertramp o los cómics de Tintín. Es hincha del F. C. Barcelona y aficionado al baloncesto. Como en tantos matrimonios, José Luis y Sonsoles discuten, en la mayoría de los casos,

por sus hijas, con quien su padre es demasiado tolerante en opinión de la madre. Forma parte de su filosofía de la vida: «Mejor incentivar con estímulos y no con imposiciones». Es consciente de que a su familia le «debe tiempo» y valora como el oro la actitud comprensiva y generosa de las tres mujeres con las que comparte su vida.

Resulta difícil hacer balance de una etapa de gobierno que no ha terminado, sobre todo sin la perspectiva que facilita una cierta distancia en el tiempo. Pero si nos ceñimos a la VIII Legislatura, tal vez podríamos hablar de cuatro años de verdadero avance en lo social y de auténtica progresía en derechos ciudadanos. Zapatero se sitúa a sí mismo en el espectro político «más que como un socialdemócrata, como un demócrata social». Y no ha habido un presidente del Gobierno más social que él.

Muchas e importantes cosas han ocurrido en nuestro país y los españoles tienen hoy más derechos y más libertad que antes de 2004. Numerosos colectivos han visto atendidas, en este periodo, demandas que reclamaban desde hace décadas. La igualdad de todos los ciudadanos es hoy más real que nunca y los grupos más necesitados o más vulnerables están hoy más protegidos de lo que lo habían estado jamás. Cada ley, cada medida y cada decisión que el Gobierno ha impulsado tienen como fundamento mejorar la vida de las personas, ampliar sus derechos, aliviar la carga de los más desfavorecidos y, en definitiva, hacer de España un país más próspero y moderno de lo que lo era con anterioridad.

Tal vez su gobernanza carezca del brillo relumbrón que ha caracterizado el balance de gestión de sus antecesores. Son otros los tiempos y otras las circunstancias, pero yo, desde aquí, quiero resaltar la patente preocupación de este hombre por la paz y la justicia, en su vertiente igualatoria de todos los ciudadanos en sus derechos y libertades.

Por todo ello, gracias ZP, en nombre de todas las mujeres y, en especial, de las que sufren violencia de género, de los homosexuales, de los dependientes, de los discapacitados, de los sordos, de los inmigrantes, de los autónomos, de las familias de los represaliados por el franquismo, de todos los que seguimos confiando en la convivencia pacífica y la solidaridad y en que un futuro mejor es posible. Estas cualidades y su «trabajo en bien de la humanidad» son los que le valieron el ser nombrado doctor honoris causa por la Universidad Nacional

Mayor San Marcos de Lima y, más recientemente, el mismo nombramiento por parte de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, por su contribución «al fortalecimiento y la expansión de los derechos de la mujer».

José Luis Rodríguez Zapatero es el adalid de la asertividad, el campeón de la empatía. Es un pacifista convencido, partidario del diálogo y la negociación para solucionar los conflictos. No pudo doblegar al terrorismo, a pesar de su empeño casi obsesivo, pero su «enigmática sonrisa», a mi juicio, no tiene nada de maquiavélica, por mucho que se empeñe José García Abad en su biografía El Maquiavelo de León. Pero obligado es decir que el talante y el buen rollo no están reñidos con la eficacia y la contundencia cuando las circunstancias las reclaman, además de ser pecado de ingenuidad el optimismo profesional cuando se niega sistemáticamente la realidad, por muy pesimista que esta sea. Al final, tanta sonrisa y tanto alborozo explotan en la cara y las consecuencias las acaban pagando todos los ciudadanos.

Como todo el mundo sabe, el 9 de marzo de 2008, el Partido Socialista revalidó su victoria, sumando ciento sesenta y nueve escaños, cinco más que en 2004, frente a los ciento cincuenta y cuatro del Partido Popular, que aumentó también en seis el número de sus diputados. Por esta regla de tres, el avance de los grandes en detrimento de los partidos minoritarios consolidó y reforzó el bipartidismo en España. Zapatero no logró la mayoría necesaria para su investidura, por lo que se sometió a una nueva votación, el 11 de abril, siendo investido presidente del Gobierno por mayoría simple. Era la segunda vez que esto ocurría, después de que Leopoldo Calvo-Sotelo no sumara los votos necesarios en primera vuelta, lo que dio lugar a los sucesos del 23-F.

Tras prometer su cargo ante Su Majestad el Rey, José Luis Rodríguez Zapatero hizo pública la composición de su nuevo Gobierno que, por primera vez en la historia de España, contaba con un número mayor de mujeres que de hombres.

A partir de ahí, España y el resto del mundo se enfrentan a una crisis económica de primera magnitud, con un crack de los mercados financieros internacionales, una recesión sin precedentes y unos niveles de desempleo que borran la sonrisa de los más optimistas. Sumidos en este pozo de penuria económica, España inicia en enero de 2010 su cuarta Presidencia de turno de la Unión Europea, que no volverá a ostentar, por lo menos hasta el 2024.

Defendiendo la alegría, pero con realismo y acierto, todos esperamos que el Gobierno de Zapatero, el Consejo Europeo, las Naciones Unidas, el G-20, el G-8, todos los Ges y todos los líderes mundiales que deciden juntos los destinos del planeta, encuentren el camino correcto para que la humanidad afronte y resuelva con solvencia y equidad los retos del siglo XXI.

Pero esto es y será otra historia.

Epílogo

Caminante, no hay camino [...] y al volver la vista atrás, se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar.

Cuando pulso la tecla que dibuja el punto final de esta historia, me invade una extraña sensación, mezcla de nostalgia por un tiempo pasado que no siempre fue mejor, y de satisfacción por el deber cumplido, que ahora, como nunca, se hace patente en estas páginas.

Vivimos tan deprisa que no disponemos de oportunidad ni tiempo para tomar verdadera conciencia de cuanto sucede a nuestro alrededor, incluso obviando nuestro propio protagonismo en muchos casos, como si nuestro acontecer les perteneciera a otros. Quién no ha experimentado la relatividad del tiempo, lamentándose de la rapidez con la que crecen los hijos, de la ausencia ya lejana, aunque parezca mentira, de un ser querido, y lo duro que resulta enfrentarse a las viejas fotografías, que nos muestran escenas como si para nosotros fueran de ayer mismo y por las que la vida ha pasado inexorablemente cambiando hasta el color del papel. Nunca antes, en todos estos años, la realidad se había mostrado con tanta clarividencia, acentuando la certeza de haber participado activamente en la historia de España de los últimos treinta años, desde las trincheras, en primera línea. Ahora, más que nunca, me consta que he pertenecido a un equipo humano único que, con humildad, pero con dedicación y eficacia, aportó su granito de arena a la democracia y a la modernidad de este país. Como española, supone un privilegio haber formado parte de esta organización.

Fuera de nuestras fronteras, casi nadie recuerda que España se hallaba bajo una férrea dictadura hace solamente algo más de tres décadas. La mayoría de los hombres y mujeres que hoy recogen el testigo del futuro y se incorporan al mundo laboral han nacido ya en democracia y desconocen tanto la tramoya como los personajes que han hecho posible que nuestro país sea hoy lo que es. Con sus tópicos y peculiaridades, España forma parte de una comunidad internacional que comparte los mismos valores y principios, con voz y voto en los foros internacionales a los que pertenece y cuya consideración pasa por un papel incluso preeminente en algunas circunstancias.

Las naciones, con el paso del tiempo, han ido cediendo cuotas de soberanía en beneficio de asociaciones más amplias, de organizaciones más sólidas. En este mundo global ya no tiene ningún sentido «ir por libre» y se impone, como nunca, el instinto gregario que parece renacer, como el Ave Fénix, de una época pasada, recuperando su auténtico sentido.

No hay duda de que se cumplió la premonición de mi admirado Alfonso Guerra y «a España hoy no la conoce ni la madre que la parió», obra atribuible a muchos y orgullo de todos. Pero sería pecado de soberbia no admitir la existencia de problemas que, año tras año, legislatura tras legislatura y Gobierno tras Gobierno, continúan sobre la mesa y para los que la sociedad demanda a gritos una solución que no es posible demorar por más tiempo.

En primer lugar, un Pacto de Estado es necesario para acometer una reforma exhaustiva de la Administración de Justicia, que ha perpetuado durante años inercias gremiales y estructuras obsoletas, llevándonos a un callejón al que hay que dar una salida sin más dilación. Hablamos de uno de los poderes en los que se fundamenta el Estado de Derecho que, con lentitud insufrible y sentencias a veces propias de tiempos superados, aumentan la desconfianza de la ciudadanía, que percibe indefensión. El objetivo a alcanzar es que la Justicia actúe con rapidez, eficacia y calidad, con métodos modernos y procedimientos menos complicados; que cumpla satisfactoriamente su función constitucional como garante de los derechos de los ciudadanos y que proporcione seguridad jurídica al actuar con pautas lógicas y previsibles.

Es tiempo de compromiso con la calidad democrática y el bienestar que demandan la sociedad civil y muchos de los miembros de la judicatura que apoyan una reforma en toda regla. El proyecto se perfila como de urgente

necesidad, por lo que debe ser afrontado mediante un acuerdo de los responsables políticos y jurídicos que aseguren la unidad y la continuidad de los esfuerzos.

En segundo lugar, la reforma de la Ley Electoral, que se declara como una de las normas más injustas de nuestro sistema jurídico. Cada vez que se materializa la convocatoria de unos comicios, se alzan las voces que denuncian la arbitraria proporcionalidad del sistema electoral que rige en España. Tal y como está actualmente redactada, la ley alimenta el bipartidismo, favorece a los grandes partidos y a las formaciones nacionalistas y penaliza a los grupos pequeños que deben multiplicar por cuatro el número de votos para lograr escaños en algunas provincias.

Todas las iniciativas que se han puesto en marcha hasta ahora para efectuar algún cambio han sido infructuosas, porque tanto socialistas como populares se escudan en que una reforma de este calibre, que conllevaría, además, modificaciones constitucionales, sería impensable sin un amplio consenso. Pero no hay que olvidar que no solo es injusto, sino peligroso convertir a los periféricos en árbitros de la formación de los Gobiernos, como la experiencia ha demostrado reiteradamente. El principio democrático por excelencia, y que en absoluto puede obviarse, es que el voto de todos los ciudadanos tiene el mismo valor y no pueden seguir siendo admisibles las actuales distorsiones de un sistema que se muestra incompetente para llevar al Parlamento la voluntad de los ciudadanos.

El primer sistema electoral que entró en vigor en España se aprobó con prisa y por decreto pensando en las inminentes elecciones de 1977, pero con la idea de una reforma futura. La entrada en vigor de la Constitución, un año después, así como la aprobación de la Ley Orgánica de Régimen Electoral General de 1985, plasmando prácticamente íntegro el texto con sus virtudes y defectos, afianzaron los errores de un sistema que las tímidas reformas ulteriores no lograron modificar en esencia. Sin ninguna duda, este problema precisa de una solución acorde con la equidad y la ecuanimidad que requiere la estructura en la que descansa la soberanía popular.

El tercer problema, mucho más complejo que los anteriores, es el terrorismo y su vil amenaza sobre una ciudadanía a la que el Estado se manifiesta incapaz de proteger y cuyo saldo de destrucción y muerte va más allá de lo que un

pueblo puede soportar. No digo nada nuevo al afirmar que la lucha contra el terrorismo ha sido una de las prioridades de todos los Gobiernos de la democracia, aunque la forma de abordar la haya tenido etapas distintas en función de la propia actividad terrorista y de la determinación del Gobierno de turno para poner en marcha líneas de acción de mayor o menor dureza frente a la banda terrorista y el entorno político que la sustenta. Todas las estrategias han perseguido siempre el mismo objetivo: la desaparición de ETA. Y la neutralización de la banda se ha buscado siempre mediante la combinación de decisiones de carácter político, medidas de ámbito judicial y policial, y la cooperación internacional. Pero no hay que negar ni tampoco olvidar la existencia de contactos y acercamientos entre representantes del Gobierno y de la banda terrorista, a los que han recurrido todos los Ejecutivos desde UCD, pasando por PSOE y PP. Por otra parte, en ningún caso consiguieron el fin perseguido. ¿Y por qué? Lo sintetizaremos en una sola frase. La premisa que articula ETA para resolver el conflicto, siempre la misma, no puede tener contrapartida posible: «El abandono de la lucha armada a cambio de la autodeterminación de Euskal Herria», considerándose el «alto el fuego» una concesión para facilitar el proceso de acuerdo. A partir de este razonamiento, está claro que no es posible ofrecer la soberanía requerida, debido a las limitaciones que imponen el Estado de Derecho y la Constitución. Por tanto, nunca se conseguirá el fin dialogado porque falla el intercambio, salvo que la negociación se circunscriba al abandono de las armas y a las posibles medidas de gracia que favorezcan su final, como consecuencia de la rendición de la banda. Es evidente que la renuncia voluntaria por parte de ETA a conseguir los objetivos por los que lleva luchando cincuenta años es más que improbable, de lo que se deduce la imposibilidad de llegar a un acuerdo.

La solución no parece fácil, ya que tampoco la lucha legal-policial contra los violentos, a pesar de sus éxitos indiscutibles, se ha mostrado determinante, porque la cantera de la que se abastece el terrorismo es consustancial a una buena parte de la sociedad vasca, que siente suyas las reivindicaciones nacionalistas radicales.

En cualquier caso, ojalá más pronto que tarde el pueblo español y sus dirigentes encuentren la fórmula que acabe con esta lacra que atenta directamente contra el progreso de un país y que es un claro obstáculo en el

posicionamiento de España como un Estado pleno en su desarrollo, más allá de sus indicadores económicos y sociales.

Otro tipo de problemas son los que se derivan de la corrupción política, tan al uso en nuestros días. Cuando esta salta a la primera página de la prensa de forma continua, una de sus consecuencias es que la clase política en sí misma se convierte en un problema. Al hilo del razonamiento, cuando esto ocurre, la principal preocupación de los representantes políticos no es limpiar su imagen, sino ensuciar la de sus adversarios electorales, es decir, la estrategia del ventilador, desparramando la porquería en todas direcciones.

El mensaje que alerta de un caso de corrupción, o sea, presunto enriquecimiento ilícito mediante la utilización de cargos y fondos públicos, llega a la población a través de los medios de comunicación, pero en la mayoría de los casos los ciudadanos lo perciben como acontecimientos ajenos a ellos, a su vida cotidiana. Esta baja percepción de las consecuencias directas de la corrupción es uno de los factores que hace que el voto apenas se mueva, al menos a corto plazo. Por tanto, si los partidos políticos no sufren los efectos negativos del problema, está claro que el que finalmente paga cara la corrupción es el ciudadano, que ve cómo una parte de sus impuestos se evapora por agujeros diversos en detrimento de una mejora de los servicios públicos y, en definitiva, de la calidad de vida. Y los ciudadanos, cuando finalmente llegan al hastío, deciden «no votar» en las elecciones como rechazo a la clase política.

El planteamiento debe ser cristalino: la corrupción daña lo más vulnerable y esencial para el desarrollo social, económico y político de un país, como es la confianza en las instituciones y en los representantes públicos, tanto en una dimensión interna como en nuestra imagen exterior que se ve erosionada gravemente.

La estrategia debe perseguir la deslegitimación de tales prácticas. Tolerancia cero con los corruptos. Deshacerse sin vacilaciones de las manzanas podridas y encabezar, desde los propios partidos, las acciones judiciales a que hubiere lugar, de forma que la responsabilidad política y la penal caminen a la par, y no reducir aquella a esta en una maniobra para retrasar la toma de decisiones, lo que resulta demoledor para la salud del sistema democrático.

Otros problemas pendientes de resolver por la constante falta de consenso son los relacionados con una eventual reforma de la Constitución, que afectaría a

la sucesión de la Corona, la denominación de las diecisiete Comunidades Autónomas, una reforma del Senado que profundice en su carácter de cámara territorial y una eventual y clara referencia a la Constitución europea.

El cambio que tiene que ver con la supresión de la prevalencia del varón en la sucesión al trono, medida que por supuesto no afectaría a los actuales derechos del príncipe Felipe, y el apartado que define nuestra relación con Europa, no presentan mayores problemas. Las dificultades aparecen en cuanto se mencionan asuntos relacionados con el articulado del espinoso Título VIII de nuestra Carta Magna, que regula la organización territorial de España y cuya sola mención es condición suficiente para que se levanten en alto las espadas.

No es quizá el momento de buscar, en este sentido, otras fórmulas de convivencia que nos permitan mirar de una vez por todas hacia un horizonte más amplio, encontrar un modelo más moderno y acertado para disipar tensiones y eliminar para siempre la autodeterminación como recurrente espada de Damocles de nacionalismos exacerbados. Pero lo que es cierto, sin discusión, es que nuestro modelo autonómico data de 1978, cuando España era un país completamente diferente al de hoy, que se debatía entre lo militar y lo espiritual y la revolución tecnológica estaba por llegar. ¿Por qué da tanto miedo la reflexión? A lo mejor, la España que diseñaron aquellos ya no es adecuada para nosotros.

Si dirigimos la mirada hacia el exterior, tal vez no nos guste demasiado lo que vemos. El fin de la guerra fría y la caída del Telón de Acero alejaron el peligro de una conflagración mundial y extendieron la democracia, pero trajeron la proliferación de conflictos bélicos localizados en muchos puntos del globo, incluida la propia Europa. Además, la superación del concepto mismo de frontera no ha eliminado los nacionalismos, las limpiezas étnicas y los movimientos xenófobos frente a los flujos migratorios masivos. El resultado es un mundo más abierto, más interdependiente, pero también más inestable y necesitado de continuos esfuerzos para mantener la paz.

Las diferencias que separan el primer mundo del tercero no se estrechan, sino que se agudizan hasta el límite de la hambruna, las pandemias y la extinción del planeta de poblaciones enteras. ¿Hasta cuándo podrá soportar la humanidad la cifra de un niño muerto cada tres segundos por falta de alimentos? No es posible la respuesta mientras nos consumimos en una crisis económica, resultado

de la falta de acuerdo global sobre una ética social y laboral que nos permita convivir con equilibrio y sin que el nivel de confort y progreso de unos se sustente sobre el sacrificio agónico de otros.

Está claro, el modelo no sirve. El capitalismo voraz y el liberalismo feroz han destapado su ineficacia como en su día pasó con el comunismo. Ahora se habla de un tiempo nuevo, de «refundar el capitalismo» y del multilateralismo como nueva fórmula para afrontar el nuevo milenio. Ignoro cuál es la solución y si esta vendrá de la mano del liberalismo, del capitalismo, de la izquierda, de la derecha o de la religión. Lo que sí sé con certeza es que el mundo se encuentra en una difícil encrucijada y ha de decidir qué camino escoger para recuperar el sentido social, democrático y justo que ha de regir el nuevo orden mundial.

En esta disyuntiva, España no puede perder la oportunidad de redefinir el papel que ha de jugar en el futuro y posicionarse inequívocamente al lado de la justicia universal y los derechos humanos.

De puertas para adentro, parece estar de moda la «italianización» de la vida política, pero no conviene olvidar que la crispación suele ser precursora de la decadencia futura. Asombra que, pasados treinta años de democracia, los acuerdos sean imposibles en materias fundamentales que deberían permanecer al margen de cualquier debate partidista y babeliano, cuando en sus líneas básicas coinciden votantes del PSOE y del PP. La falta de diálogo y la intolerancia previa impiden el debate necesario para consensuar asuntos que, por su importancia para el futuro de España, deberían trascender los cuatrienios de las legislaturas.

Tal vez en este punto radican la desconfianza de los ciudadanos y la inercia electoral que hace que ningún proyecto o programa despierte nuestras dormidas conciencias y nos devuelva el entusiasmo que un día los españoles enarbolamos y que nos alzó con el triunfo de una Transición política ejemplar.

Nuestra decidida apuesta, dirigida con acierto y altura de miras por una clase política para la que España era su prioridad indiscutible, nos puso en el lugar que hoy ocupamos. Estoy segura de que la misma estrategia funcionaría para afrontar los retos de la España de hoy, comprobado como está que la mayoría de los ciudadanos coinciden, en lo fundamental, en su visión institucional, política, económica y social del país. Puede que en la raíz de este razonamiento se encuentre la clave de la perplejidad que ahora experimentamos los que hemos

vivido otros tiempos, o quizá se deba, como los psicólogos sabemos, a que los acontecimientos que vivimos alrededor de los veinticinco años son los que se fijan en nuestro cerebro como los más importantes de nuestra vida. Tal vez por eso quedan tantos nostálgicos de la Transición entre nosotros.

Sin perder la perspectiva y recuperando el protagonismo que confiere este trabajo a la Presidencia del Gobierno como institución, me parece interesante reseñar algunas peculiaridades, quizá desconocidas para la mayoría de los ciudadanos y que dan idea de la preocupación de la clase política por dar un tratamiento digno a sus presidentes de Gobierno cuando dejan de serlo.

El estatuto de los ex presidentes, que se aprobó por Real Decreto en 1992, y su posterior modificación de 2008, no contó con especial oposición y establece las prerrogativas protocolarias y las condiciones presupuestarias de que gozarán los presidentes del Gobierno a partir del momento de su cese. Entre otras, se establecen los puestos de trabajo sufragados por el Estado a que tendrán derecho, la dotación presupuestaria para gastos de oficina o alquiler de inmuebles relacionados con su actividad posterior, un automóvil con conductor oficial, así como el personal de seguridad que determine el Ministerio del Interior.

Igualmente, la norma establece los términos de su pensión y la que, por motivos de fallecimiento, causaren en favor de sus familiares. En la última modificación y tras la muerte del ex presidente Calvo-Sotelo, se estableció la aplicación de todos los extremos arriba detallados en favor del cónyuge o persona unida por análoga relación de afectividad, tras el fallecimiento.

En 2005 y después de la entrada en vigor de la Ley Orgánica que regula el Consejo de Estado, el alto órgano consultivo abre sus puertas a los ex presidentes del Gobierno, de tal manera que podrán incorporarse a la institución con categoría de consejeros vitalicios, cuyo estatuto personal y económico será el correspondiente a los consejeros permanentes, sin perjuicio del que les corresponde como ex presidentes.

Estamos llegando al final del recorrido y como la Historia nunca marcha hacia atrás, doy por andado el camino que nunca volveré a pisar.

Y regreso al paseo de los plátanos y camino entre los chopos y las araucarias que he visto crecer y ellos a mí envejecer. Y contemplo con los ojos del alma este Palacio, en cuyas estancias se alojaron personajes como el dictador iraquí Sadam Hussein, el negus de Etiopía, Haile Selassie, o el rey de los persas,

Mohamed Reza Pahlevi. De la belleza de estos jardines y del rumor de sus fuentes disfrutaron, entre otros, el poeta Antonio Machado o el presidente de la Segunda República, Manuel Azaña, mientras admiraban la Casa de Campo, cuya vista desde aquí es magnífica.

Veintiún niños han jugado al escondite tras los matorrales y han montado en bicicleta por estas veredas, mientras transcurría parte de su infancia y juventud o les llegaba la hora del amor y el compromiso, entre cámaras de seguridad y un protagonismo involuntario derivado de la condición pública de sus padres.

Ligeramente se percibe el aroma del río, y aunque a lo lejos se oye el tráfico de la carretera de Castilla, denso a esta hora de la tarde, quiero disfrutar por última vez de la tranquilidad y el sosiego de este vergel, auténtica isla de paz en un Madrid bullicioso y cosmopolita que no descansa nunca.

Antes de terminar, quiero dedicar mi último recuerdo a todos cuantos desde aquí han dirigido los destinos de España, a sus familias y colaboradores, a los que aportaron su trabajo y su entusiasmo en la tarea de conseguir un país democrático y moderno y una sociedad más justa y solidaria; a toda una generación de españoles que luchamos por la paz y la libertad que a nuestros padres les faltó y cuyos valores supremos e irrenunciables heredarán nuestros hijos. A todos, el agradecimiento y el homenaje más sincero.

Es tiempo de levantar el vuelo, de torear en otras plazas y, pese a que el futuro se me antoja incierto, porque el futuro siempre lo es, espero que la vida me regale una nueva oportunidad de ser útil a los ciudadanos y tan feliz como, sin duda, lo he sido en estas estancias palaciegas y entre tantas gentes que han pasado por mi vida.